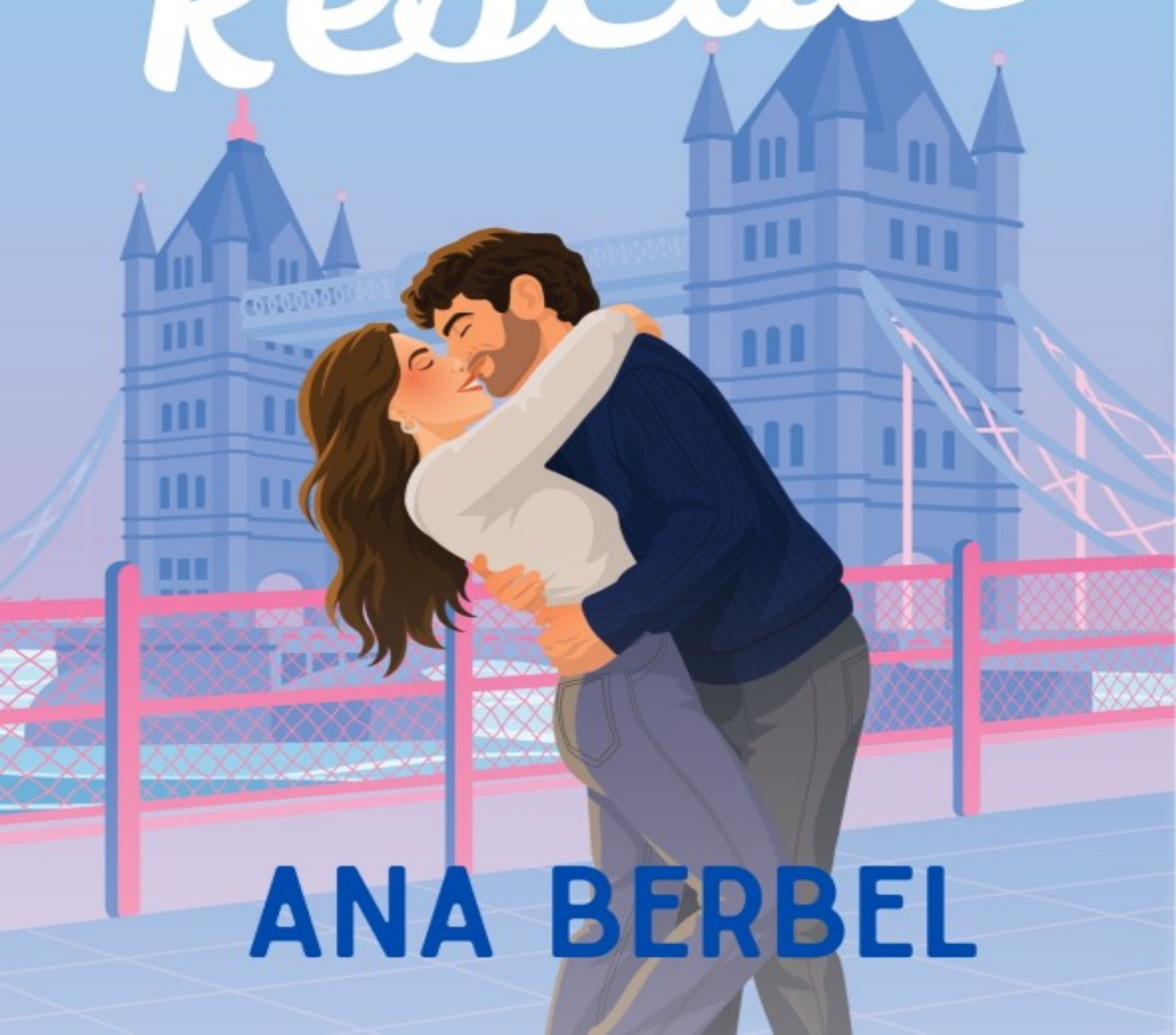
A VECES LOS MEJORES PLANES SON AQUELLOS QUE SE DESMORONAN

PLAN DE Rescate



ANA BERBEL

PLAN DE RESCATE

ANA BERBEL

Para Mis Lector@s

Es una sensación tan agridulce, como autora independiente, poder decir que oficialmente he publicado mi primer libro. Me entristece que haya terminado, pero me alegra que ahora esté en vuestras manos. Con eso, quiero daros las gracias por darle una oportunidad a esta historia.

Han sido años de trabajo, llenos de momentos de risas y lágrimas derramadas. Me he enamorado de los personajes, del lugar, de las emociones… y de todo lo que representa.

Como probablemente aún no me conocéis (todavía), también quiero decir que si llegáis a sentir lo mismo por este libro que yo, y alguna vez queréis gritar de emoción por él, mi buzón de entrada siempre está abierto. Soy una fanática apasionada como cualquiera otra lectora.

No os entretengo más… ¡disfrutad del viaje!

Para todas las mujeres que luchan para salir brillando aún más después de la tormenta.

P. D.:
Con todo mi amor,
para mi tita Paqui
y para mi abuelita, la gran jefa de la familia Berbel.

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidos
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta

Acerca de la Autora

Capítulo Uno

NECESITO UN RESPIRO URGENTEMENTE, solo un instante de calma en este desastre en el que se ha convertido mi vida.

Cojo el dosier de la campaña «Amor de Verano» como si fuera un gatito a punto de ahogarse… aunque, siendo sincera, soy yo la que necesita desesperadamente un salvavidas.

La tipografía cursiva reposa sobre una carita sonriente, con ojos en forma de corazón y un sol con gafas de sol. Huele a optimismo femenino, ese de alguien que jamás ha sido engañada ni dejada por un mujeriego.

—Sí, acabo de terminar la reunión. Ha ido bien —digo al teléfono, sujetándolo con una mano mientras con la otra me cubro la cabeza, como si eso bastara para que la lluvia dejara de burlarse de mí.

—Entonces, ¿tienes claros los objetivos? —pregunta Jeff.

A menos que no le importe que mi proyecto consista en vomitar rosas rojas y frases empalagosas en una presentación, estoy jodida. ¿Por qué el tema no podía ser *Los cabrones infieles arden en el infierno*? Fuego, destrucción, violencia… cualquier cosa menos la falsa promesa del amor.

—Sí, señor.

Tengo claro los objetivos, los entiendo. Pero eso no significa que los tenga bajo control.

Intento parar un taxi. Me ignora sin siquiera mirarme.

—Presentar la campaña, ponerla en marcha y demostrarles cómo se hacen las cosas en América —repito, más para mí que para él.

Los frenos de un autobús rojo de dos pisos chirrían cuando este se detiene en el semáforo de enfrente. Me abalanzo hacia él, desesperada por encontrar una parada de autobús. Una señal con las líneas. Algo. Pero lo único que hay son desconocidos que parecen haber nacido con el paraguas en mano. Antes de poder alcanzarlo, la luz cambia a verde y el bus ruge al alejarse.

—Correcto. Recuerda que me estoy jugando mucho contigo, Julia —dice Jeff por tercera vez—. Y tú también.

No se equivoca. Esta campaña es mi última oportunidad para conseguir mi ascenso en Mavericks. Si la arruino, perderé lo poco que me queda de impulso. Me estancaré. Me dejarán pasar de largo, en silencio, hasta que no me quede más remedio que empezar de cero en algún lugar nuevo.

Podría parecer que no es tan grave. Pero soy demasiado terca. Lo suficiente como para estar aquí, empapada, en esta pesadilla. Llevo escalando esta maldita escalera desde que me gradué. No pienso perder todos estos años de esfuerzo.

Y así es, en definitiva, como he acabado en una de las ciudades más lluviosas de Europa. Congelada, mojada y odiando cada segundo.

—Puedo hacerlo, señor —digo con una seguridad que ahora mismo no existe en ninguna parte de mí—. Una campaña romántica es justo lo mío.

Idea de eslogan: *Ropa interior a juego, perfecta para pillarlo con otra mujer.*

Para combatir la sensación de desastre inminente, repito mi mantra en mi cabeza. *Has trabajado mucho. Te lo mereces. No eches a perder tu esfuerzo.*

—Sé que no has tenido el mejor año, y solo quiero asegurarme de que tu vida personal no afecte también a este proyecto —dice él, tan insensible como siempre.

Como si necesitara el recordatorio. Soy dolorosamente consciente de que fui yo quien permitió que el derrumbe de mi relación

arrastrara consigo mi autoestima… y mis ganas de trabajar.

—Desde que a la junta directiva se le ocurrió enviar a alguien del Estado Dorado para darle autenticidad a la campaña de amor veraniego, todas las miradas están puestas en nosotros. Quiero magia, Julia. Mantente en contacto.

La llamada termina.

Mi ropa está empapada. El agua helada ha entrado en mis botas. Mechones de mi pelo castaño se me pegan a la cara, como si los hubiera fijado con pegamento.

Resoplo —sonora, teatralmente. Necesito gritar, siento como la presión se me acumula en el pecho.

No ha dejado de llover desde que aterricé anoche. En serio, ¿cómo vive la gente aquí?

Acabo de salir de la reunión con el jefe de marketing de la sucursal de Londres. Lo único que quiero es llegar a mi nuevo hogar prestado. Aún no sé cómo funciona el metro, y me falta voluntad para quedarme esperando un taxi.

Arrastro los pies calle abajo, tiritando a cada paso. Los coches tocan el claxon sin cesar. La lluvia cae sin piedad. Las luces se difuminan a menos de dos metros de mí. Me pego a la pared del edificio; el alero apenas me cubre.

A lo lejos, el Shard atraviesa el cielo gris. Un recordatorio elegante de que esta ciudad fue construida para resistir los elementos, no para protegerse de ellos.

Unas manzanas más adelante distingo un pub medio apagado, en la planta baja de un edificio antiguo de piedra. El único adorno son unas letras doradas, desvaídas, en las que se lee *The Anchor*. No me habría fijado si no fuera por el neón de cerveza que zumba en la ventana.

El contraste entre la entrada sombría y el resplandor del luminoso le da un aire especial. Saco mi móvil e intento capturar el momento, probando distintos ángulos y exposiciones. Nada me convence. No basta.

Antes, mi cámara habría estado llena de fotos como esta. Pero lleva demasiado tiempo acumulando polvo.

Miro las ventanas tintadas, que dejan las miradas curiosas fuera. Dudo si entrar o no. ¿Quién sabe qué escena me espera ahí dentro? Pero ya estoy calada hasta los huesos. Si no me resguardo de la lluvia, acabaré abrazando una hipotermia leve.

Cruzo los dedos, abro la puerta y rezo.

Dentro reina la calma, quizás gracias a la tormenta. El aire es cálido, acogedor incluso. Me acerco a la barra, donde un hombre bajo y rechoncho abrillanta un vaso de forma meticulosa. Su placa dice *Tony*. La camisa, blanca e impecablemente planchada, parece resistir cualquier movimiento.

Levanta la vista y me dedica una sonrisa cansada pero sincera. Debe rondar los sesenta. Pelo rapado y gris.

Los suaves clics del cristal cuando lo acomoda en la leja son el único sonido que llena el espacio.

—¿Qué trae a una dama como usted por aquí? —pregunta con amabilidad.

—No te voy a mentir… necesitaba refugiarme de la lluvia y el frío.

Al oír mi voz, su sonrisa se ladea y levanta las cejas.

—¿Americana, eh? Aún más sorprendente —bromea.

Asiento.

—¿Qué le pongo?

—Whisky. Con hielo. Si tengo suerte, me ayudará a entrar en calor.

—¿No está acostumbrada al frío?

—Para nada —respondo, aceptando el vaso—. Soy de Los Ángeles.

—Pues espero que la ciudad la trate bien, señorita.

Y, así, sin más, vuelve a abrillantar vasos.

Me giro y me apoyo en la barra gastada, observando el local con calma. Es agradable; hay algo en el lugar que lo hace especial, aunque no consigo identificar exactamente qué. Cada mesa brilla bajo su propia lámpara colgante amarilla. Las paredes están llenas de fotos en blanco y negro. En el centro, una mesa de billar antigua espera silenciosa.

Me quito el abrigo y lo dejo caer sobre el taburete de al lado. Tenía la esperanza de que el whisky también me diera valor para

escribirle a mi madre, pero saco el móvil, el cursor parpadea y no tecleo nada.

Somos una familia muy unida. Nunca hemos estado separados más de una semana. Ella cree que este viaje es una recompensa para mí. No he tenido el valor de decirle que tenía problemas en el trabajo, y que esta es mi última oportunidad de demostrar que merezco ser gerente de marketing. *Miedo a decepcionar,* lo llaman.

Gimo y dejo caer el móvil sobre la barra con un golpe seco. Cojo una servilleta y trato, en vano, de secarme el pelo. Uso tantas que termino con un pequeño montón empapado frente a mí.

—Y yo que pensaba que estaba teniendo un mal día —dice un hombre, sentado a unos taburetes de distancia.

Aun envuelta en un acento británico marcado, su voz me resulta familiar.

Me giro. Su rostro está medio oculto bajo una gorra negra. Raro… No ha salido el sol en todo el día.

—Sí, así soy yo. Los días malos son parte de mí —respondo. Su sonrisa se curva un poco. —Si quieres consejos para lidiar con ellos, soy tu chica.

Me sigue el juego, obviando la ironía en mi voz.

—¿Y para problemas de trabajo? —pregunta—. ¿También tienes remedios para eso?

Levanto mi vaso a la altura de los ojos.

—Tómate una copa.

—En eso estoy. —Se ríe por lo bajo—. Pareces encajar los golpes bastante bien.

—Creo firmemente que la clave de la vida es "finge hasta que lo consigas" —digo, encogiéndome de hombros—. Maquíllate. Viste bien. Ponte gafas, aunque no las necesites…

Él ladea la cabeza.

—No creo que te haga falta maquillaje.

¿Está coqueteando? ¿O será que llevo fuera de juego tanto tiempo que ni sé distinguirlo?

—Pero las gafas… —añade—. Esas sí son un buen detalle. Ahí te doy la razón.

Pongo los ojos en blanco, divertida.

—Eres peligrosamente encantador para alguien que se esconde bajo una gorra.

Inclina la cabeza y la señala.

—¿Esta cosa vieja? Pura costumbre.

Se la quita y eu pelo cae desordenado sobre la cara. Pasa la mano por encima, echándoselo hacia atrás.

Me doy cuenta de que me he quedado embobada cuando el silencio se alarga.

Sus ojos… azul celeste. Ahora lleva barba, tiene el pelo más largo, pero ya sé por qué me suena su voz. He visto su cara antes.

Arquea las cejas ante mi ceño fruncido, aunque no dice nada. Se vuelve hacia la barra.

—¿Me pones otra caña, Tony? —pregunta, levantando el vaso casi vacío.

—Claro que sí, Josh.

Mi cabeza salta del hombre al camarero. *Josh*.

Tengo razón.

Estoy hablando con Joshua Harrison. El hombre más sexy del mundo, según la revista *People*. Ha estado desaparecido durante meses desde que terminó la serie que lo lanzó a la fama.

Lo sé porque mi mejor amiga, Emma, está completamente obsesionada con él.

Y sí, puedo decir con total certeza que es tan guapo como dicen.

Tony regresa con su cerveza, una sonrisa traviesa en los labios y un brillo cómplice en los ojos. Sabe que lo sé. Su mirada me lo confirma sin necesidad de palabras.

—¿De dónde decías que eres? —pregunta Harrison, devolviéndome a la conversación.

—De Los Ángeles.

—Ah, la ciudad donde los sueños se cumplen… y se rompen —dice con un giro juguetón en la boca—. He estado allí. Es una ciudad…

La puerta cruje al abrirse y tres chicas entran, cerrando sus paraguas antes de sentarse en la barra. Harrison mira la gorra, dudoso, pero no se la vuelve a poner. En cambio, me mira a mí.

—¿Qué te parece si seguimos esta conversación en una de las mesas?

No debería. Se suponía que este viaje era solo por trabajo, y él cumple todos los requisitos para ser una gran distracción. Pero, naturalmente, hago lo contrario y asiento.

—Claro —digo, cogiendo mi copa—. No pareces un asesino en serie. ¿Qué probabilidades hay de que me meta en problemas?

—Ninguna —responde con una sonrisa torcida, siguiéndome hacia una de las mesas con bancos—. Al menos, hoy no.

Lo miro de reojo, con una chispa de risa detrás de mi sonrisa. Él reúne todo aquello que yo debería evitar: es gracioso, encantador y peligrosamente atractivo.

Las tablas de parqué crujen bajo mis pies a cada paso. Me acomodo en un sillón burdeos, y él se sienta enfrente. El cuero gastado y descolorido marca las zonas más usadas. Paso la mano por la mesa de madera rugosa, dejando que cada grieta cuente su propia historia.

—No me he quedado con tu nombre.

—Soy Julia. —Extiendo la mano sobre la mesa—. Julia Thomas.

Él la sujeta y me la estrecha. Su piel resulta cálida contra la mía y, de inmediato, algo chispea dentro de mí. Mi corazón da un pequeño brinco. Muy pequeño.

¿Nervios? Imposible. Seguro que es por el frío.

—Encantado de conocerte, Julia —dice, soltando mi mano con una lentitud casi demasiado calculada. Sus anillos brillan bajo la luz, y no puedo evitar fijarme. —Soy Joshua Harrison.

—Lo sé —susurro mostrando una sonrisa tímida que no puedo ocultar.

—Me preguntaba cuánto ibas a tardar en admitirlo.

Le dedico un encogimiento de hombros juguetón.

—Hmm, no eres para tanto.

Pone los ojos en blanco, pero no protesta. Parece aliviado de no tener que presumir de ser famoso.

Su mirada baja desde mi pelo hasta mi ropa empapada, y sus labios se curvan en una sonrisa traviesa. Resoplo, sabiendo que esto

iba a pasar. No puedo ser la única que no estaba preparada para la lluvia.

—Ni lo digas.

Levanta las manos en señal de rendición.

—No iba a hacerlo —dice, haciendo una pausa teatral que casi lo hace convincente—. Solo… ¿Puedo sugerirte que te compres un paraguas? Lo vas a necesitar en esta ciudad.

Y, sorpresa: no me molesta su comentario. De hecho, me gusta. Bajo un poco la voz, dramática, dejándome llevar en este tira y afloja. Dos pueden jugar a esto (aunque probablemente pierda yo, pero ¿a quién le importa?).

—Apenas he tenido tiempo de deshacer la maleta, y mucho menos de ir de compras. Me han recibido como si fuera una invitada no deseada —digo, arrastrando las palabras, disfrutando del efecto de mi pequeña actuación.

Él arquea una ceja —de forma *impresionante*, todo hay que decirlo.

—Así que tu primer día en Londres ha sido… una completa basura.

—Si por "completa basura" quieres decir "una mierda", entonces sí. Lo ha sido. Soy la prueba viviente. Qué trágico.

Su risa me toma por sorpresa, y es ridículamente atractiva. Intento imitar su ceja levantada, pero me sale tan mal que se echa a reír de nuevo y se queda casi sin aliento. Es contagioso, y acabo igual que él. Siento cómo los hombros se me relajan, dejando atrás el estrés del día.

—Perdón —digo secándome una lágrima del ojo—. Se me da muy bien hacer el tonto.

—He visto cosas peores —responde con una sonrisa—. Pero no muchas.

Abro la boca fingiendo indignación, y él me lanza el guiño más descaradamente sexy que he visto en mi vida. Está claro que esto ya roza oficialmente el coqueteo. Y, aunque mi corazón está dispuesto a salir corriendo de emoción, sé que no puedo permitirme ir por ese camino.

—Vale, responder es opcional —digo, recuperando el aliento—. Está claro porque mi día ha sido un desastre, pero ¿y el tuyo?

Me mira, y no sé si está incómodo o sorprendido. El silencio me ruboriza.

—Bueno, yo… —Empiezo a pensar que no me va a responder, pero algo en mi mirada lo convence—. Me han rechazado para un proyecto en el que tenía muchas esperanzas. No logro avanzar en ninguno de los castings que he estado haciendo últimamente.

—Lo siento —digo en voz baja. Me da la sensación de que he tocado una fibra sensible, y mi torpeza social no está ayudando. Pero él no parece molesto. Aun así, decido cambiar de tema—. ¿Y Tony? Claramente, sabía quién se escondía detrás de la gorra.

Harrison sonríe.

—Lo conozco desde hace casi diez años. Es como un segundo padre para mí. Por eso sé que puedo venir aquí sin sentirme perseguido.

Le dedico una sonrisa cómplice. Esa vida, estar siempre bajo la mirada de todos, no me la puedo ni imaginar.

Debe estar pensando en algo parecido, porque su postura relajada desaparece. Se endereza, los hombros tensos, mirando de reojo algún lugar entre la puerta y la barra, como si esperase ver llegar al siguiente par de ojos que lo reconocieran.

—Ahora entiendo por qué vas vestido así —digo, quitándole importancia a mis palabras.

Él vuelve la vista hacia mí. Sus ojos azules, más oscuros que antes, me sostienen la mirada un segundo demasiado largo. Me entra la absurda necesidad de alisarle el ceño con los dedos.

Y por un instante, siento que estoy invadiendo algo.

Este bar.

Su rincón.

Su espacio.

Soy solo una desconocida hablando con una estrella de Hollywood como si fuéramos viejos amigos reencontrándose después de años.

Pero, igual de rápido que llega el pensamiento, se va. No puedo evitarlo.

—Si todas las personas que conociera fueran como tú, no me importaría tanto —dice—. Pero rara vez tengo tanta suerte. De ahí la gorra y el conjunto de funeral.

Hay algo en él. Algo más allá de las frases ingeniosas y el coqueteo fácil que me pone las mejillas en llamas.

Lo veo en sus ojos.

En la forma en que carga los días malos, como si fueran parte del paquete.

No da la sensación de que sea un famoso inalcanzable. Ni actúa como uno.

Se siente… real.

Como alguien cuya estabilidad también se sostuviera con cinta adhesiva y voluntad.

Como alguien a quien podría llegar a conocer.

—Vaya —murmuro, torciendo los labios—. Y yo que pensaba que ibas a confesar que en realidad trabajas para los Hombres de Negro.

Se ríe, y así, sin más, la tensión se disuelve.

—Basta de hablar de mí —dice—. ¿Y tú, Julia Thomas? ¿Sueles hablar con desconocidos en bares a media luz?

—Te recuerdo que fuiste tú quien empezó todo esto —replico, señalando el espacio entre nosotros—. Además, has aparecido en mi tele más de una vez, *Detective Grayson Wolfe.*

Sus labios se curvan.

—Ah, así que eres fan.

Añado "presumido" en la lista mental de sus encantos.

—¿De verdad crees que si fuera una fan estaría aquí, tan tranquila, tomándome una copa con el mismísimo Joshua Harrison? —le lanzo.

Se lo piensa un segundo.

—Buen punto… a no ser que seas una profesional. A ver, cuéntame, ¿cuál es tu historia? ¿Qué te trae a Londres? —Arquea esa maldita ceja otra vez.

Lo miro con fingida indignación.

—Lo estás haciendo solo porque yo no puedo.

Harrison sonríe, cómplice.

—Antes de decir nada —añado, cruzando los brazos—, vas a tener que firmar un acuerdo de confidencialidad, por favor.

—Muy bien, cielo, dámelo —dice, con el mismo tono desafiante.

Nos sostenemos la mirada más de la cuenta. Segundos que parecen minutos. Entrecierro los ojos, intentando adivinar en qué demonios está pensando.

—¿De verdad te interesa saberlo? —pregunto al fin.

Abre la boca, duda un instante… y entonces se le escapa una sonrisa, la de alguien que no puede resistirse.

—Hay algo especial en ti, señorita Thomas.

¿Algo sobre mí?

Casi escupo mi trago de whisky. Nunca he creído que haya nada especialmente interesante en mí. No desde hace mucho, al menos. Solo un equipaje emocional tamaño XXL que nadie quiere cargar.

—Trabajo en marketing —respondo de forma sencilla—. Una marca de moda de Los Ángeles que también tiene una oficina aquí, y necesitaban a alguien unos meses, así que me ofrecí voluntaria.

Frunce el ceño.

—¿Te ofreciste voluntaria para dejar el sol de L.A. y venirte al cielo gris de Londres? Siento que falta una parte de la historia.

—Eso es porque falta —replico, sin darle más vueltas—. Pero ese es un capítulo para otro momento.

—¿Y quién es la misteriosa ahora? —dice, recostándose en su sillón con una media sonrisa—. Ahora voy a quedarme con la intriga.

—Ya he revelado demasiado al darte mi nombre completo —contesto, divertida—. Te toca a ti. Ya sé lo básico, pero ¿por qué estás aquí y no rodando algo nuevo?

—Después del desastre con la prensa, necesitaba un descanso. Alejarme un poco del foco. —Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia, pero noto el peso en su voz. Decido no insistir.

Hay un momento breve de silencio entre nosotros. Luego añade, intentando aliviar el ambiente:

—Tienes razón. Vamos a seguir con algo más ligero, ¿te parece? A menos que prefieras que te deje a solas. No quiero molestar.

—¡No! Está bien —respondo, más rápido de lo que debería—. A ver, sorpréndeme con tu mejor pregunta para romper el hielo.

Su sonrisa se amplía, sincera.

—Placeres ocultos —propone—. No hay mejor forma de conocer a alguien que descubrir sus rarezas.

—El mío es fácil —digo sin dudar—: bañera caliente y novela policíaca.

—Yo me quedo con mojar las patatas fritas en chocolate.

Frunzo el ceño.

—Eso es un delito, de los que te llevan a una cárcel gastronómica.

—Discrepo. Está *delicioso*.

Termino mi copa sin apartar la mirada de él. Sus ojos azules se clavan en los míos, otra vez. Y me doy cuenta de que, si obviamos su trabajo, Harrison resulta ser tan normal como cualquier otro hombre que haya conocido. Parece perdido en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —pregunto, rompiendo el silencio. —¿En algo aún más raro?

—No. Pensaba que… has dicho otro momento —dice, tan tranquilo que me descoloca.

Parpadeo varias veces. No puede ser. Vale que ligar y coquetear le salga tan natural, pero es *imposible* que esté insinuando que quiere verme otra vez.

—¿Qué? —murmuro, buscando alguna señal que confirme que estoy imaginando cosas.

—Dijiste que era un capítulo para otro momento —responde, dejar de mirarme—. ¿Lo decías en serio?

Entreabro los labios, sin saber si reírme o salir corriendo. Quizás solo hable de amistad, me digo. Nada más que eso.

Pero en el fondo, mi mantra se repite: *No eches a perder tu esfuerzo.*

El mal de amores de mi pasado me ha causado una desconfianza crónica hacia los hombres encantadores. Huye de ellos, no hacia ellos. Por muy irresistible que sea, no pienso volver a ponerme en esa situación. No me iría bien.

—Tal vez —susurro, mirando de reojo el móvil. Ha pasado una hora, el tiempo desaparece con él.

Estrujo el borde de mi chaqueta, y todavía caen gotas al suelo. Ni siquiera necesito mirar afuera para saber que sigue lloviendo. Suelto un gemido, un poco más alto de lo que pretendía.

—Debería irme.

—¿Todo bien? —susurra, con una voz que casi me obliga a quedarme.

Asiento, subiéndome la cremallera del abrigo hasta el cuello, como si eso fuera a hacerme entrar en calor. Él se une a mí, jugueteando con el puño de su sudadera.

—Sí, solo es el frío. Necesito volver a casa —miento, sin ni siquiera saber cómo voy a llegar.

Por supuesto, el chico de oro de Hollywood tenía que ser tan amable como guapo. Justo lo que me faltaba: otra distracción, y esta con extra de encanto. Claramente, el universo se ríe de mí.

—Ha sido un placer conocerte.

Él sonríe, y esa sonrisa me desarma más de lo que quiero admitir.

—Igualmente —responde, con una suavidad que me deja clavada al suelo.

Abre la boca, como si fuera a añadir algo. Mi pulso se acelera y los segundos se estiran. La tensión flota, densa, entre los dos.

Sin saber qué más hacer, le tiendo la mano.

Él me mira un segundo y la estrecha con torpeza. El mismo cosquilleo eléctrico de antes me recorre los dedos, y me pregunto si él también lo siente.

La suelto rápido, antes de que el calor me suba demasiado. Porque si no me voy ahora, no lo haré nunca.

Me giro hacia la puerta y le hago un gesto a Tony, que nos mira con las cejas levantadas. Me dedica una sonrisa llena de complicidad.

Pongo la mano en el pomo, pero me detengo antes de abrir.

Miro hacia atrás.

Él sigue allí, de pie, enmarcado por la luz amarilla de nuestra mesa.

—Adiós, Joshua Harrison.

—Hasta otra, Julia Thomas.

Capítulo Dos

ABRO la puerta de mi piso y me arrastro directamente al baño. El poco tiempo que he pasado fuera esperando un taxi me ha dejado tan empapada como para formar un charco en el asiento trasero.

Para cualquiera, este baño sería normal. Para mí, tener una bañera es mi salvación. Un pequeño lujo que me ha rescatado de mis pensamientos obsesivos más veces de las que soy capaz de contar. Hay algo en sumergirme en agua casi hirviendo —esa que te deja la piel roja— que obliga a mis hombros a relajarse y silencia esa parte de mi cabeza que se niega a apagarse.

Ahora mismo lo necesitaría… la llamada con Jeff, el coqueteo de Harrison. Pero todavía no he podido comprar mi arsenal de sales y aceites de baño, así que me conformo con una ducha caliente antes de ponerme el pijama.

Mi nuevo hogar es acogedor. La distribución semiabierta hace que la entrada parezca más grande de lo que es, la cocina fundiéndose con el salón. Le falta personalidad, aunque tiene potencial. Para sentirme menos fuera de lugar, he sacado algunas de mis velas favoritas, y ahora el dormitorio huele a mango.

Intento dormir, pero entre el cambio de horario y el jet lag estoy hecha un desastre. No tengo hambre, pero tampoco sueño. Después

de media hora me rindo. Estoy inquieta, y no hay forma de remediarlo.

No sé qué me tiene así, si estar en un país nuevo o lo imposible que es lo que me ha pasado esta noche. Igual que siempre, haciendo exactamente lo que me prometí evitar, mi mente se pregunta si él también estará pensando en mí.

Miro la hora. Pasan unos minutos de las diez. En Los Ángeles, Emma estará de camino a casa.

Te echo de menos.

EMMA

Y yo a ti, Jay.

¿Estás bien?

Sobreviviendo a duras penas sin ti.

Adivina qué…

EMMA

Ha salido el sol.

No, imposible.

¿Qué?

He conocido a alguien.

EMMA

¿Tan rápido?

La Operación Pasar Página va sobre ruedas, por lo que veo.

¿Cómo se llama? Edad, foto…

Si no tienes foto, una descripción detallada me sirve.

Se llama Joshua.

EMMA

¡MADRE MÍA! Como Joshua Harrison.

Ya me cae bien y no lo conozco.

Ja. Y adivina qué actor británico ha dejado de estar en paradero desconocido…

Intento convencerme de que se lo cuento porque nunca nos guardamos secretos. Harrison es uno de sus actores favoritos, no puedo ocultárselo. ¿Pero la verdad? No me había permitido tener una conversación real con un hombre en meses y, de alguna forma, él ha suprimido ese miedo. Fue… emocionante.

LA ALARMA suena a las siete de la mañana y suelto un gruñido. Da igual cuánto duerma, mi cuerpo sigue empeñado en que son las dos de la madrugada. Abro la aplicación del tiempo con la absurda esperanza de que haga algo de sol. No hay suerte.

Uno de mis objetivos aquí, además de recuperar el control de mi carrera, es reconectar con todas mis partes creativas que se diluyeron durante mi última y única relación. La fotografía sigue estando en proceso, pero la moda… eso puedo retomarlo hoy.

Saco de mi maleta un pantalón negro y una blusa blanca con volantes, y lo combino con unas botas y un abrigo gris. Debería ser suficiente, siempre y cuando consiga no mojarme.

Fuera, el cielo es una manta de nubes opacas. La gente camina deprisa, sin siquiera mirar por dónde van, demasiado ocupados para darse cuenta de que los observo. Abro la cámara del móvil y me obligo a hacer algunas fotos de un grupo de hombres trajeados que se abren paso entre la gente. Salen borrosas, igual que las mañanas de esta ciudad.

Las imágenes me recuerdan el primer concurso al que me presenté. Fotos espontáneas en Hollywood Boulevard. Caótico, sí, pero no frenético. La vida en Londres avanza a otro ritmo.

Fuerzo una sonrisa, convenciéndome de que, si aparento confianza, quizás la sentiré de verdad. Siempre me ha gustado tener

un poco de competencia, pero hoy eso me tiene los nervios a flor de piel.

Cojo un taxi hacia la oficina. Si tengo que perderme, mejor que sea al volver a casa que de camino a la oficina… aunque avanzar por el lado contrario de la carretera acaba mareándome. No había pensado en lo mucho que iba a echar de menos mi coche.

Pasamos frente a *The Anchor* y el recuerdo del encuentro con Harrison se cuela en mis pensamientos. Si no me hubiese pasado a mí, no sé si me lo creería.

El taxi me deja ante el imponente edificio que será mi segunda casa durante los próximos meses. Mavericks es solo una de las muchas empresas que hay dentro, pero eso no quita lo surrealista que es el lugar.

La entrada es pulcra hasta el extremo, una mezcla de blancos y grises que parecen más un hospital que un espacio creativo. Le dedico una sonrisa amable a la recepcionista. Me devuelve una mirada inquisitiva. Baja los ojos hasta mi acreditación, poco impresionada, y sigue escribiendo. Mi buen ánimo se reduce a la mitad. Y de repente, echo de menos a Jane, la recepcionista charlatana de casa.

Un ascensor a reventar me sube hasta la planta trece. Casi todos los cubículos ya están ocupados. A diferencia de Los Ángeles, nadie se inmuta por mi presencia. Camino hasta el rincón derecho al fondo, donde se ubica el departamento de marketing.

Es como entrar en otro mundo. Las paredes están cubiertas de impresiones a color, recortes de revistas y un mosaico de pósits que forman una especie de telaraña gigante de ideas. Tres personas se agrupan en un extremo, enfrascadas en lo que suena como un intenso debate sobre una paleta de colores. El resto no levanta la vista de la pantalla.

—Hola —digo, insegura, mientras cuelgo el bolso en el respaldo de la silla.

Unas cuantas cabezas se giran.

—Soy Julia Thomas. Trabajo para Mavericks en L.A.

—Bienvenida —responde el tipo sentado en la esquina, junto a la ventana.

Tras él, las vistas son impresionantes. Un poco más allá distingo el Tower Bridge, un derroche de detalle arquitectónico.

—Claire estará contigo en un momento.

Se aparta un mechón de pelo castaño de la cara y vuelve a su pantalla. Los demás asienten sin demasiado interés y retoman lo que estaban haciendo.

¿Qué le pasa a esta oficina con la impersonalidad? No tiene nada que ver con los equipos llenos de vida y colaboración a los que estoy acostumbrada. Pienso en mi gente de Los Ángeles, y me pregunto si me echan tanto de menos como a ellos. Estoy sufriendo por estar lejos.

Me quito el abrigo y me instalo en el cubículo vacío. El año pasado organicé una propuesta de temporada a última hora y moví al equipo entero para sacarla adelante en menos de una semana. Ahora… ahora soy la nueva americana rarita.

Maldigo el momento en el que la ruptura me dejó ahogándome y hecha añicos. Sí, lo sé, un cliché de manual, pero sentía que no había nada que pudiera hacer para recomponerme. Todo por un hombre.

Nunca he sido de rendirme. Diría incluso que jamás he abandonado nada; pero cuando el ascenso por el que tanto había luchado fue para otra persona, estuve a punto. La oportunidad de viajar a Londres, tres meses, me salvó. Hubo algunos interesados, pero nadie se lanzó. Demasiado frío, demasiada lluvia, demasiado lejos de los supermercados absurdamente caros donde te cruzas con famosos.

Y no voy a mentir, desde que dejé atrás mi dosis diaria de vitamina D he estado más irritable de lo normal. Pero sigo empeñada en rescatar mi carrera, aunque la bienvenida sea nefasta… y sin distracciones.

—Hola —dice una voz que aparece por encima de mi monitor—. Tú debes de ser Julia Thomas. Soy Claire. Te ayudaré a orientarte por la oficina.

Levanto la vista y me encuentro con una sonrisa cálida y unos ojos color avellana. Su pelo, rubio, corto y desordenado, cae sobre

su frente, y una energía amable emana de ella. Le devuelvo la sonrisa, aliviada de sentirme reconocida por fin.

Deja su bolso en el escritorio de al lado y me tiende la mano. Se la estrecho, sintiéndome mucho más centrada que hace unos minutos.

—No sabes lo mucho que me alegra conocerte —admito, mirando de reojo a mi alrededor.

Debe de ser observadora, o quizá mi cara lo dice todo. La sonrisa forzada y la forma en la que mis ojos merodean un segundo de más.

—No les hagas caso —dice—. A veces pueden ser unos gilipollas.

El del pelo castaño se gira con una mirada asesina.

—Ni lo intentes, Daniel —contesta ella sin mirarlo siquiera—. Anda, vamos a por un café. Te cuento todo lo que necesitas saber, cariño.

Claire resulta ser una auténtica experta. Me hace un tour, me presenta a —como dice ella— las personas que merece la pena conocer y, lo más importante, consigue cafeína.

Resulta que la oficina es mucho más relajada de lo que parece. El equipo funciona como un dado de seis caras. Daniel, el maestro del recibimiento inexpresivo, trabaja junto a Oliver, Henry y James. De forma no oficial, Claire y Lucy se encargan de mantenerlos a raya.

Cada uno presenta sus propuestas por separado, pero en cuanto se selecciona una idea, todos trabajan juntos para darle forma.

De vuelta en mi escritorio, intento sumergirme en mi propuesta. Las ideas brotan de mis dedos como el calor que sube del asfalto en una tarde de verano en *Sunset*. Canalizo toda mi vida en Los Ángeles, ese verano eterno va directo al documento. El ambiente de sol y playa sale solo.

Lo que no sale es la parte romántica.

Por ahora, más que un retiro en pareja, parece una escapada para solteros. Me quedo mirando la pantalla como si la inspiración fuera a caer del cielo. Pero, ¿cómo va a venir si estoy intentando crear una fantasía que ya ni yo misma creo posible?

Claire, la líder social indiscutible, consigue reunirnos a todos para un almuerzo improvisado. Oliver y Lucy, guardianes de las redes sociales de Maverick UK y siempre al tanto de cualquier tendencia,

nos llevan a un sitio de *fish and chips*. Hace poco fue elegido como "favorito local".

—No sé yo —murmura Daniel mientras avanzamos entre trajes impecables y el repiqueteo de tacones sobre en el empedrado, su cerebro de analista peinando el concepto en busca de fallos—. ¿Cómo de grande es el área a la que este "local" se está refiriendo?

—Ha subido mil seguidores en dos días —presume Lucy, encantada. Me pregunto si descubrir joyas así le produce el mismo chute de dopamina que un "me gusta" nuevo.

—Eso no es una muestra representativa —discute él.

—Ni tampoco tu obsesión con las hojas de cálculo, vamos —le suelta Henry con una media sonrisa mientras sujeta la puerta.

—Claro, porque creerse lo que pone en cualquier pie de foto es la opción sensata.

James suelta un suspiro tan exagerado que no sé si está ofendido de verdad.

—Mira quién habla, el de la bienvenida más sosa de la historia.

Daniel le lanza lo que ya he bautizado como su mirada asesina y luego se vuelve hacia mí, incómodo.

—Perdona por lo de antes.

—No te preocupes.

Dentro, el olor a vinagre y fritanga nos golpea de lleno. El local es pequeño, con paredes de azulejo blanco y azul pálido. Aunque los extractores rugen a todo lo que dan, el olor a pescado salado se queda flotando como un sello de identidad.

El pescado y yo siempre hemos tenido una relación estrictamente cordial, pero lo pruebo igualmente, decidida a abrazar la cultura local —tras mucha presión grupal, eso sí.

Admito que, para cuando vuelvo a casa, han conseguido que me sienta capaz de encajar en esta oficina. El frío recibimiento de esta mañana queda completamente olvidado.

—NO ES NUESTRO LUGAR HABITUAL, pero nos sirve —dice Emma mientras le hinca el diente a su taco *al pastor*. Está sentada en el patio de su oficina, las palmeras se mecen con la brisa del océano detrás de ella.

Estamos manteniendo viva nuestra tradición de Martes de Tacos, solo que yo estoy cenando en vez de comiendo, y en lugar del sol californiano entrando a chorros por la ventana, hay una tormenta eléctrica iluminando mi salón.

—¿Qué tal vas con Liam? —pregunto. Su última conquista que le dura más de una semana.

—Ni idea. No sé nada de él desde hace un par de días.

Emma no cree en el *ghosting.* No se toma nada lo bastante a pecho como para que eso le afecte.

—Ay, de verdad pensaba que este iba a aguantar.

Se encoge de hombros y baña su siguiente taco en una cantidad indecente de salsa picante. La metáfora perfecta de ella misma: más ardiente que *Death Valley* en todos los sentidos.

—Potencial desperdiciado —añade, poniendo los ojos en blanco —. Creo que no podía seguirme el ritmo.

Claro. Imagínate esto: levantarse a las seis para ver el amanecer, dar un paseo por el mercadillo de Hollywood los domingos, primer café sobre las diez, antes de prepararte para ir a la playa. Segundo café en el camino, surfear hasta que las piernas no respondan, con paradas solo para echarte crema solar y comerte el bocadillo del día. Atardecer, ducha y otra vez fuera, a cenar y a tomar algo. Día tras día.

—Dos semanas me parece hasta impresionante —concedo, dándole algo de crédito al pobre hombre.

—Tú lo llevas bien —replica.

Tiene razón. Aunque yo tengo años de práctica… y suelo saltarme el amanecer.

—Leer mientras me pongo morena no es lo mismo que horas de actividad física intensa mientras intento no ser triturada por un tiburón.

—Tú y tus miedos irracionales —se burla—. Me apuesto a que ahora mismo preferirías estar en el agua.

Lo pienso un instante. Las probabilidades de cruzarme con un pez enorme son prácticamente nulas. Probablemente me arriesgaría si eso me sacara de este diluvio bíblico.

—Tienes razón, mis ganas de sol y arena caliente pesan más que el miedo.

Emma asiente con un murmullo satisfecho.

—¿Has pasado a ver a mis padres?

Todavía no he sido lo bastante valiente para llamarles. La culpa me muerde cada vez que pulso su contacto.

—Están bien —me tranquiliza—. Los vi esta mañana de camino al trabajo. Relajándose en el porche, como siempre. Sé que piensas que los estás decepcionando, pero estoy segura de que tu madre preferiría oír tu voz antes que conocer cualquier éxito laboral.

—Uf, ya lo sé —gimo—. Ojalá hubieras venido tú también.

—Si no fuera por el reportaje que estoy investigando, lo habría hecho. Aun así, tú puedes con todo.

—Eso espero —suspiro—. Si no hubiera estado tan distraída con lo de Noah, ahora sería jefa de marketing.

En cambio, llevo meses atascada como Especialista de Marketing Senior.

—Da gracias a que Joshua no te dio su número —se ríe—. Habría sido una distracción muy sexy.

Y qué razón tiene.

Harrison tiene ese aire natural que te relaja, coquetea sin esfuerzo, es encantador hasta la médula. Y esos ojos, de un azul hipnotizante. A eso súmale los hombros anchos, la risa fácil y esos dedos llenos de anillos, y mi periodo autoimpuesto de sequía está pidiendo agua a gritos en pleno desierto. Sí, habría sido peligroso… tanto para mi ascenso como para mi corazón.

TENGO MI PRIMERA MISIÓN PERSONAL: aprenderme todas las bromas británicas. Los chicos se han propuesto usar todas las expresiones inglesas posibles para "echarle picante" al hecho de que la nueva es estadounidense. Y sorprendentemente, tienen MUCHAS. Demasiadas, si me preguntas. Me he pasado el día dejando que los chistes me pasen por encima sin entender ni la mitad. Así que, chicos, reto aceptado.

La mayoría del equipo se ha ido ya. Estoy en mi escritorio, cotilleando a escondidas una página web que promete enseñarme toda la jerga en uso hoy en día. El último que he visto decía que *colder than a witch's tit* (literalmente, más frío que la teta de una bruja) se usa para expresar que hace un frío de cojones. Y sí, se usaba… hace décadas. No he tardado ni treinta segundos en avergonzarme y en hacer que a Lucy casi se le escape el pis de la risa.

Por el rabillo del ojo, veo a Henry levantarse y cierro la ventana del navegador a toda prisa.

—Que pases buen finde, Julia. ¡*Cheerio*! —dice, con una sonrisa diabólica.

Los únicos *Cheerios* que conozco son los cereales de América.

—Nos vemos —respondo con los ojos en blanco.

—¿Te apetece ir a tomar algo antes de irte a casa? —me pregunta Claire.

Una chispa diminuta me enciende el pecho. Igual este viernes no va a ser tan aburrido como pensaba.

—Me encantaría.

—Conozco un sitio aquí cerca. No es nada del otro mundo, pero las copas son baratas.

—Cualquier sitio supera otra noche a solas en mi piso —contesto sin filtros.

—Ah, y tienen mesa de billar —añade, emocionada.

Oh, no. No puede ser. ¿Otra vez?

—Suena divertido —digo, intentando sonar entusiasta, aunque me sale más como un chillido extraño.

Me había prometido no volver a *The Anchor* después del otro día, y, sin embargo, aquí estoy, plantada otra vez en la puerta.

Mi cerebro se pone en modo hipervelocidad, repasando todos los escenarios posibles. Las probabilidades de que él esté aquí en una noche tan concurrida son casi nulas. Aun así —y pese a mi objetivo de cero distracciones— la curiosidad me corroe.

La voz de Claire atraviesa mis pensamientos.

—Te prometo que dentro no está tan mal.

Entramos y escaneo el lugar de esquina a esquina. Parece que estamos a salvo.

—Ya he estado aquí —le digo con media sonrisa—. El lunes no encontraba dónde refugiarme de la lluvia y me quedé aquí, esperando a que pasara con una copa.

Me da una palmadita en el hombro.

—No te culpo.

Le doy gracias al universo cuando ella insiste en pedir la primera ronda. Agacho la cabeza todo lo que puedo para evitar cruzarme la mirada con Tony. Lo último que quiero es que piense que soy una acosadora. Vuelve al cabo de un par de minutos con dos cervezas frías.

—El camarero te manda saludos —dice, mirándome con las cejas levantadas.

Bueno, ha durado poco. Giro la cabeza y veo a Tony saludándome con una sonrisa. Levanta una mano y vuelve a su faena. Pillada.

—Bueno… hablemos de la jerga británica —empiezo.

—Acabarás cogiéndole el truco —me anima.

—¿Y si te soborno para que me pases las respuestas?

—Hmm… —Finge pensarlo—. Si se corre la voz de que revelo secretos de Estado, acabaré hundida. Tengo una reputación que mantener.

Me río por lo bajo. Después de una semana observando su dinámica, no me cabe duda de que esa filtración vendría acompañada de alguna consecuencia absurda.

—¿Llevas mucho en Mavericks?

—Unos cuatro años —responde, restándole importancia con un encogimiento de hombros—. Me encanta, pero no sé cuánto más aguantaré allí.

Le lanzo una mirada inquisitiva.

—Estoy ahorrando para intentar abrir mi propia agencia de marketing.

—Guau, eso es increíble —digo, honestamente—. Yo no me atrevería nunca.

Y es cierto. Por mucho que tenga sueños y aspiraciones guardados en un cajón, no tendría el valor de dejar mi trabajo para perseguirlos. Estoy segura donde estoy.

O eso pensaba. También creía que estaba segura en mi relación, y no veas lo mal que terminó aquello.

—No digas eso —casi me regaña—. Nunca lo sabrás, a no ser que lo intentes. Si no funciona, siempre puedes retomar lo que haces ahora.

—No es tan simple.

—Bueno… ¿Y qué es?

—¿Qué haría si fuese como tú? —Ella asiente, invitándome a seguir—. No sé… Antes me apasionaba la fotografía, pero nunca llegué a nada.

—¿Y cómo lo sabes si nunca lo has intentado?

—Porque más de uno ha insinuado que no… doy la talla.

Insinuado, no; más bien me forzaron a darme un baño de realidad. Pero eso no se lo cuento.

—Aunque no tuviera que dejar mi trabajo, tendría que salir de mi zona de confort y mostrarme al mundo, y eso ya es difícil en sí.

—Poco a poco —insiste—. El viernes que viene hay una sesión de fotos en Hyde Park. Conozco al fotógrafo; seguro que te deja echar unas cuantas.

Le dedico una sonrisa tensa. Aún no estoy ni remotamente preparada para sujetar una cámara de nuevo.

—Lo pensaré.

—Disculpad, chicas. Os retiro las copas vacías.

Esa voz. No puede ser.

Un brazo largo, lleno de tatuajes, se cuela entre nosotras para recoger los vasos vacíos apoyados en la pared. No es él, me digo. Él no está tatuado.

Estoy convencida de que me estoy volviendo loca… hasta que levanto la vista. El pelo rubio cayéndole casi hasta los ojos. Ese tono inconfundible de azul que me atrapa al instante. Nuestras miradas se encuentran. Me lanza un guiño y se marcha con una sonrisa tan amplia que le sale un hoyuelo diminuto en la mejilla derecha.

Mi corazón da una voltereta traicionera.

Claire, tan ajena a todo como cabría esperar, le da otro sorbo a la cerveza sin sospechar que Joshua Harrison nos acaba de limpiar la mesa. Porque, ¿cómo podría a imaginar que alguien como él estaría aquí? Trabajando, además, como camarero.

Me termino la cerveza casi de un trago, no porque tenga sed, sino porque necesito una excusa para levantarme a por otra. ¿Qué está haciendo? Mi cabeza se llena de una retahíla de comentarios burlones que se me amontonan en la lengua.

Cuando dejo la botella en la mesa, después del trago más largo de mi vida, Claire me mira como si fuera medio alcohólica.

—Muchísima sed —digo, limpiándome una gota del labio—. Ahora vuelvo.

Él está en un rincón, metiendo vasos sucios en el lavavajillas.

—¿Este es tu nuevo plan? ¿Trabajar de camarero infiltrado?

Se gira hacia mí con una media sonrisa, sacudiendo la cabeza para apartarse el pelo. Los mechones rubios siguen el movimiento con una facilidad insultante.

Aprieto los labios para no soltar una carcajada.

—Solo por esta noche. Yo lo llamo investigación. Tony lo llama lavaplatos-y-barman de emergencia.

—Parece que has perdido una apuesta con los de vestuario y te han dejado los restos de algunos disfraces.

Su risa sale profunda, de las que nacen en el estómago, igual que el lunes. La emoción de saber que puedo provocar eso me recorre entera.

Se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la barra. Yo doy un paso, aceptando el desafío.

Extiende la mano y mueve los dedos, llamándome.

—Vamos —me incita—. Suéltalo todo.

—Pareces una versión decolorada del Bieber de la era Baby.

Otra carcajada, grave y encantadora. Me quedo embobada.

Se toma un segundo. La distancia entre nosotros, imprudente. Compartimos una sonrisa silenciosa. El ruido del bar se desvanece.

—No pensé que volvería a verte.

—Yo esperaba que no.

—Auch. —Se lleva la mano al pecho, fingiendo dolor.

Pongo los ojos en blanco.

—No te lo tomes a mal. Los dos sabemos que tu encanto no iba a facilitarme esta parte.

—¿Qué parte, exactamente? —pregunta con una sonrisa torpe pero irresistible.

—La parte en la que recuerdo que tengo objetivos. Que no quiero distracciones. Que quiero un ascenso. Y que he venido a reinventarme.

—Ah. Y yo soy demasiado desvío.

Asiento.

—Ahora entiendo por qué saliste corriendo el lunes.

—No corrí —protesto—. Me retiré estratégicamente de la situación.

—Te fuiste tan rápido que pensé que me lo había imaginado todo.

Probablemente habría sido lo mejor. Seguimos muy cerca el uno del otro, a escasos centímetros, y me quedo sin palabras porque, aceptémoslo, sí… corrí.

Inclina la cabeza hacia mi oído y susurra:

—Eres de otro planeta, Julia Thomas.

Soy dolorosamente consciente de que hace meses que no estoy tan cerca de un hombre. Mi piel se despierta. Hormiguea.

Su olor me envuelve. ¿Sería muy raro si inhalo hondo? No se queda lo suficiente para poder descifrar qué colonia lleva.

—¿Debería tomarme eso como un cumplido? —bromeo.

Él arquea una ceja y se gira para coger un vaso con hielo. Al estirarse para alcanzar la misma botella de whisky de la que Tony

me sirvió, la camiseta negra se le sube lo justo para dejar ver un tramo de piel, suave y bronceada.

Vuelve y sirve el alcohol marrón oscuro con una lentitud provocadora.

—Supongo que nunca lo sabrás —dice, empujando el vaso hacia mí—. A este invito yo.

Abro la boca para protestar, pero lo llaman desde el otro lado de la barra.

—El deber me reclama —murmura, recolocándose la peluca. Está intentando que me ría, romper la tensión eléctrica entre nosotros. Y se lo agradezco, porque funciona.

—Ve a por ellos, *Justin*.

Vuelvo a la mesa como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de ligar con Joshua Harrison, otra vez, peluca rubia incluida.

Se queda detrás de la barra lo que queda de la noche, lo cual me permite centrarme en Claire. Me lanza una mirada curiosa, y no sé si es por el whisky o porque ha visto parte de mi interacción con el aspirante a estrella del pop.

No dice nada. La conversación fluye hacia terrenos normales. Viene de una familia enorme —cuatro hermanos y anécdotas para aburrir.

Aun así, no puedo evitar mirar a Harrison. Y, la mayoría de las veces, me encuentro que él también me está mirando. Cada cruce de miradas es un imán, un chispazo, un comentario ingenioso sin pronunciar.

Pero también, un recordatorio: esto tiene que quedarse así. Con distancia.

Mi cuerda floja no puede tensarse más.

LA LUZ que se cuela por la ventana me despierta. Parpadeo, desorientada.

¿Sol?

Me levanto para comprobarlo y sí, hay un tímido rayo asomándose entre las nubes.

El reloj de la mesilla marca las doce del mediodía. Me ruge el estómago y me late la cabeza. Si quiero sobrevivir, necesito comida.

Me pongo un chándal y una chaqueta ligera. Las llaves están en la encimera, pero mi cartera… desaparecida.

Reviso la ropa de anoche. Nada.

Me la habré dejado en el bar.

—Joder…

En un intento desesperado —y con resaca— de no tener que ir al centro, busco el número de *The Anchor* y llamo.

Tony contesta tras varios tonos.

—¡Hola! Soy la chica americana que…

—¡Oh!, señorita Julia, me imagino por qué llama.

¿Sabe mi nombre?

—Por favor, dime que me dejé ahí la cartera.

Suelta una risa.

—Aquí está. Se te olvidó en la mesa.

—Gracias —suspiro, aliviada—. ¿Podrías guardármela? La recojo mañana.

—Por supuesto, señorita Julia.

El resto del fin de semana se pasa volando. Me obligo a terminar de deshacer maletas, intentando más o menos sentirme como en casa. Estoy terminando de cenar cuando Emma llama para ponerme al día de todo lo que me estoy perdiendo allí.

Mi padre se ha aficionado a la escultura en arcilla y está volviendo a mi madre loca. Está haciendo una cámara Polaroid en miniatura para que la ponga en mi piso cuando vuelva.

Se me encoge el corazón solo de pensarlo.

LLEVO toda la mañana trabajando en mi presentación… o, mejor dicho, mirando la pantalla mientras me quejo mentalmente. El tema parece una broma cruel del universo. ¿Amor de verano? Más bien de

usar y tirar. Quien quiera comprar esto es tan ingenuo como lo fui yo. Conjuntos deportivos, piezas de lino, bañadores, incluso ropa interior. Todo perfectamente combinado para él y para ella. Los diseños están bien, podría defenderlos si no tuviera que vendérselos a parejas cuyo futuro seguramente vaya a explotar en mil pedazos. Como el mío.

Todavía tengo que recoger mi cartera, así que hago una parada aprovechando la hora de comer. El bar está vacío: demasiado tarde para la comida inglesa y demasiado pronto para la avalancha de después del trabajo.

—¿Cuánto te dio de beber mi nuevo empleado? —se burla Tony en cuanto me ve.

—Lo suficiente como para olvidar mi única identificación en un país extranjero —bromeo.

Abre un cajón y saca mi cartera.

—Gracias —digo, apretándola contra el pecho.

—También tengo esto para ti…

Me pasa un papel doblado.

Frunzo el ceño. ¿No pagamos la cuenta?

—¿Qué es esto?

Se encoge de hombros.

Abro el papel. Es una nota escrita a mano… firmada nada menos que por Joshua Harrison.

Capítulo Tres

LA CIERRO DE GOLPE, como si me quemara los dedos. Noto cómo se me encienden las mejillas. No debería haber vuelto al bar. Tendría que haber fingido que no lo conocí a través de su disfraz.

—Tony… —digo despacio—. ¿Qué es esto? ¿Y por qué lo tengo yo?

Se encoge de hombros.

—Ni idea. Josh fue quien encontró tu cartera. Me dio eso junto con ella.

Gimo y dejo caer la frente contra la barra. ¿Qué puede tener que decirme que sea tan importante como para dejarme una nota? Me incorporo y la abro.

¿Cuántas probabilidades había de que nos encontráramos dos veces en una semana? El lunes pensé que, si tenía que ser, sería. Luego me hablaste de tu regla dorada de 'cero distracciones'... así que imagina mi cara cuando encontré tu cartera. Si querías volver a verme con tantas ganas, podrías haberlo dicho.

Después del viernes, voy a asumir que te está yendo bien por Londres. Ya me contarás si esto de 'cruzar el mundo entero' es una técnica eficaz para pasar página. Mantente seca, Thomas.

x Josh.

Termina con una sonrisa enorme dibujada al lado de su firma. Casi puedo oír el tonito bromista. Debería quedarme solo con el autógrafo, recortarlo y venderlo en eBay por una fortuna. Sería lo más sensato. Pero hay algo en él que me provoca, que me incita a seguirle el juego. ¿Cuánto daño puede hacer un intercambio de notas?

—Necesito un papel y un bolígrafo —le digo a Tony mientras guardo la nota en la cartera.

Se ríe, arranca una hoja de su libreta de camarero y me pasa su boli.

¿A qué estás jugando, Justin? ¿Quién iba a decir que estarías en el bar en plena hora punta? No estoy muy segura de que Tony necesitara tanta ayuda... más bien que tú pensaste que era buena idea ponerte una peluca y tatuajes falsos para acercarte a mí. El rubio no te queda mal, aunque te faltó un accesorio clave...

Tengo que decir que no estoy muy convencida de que esta técnica funcione. ¿Cómo sabes que estoy intentando pasar página? Por desgracia, no todos los días pueden ser como el viernes. Llevo aquí casi dos semanas; si sigo pasada la marca del mes, entonces diremos que ha funcionado.

x Julia

Le dibujo una sonrisa aún más grande. Doblo la nota y se la doy a Tony, que la recoge encantado, con la diversión escrita en la cara.

Esta distracción momentánea es suficiente para darme el empujón que necesitaba, y el resto del día avanzo el doble en el trabajo. Me siento moralmente obligada a no dejar que me afecte.

—¿¡QUE te dejó una nota!? —chilla Emma—. ¡Mándame una foto! No puedo creer que me esté enterando ahora.

Le hago una foto rápida y se la envío, mientras la duda y el miedo me suben por la garganta.

—Bueno, tiene razón —dice—. ¿Qué probabilidades había de volver a encontrártelo?

Gimo.

—Seguro que tenía más posibilidades de que me ataque un tiburón.

Emma suelta una carcajada… y de repente ahoga un grito.

—¿Le contestaste? ¡Por favor, dime que le contestaste!

Me sorprende que esta no fuera su primera reacción.

—Sí, lo hice —me quejo—. Y cada segundo que pasa me arrepiento un poco más. ¡Había algo en la nota! No pude evitarlo.

—¿Y qué tiene de malo? ¡Ya toca que vivas un poco!

Lo peor es que tiene razón. Mi única relación empezó en la universidad y, con los años, se convirtió en algo que ya no sentía mío, como si avanzara dentro de la vida de otra persona. Y luego llegó la ruptura, que me dejó hecha polvo. Afectó a mi trabajo, a mi rutina… y destrozó por completo la confianza en mí misma.

—Tengo que mantenerme centrada. Esto es ahora o nunca —digo, más para mí que para ella—. Y sabes que estoy demasiado rota para meterme en algo remotamente romántico. Cuesta conocer a la gente cuando no puedes confiar en nadie.

—Jay, la confianza no es algo que tengas que regalar en cuanto conoces a alguien —dice, con esa sabiduría suya—. Ni en amistades,

ni mucho menos en relaciones. Se construye con el tiempo. La otra persona tiene que demostrarte, con hechos, que se la merece.

—¿Y se supone que debo soltarme y esperar que salga bien? Ni hablar —respondo—. Y menos con él. Ese tío desprende encanto y flirteo… seguramente de tanto practicar.

—Pues parece ser de los pocos en Hollywood que no son unos mujeriegos. Estuvo saliendo con Emily Lawrence como tres años —dice Emma—. Incluso estaban comprometidos. Cuando terminó la serie, ella lo dejó. Lo usó por completo. Semanas después se cruzaron en el *Sunrise Club*. Él terminó peleándose con el nuevo novio de ella. Brutal. Nadie sabe qué lo desencadenó.

La información me golpea en el estómago. ¿De verdad hay gente tan egoísta como para hacer algo tan bajo? Que te dejen es una cosa; humillarte en público y meterte en un circo de tabloides es otra.

—Así que a eso se refería cuando mencionó su desastre con la prensa —murmuro—. No me dio la impresión de ser alguien que recurra a la violencia.

—Algunas de mis fuentes dicen que no empezó él, pero nunca salió ningún vídeo —explica Emma, tirando de contactos de periodista—. ¡No me cambies de tema! Suelta ya. ¿Qué le contestaste?

—¡Ni me acuerdo! Le piqué un poco y… no debería haberlo hecho.

—No me digas que no te mueres de curiosidad por ver adónde va todo esto.

—No va a ninguna parte —digo con firmeza—. Seguro que fue algo puntual. Solo me estaba chinchando por olvidar mi cartera.

—Hazlo por mí. Ve a ver si te ha escrito algo, aunque sea.

—No sé si podría volver a vivir ese momento. Necesito procesarlo —murmuro, con los traumas asomando—. ¿Y lo vergonzoso que sería aparecer allí y que no haya nada?

—Hazme caso. Te va a escribir.

ESTOY SENTADA EN MI MESA. La llovizna cae detrás del cristal, dibujando formas caprichosas sobre las ventanas enormes, y Londres aparece difuminado al fondo. La oficina está tranquila, solo el tecleo de última hora y el roce de papeles rompen el silencio.

Me termino el último sorbo de café tibio mientras repaso por enésima vez el borrador de mi presentación antes de guardarlo. Cada diapositiva ahora tiene una mezcla de tendencias, análisis, voz de marca… y una chispa de espíritu de Los Ángeles para darle vida.

Tengo pósits por todas partes en mi cubículo, a modo de decoración improvisada. Paletas de color. Una frase que garabateé después de releer su despedida, esa tan descarada. Volví a poner los ojos en blanco… y acto seguido escribí dos eslóganes de golpe.

Me ha llevado días arrancar. Pero ahora todo empieza a encajar. Puede que no haga falta hablar del amor. El secreto, la chispa, el flirteo… quizá con eso baste. Al menos para que este proyecto funcione. No se trata de vender la colección; se trata de reinventarme.

Son pasadas las seis y la planta lleva vacía un buen rato. Mi playlist de Miércoles de Supervivencia ya va por la segunda ronda. Llevo un rato dándole vueltas a si debería volver a *The Anchor*. Una nota escrita a mano parece… segura. Controlable. Solo existe si yo voy. Puedo parar cuando quiera. Nada que ver con los mensajes de texto, que te enganchan al momento y te distraen sin piedad. Esto es más lento. Más suave.

Me dejo caer contra el respaldo, paso los ojos por la diapositiva final una vez más. No está perfecta, pero va tomando forma. Tengo el cerebro frito después de vivir el día más productivo desde que llegué a Londres. Guardo el archivo, cierro el portátil con un clic suave y lo meto en el bolso. Hora de cambiar el brillo de la pantalla por las luces tenues del bar. Y de rezar para no hacer el ridículo plantándome allí… para nada.

Dentro, hay varias mesas ocupadas. Gente acabando el día con una caña, un par de grupos apoyados en la barra. Tony está en su sitio de siempre y, cuando me ve, asiente como si supiera que iba a venir.

—¿Tenemos nota? —pregunto, acomodándome en un taburete.

—La tenemos, señorita Julia —responde con media sonrisa.

Abre el mismo cajón de la otra vez y saca una hoja un poco más grande, doblada por la mitad.

En cuanto roza mi mano, me doy cuenta de cuánto deseaba que hubiera una segunda.

¡Ah! Las gafas. Qué incompetente por mi parte. Igual debería teñirme. Me ayudaría a pasar desapercibido. Solo por curiosidad... ¿Eso aumentaría o bajaría mis posibilidades contigo?

Voy a dar por confirmado que di en el clavo. Lo sé porque veo en tus ojos la misma lucha que tuve yo hace no tanto. Pero yo debería haberlo visto venir con ella. Ahora los medios me pintan como alguien que ni siquiera reconozco.

Confiaba demasiado. Y la mayoría de las veces, cegarte tanto hasta que dejas de ver lo que tienes delante no suele acabar bien.

¿Hablabas en serio con lo de volver a Estados Unidos en dos semanas?

x Josh.

En lugar de una carita sonriente, me ha dibujado una sonrisa ladeada y unas gafas redondas. Oigo su voz en mi cabeza mientras leo; grave, segura, juguetona… pero más sincera de lo que esperaba. Hay tanto en tan pocas líneas que no sé ni por dónde empezar.

Paso los dedos por las letras, imaginándomelo sentado en ese mismo rincón, deteniéndose entre frase y frase, pensando qué decir… igual que estoy haciendo yo ahora.

Hay algo en escribir en papel que lo hace más… real. Más deliberado. Cada palabra escogida a conciencia. Cada silencio merecido.

Debería dejarlo aquí. Coger la nota, darle las gracias a Tony y marcharme antes de que este juego se me vaya de las manos. Pero en vez de eso, saco mi cuaderno azul y el bolígrafo y empiezo a escribir.

Rubio o no, tus posibilidades siguen firmemente en cero.

Me cuesta imaginar cómo debe ser vivir una vida como la tuya. No creo que sobreviviera ni un día. Estaría todo el tiempo pensando si la gente está ahí por los motivos correctos. ¿Cómo sabes que no es así conmigo?

Sobre la confianza… ese sentimiento lo conozco demasiado bien. Parece que nuestra cabezonería solo ha servido para hacernos daño. Yo desperdicié años…

Y, para tu desgracia, sí. Mis últimos dos meses aquí dependen de si escogen mi propuesta o no. Es un mercado difícil.

x Julia

No sé dibujar, no podría hacerlo bien ni aunque de ello dependiese mi vida pero hago el intento más digno posible de esbozar un avioncito diminuto. Lo leo un par de veces, obsesionándome con cada palabra, antes de doblarlo. Lo sostengo unos segundos más, dudando. Tony me lo quita de las manos justo a tiempo, evitando que me arrepienta y lo reescriba entero. Lo deja caer en lo que ya considero oficialmente el cajón de las notas.

—Este intercambio epistolar que os traéis… —dice sonriendo—. Voy a tener que empezar a cobrar comisión. Si no fuera porque

hacía meses que no oía reír a Josh, lo habría cortado en seco desde la primera nota.

Algo dentro de mí se engancha a eso. Me siento absurdamente orgullosa, como si hubiese logrado devolverle un pedacito de algo que había perdido. Como si hubiese aprobado un examen que no sabía qué estaba haciendo.

La necesidad de repetirlo vuelve a crecer en mí como un torbellino: hacerlo reír, provocarlo otra vez, perseguir esa chispa. Mantenerla viva mientras pueda.

—¿Me puedes devolver la nota? —pregunto, dispuesta a reescribirla entera como si fuera un monólogo cómico.

Tony niega con la cabeza, disfrutándolo demasiado.

—Buen intento.

Mi móvil, apoyado en la barra, empieza a sonar a todo volumen. Emma. Seguro que quiere saber por qué no le he escrito todavía.

—Se me está haciendo tarde. Debería irme —digo guardando la nota de Harrison en mi cartera, junto a la otra, antes de coger mi bolso.

—¿Cuándo volverás? —pregunta Tony con toda la tranquilidad del mundo.

—Uy, qué pillo —respondo, con una media sonrisa—. Dile a Harrison que tenga paciencia.

Le mando una foto de la nota a Emma mientras voy de vuelta a casa. Prometo llamarla en su hora de comida. No contesta de inmediato —se habrá quedado en shock—, pero cuando lo hace, los mensajes llegan a ráfagas.

EMMA

No me creo lo que está pasando.

Pero… ¡¿Qué?!

Está siendo totalmente transparente con que le gustas.

¡Julia! ¡El hombre más sexy de 2023 se muere por TI!

No te miento, estoy un poco celosa.

Su euforia me contagia.

Sus notas despiertan algo en mí que llevaba mucho sin sentir. Y es precisamente por eso por lo que sé que estoy entrando en terreno peligroso.

ESTAMOS TODOS ALREDEDOR DE MAX —el fotógrafo asignado— mirándolo mientras gira la cámara buscando ángulos imposibles, haciendo fotos a las modelos que llevan la colección de primavera. Se agacha, luego se incorpora con una agilidad que no tiene sentido.

La luz hace la mitad del trabajo. Por primera vez en una semana, el sol baña todo con un dorado suave. El paisaje parece sacado de una postal. El césped y los árboles están tan verdes que casi brillan. El aire huele a hierba recién cortada, limpio, fresco, con ese toque terroso que te vacía de estrés con una sola bocanada.

—¿Segura que no quieres probar? —pregunta Max, girándose hacia mí.

Claire ha llegado antes que todos y, por lo visto, ya le ha contado su versión sobre mi potencial desaprovechado. No he tenido ni una oportunidad de explicarle mi historial traumático con el tema. Aunque dudo que mis miedos sirvieran de mucho como defensa.

—Estoy bien —digo, encogiéndome de hombros—. Ni siquiera me he traído la cámara.

—Tonterías. Usa la mía. —Me la planta en el pecho sin previo aviso—. Ya casi hemos terminado. Puedes rematar tú.

Estoy a punto de devolvérsela. Claire debe intuirlo, porque lo aparta de mi alcance antes de que pueda protestar.

Y así, de repente, la cámara está en mis manos.

El peso del objetivo es una sensación que no sabía que había echado de menos. Ha pasado tanto tiempo… desde aquel desastre del concurso local hace año y medio.

Me tiemblan un poco las manos y me sudan las palmas. No sé ni qué decirles a las modelos. Probablemente haga el ridículo, pero… la cámara me está llamando.

Me la llevo a la cara y, de pronto, todo encaja. Solo estamos yo, el visor, la luz y las figuras frente a mí. Todo se ralentiza.

Las sombras marcan las telas, destellos salen de unas gafas que cuelgan del cuello de una camiseta. Empiezo a dirigir con pequeños movimientos, palabras bajísimas. Mi estilo no será muy ortodoxo, pero no importa; siempre me ha gustado encontrar la magia en lo cotidiano.

No paro hasta que Max vuelve y me toca el hombro. Bajo la cámara con una pequeña sonrisa, avergonzada por lo completamente en trance que he estado.

—Ha sido divertido —le digo, devolviéndosela. En realidad, ha sido mucho más que divertido. Ha sido… revivir—. Puedes borrarlas todas, seguro que no son buenas.

—No, no, no —dice, casi ofendido—. Pensamientos positivos, por favor. Te las mandaré al correo del trabajo cuando estén listas.

—Gracias. De verdad, significa mucho para mí.

Mucho más de lo que él imagina. Aunque esas fotos nunca salgan a la luz, han cumplido su misión. Me han devuelto un pedacito de lo que pensé que había perdido para siempre.

Cuando salgo del trabajo, la siguiente nota ya no es un simple capricho, es una necesidad. Me doy un poco de margen. Al fin y al cabo, es viernes. Y, sinceramente, me sorprende haber aguantado cuarenta y ocho horas enteras.

—Ya era hora —dice Tony, sacando un papel del cajón.

—La paciencia es de las mejores virtudes que puede tener un hombre.

Una mujer lo llama desde el otro extremo de la barra. Asiento para que vea que estoy bien, y él vuelve a repartir bebidas.

Me repito que es solo papel y tinta. Pero mis dedos lo sujetan como si fuera algo más. Por un instante, el ruido desaparece y la gente se difumina hasta que solo quedo yo.

No me cuestiono nada cuando se trata de ti porque, como tan amablemente dijiste en tu última nota, mis posibilidades son

inexistentes. Así que podemos descartar la teoría de las segundas intenciones.

Además, ha sido como un soplo de aire fresco que no me trates como a una celebridad 24/7. ¿Normalmente? Suele ser bastante horrible. Cuando estaba en la universidad, me apasionaba actuar —todavía sucede—, pero nunca quise la fama que viene con este trabajo.

Nada de lo que vivimos es un desperdicio, siempre que lo tomes como una oportunidad para aprender y crecer. Lo que fuera que pasó... te trajo hasta aquí, ¿no?

Ahora que sé que tu tiempo aquí tiene fecha de caducidad, y por mucho que esté disfrutando esta forma extraña de comunicarnos... no es suficiente. Confío en que guardarás esto a buen recaudo: 204-577-1306. No tienes por qué usarlo. Pero estaré esperando.

x Josh.

Capítulo Cuatro

—BUENO, sabía que estabas comprometida con la absurda parte de 'no distracciones' de tu plan —dice Emma, de camino a su casa—. Pero no me imaginaba que te resistirías a llamarlo durante todo el fin de semana.

Estoy sentada en mi cama, con el pijama puesto y las piernas cruzadas. Mi mirada fija en la nota. Ha vivido en mi mesilla de noche desde el viernes.

No paro de repetirme que no mandarle un mensaje ha sido la decisión correcta. Tengo que estar centrada, sin desviarme del plan. Y lo he conseguido. Durante tres días enteros.

Aun habiendo escrito por lo menos una decena de mensajes que no he enviado.

Pero entonces he llegado al trabajo hoy, y nada fluía. Ya estoy estancada otra vez. Lo que significa que no he podido decidir si crear esta distancia con Joshua ha sido contraproducente. ¿Y si ahora no puedo salir de este bloqueo? Aparentemente, el anhelo es como mi gasolina creativa.

—Pues sí, no le he escrito.

Lo digo como si no supiera que la táctica que pensaba que me ayudaría a concentrarme no fuese exactamente lo que está matando mi inspiración.

—Así que, ¿cómo es posible que trabajara mejor cuando estábamos intercambiando estas estúpidas notitas?

—A lo mejor te pareces más a un perro de lo que yo creía —replica. —Sabes, el refuerzo positivo es real. Necesitas tu recompensa para seguir funcionando. Y ahora que tienes su número, no te va a dejar más notas.

Se toma un segundo y suspira de manera teatral.

—Es todo o nada, amor.

—Genial —gruño, sonando como un cachorro enfadado—. En vez de galletitas de pollo, me toca Harrison.

—Por favor, él *es* una galletita.

—Alto, sexy y peligroso.

—Insistes en llamarlo problema como si no quisieras probar —se burla.

—Quiero muchas cosas. No significa que me vaya a poner boca arriba para pedir —resoplo.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué no le escribes? ¿Cómo es posible que no te estés preguntando si ese es su número de verdad?

—Eso es lo único que no me tiene preocupada. ¿Por qué me daría uno falso? No tendría sentido.

Miro a la pantalla y entrecierro los ojos con recelo.

—¿Cómo estás tan calmada? Es raro.

—Fácil. He aceptado que estáis hechos el uno para el otro, así que he reclinado mi asiento en primera fila para ver cómo esta historia de amor surrealista toma forma.

Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa. No estoy de acuerdo.

—Sigo un poco celosa.

—¿Celosa de mi desorden emocional interno?

—Solo una vez. Hazlo por la ciencia, o lo que sea. Mándale un mensaje. Y después verás cómo te va en el trabajo mañana.

Me serviría para probar mi hipótesis.

—Pero es tarde. ¿A lo mejor debería esperar? Puede estar durmiendo.

—Uff, de verdad, Jay. Son las diez de la noche. ¿Cómo de mayor te piensas que es?

Me hago la tonta y pretendo que no he hecho esos cálculos yo misma. Estoy a punto de preguntar, cuando sigue con su discurso.

—Tiene treinta. Solo es un par de años mayor que nosotras.

—Vale. Le mando un mensaje. —Me rindo.

—¡Buena suerte! —canturrea—. Mañana te llamo a primera hora. Guau, esto es mejor que el drama de Hollywood.

Pongo los ojos en blanco y cuelgo. Abro directamente mis mensajes, con la determinación de no perder la valentía. Su número ya está guardado, y un chat en blanco espera.

Entonces, pensando en cómo empezó todo esto, se me ocurre el mensaje perfecto. Mis dedos teclean con vida propia, y lo envío antes de que la indecisión pueda atraparme.

Como si de repente prendiera fuego, apago la pantalla y dejo caer el teléfono boca abajo. Me acuesto y me cubro entera con la manta.

Desde la oscuridad de mi escondite improvisado, me pregunto en qué punto de mi relación previa mi confianza se rompió tanto como para estar así de nerviosa por un mensaje.

Un montón de preguntas empiezan a aparecer en mi cabeza como burbujas.

¿Es normal que tarde tanto en responder? ¿Sabrá que soy yo? A lo mejor el mensaje no es tan gracioso como yo pensaba. Ansiosa, releo lo que he escrito.

Parece que eres tú quien quiere verme otra vez…

Justo cuando empiezo a pensar que me estoy volviendo loca, su respuesta vibra, acabando con mi tortura. Mi cuerpo entero se enciende como si fuera un árbol de Navidad.

HARRISON

No voy a negar que quiero verte de nuevo. Tampoco me creo que no volvieras a The Anchor para buscarme.

Sonrío como hace casi un año que no lo hago. Una sonrisa real, grande, incontenible. Se me había olvidado esta sensación.

Ya quisieras tú, Harrison.

HARRISON

No tengo que querer, cielo. Lo sé.

¿No estás contento de que, por una razón u otra, volviera?

HARRISON

Sí, lo estoy.

Pensaba que no iba a saber nada más de ti.

Llevo esperando una llamada desde el viernes por la noche.

Sigue esperando… esto es lo mejor que haré por el momento.

En serio, ¿quién llama hoy en día? Me avergüenzo solo de pensarlo. De momento sigo en control. Sin llamadas. Todavía no he cedido.

HARRISON

Oh, ¿te has puesto tímida, Thomas?

Si lo prefieres, me puedo ir a dormir…

HARRISON

Nooo.

Su respuesta llega tan rápido que me hace pensar que él anhela esto tanto como yo. Sonrío. Pillado.

HARRISON

Estoy empezando a creer que las notas habrían sido más rápidas… tres días enteros y casi solo puedo decir hola.

¿Qué puedo decir? Soy una chica atareada.

Pero no te preocupes, Justin. Me quedo un rato.

HARRISON

¿Atareada, eh? ¿Algo que contar?

Finde de chicas. Haciendo amigos, comprando…

HARRISON

¡Ah! Por fin te has comprado un paraguas.

Me cubro la boca con la mano, intentando aguantarme la risa. Paramos en casi todas las tiendas imaginables. Tengo vaqueros nuevos, suéteres, chaquetas, maquillaje y una docena de cosas innecesarias. Y de alguna manera, la única cosa que necesitaba de verdad no la compré. No me va a dejar olvidarlo nunca.

Emm…

HARRISON

Julia Thomas.

Por favor, no me digas que no te has comprado uno.

No pasa nada.

Solo ha llovido dos veces desde que llegué. No es tanto como la gente dice.

HARRISON

Va a llover todo el día mañana.

Compruebo el tiempo. Efectivamente, la previsión de la semana entera está cubierta con tormentas dispersas. Cada. Día. Debería de habérmelo imaginado. Ya es demasiado tarde para encontrar algo. Las tiendas están cerradas, y mi destino está sellado.

Bueno, lo único que puedo hacer ahora es rezar para que no esté diluviando de camino al trabajo o de vuelta a casa.

HARRISON

Te estoy poniendo los ojos en blanco ahora mismo.

Anda, cálmate.

HARRISON

Lo que tú digas, Thomas.

Su *Thomas* está empezando a sonar como un nombre cariñoso. La burbuja de texto aparece. Desaparece. Vuelve otra vez. Mi curiosidad aumenta.

HARRISON

Suficiente charla superficial.

Quiero saber si la imagen que tengo de Julia Thomas encaja con la realidad.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Desde que viví aquel desastre que rompió mi corazón, no se me ha dado muy bien abrirme a las personas. Resulta, que cuanto menos sepan sobre ti, menos probabilidades hay de que te puedan hacer daño. Pero no es infalible. Es posible que sea hora de intentarlo un poco más.

Ilumíname, entonces.

¿Quién piensas que soy?

Miro la pantalla mientras escribe. Se toma su tiempo, lo suficiente para poner mis ya ridículos nervios a toda marcha. Subo las rodillas hasta el pecho. Mi corazón está dando vueltas a tiempo récord. Finalmente, su mensaje suena:

HARRISON

Creo que eres valiente, inteligente y creativa. No te dan miedo los desafíos o defenderte a ti misma. Pero también pienso que te han hecho daño en el pasado. Estás resguardada. Puedes ser insegura, aunque no tienes ninguna razón para serlo, eres guapísima.

Y también pienso que eres amable. Pareces el tipo de persona que siempre se ocupa de los demás antes que de ella misma, y eso solo hace que me enfade mucho más al pensar que un idiota fue lo suficientemente estúpido para romperte el corazón.

Lo leo una vez. Después, otra. Y otra. Es inquietante cuánto ha dado en el clavo. Y ese cumplido, metido tan suavemente, hace que me quemen las mejillas. ¿Qué se supone que tengo que responder a eso?

HARRISON

¿Demasiado directo?

Un poco.

No sé muy bien que decir. No estoy acostumbrada a ningún tipo de cumplido.

¿Cómo sabes que me han roto el corazón?

HARRISON

Ya te lo dije. No hace mucho, yo estaba en tu lugar.

¿Qué hiciste para arreglarlo?

HARRISON

Pasé un tiempo con mis padres.

Me hicieron ver que lo que yo tenía no era nada comparado con lo que ellos tienen.

Mmm. A lo mejor debería tomar nota.

Los míos llevan casados treinta años.

HARRISON

Es un buen lugar para empezar.

¿Estás bien?

Estoy cansada.

Físicamente y mentalmente. Cansada de perseguir la versión de mí misma que solía ser sin llegar a encontrarla nunca.

Es agotador trabajar e intentar encajar al mismo tiempo.

HARRISON

Nunca me dijiste lo que haces exactamente.

Especialista de marketing en Mavericks.

HARRISON

Increíble. Paso por la puerta durante mi carrera mañanera casi todos los días.

Odio correr.

HARRISON

Yo también.

¿Y entonces por qué lo haces?

HARRISON

Para desahogarme, respirar un poco de aire fresco.

Se me ocurren varias cosas que podrías hacer para desahogarte que no incluyen correr…

HARRISON

¿Sí? Cuéntamelas.

A lo mejor otro día.

Me tengo que ir a dormir.

Tengo un día importante mañana, ya sabes, evitando la lluvia.

HARRISON

Vale.

¿Voy a poder verte de nuevo?

Recuerdos del día en el que nos conocimos se repiten en mi cabeza como si fuera el tráiler de una película. Cómo la electricidad recorrió mis dedos cuando nuestras manos se tocaron. Me pregunto cómo será abrazarlo. Estar envuelta en sus brazos, aunque fuera solo un segundo. Soy consciente de que, si quisiera, lo podría ver

mañana mismo. Pero estaría mintiendo si dijera que estoy preparada.

Con un poco de suerte.

HARRISON

Piénsatelo. Te prometo que no te arrepentirás.

Dulces sueños, Thomas.

Buenas noches, Harrison.

Me duermo a los pocos minutos, confort y felicidad inundando mis venas. Sueño en azul, el color de sus ojos, mirándome y rompiendo todas mis paredes. Un abrazo cálido en su pequeña, oscura esquina del bar.

Capítulo Cinco

ME LEVANTO MÁS temprano de lo normal por si encontrar un taxi con este tiempo se convierte en una odisea. Tal y como estaba predicho, cae un diluvio. De esos que rebotan contra el asfalto y difuminan el mundo entero hasta volverlo borroso.

Y, aun así… no estoy estresada. No he entrado en una crisis ni tampoco me he abalanzado a resolver el problema. Debe de ser un efecto residual de la felicidad Harrison. Doy saltitos por el suelo como una niña a la que le han dado un helado para desayunar. Estoy de muy buen humor y no voy a dejar que nada lo estropee.

Por primera vez desde que llegué, me preparo una comida en condiciones. Huevos. Tostadas. Cafeína. Pruebo mi café y, de alguna manera, está perfecto. Con la taza en mano, ojeo todo lo que tengo en el armario, y me decido por los vaqueros nuevos que me compré el fin de semana y una chaqueta que *más o menos* parece impermeable.

Más por costumbre que por esperanza, abro la app de Uber. Y como si el universo verdaderamente estuviera de mi lado hoy, aparece un coche disponible al instante. Recogida en cinco minutos. Bueno, llegaré un poco antes al trabajo, pero mejor eso que estar esperando en la acera, mojándome de la cabeza a los pies, y

arrepintiéndome de cada decisión vital que he tomado en mi vida para acabar aquí.

Mi conductor es una joya en bruto. Hablamos todo el camino. Cuando se da cuenta de que soy americana, empieza a contarme historias de todas las veces que ha visitado Estados Unidos. Me pongo un poco nostálgica. Debe notarlo, porque cambia de tema y empieza a preguntarme sobre mi experiencia en Londres. Me recomienda museos, restaurantes, lugares, tiendas… Y después de mucho tiempo, siento que hablo con un desconocido que no me atraviesa con la mirada como si no existiera.

—¡Buenos días! —saludo a Claire al dejarme caer en la silla.

Siempre es la primera en llegar. Se gira, me mira un segundo y alza una ceja.

(¿Es que todo el mundo sabe hacer eso?)

—Llegas temprano. Y… sospechosamente alegre.

—¡Oh! He desayunado —lo digo como si eso explicara todo, aunque claramente no lo hace. Mi mente vuelve, traicionera, a mi conversación con Harrison. *Eres guapísima*. Me sonrojo.

Claire entrecierra los ojos.

—¿Qué estás ocultando, señorita Julia?

—Nada, lo juro.

Intento sonar convincente.

—He tenido una buena mañana. Me he hecho un desayuno decente. He conseguido evitar la lluvia. Suficiente para alegrar el día a cualquiera con este tiempo de mierda.

—Si tú lo dices… —murmura, volviendo a su pantalla.

Con mi motivación por las nubes, me meto de lleno en mi proyecto. Me he decidido por un tono espontáneo, lleno de confianza, que gira en torno a todas las cosas que el verano nos hace *sentir*. Libre, atrevido, y un poco imprudente. Sexy, no solo coordinado.

Mi futuro en la empresa depende de ello, y estoy decidida a que esta sea la mejor campaña que han visto nunca.

—¿Podemos ir ya a por un café, por favor? —se queja Lucy.

Su expresión de sufrimiento nos hace reír a todos.

—Mi cerebro se está marchitando por la falta de cafeína.

—Al parecer, Julia ya ha desayunado —añade Claire, moviendo las cejas.

Todos se giran a mirarme. Me ruborizo de nuevo.

—No es lo que os estáis imaginando —me defiendo.

¿Pero podría serlo?

Oliver carraspea de forma exagerada. Vale. Todas las miradas siguen en mí.

—Vamos. Nunca digo que no a un café.

Nos ponemos en marcha hacia la sala de personal y nos servimos una taza horrible, pero benditamente cargada de cafeína. En nuestra mesa habitual de la esquina, dejamos el paquete de galletas abierto en el medio. Hoy le tocaba a Daniel invitar. No le ha hecho mucha gracia.

—¿Esos son los vaqueros que te compraste el sábado? —pregunta Lucy, con media galleta en la boca.

—Los mismos —sonrío—. Ajustados donde tienen que ajustar.

—Si vienen acompañados de un buen desayuno, igual necesito un par.

—¿Puedes comportarte? —digo—. Vente mañana a casa y cocino lo que tú quieras.

—Tranquila, no sufras.

—Julia lleva aquí dos semanas y ya está echando más polvos que todos nosotros juntos —suelta Daniel.

Le doy un manotazo en el brazo.

—¿Qué? Es verdad —añade, riéndose.

—¡No lo es! —gimo, fulminándolo con la mirada antes de girarme hacia Claire—. Mira lo que has provocado.

Se encoge de hombros, a punto de contestar cuando un repartidor la interrumpe.

—¿Está Julia Thomas aquí? —pregunta, sujetando un paquete rectangular—. Me han enviado al departamento de marketing, pero no había nadie.

Todas las miradas se clavan en mí. Frunzo el ceño. No he pedido nada.

Asiento y me levanto para coger la caja. Mi nombre está escrito en el lateral con rotulador negro. Sin etiqueta de envío. Ni dirección

del remitente. Nada. Solo *Julia Thomas*.

Tiene que ser algún tipo de broma.

—¡Ja! Qué gracioso. Esto no ha venido por correo —digo, señalándolos uno a uno—. ¿Quién ha sido?

—Yo no —dice Claire, levantando las manos.

Oliver sacude la cabeza y señala a James.

—¡Eh! Yo tampoco he sido —dice él—. ¿Qué es?

Me encojo de hombros y empiezo a despegar la cinta. Dentro, enterrado en papel de regalo, hay algo que deja claro que *ninguno* de ellos lo ha enviado.

—¿Un paraguas? —pregunta Daniel, poco impresionado.

Pues claro que es un paraguas.

Murmuro un sinfín de palabrotas, irritada por no haber reconocido su letra antes. Cualquiera pensaría que, después de leer varias de sus notas, me habría dado cuenta de esa forma tan rara y artística de escribir las jotas. Pero no lo he hecho.

Y ahora estoy entre la espada y la pared, intentando inventarme una explicación de por qué me han mandado un regalo misterioso a la oficina.

Jugueteo con el paquete, fingiendo confusión, intentando ganar unos segundos para pensar.

No se me ocurre nada.

—¡Ah! Ya lo entiendo —suelto de golpe—. Vamos a comprarle un paraguas a la chica que viene del sol de Los Ángeles porque seguro que no sabe ni que existen, y mucho menos tener uno.

Miento sin piedad, rezando para que me crean y pasen página.

—Un poco cliché —añado, encogiéndome de hombros—. Pero útil. Así que, quienquiera que me haya regalado este precioso 'antilluvia', muchas gracias de corazón.

Se miran entre ellos de manera inquisitiva, como si estuviéramos en una partida de Cluedo y el culpable se hubiera olvidado de presentarse.

Nadie confiesa. Todos se quedan con sus sospechas calladas.

—Vale, chicos y chicas, volvamos al trabajo —dice Lucy, levantándose y marcando el camino.

Los demás la seguimos.

Yo me quedo un poco atrás, aprovechando para ordenar mis pensamientos sobre esta inesperada entrega.

Son un poco pasadas las diez de la mañana, lo que significa que probablemente se levantó, salió a comprar un paraguas, y lo dejó en el lobby del edificio durante su carrera matutina. Me lo imagino vestido todo de negro, con su gorra baja, intentando no llamar la atención. Cautivando sin esfuerzo a la chica de recepción.

Me podría haber llamado para que bajara. Podría haber utilizado el saber dónde trabajo para montar una emboscada dramática, digna de una comedia romántica.

Pero no lo ha hecho.

Ha respetado mis límites. Ha recorrido la línea entre persistencia e invasión, y ha conseguido resultar encantador. Otro pedacito del muro que he construido con tanto cuidado se resquebraja y cae a los pies de mi corazón.

Le mando un mensaje:

Acosador.

Sentada en mi mesa, envuelta en diseños de conceptos con Claire, mi móvil se ilumina. Lo coge antes de que pueda ignorarlo y me lo tiende.

—Alguien llamado Harrison te ha enviado un mensaje de voz —dice con un guiño.

—Es un amigo de Los Ángeles —explico, un poco demasiado rápido, arrebatándoselo de las manos.

Claire inclina la cabeza.

—Tiene un nombre muy británico.

—Es su apellido. Su padre es inglés —digo, mi tono neutro y la mentira más suave de lo que tiene derecho a ser.

No sé exactamente cuándo he desarrollado esta habilidad para mentir, pero agradezco tenerla. Y me muero por saber lo que ha dicho, pero no puedo arriesgarme a que reconozca su voz.

—Luego lo escucho. Necesito terminar esto —añado, sin darle importancia.

Se lo cree y volvemos al trabajo. Pero mi concentración… está pidiendo a gritos esa dosis de refuerzo positivo. Pasan veinte minutos. No he hecho absolutamente nada.

Al final me disculpo para ir al baño. No se oye a nadie, pero aun así compruebo toda la zona por si acaso. Entonces, le doy al play.

—Ah, ¿y qué harías sin mí? De nada, cielo.

Su voz es grave, un poco entrecortada. Me recorre un escalofrío.

Sigue corriendo. Se oye el ritmo de sus pasos y el murmullo apagado del tráfico de la ciudad. Y ese acento… joder. Se mete debajo de mi piel como si hubiera venido para quedarse.

Si alguien pregunta, estoy lista para llevarme a la tumba que es frustrante y engreído. Pero la verdad es que… ¿Esta faceta de él? La que no duda ni un segundo, la que va de frente. Sí, es sexy.

¿A quién no le gusta un hombre que sabe lo que quiere? Esa protección implícita en un gesto tan simple lo dice todo.

Considero responderle con otro mensaje de voz. De hecho, llego a grabar uno. Pero en cuanto me escucho a mí misma, me da vergüenza ajena. Lo borro. Mejor un mensaje.

Te lo tienes muy creído, Joshua Harrison.

Contesta al instante.

HARRISON

No finjas que no te encanta.

Lo que tú digas.

Tengo que seguir trabajando, no querría que me manden de vuelta a Los Ángeles antes de haber demostrado a la gente de aquí quién manda.

HARRISON

Yo te dejaría que tomes el control.

Hablamos luego, Harrison.

Y, por cierto…

No tendrías que dejarme; ya tengo el control de todo esto.

HARRISON

Sigue soñando, Thomas.

TERMINO EL DÍA AGOTADA, pero todavía subida a esa euforia absurda. Mi ánimo brilla tanto como esta mañana; si no más.

Fuera está diluviando. Nubes densas tapan cualquier rastro de luz y la ciudad parece sumergida en una gama infinita de grises. Me despido del equipo, abro mi paraguas nuevo y me adentro en la tormenta.

El tráfico es apocalíptico. El peor que he visto en las últimas dos semanas. Cláxones gritan. La gente chilla desde sus ventanillas. Todos parecen tener prisa para llegar a ningún sitio.

Me inclino desde la acera, buscando el resplandor verde de algún taxi libre. Y justo cuando veo uno a lo lejos…

¡Chof!

Un imbécil acelera y me salpica con el charco que tengo justo en frente. El paraguas sirve lo mismo que una servilleta de cóctel.

Grito y me tropiezo hacia atrás, empapada hasta los huesos en agua sucia de la calle. Mi blusa blanca, ahora manchada, se aferra a mi pecho. Siento arenilla entre los dedos, apretados por reflejo.

El caos no se detiene; si es posible, empeora. Muevo el brazo para parar el siguiente taxi como si mi vida dependiera de ello. El conductor me ve —mojada, humillada— y para. Probablemente por pena.

Me sirve.

Finalmente, todo se silencia. O casi. Escucho mi teléfono sonar dentro de mi bolso, pero no tengo fuerzas para buscarlo. Me dejo caer sobre el asiento, cierro los ojos, e intento no gritar. Solo quiero llegar a casa.

El ambientador con forma de árbol se columpia desde el retrovisor, llenando el taxi con aroma de pino sintético. Un pequeño bosque en el medio de una ciudad ahogándose en humos. La ironía me arranca una risa.

Emma no para de escribirme y de llamarme. Le prometí que le contaría todo, pero ahora mismo lo único que quiero es ducharme y ponerme algo que no apeste a alcantarilla.

Me hago una foto rápida en el espejo del baño y se la envío con una sola palabra:

Ducha.

Eso debería darme diez minutos de tranquilidad.

La llamo en cuanto estoy en pijama. Lo coge antes del segundo tono. Apoyo el móvil contra el microondas y empiezo a cocinar.

—Veo que la lluvia te está tratando bien —dice, intentando no reírse.

—Harrison me regaló un paraguas, que fue muy útil hasta que un tío aceleró al pasar por un charco.

Abre la boca y se queda embobada.

—Te lo juro —continúo—. Nunca me he sentido tan asquerosa en toda…

—¡¿Le has visto hoy?! —me corta, alterada.

—¿A quién? —parpadeo, confundida.

—Joshua.

Obviamente.

—Has dicho que te ha dado un paraguas. Qué tierno.

—Ah… no. No lo he visto. Lo ha dejado en mi oficina, en una caja.

—¡Madre mía! Eso es incluso más tierno. Te estás poniendo roja.

Cubro mis mejillas rápido para ocultar la traición de mi cuerpo. Pero tiene razón. Estoy roja y sonriendo por la manera en la que escribió mi nombre en el paquete… esa letra descarada y demasiado ingeniosa. Desesperante. Y completamente adictiva.

El móvil vibra. Es Harrison.

—Me ha enviado un mensaje —digo, los nervios a flor de piel al instante.

Emma chilla. Abro el mensaje y lo leo en voz alta.

HARRISON

¿Cómo te ha ido el resto del día, cielo?

—Una pregunta tan normal y es suficiente para volverme loca —murmura ella sobre el sonido del agua hirviendo.

Ha ido fatal.

—Es *bastante* encantador.

—Encantador —concuerda, moviendo las cejas—. También está buenísimo.

Pongo los ojos en blanco, pero se lo confirmo.

—Lo está.

Sigo sonriendo cuando la videollamada se congela. Mi móvil suena en mi mano. Su nombre aparece en la pantalla. Lo miro mientras vibra, una y otra vez.

No respondo, y se va al contestador. Ni un segundo después me llega otro mensaje.

HARRISON

¿Qué ha pasado?

Cógemelo.

—Era Harrison —digo, cuando Emma vuelve a cobrar vida.

—¿Y entonces, por qué seguimos hablando?

—¡No sé! Me he puesto nerviosa —digo dejando los brazos caer.

—Devuélvele. La. Llamada —ordena. Y cuelga.

¿Cómo puede temblarme todo solo por hablar con alguien?

No pensaba que la ruptura me hubiera dejado tan jodida. Supongo que me equivocaba.

Miro su contacto. Cuento hasta tres.

Y pulso el botón verde.

Capítulo Seis

RESPONDE AL MOMENTO.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Está preocupado. Su voz es grave, ronca, y me vibra directa en el pecho.

—Podría estar mejor.

Físicamente estoy bien. ¿Mentalmente? No estoy tan segura.

Joshua Harrison llamándome un martes por la noche es… desestabilizador. Solo es un hombre cualquiera al que conocí en un bar. Esa es la narrativa a la que me aferro.

Aunque luego enciendo la tele y ahí están sus abdominales esculpidos y sudorosos ocupando toda la pantalla.

—Cuéntame entonces, ¿qué ha pasado? —insiste, esta vez más suave.

—Lo que ha pasado es que tu paraguas no ha servido para nada.

Sin pensarlo, le paso la misma foto que le envié a Emma.

Le oigo gemir —pero no como si se sintiera mal por ello—; es más como si estuviera saboreando algo.

—Pues joder… —dice, su voz bajando a ese tono descarado que me pone de los nervios—. Me alegro de que no lo hiciera.

Pongo los ojos en blanco. Vaya un idiota.

Los nervios se esfuman, sustituidos por pura irritación.

—Nada de lo que ha pasado es gracioso. Mi ropa estaba empapada y sucia, olía al Támesis, y he tenido que aguantar así en un taxi treinta minutos enteros. Así que, lo último que necesito de ti después de haber sido salpicada con agua de alcantarilla…

—Eh, frena un poco, cielo —me interrumpe—. No me refería a eso.

—¿En serio, Harrison? ¿Entonces a qué te referías? —le digo, desafiante.

—La foto —responde, como si fuera obvio—. Tengo que decirlo, me ha sorprendido que la hayas enviado. No creía que fueras ese tipo de chica. Pero… el rojo te queda increíble.

Me meto en los mensajes y miro la foto. Sí, ahí está.

Mi blusa se había vuelto completamente transparente. Mi sujetador rojo saludando a cámara sin pudor. En cualquier otra ocasión, me moriría de vergüenza. Pero ahora mismo estoy demasiado cansada.

—No soy ese tipo de chica —resoplo—. Pero llegados a este punto, ¿a quién le importa? Ya estamos en paz.

—¿Estamos en paz? —repite, curioso.

—Sé que esto puede ser un shock para ti, pero realmente no estabas en una serie policíaca. Estabas en una trampa para mujeres sedientas —suelto, impasible, mientras doy un bocado a la cena.

—¿Qué puedo decir? Mis fans viven por ese tipo de escenas.

Puedo notar la chulería en su voz.

—Eso es *muy* perturbador.

—Yo no te llamaría perturbadora… Un pelín acosadora, como mucho.

—Eso ya lo hemos dejado claro. No soy una fan —hago una pausa, de repente cohibida—. Tú *sueñas* con tener fans como yo.

—Vale, cielo. Lo que sea que te ayude a dormir por las noches —dice provocándome.

—No, en serio. Si quieres una fan, mi mejor amiga Emma es tu chica.

Se ríe, y eso solo hace que me irrite un poco más.

Estoy orgullosa de poder decir que trato a todas las personas por igual, ya sean famosas o no.

—Empiezo a pensar que Emma es una amiga imaginaria.

—¿En serio?

Emite un pequeño murmullo.

—Por el bien de tu privacidad y por mis oídos, no la voy a añadir a la llamada, pero estoy segura de que le encantaría.

—Ven a mi casa, la llamamos desde tu móvil —dice, como si nada.

—Si pudiera levantar solo una ceja, lo estaría haciendo ahora mismo. Pero no puedo, así que imagínatelo.

Me estoy acostumbrando a su confianza.

—Anda… vamos, cielo. ¿Por qué no? —se queja, como un niño pequeño pidiendo chuches.

—Acabo de terminar de cenar. Ya estoy en pijama. Mañana trabajo y me da pereza coger otro taxi. ¿Suficientes razones?

Las cuento con los dedos mientras las digo.

—Eso significa que estás lista para pasar la noche —dice él.

Me apostaría lo que fuera a que ahora mismo está sonriendo de esa manera tan encantadora.

—Te mando a mi chofer. ¿Por qué sigues cogiendo taxis? El metro es mucho más rápido.

—No me gusta el metro —me quejo—. No sé cómo utilizarlo, y no me quiero perder. Además, siempre está a reventar durante las horas punta. Prefiero no hacer el ridículo delante de cientos de desconocidos.

—¿Y piensas que coger un taxi con una blusa transparente es mejor?

Buen argumento.

Ahora que lo pienso, el taxista no me miraba por pena. Me miraba el pecho. Y yo que pensaba que no paraba de comprobar por el retrovisor para ver si estaba bien. Vaya una ingenua.

Me cubro con una manta, como si eso fuera a cambiar el hecho de que básicamente le he dado un espectáculo gratis. Uff, vaya un pervertido.

—Probablemente por eso paró —reflexiono. Él se ríe—. ¿Crees que funcionará si lo hago cada vez que llueve?

—Si yo condujera un taxi, pararía —dice, sincero.

—Tienes las hormonas de un adolescente.

—¿Entonces no vienes?

—¿Por qué tanto interés en mí? —pregunto.

De verdad quiero saberlo. Tiene un aire carismático y atractivo, más fans de los que pueda imaginar, y probablemente una app secreta para citas exclusivas. Incluso con su imagen dañada, estoy segura de que podría elegir a la mujer perfecta con un chasquido.

Y, aun así, aquí está. Coqueteando conmigo mientras llevo el pijama menos sexy que ha existido jamás.

—Te encuentro refrescante —dice—. Hacía mucho que no tenía a nadie con quien picarme así. A lo mejor es una tontería, pero da gusto tener a alguien a quien no le importa quién soy. No lo parece desde fuera, pero esto puede llegar a ser bastante solitario. Además, me mantienes a raya.

—No es una tontería —hago una pausa—. Créeme, sé muy bien lo que es sentirse solo. Pero quizás no deberías usar eso como base para tus amistades.

—Ves —dice, como si le hubiera dado la razón—. Ahí lo tienes, diciendo la verdad sin filtros. Eres brutalmente honesta.

—Se me da fatal mentir —admito—. Cuando era pequeña, mi madre cocinó por primera vez una cazuela de atún. Estaba asquerosa, pero no le podía decir eso, así que mentí y le dije que me encantaba. Me la tuve que comer cada domingo durante casi tres meses, hasta que encontró algo nuevo. No he mentido desde entonces.

Se ríe, grave y divertido.

—Otra cualidad digna de explorar.

—¿Mi problema con las cazuelas de atún?

—No, cielo — se carcajea—. Tu humor.

Ah. Nunca me había considerado "graciosa". Más bien incómoda.

Le oigo moverse, y un teléfono empieza a sonar de fondo.

—¿Tienes que cogerlo? —pregunto, sintiéndome como una intrusa en su vida.

—No. Es Peter, mi representante —explica. El tono empieza de nuevo y lo manda al buzón—. Ha sido difícil avanzar con los castings

desde lo que pasó. Estoy empezando a pensar que no vale la pena, con todo este drama.

—¿Quieres hablar de ello? Quiero decir… no sé lo que haría si yo…

El teléfono suena por tercera vez.

—Cógeselo, Harrison.

Suspira.

—Vale. ¿Hablamos luego?

—Luego —repito, antes de que se corte.

El silencio me inunda demasiado rápido, como si hubiera salido de una sauna ardiendo directamente a la nieve.

Todavía es temprano, lo que significa que mis tendencias de limpieza obsesivas pueden salir a la luz. Me paso la siguiente hora limpiando la cocina, poniendo la lavadora, y eligiendo un conjunto adecuado para mañana. Los rituales típicos de control.

Para cuando lo termino todo, son casi las nueve. Resoplo y me colapso sobre el sofá. Nunca pensé que encontraría ni un pequeño resquicio de paz dentro de esta soledad. Pero ahora, a mitad de la tercera semana, estoy empezando a cogerle el gusto a estar fuera de casa.

Miro el espejo negro de la pantalla de mi móvil y me pregunto si Harrison tiene algo que ver. Mis días pasan más rápido, buscando esa euforia que llevo sintiendo desde que nuestras manos se tocaron por primera vez. Nota tras nota. Mensaje tras mensaje. Tendría que estar ansiosa, a la defensiva, en alerta, lista para protegerme.

Y, sin embargo, el vacío dentro de mí se siente… un poco menos grande. Menos ruidoso.

Paso sin rumbo entre series, mientras ordeno las fotos que he hecho estas últimas semanas, hasta que me encuentro con sus ojos azules.

Hecho de Miedo.

Si no creía en las casualidades antes, ahora sí. Seis temporadas enteras para hacer un maratón.

Llego hasta la mitad del tercer episodio cuando Emma me devuelve la llamada.

—¿Cómo ha ido?

—Una locura. Todo esto es una locura.

Verlo en pantalla justo después de hablar con él no ha sido la mejor estrategia para mantener la calma.

—Estoy impresionada. No me habría imaginado que el sexo telefónico sería tan bueno —empieza, completamente trastornada—. A lo mejor debería considerar buscarme…

—¿Cuántos cafés llevas hoy? —me río. Seguramente demasiados.

—Tres tazas de momento. Tengo un día ajetreado. ¿Qué puedo decir? —responde—. Ahora en serio. ¿Cómo ha ido?

—Bah, normal —digo, frustrada—. Es gracioso, y encantador, y eso no ayuda a mi objetivo de que no me guste. Me invitó a su casa. No sé si lo decía de verdad, pero le he dicho que no podía.

—¡Jay! La gracia de la Operación Pasar Página era que encontraras a alguien nuevo —susurra muy alto—. ¡La estás saboteando!

—¡Ya te dije que no estaba de acuerdo con esa idea! —protesto —. Me da pánico engancharme emocionalmente a alguien con quien no tengo nada serio. Es la receta perfecta para un desastre. Y más si ese alguien es Joshua Harrison.

—Ya ha pasado casi un año desde *ya-sabes-quién* —me recuerda —. Si vas a tener una aventura de rebote, desde luego que no hay nadie más sexy que él.

—No estoy hecha para eso —digo, estresándome—. No sé.

—Pues… ¿Prefieres arriesgarte, conocerlo y potencialmente abrirte a alguien, o parar de hablar con él por completo? —pregunta.

—¿Por qué voy a tener que parar de hablar con él?

Carraspea y pone una voz grave, imitando a un presentador de televisión.

—La nueva rompecorazones de Harrison: Julia Thomas.

—Eres la reina de la exageración.

—Este tío ha hecho todo lo posible para ponerse en contacto contigo desde que os conocisteis. Creo que no es descabellado decir que, como mínimo, le gustas —explica ella—. Por lo menos asegúrate de que sepa que no estás disponible.

—Vale, me lo pienso.

—¿Puedes también pensar en llamar a tu madre? Te echa de menos…

Gimo, derrotada.

—Lo haré pronto.

—Vale, ya me contarás. Te quiero, Jay.

LA MAÑANA del miércoles pasa en un abrir y cerrar de ojos. Los teclados suenan y las conversaciones calladas llenan el espacio. Mi concentración es palpable, tanto que ni siquiera he tenido tiempo para ir a desayunar. Mi estómago ruge con fuerza, recordándome que no he comido nada desde ayer por la noche.

Cojo mi bolso y voy a la sala de personal. Llevo toda la mañana arrastrándome, y luchando contra ello. Desde la conversación con Emma, mi cerebro no ha dejado de dar vueltas como un hámster en su rueda. Si Harrison busca algo más que una amistad, no estoy segura de poder dárselo.

Aun así, una parte de mí, la que se siente como una extraña a kilómetros de casa, solo quiere ser egoísta y fingir que todo va a salir bien. Después de la ruptura, no pensé que nunca más iba a querer involucrarme con un hombre de ninguna manera. Hasta él. Una bocanada de aire fresco. Naturalidad cuando menos lo esperaba.

Se me escapa un suspiro, un poco más alto de lo que pretendía. Miro a mi alrededor, avergonzada, pero nadie se inmuta. Todos están demasiado pendientes del móvil o de sus pantallas.

Mis opciones para comer son desoladoras: ensaladas con pinta de haberse rendido a medio camino o sándwiches que probablemente estaban en su punto la semana pasada. Elijo lo segundo, un sándwich de pollo y un té frío, y me siento en la mesa del rincón, la más alejada de la puerta.

Me apoyó contra la pared y me tomo unos segundos… existiendo. Incluso en los descansos, la gente aquí parece ocupada. Llamadas, portátiles, subrayadores volando sobre el papel. No hay ni

una persona que solo esté comiendo. El hombre a dos mesas come con una mano mientras desliza el dedo por el móvil con la otra. *Intégrate*, me repito una vez más.

Saco el teléfono del bolsillo y me pongo los auriculares. El ruido de fondo desaparece, dejándome a solas con recuerdos de cómo eran las comidas en la oficina de casa. Siempre había alguien con quien charlar, incluso si no éramos del mismo departamento.

Puede que los estereotipos sean ciertos, y la gente aquí prefiera mantener el trabajo separado del resto de su vida. O quizás la que ha cambiado soy yo.

Con el móvil apoyado en la botella de agua y la serie lista, me preparo para darme el gusto de cuarenta y cinco minutos de drama policial y abdominales sudorosos cortesía de Joshua Harrison. Casi he terminado mi sándwich, bastante bueno para haber salido de una máquina, cuando un mensaje de él me interrumpe.

HARRISON

Buenos días, cielo.

Es mediodía.

HARRISON

Mucho mejor. Déjame invitarte a comer. Puedo estar ahí en quince minutos.

Me quedo mirando la pantalla durante un minuto entero, parpadeando ante esa osadía sin filtros ni vergüenza. La advertencia de Emma aparece y me cruza la mente brillando como un neón: *¿Estás preparada para esto?*

No. Probablemente no.

¿Lo estaré algún día? No tengo la respuesta a esa pregunta.

Ya he comido, y no voy a salir contigo, Harrison.

HARRISON

¿Por qué no?

¿Por qué yo?

HARRISON

¿Por qué no tú?

Soy una chica normal, como cualquier otra.

HARRISON

Haces que me sienta normal.

Esa última frase me golpea más fuerte de lo que debería. No necesita añadir nada para que lo entienda.

Es abrumador… y de alguna manera, me hace sentir peor. No se merece que le dé falsas esperanzas. No cuando él es tan honesto.

Aun así, no voy a salir contigo.

HARRISON

¿Por qué no?

¿Es por la prensa? Sé que no lo hemos hablado, pero quiero que sepas que yo no lo empecé.

No es eso.

No estoy preparada.

HARRISON

¿Preparada para qué?

Otra pregunta a la que tampoco sé responder.

Y una que me obligaría a revivir ese pasado del que tanto me quiero alejar.

Mi mente está nublada. No sé cómo seguir. Si me abro a él y le cuento mi historia, me arriesgo a que me diga que está buscando algo más que una amistad. Si no le digo nada, es posible que me esté metiendo en algo que no pueda manejar. De una forma u otra, mi propio silencio me acorrala.

Tengo que volver al trabajo.

HARRISON

Vale, pero conseguiré que salgas conmigo.

Si tú lo dices.

HARRISON

Es una promesa.

Capítulo Siete

LOS TRUENOS ME DESPIERTAN. La lluvia azota la ventana de mi habitación como si estuviera intentando entrar. Miro el pequeño reloj digital que tengo en mi mesilla de noche; los números rojos brillan en la oscuridad. Son las seis de la mañana.

Me estiro y me incorporo en la cama. Por primera vez desde que llegué, me siento descansada. La combinación de mi cuerpo finalmente adaptándose al cambio de hora e irme a dormir justo después de cenar me ha venido como anillo al dedo.

Cojo mi móvil, esperando tener llamadas perdidas de Emma, y quizás con demasiada esperanza de encontrar algo de Harrison. Para mi sorpresa, tengo más mensajes de él que de ella.

No lo admitiré en voz alta, pero una chispa de emoción me revolotea en el pecho, bajándome en forma de cosquilleo hasta la punta de mis dedos.

HARRISON

Thomas, ¿estás bien?

Te he llamado, pero me ha saltado el buzón.

El siguiente mensaje llegó media hora después.

HARRISON

Estaba deseando derribar un poco más de ese muro tuyo esta noche.

Pero supongo que estás en la cama.

Duerme bien.

Dulce. Atento. Persistente en su justa medida. Le escribo un mensaje mientras me levanto de la cama, ya con antojo de café.

Diste justo en el clavo. Perdona por no responder; me quedé frita justo después de cenar. Creo que no me habría despertado ni aunque hubiera sonado la alarma de incendios.

No he llegado ni al baño cuando el móvil vibra otra vez. Me coge por sorpresa, como siempre hace. Mi galería de fotos es ya mitad instantáneas de la ciudad y mitad capturas de pantalla de nuestros mensajes para Emma.

HARRISON

Eso no suena muy seguro, cielo. A lo mejor te voy a tener que hacer compañía por las noches. Por si acaso…

Suelto una pequeña risa, me muerdo el labio inferior.

¿Cómo puedes ser siempre tan sinvergüenza?

¿Y por qué estás despierto tan temprano si no tienes trabajo?

Continúo con mi corta, pero efectiva, rutina mañanera. Me cepillo los dientes y domo mi pelo para que quede presentable. Me estoy poniendo el jersey más cómodo que tengo cuando me responde.

HARRISON

Es genética. Mi padre es igual, y a él le funcionó.

La vida es más divertida así.

Además, salgo a correr por las mañanas, ¿recuerdas?

Pues entonces yo soy una aburrida.

¿Vas a salir a correr con esta lluvia? Literalmente, veo relámpagos a través de mis cortinas.

HARRISON

Tengo un pequeño gimnasio en casa. Me iba a subir a la cinta.

A no ser…

Mi pulgar se queda flotando sobre el teclado. *A no ser…* Sería tan fácil seguirle el juego, dejar que ese cosquilleo tomara el control por una vez. Pero ya puedo sentir la pendiente resbaladiza bajo mis pies y no confío en que no me vaya a caer.

Lo siento, Harrison. Voy a hacerme el desayuno e intentar llegar a la oficina un poco antes hoy.

HARRISON

¡Oh! No me había dado cuenta de que estaba hablando con la estrella de Mavericks. No van a querer que te vayas cuando hayas terminado.

El olor del café recién hecho comienza a llenar mi cocina, a medida que el líquido dorado gotea en mi taza. El sonido, mezclado con los clics de mi teléfono mientras escribo, logra que esta sea una buena mañana.

Estoy intentando remontar. Ya veremos si mis esfuerzos dan sus frutos o si acabo sentada en un avión de vuelta después de la reunión de la semana que viene.

HARRISON

¿Un mes la semana que viene? Parece que el tiempo ha pasado rapidísimo y lentísimo a la vez.

¿Te vas a quedar?

Han pasado casi tres semanas desde aquella noche lluviosa de lunes que hizo que entrara a *The Anchor* por primera vez. Todo lo que ha pasado desde entonces todavía parece haber sido sacado de

una película. Joshua Harrison ha inundado mi día a día, dejando poco espacio para pensar en por qué vine aquí.

Mi inspiración va viento en popa, pero… ¿Será mi trabajo lo suficientemente bueno como para quedarme?

No solo es decisión mía. Solo podré quedarme si eligen mi proyecto, cosa que es difícil. El resto del equipo tiene mucho talento.

HARRISON

Asumiendo que te eligen, ¿te quedarías?

Todavía no lo sé.

Respondo con sinceridad. Mi cabeza intenta ser racional, recordándome que los adultos pueden pasar tres meses fuera de casa sin desmoronarse. Si decido regresar, incluso si mi propuesta gana, más me vale buscarme otro trabajo; lo último que necesito es que mi carrera profesional también vuelva a empezar desde cero. Pero el corazón sigue doliendo. La soledad, sumada a la falta de días soleados, no ayuda.

HARRISON

No creo que Londres haya visto suficiente de Julia Thomas todavía.

Una sonrisa amenaza con salir en las comisuras de mis labios.

¿Londres… o tú?

¿De verdad le he mandado eso? Tengo que admitir que hay algo liberador en decir las cosas sin pensar obsesivamente cuál será el resultado. ¿Qué tengo que perder que no haya perdido ya?

Londres, por supuesto.

Y ahí está. Como un cubo de agua helada directo a la cara. Su respuesta me trae de vuelta a la realidad, esa en la que los desconocidos que acabas de conocer suelen seguir siendo eso, desconocidos.

Guardo el móvil en el bolsillo, rodeo la taza con las dos manos y me arrastro hasta el pequeño sofá junto a la ventana. Me cubro con una manta y miro afuera, donde los madrugadores se enfrentan a la llovizna matinal. Las gotas caen sobre el cristal, y resbalan despacio, hipnóticas.

Sonrío con ironía. Aquí estoy, recreando perfectamente la escena más cliché y sobredramática del cine, donde la protagonista reflexiona sobre su vida durante treinta segundos y, de repente, todo se resuelve con su final feliz. Hace tres años habría jurado que todas las historias de amor eran así. Un cuento de hadas esperando florecer en medio de la oscuridad de lo cotidiano. Ahora no estoy tan segura.

Últimamente, parece que todas las relaciones de esta generación son puro relato y nada de magia. Me viene a la cabeza una foto espontánea que hice una vez a una pareja en la playa. Descalzos, completamente perdidos el uno en el otro. Parecían invencibles. Amor en su forma más natural. Cuando me acerqué a ellos para ofrecerles la foto, entraron en pánico. Me suplicaron que la borrara. Resultó que eran amantes, escapándose un fin de semana a espaldas de sus respectivas parejas. Otra razón más por la que mi cámara acabó en un cajón.

Lo peor de todo es que no puedo enfadarme con nadie. Soy yo la que ha esquivado sus intentos de quedar. Y lo odio. Odio no poder chasquear los dedos y hacer que todo el equipaje que arrastro desaparezca. Odio no ser el tipo de chica que puede acostarse con alguien sin consecuencias. Odio estar atrapada entre las ganas de conectar con alguien y el miedo a hacerlo.

Apuro el último trago de café que queda en mi taza de *I Heart Hollywood,* la que Emma me regaló en el amigo invisible de la Navidad pasada, y saco el móvil otra vez. Ningún mensaje nuevo.

Aunque no le deba nada, no quiero que piense que ha hecho algo mal.

Preparándome para ir al trabajo, hablamos luego.

HARRISON

¿Todo bien?

Todo bien. :)

Llego a tiempo a la oficina por los pelos. La mañana se me hace eterna, cada minuto parece alargarse más que el anterior. No tengo ninguna motivación y, por el silencio que reina, parece que no soy la única. Compartimos todos una especie de bajón colectivo.

Su siguiente mensaje llega justo después de comer, cuando estamos a punto de entrar en una reunión. No quiero parecer distante, pero solo me da tiempo a escribir tres palabras antes de que nos llamen. Dudo, pensando si añadir un emoji, pero la puerta ya se está cerrando tras de mí.

En una reunión.

Terminó la jornada laboral y vuelvo a enfrentarme a la batalla diaria de encontrar un taxi en medio de un diluvio. Llego a casa exactamente una hora después. Estoy agotada en todos los sentidos. Cansada del cielo gris y del peso de mis propios pensamientos. Todo parece un poco fuera de mi alcance.

Me sirvo una copa de vino tinto y abro el grifo para darme un baño caliente. El vapor empaña el espejo en segundos. Las sales de lavanda tiñen el agua y llenan el baño con el aroma relajante de un campo del sur de Francia… o al menos así me lo imagino.

Intento meditar, como me enseñaron una vez en un curso al que Emma y yo nos apuntamos en casa. Inspira. Espira. Deja la mente en blanco. Funciona durante unos dos minutos, hasta que me asaltan las dudas y las preguntas sobre el proyecto, y sobre Harrison.

Es imposible no darme cuenta de lo lejos que estoy de quien siempre he sido, de quien solía ser. Hubo un tiempo en el que habría dicho que sí a alguien como Harrison, famoso o no. Quiero volver a encontrar a esa chica.

No hay nada más irritante que perderte por culpa de un tío asqueroso e infiel. No se merece que todavía me sienta así, ni seguir

controlando mi vida.

El móvil suena con fuerza y me saca del bucle. Doy un pequeño salto y lo cojo con cuidado de encima del mueble.

Harrison. Llamándome por vídeo.

Dejo que suene. Me ducho mientras se vacía la bañera, me seco el pelo con la toalla y trato de no pensar demasiado. Pero en cuanto veo su siguiente mensaje, sé que voy a devolverle la llamada.

HARRISON

Llámame.

Dame un minuto.

Sabiendo perfectamente que va a insistir en que hablemos por vídeo, cambio mi camiseta oversized de la Universidad de California por mi set de pijama corto. Nadie puede culpar a una mujer por intentar lucir mona delante de Joshua Harrison.

El escote en pico de satén negro se adapta a mi cuerpo justo donde debe. El ribete de encaje, un poco más claro, añade ese toque de coqueteo necesario. Alguna diosa de la costura debió crear los pantalones a juego porque encontrar unos que luzcan tan bien y sean cómodos es casi un milagro.

Respiro hondo una vez más para sacudirme la vergüenza y le devuelvo la llamada. Voy camino de la cocina cuando su cara ocupa toda mi pantalla.

Me dedica una sonrisa de medio lado que hace que mi corazón empiece a portarse mal. Lleva una camiseta negra, ajustada.

—No es Londres, soy yo —dice. Rápido.

—¿Qué? —parpadeo.

—Soy yo el que no ha tenido suficiente de Julia Thomas todavía —explica.

No sé qué responder, así que solo le miro.

—Hoy has estado un poco rara, y quería asegurarme de que supieras que estaba bromeando.

Bajo la mirada, pero ya es tarde. La sonrisa se está esparciendo por toda mi cara. Apoyo el móvil contra la cafetera y empiezo a preparar la cena, completamente a la vista.

Sus ojos se abren de par en par. Se pasa la mano por el pelo desordenado y respira hondo, pero, mostrando su control, y esto es todo un mérito, no hace ningún comentario.

—He estado ocupada hoy, eso es todo —respondo.

No es mentira. Tampoco es toda la verdad.

—Siento que ha sido un día larguísimo —suspira.

—A lo mejor tienes que hacer más castings —le pico—. Así no te tirarías todo el día esperándome.

—No es como si me quedara en casa por decisión propia —dice —. Solo que no sé lo que quiero hacer. Y en las cosas que estoy probando… quieren una versión mejorada, más limpia.

Su honestidad me frena a mitad de remover.

—¿Qué lo empezó? Tu situación, me refiero.

Me decido a hacerme una ensalada. Abro el armario de arriba y me pongo de puntillas para coger un bol. Siento como mi blusa se sube lo justo para enseñar un poco de piel. Apenas se nota, pero le oigo gemir.

—Prensa asfixiante —dice, distraído. Su voz suena un tono más grave—. Estoy intentando ser un caballero, pero… joder.

Sonrío con aire provocador y me muerdo el labio despacio, apoyándome en la encimera hasta quedar perfectamente centrada en la pantalla.

—¿Joder qué? —pregunto inocentemente.

—No te hagas la tonta, cielo. Sabes perfectamente lo que me estás haciendo ahora mismo.

Cada palabra que dice es un chute de autoestima. Por primera vez en meses, me siento bien conmigo misma.

—Si te molesta, me puedo cambiar.

Cierra los ojos durante un segundo, como si intentara retomar la compostura.

—No, estoy bien. Gracias por tu preocupación —se burla—. Sigue haciendo lo que sea que estés haciendo.

—Cena. Estoy haciendo la cena —contesto, observando cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

—Ah, ahora que hablamos de cenar —dice—. Conozco un restaurante italiano buenísimo, no muy lejos de *The Anchor*. Déjame

que te lleve.

—¿Cuántas veces me vas a pedir salir?

—Las que hagan falta hasta que digas que sí —dice con una sonrisa pícara—. Podemos ir como amigos.

—¿Para qué? Voy a tener que volverme a Los Ángeles tarde o temprano. Además, tú eres… tú.

—¿Eso qué significa? —se ríe—. ¿No puedo tener amigos?

—No salgo de manera casual. No se me da bien.

Ignoro su comentario. Porque si estoy segura de algo, es que ser solo amigos es complicado.

—A mí tampoco.

Niego ligeramente con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué quieres empezar algo que está destinado a acabar mal?

—Porque no sabemos cómo acaba. Pero todo merece la oportunidad de ser increíble.

Esa es la parte que da miedo. Me aparto yendo hacia el frigorífico, aunque no necesito nada, para darme unos segundos fuera de cámara.

—No te me pongas tímida ahora, cielo.

Cómo puede ser que este hombre me conozca tan bien ya es todo un misterio. Cojo el móvil y mi cena, y me muevo al sofá.

—Estoy intentando no hacerlo —respondo.

—¿Qué probabilidades hay de que vuelvas a casa después de este mes?

Empieza a moverse hasta que deja su móvil está apoyado contra algo, como el mío estaba antes. Escucho su frigorífico abrirse y cerrarse antes de verlo aparecer de nuevo en la pantalla.

Ni siquiera tengo qué imaginar que hay bajo esa camiseta. No porque esté mirando. Su cuerpo podría llenar la pantalla de mi tele en cuestión de segundos. Aunque ahora siento que sería poco ético.

—¿Thomas? —pregunta de nuevo.

¿Cuánto tiempo llevo embobada? Me aclaro la garganta, incómoda.

—Me juego mucho. Pero realmente no lo sé. Echo de menos mi hogar más de lo que pensaba.

—Te entiendo —dice mientras se mueve—. También sé que los recuerdos que creas fuera de casa se quedan contigo para siempre.

Pongo los ojos en blanco.

—En tres semanas aquí apenas he creado ninguno. ¿Cuándo se supone que empieza esto?

Se detiene, me mira directamente a los ojos, y sonríe.

—En cuanto aceptes salir conmigo.

—No creo que esté lista para empezar algo más que una amistad.

Ha estado tan animado; no quiero decepcionarlo.

—Una amistad me sirve —dice con calma—. No me importa esperar. Por lo menos, no por ti.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho por las razones equivocadas. Quiero estar contenta, pero en lugar de eso me duele cada vez más sentirme tan rota.

—Puede que acabes esperando para nada —digo, casi a mí misma—. Siento haber estropeado el ambiente.

—No estás estropeando nada, cielo. Puedes hablar conmigo de lo que quieras.

No sé si son las palabras de Emma resonando en mi mente, si es que no quiero hacerle daño, o si es simplemente la necesidad de decírselo a alguien que no sea mi mejor amiga.

—Estuve con alguien durante años —susurro, con cautela.

Él asiente, animándome a seguir.

—Me engañó. Todos lo sabían menos yo.

Su expresión se tensa; está enfadado.

—Y ahora te resulta difícil confiar.

—Exacto.

—Yo sufrí por algo parecido.

Agradezco que me cuente su experiencia en lugar de mirarme con lástima.

—Yo también fui el único que no vi que Emily me estaba utilizando. Pero todos me tenían en un pedestal extraño, así que se quedaron callados. Incluso cuando le pedí matrimonio.

—Qué asco. ¿Qué le pasa a la gente? —me quejo—. ¿Sabes?, lo que más me jode es que yo me considero una persona realista. Me

gusta ver las cosas como son, ya sean buenas o malas, y siempre voy de frente con la verdad. Incluso si eso significa decirle a mi padre que sus pasos de baile nuevos dan vergüenza ajena.

Me estoy desahogando, y él me deja, soltando una carcajada de vez en cuando.

—Pero con este tío, estaba ciega. Me perdí a mí misma. Y ahora, hablando contigo, me sorprende haber encontrado un milímetro de confianza para contarte todo esto.

—Así es como empieza —añade—. Poco a poco, las ganas de vivir fuera del hoagr eclipsan el miedo a confiar en alguien. Y por si te hace sentir un poco mejor, la honestidad brutal es increíblemente atractiva.

Ahora soy yo la que se ríe.

—¿Estás utilizando mis vulnerabilidades para ligar conmigo?

—Sin ningún pudor.

Se pasa los dedos por el pelo y deja la mano detrás de la cabeza.

—En mi defensa, son parte de ti, y eso te hace única.

A lo mejor esta posición no era solo para salvar mi carrera. Es posible que estuviera destinada a ser parte de mi vida. Él, desde luego, parece pensarlo.

—Vale, galán —me burlo. Sonríe, y sus ojos brillan un poco más.

—Piensa rápido. Dato curioso, ¡ya! —me anima, alejándome de mis pensamientos compulsivos.

—Me encantan los puzles —suelto.

No sé por qué, pero esa es la primera cosa que se me viene a la mente. Él levanta las cejas. Intento explicarme.

—Me cronometro. Aunque no lo parezca, es un hobby que puede llegar a ser muy…

—Competitivo —me interrumpe.

Su cara es la de alguien que acaba de escuchar la cosa más rara del mundo.

—Acabo de pedir el de 500 piezas que utilizaron en el mundial de este año.

Ni de coña.

—¿Tú?

Asiente, y sonrío coqueta.

Siento como mi instinto competitivo despierta de su letargo.

—Oh, esto se va a poner interesante… —digo.

ENTRÓ al edificio con cinco minutos de margen para fichar. No he tenido tiempo de tomarme un café y voy maquillada a medias, pero al menos no está lloviendo.

No hay nada que pueda cambiar mi estado de ánimo hoy. Siento que estoy soñando, casi feliz. Esa videollamada me ha hecho cuestionármelo todo. Si ha conseguido que me sienta tan segura y confiada a través de una pantalla, ¿cómo sería si saliera con él?

El día no me da mucha cuerda para pensarlo.

Sus mensajes entran en los momentos más caóticos, y durante mi descanso para comer, él tenía una reunión con su representante. Aun así, mis niveles de dopamina están por las nubes con los recuerdos de anoche.

Se me eriza la piel al recordar sus palabras.

Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo no tiene miedo de volver a enamorarse?

Me tendrá que enseñar.

—¿Vienes a cenar? —pregunta Claire, recogiendo sus cosas.

Durante todo el día, solo he tenido una cosa en la cabeza: terminar el trabajo, llegar a casa y llamar a Harrison.

Por desgracia, la última vez que mi vida giró en torno a un hombre, no terminó bien.

—Sí, dame unos minutos —le contesto.

Me pongo la chaqueta, saco el móvil de mi bolso, y le envío un mensaje.

Salgo a cenar con mis compañeros; ¡no esperes despierto!

HARRISON

Tenías razón. Necesito un trabajo.

Me he pasado todo el día pensando en ti.

¡Sí que lo necesitas! No me eches mucho de menos…

HARRISON

Siempre lo hago.

Pásalo bien, pero ten cuidado, por favor.

¿CÓMO PUEDE ALGUIEN DORMIR TANTO? —me pregunta—. Ya he enviado dos cintas para castings, he tenido una reunión de más de una hora con Peter, y acabo de desayunar.

Son las once de la mañana. Me he despertado hace unos minutos y he llamado a Harrison. Ya tenía una perdida suya. Lo ha cogido al instante, justo cuando me servía una taza enorme de café.

Ahora estoy sentada en el sofá viendo cómo se prepara para salir a correr. Es una delicia.

—Me acosté a las tres —me quejo—. Y es sábado. No tengo que hacer nada en todo el día. Además, tú te pones en marcha *muy* temprano.

—Cuanto antes empiezo, antes termino.

Me lanza una mirada traviesa antes de coger el móvil y salir de su casa.

—Anoche estuve pensando —dice mientras baja unas escaleras —. No decidas volver a casa sin darme la oportunidad para convencerte de que te quedes.

—Lo puedes intentar, pero no te prometo nada. No solo depende de mí.

Sale a la calle. Está nublado, pero no llueve.

—Hoy estaré en *The Anchor* a las cinco, esperándote.

Capítulo Ocho

LA LLAMADA se corta justo después de que las palabras salgan de su boca. Le llamo de vuelta dos veces, pero me manda directamente al buzón.

—Mierda, Harrison —murmuro en voz alta, frustrada.

Le mando un mensaje, sabiendo que no va a tener más remedio que leerlo tarde o temprano.

¿Lo dices en serio?

¿Y cómo piensas entrar allí esta noche?

HARRISON

No te preocupes por eso.

Estoy deseando verte.

¿Y si decido que no quiero ir?

Me deja en visto. Y estoy entrando en pánico. Otra vez.

En Los Ángeles, son las tres de la mañana, lo que significa que, a menos que Emma haya salido por ahí, está durmiendo. Intento llamarla. Es inútil. Me va a matar, pero necesito hablar con ella antes de tener una crisis existencial.

112, esto es una emergencia.

Emma.

Emma.

Despierta.

La llamo de nuevo. Y otra vez. Por fin, a la cuarta, me lo coge. Gime, y la oigo moverse entre las sábanas.

—Me va a dar algo —suelto—. Estaba hablando con Harrison esta mañana y ya sabes que siempre le he dicho que no cuando me ha propuesto salir. Pues ha decidido que es buena idea ir a *The Anchor* esta noche, y rezar para que me presente. Un sábado.

¿Voy a fastidiarlo todo antes de empezar?

—No sé qué hacer. Me da miedo ir, pero también tengo miedo de que, si no voy, este sea el final de lo que sea que se esté creando entre nosotros. ¿Qué hago? Ayúdame, por favor.

—Jay, son las tres de la mañana. No he entendido nada de lo que has dicho. Respira. Empieza de nuevo. Esta vez más despacio.

—Harrison ha dicho que va a estar en *The Anchor* esta noche, esperándome —repito más despacio, pero no menos ansiosa—. No sé si estoy lista.

—Te juro que esto es lo más romántico que he visto jamás.

Arrastra las palabras, pero su tono es firme.

—Tienes que ir. No le puedes dejar plantado. Sería como… un crimen mundial.

—Piensa en todas las chicas que querrían estar en tu lugar ahora mismo —añade—. Y te ha elegido a ti.

—Pero…

—Pero nada. Han pasado tres semanas desde que lo conociste. Date una oportunidad para pasar página. Y no te estoy diciendo que vuelvas a casa con él; pero por lo menos intenta confiar.

—¿Y si me vuelven a hacer daño? —pregunto, nerviosa.

La pregunta del millón. La que ha hecho que deje de vivir mi vida durante meses, hasta que tomé la decisión de venir aquí.

—Entonces me tendrás a mí para ayudarte a recoger todas las piezas de nuevo —dice con suavidad—. Ya te estás recomponiendo,

y mira lo bien que va.

—Vale. Supongamos que decido ir. No tengo nada para ponerme.

—Jay, vas a estar preciosa, da igual lo que te pongas. Sé tú misma.

Suspiro.

—Perdón por haberte despertado. Ojalá estuvieras aquí.

—Sé fuerte. Nos vamos a ver pronto. Y por si te sirve de consuelo, aquí no te estás perdiendo nada especial —dice con cariño —. Ahora corre y arréglate. Espero más noticias para cuando me despierte. Eres una chica con suerte.

La llamada se corta.

Me quedo sola. Yo y mi desastre de armario.

Nada me llama la atención. Saco una falda larga de color negro, me la sujeto a la cintura y me miro al espejo. Demasiado formal. Está bien para el trabajo, pero no es lo suficientemente chic como para una cita. Me pondría un vestido si no hubiera un setenta por ciento de probabilidad de lluvia.

Saco todos mis vaqueros y los extiendo encima de la cama. De oscuros a claros: negro, azul marino, y lavado claro. A su lado, lanzo varios tops. Algo de esto tendrá que servir.

No me doy cuenta del lío que he armado hasta que doy un paso atrás. Parece que alguien ha entrado a mi habitación buscando un secreto de estado. Por suerte, tengo cinco horas para recomponerme a mí misma y a mi armario.

Lo dejo todo tal cual y decido empezar con una ducha. Me tomo mi tiempo, intentando lavarme un poco los nervios. El agua caliente ayuda, y mis pensamientos empiezan a organizarse por sí solos.

Cuando hablo con él, no lo asocio con que sea uno de los actores más famosos de la última década.

Para mí, es solo Harrison.

Un guapo, ligón, y frustrante tío británico. Sé que es cariñoso. Sé que es respetuoso. Entonces… ¿por qué estoy tan nerviosa? Tener una cita debería de ser emocionante; pero no tanto como para provocarme un infarto.

Llevo debajo del agua hirviendo tanto rato que la piel se me ha quedado roja como una gamba. Esa es mi señal para salir de la

ducha. Me envuelvo en el albornoz e intento llamar a Harrison otra vez. No hay suerte. Resoplo.

Me seco el pelo con la toalla, quitando el exceso de agua. Nunca he sido quisquillosa con los peinados. He tenido el pelo ondulado toda mi vida, sin tener que hacer nada más que secarlo con el secador. Así que eso es exactamente lo que hago. Completamente natural. Ese es el objetivo.

Vuelvo a echarle un vistazo a mi ropa, y me decido por un look todo negro. El top estilo corsé de escote en V, ajustado, combinado con los vaqueros rectos y unos tacones bajos de punta.

No sé en qué momento del mediodía me quedo dormida. Gruño ligeramente y miro el móvil. Son casi las cinco y sigo en pijama.

Pido el primer taxi disponible. Estará en mi puerta a las cinco y cuarto. Quince minutos. Incluso si me doy prisa, voy a llegar tarde.

Salto de la cama y me pongo el conjunto elegido en tiempo récord. Entro al baño. Un poco de maquillaje, desodorante, perfume y un enjuague de boca por si acaso. Tardo exactamente seis minutos.

Me calzo los tacones, me echo una americana sobre los hombros y cojo el bolso negro pequeño que compré con Claire. Bajo con dos minutos de sobra.

No hay mucho tráfico. Le escribo un mensaje a Emma para decirle que voy en camino, esperando que milagrosamente esté despierta; no lo está. Así que paso veinte minutos en silencio, mirando fijamente cómo el puntito en el navegador se acerca, poco a poco, a mi destino.

Me deja en la puerta. Las letras doradas de *The Anchor* brillan bajo la farola, como lo hacían ese primer día. Pero ahora sé quién hay dentro. Joshua Harrison. Esperándome.

Está a reventar.

Casi todas las mesas están ocupadas. Ninguna por él.

La música suena, ahogada entre conversaciones superpuestas. Tony se encuentra detrás de la barra, terminando las bebidas de una pareja. Me acerco y tomo asiento.

—Has venido —dice, sorprendido.

—No me ha dado ninguna otra alternativa —respondo con una sonrisa, volviendo a mirar alrededor.

—Está en el almacén —mueve la cabeza hacia una puerta negra, casi oculta, detrás del sitio habitual de Harrison.

—Lleva esperando un rato.

Me dirijo hacia allí, esquivando cervezas, taburetes y tacos de billar. La puerta se camufla casi impecablemente con la pared. Ni siquiera me había fijado en ella hasta ahora.

La empujo, y ahí está.

Sentado sobre unas cajas de cerveza, embobado en su móvil.

—Tony, ya te lo he dicho. Estoy bien, no necesito nada —murmura, sin levantar la vista.

Su voz es distinta a la que me he acostumbrado a oír por teléfono. Más grave, suave.

Lleva pantalones negros y una camiseta blanca metida por dentro. Sus hombros caen hacia delante, tensando la tela.

—Hola —digo, cerrando la puerta tras de mí.

Levanta la cabeza despacio. Esos ojos azules bebé se clavan en los míos.

Me tiemblan un poco las piernas.

Es solo Harrison, me recuerdo.

—Thomas —dice, poniéndose de pie.

Su mirada recorre todo mi cuerpo, de la cabeza hasta la punta de los tacones. Como si no se creyera que estoy aquí. Se queda ahí parado.

Sin moverse.

No dice nada más.

—¿Estás bien? —pregunto, ofreciéndole una sonrisa tímida.

Sacude la cabeza.

—Mejor que bien.

Da dos zancadas, y está frente a mí.

Me envuelve en un abrazo tan fuerte que me tropiezo hacia atrás y choco con la pared. Me aferro a él como si mi vida dependiera de ello. Siento sus músculos tensarse bajo mis manos. Su camiseta es del tejido más suave que he tocado nunca.

Cierro los ojos y saboreo el momento. Huele a limpio, a su colonia, con notas suaves de cuero y especias. Es delicioso.

Se aparta unos centímetros. Yo mantengo la cara hundida en el hueco de su cuello. Sé que mis mejillas están tintadas de un rojo intenso.

Su mano derecha sube y me pilla un mechón de pelo detrás de la oreja con delicadeza.

Es más alto de lo que recordaba.

—Llegas tarde —susurra.

—Estoy aquí.

—Pensaba que no ibas a venir.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Se inclina lo justo para obligarme a salir de mi escondite. Nuestras miradas se encuentran, y todo lo demás desaparece.

La música del bar se apaga. Lo único que llena el espacio es el sonido de nuestra respiración. El aire se vuelve casi eléctrico. Como una tormenta a punto de estallar.

—Hola, cielo.

—Hola —le respondo, bajito.

Intento bajar la mirada para aliviar un poco de esa tensión que fluye entre nosotros, pero no me deja ni un segundo. Sus dedos atrapan mi barbilla y la levantan, obligándome a mirarlo de nuevo.

—Estás preciosa —afirma—. Absolutamente impresionante.

Sigo atrapada contra la pared. El espacio entre nosotros es nulo.

Cierra los ojos un momento, y cuando los vuelve a abrir, están un par de tonos más oscuros.

Estoy jodida.

—Tú tampoco estás nada mal —susurro, y apenas se oye lo que digo.

Mi corazón late tan fuerte que no me sorprendería si lo pudiera sentir. Es como si estuviera hechizada, y temo que, si me muevo lo más mínimo, este momento pasará. Y no quiero irme a ningún otro sitio.

Él también guarda silencio. Pensando. O quizás dándole vueltas a todo, como yo. Ojalá pudiera saber lo que pasa por su cabeza.

Una media sonrisa se dibuja en su cara. En una fracción de segundo, sus ojos bajan hasta mis labios y vuelven a subir, diciéndome exactamente en qué está pensando. Ha sido tan rápido que podría habérmelo perdido solo con pestañear.

Parte de mí, una grande, quiere decir: *olvídate de la amistad, ve a por todas. Ha pasado casi un año*. Pero entonces entra la voz de la razón. Poner el deseo por encima de los sentimientos es una apuesta arriesgada. Por desgracia para mí, Harrison no me lo está poniendo fácil.

Está respetando lo que le dije; que no estaba lista. Pero sus ojos… están gritando lo que no se atreve a decir en voz alta. Se mantiene cerca, sin moverse, dándome a elegir sin hablar.

Mis manos se deslizan con cuidado desde su espalda hasta su pecho, acabando justo debajo de su clavícula. No dice nada. Me lo tomo como una buena señal.

La intensidad de su mirada hace que me muerda el labio. Y es entonces cuando mis ojos, en contra de toda mi fuerza de voluntad, me traicionan, y bajan hasta su boca. Cuando vuelvo a mirarlo, su sonrisa torcida se ha convertido en una sonrisa pícara y descarada.

Levanta su mano izquierda y la apoya contra la pared. La otra rodea suavemente mi cintura.

Seguro que no sería el fin del mundo probarlo, ¿no?

Me muero por cerrar el espacio entre nosotros. Lo estoy deseando.

Me pongo de puntillas, reduciendo un poco la diferencia de altura.

Estoy a punto de inclinarme cuando la puerta se abre de golpe.

Aparece Tony, con prisas.

Harrison gira la cabeza, pero no se mueve. Yo prácticamente me escondo detrás de él, usándolo como escudo humano.

—¿Me puedes pasar una caja de esas cervezas, por favor? —dice Tony, imperturbable, señalando unas en el lateral.

Harrison da un paso atrás para cogerlas. El lugar donde estaba su mano ahora reclama su contacto.

Tony me lanza una mirada divertida. Me tapo la cara con las manos. Vergüenza absoluta.

Oigo la puerta cerrarse, y levanto la vista. Harrison me mira, con las manos en los bolsillos y la sonrisa más traviesa que he visto en mi vida. Niego con la cabeza.

—Ni. Una. Palabra —le advierto.

—No iba a decir nada.

—¿Así que para esto me has hecho venir? —pregunto, separándome de la pared. La habitación es pequeña, pero intento mantener toda la distancia posible—. ¿Para pasar la noche en el almacén de un bar?

—Parecía que lo estabas disfrutando bastante hace un minuto.

Lo señalo con el dedo, frunciendo el ceño. Me frustra que tenga la ventaja en este tira y afloja al que estamos jugando.

—Tú, señor Harrison —gruño—, estás jugando sucio.

Se ríe sin pudor alguno.

—Ven, cielo —dice, haciendo un gesto para que me acerque. —Déjame que te cuente un secreto.

Lo miro con desconfianza y no me muevo.

Pone los ojos en blanco.

—No muerdo.

Me acerco lo suficiente para que se incline y me susurre al oído.

—No hay *nada* mejor que jugar sucio.

—Te odio —murmuro.

—Me querrás.

Le sale tan natural, como si ya estuviera decidido.

Abro la boca para devolverle el golpe, pero no sale nada. Las alarmas suenan en mi cabeza. He entrado oficialmente en modo pánico.

¿Y si tienes razón?

No me puedo enamorar otra vez. Todavía no. No estoy lista.

Y mucho menos de *él*.

El amor de cuento de hadas no va a terminar bien para mí. ¿Me estoy cavando mi propia tumba al verle? Probablemente.

Necesito volver a casa. Miro la puerta, calculando mentalmente cuánto tardaría en salir de aquí y no volver nunca.

—Ni lo pienses —frunce el ceño—. ¿Por qué te estás poniendo así de nerviosa?

—No puedo quererte —suelto de golpe—. No estoy lista para pasar por todo eso de nuevo.

—No te estoy pidiendo que lo hagas —dice, en voz baja—. Me portaré bien, te lo prometo.

Duda un segundo.

—Pero no puedo prometerte que no me enamore de ti. ¿Puedes lidiar con eso?

No está bromeando. Ni siquiera un poco. Lo pregunta porque hay muchos escenarios en los que eso pasa.

Está poniendo todas las cartas sobre la mesa. Sin juegos. Me está pidiendo que elija: huir o quedarme. No le da miedo a entregarse. ¿Soy yo lo bastante valiente para recibirlo?

—Ya hemos sufrido demasiado —digo, señalando vagamente el espacio entre nosotros—. No quiero que esto acabe mal para ninguno.

—No lo hará —responde con voz firme—. Todo irá bien.

—Vale —contesto.

Su expresión seria se suaviza, y vuelve a aparecer esa sonrisa que tanto me gusta. No puede evitarlo: me echo a reír.

—Perdón —digo sin aire—. Me acabo de acordar de lo ridículo que es todo esto.

—¿Qué tiene de ridículo?

—Sé que me comporto como si fueras un tío normal y corriente al que conocí en un bar, pero seamos honestos. Eres *el jodido Joshua Harrison*. La mitad de las chicas en el mundo se desmayarían tan solo por estar tan cerca de ti.

Parece divertido.

—Incluida mi mejor amiga —añado, para dejarlo claro.

—Y tú —dice—, eres Julia Thomas. La chica que está haciendo que me vuelva absolutamente *loco*.

Se endereza y se mete las manos en los bolsillos.

—Ahora que eso está aclarado, ¿podemos irnos? No sé tú, pero yo necesito comer algo.

—¿Y cómo se supone que vamos a salir de aquí?

Señala detrás de él.

Otra puerta.

He estado tan embobada con él que no me había dado cuenta.

FUERA, el aire se ha vuelto más frío. La luna brilla sobre nosotros mientras nos abrimos paso en la calle. La ciudad está viva. Música, risas, conversaciones a todo volumen. Yo le sigo.

La oscuridad de la noche y su gorra negra parecen hacer un buen trabajo manteniendo las miradas alejadas.

Pasamos junto a un bar, la terraza llena. La gente ya lleva más de una copa.

Un hombre en mitad de una discusión acalorada lanza el brazo sin mirar… directamente hacia mí.

Mis reflejos fallan.

Harrison coge mi mano y me aparta justo a tiempo.

—Mi héroe —me río.

No suelto su mano. Él tampoco la mía, guiándonos entre la multitud.

Baja la mirada hacia mí y sonríe. Las piernas me flaquean un poco. Aprieto su mano con más fuerza, buscando anclarme.

—¿Estás un poco más relajada ahora?

—Un poco —admito—. Todo esto ha sido muy… inesperado. —Hago una pausa—. Aterrador, pero a la vez bueno.

Se detiene, girándose hacia mí. El aire vibra con el murmullo de la noche. La gente pasa de largo sin mirar dos veces. Sus ojos, medio ocultos bajo la sombra de su gorra, brillan igual que siempre.

—Te sorprendería —dice— cuántas cosas aterradoras acaban siendo extraordinarias… si te permites vivirlas.

Y mientras retomamos el paso, me doy cuenta de que tiene razón.

Durante casi un año, he estado tan ocupada asegurándome de no salir de mi zona de confort, de mi zona segura, que me he perdido el noventa y nueve por ciento de lo que pasaba a mi alrededor. He tenido demasiado miedo a arriesgarme. Demasiado miedo a conocer gente nueva, a exponerme.

Pero de alguna manera, en la otra punta del mundo y de la forma más inesperada, él me está empujando a volver a ser yo misma.

Confía en mí, me pide. *Da el salto; valdrá la pena.*

Y, por alguna razón extraña, lo hago.

Ahora mismo, caminando de su mano, no hay nadie con quien prefiriese correr el riesgo.

Joshua Harrison me está comiendo terreno a pesar de todos mis intentos por evitarlo.

—¿Dónde vamos? —pregunto.

—Si te lo dijera —responde guiñándome un ojo—, dejaría de ser una sorpresa, ¿no?

Capítulo Nueve

NO MUCHO DESPUÉS, llegamos a un pequeño restaurante italiano. El toldo rojo con el nombre *Il Piacere* se arquea sobre unas enormes puertas de madera. Harrison abre una y me invita a pasar.

—Nunca me dijiste si te gustaba la comida italiana —dice mientras paso a su lado—. Espero que sí, o esto va a ser bastante incómodo.

Miro a mi alrededor, fascinada. Es como si hubiéramos dejado Londres atrás por completo y hubiéramos aparecido en el sur de Italia. Me quiero imaginar que es así. Debe de serlo.

Las paredes son de un color blanco roto suave, con arcos que corren por el lateral y guían el ojo a la pared trasera, completa hasta arriba de botellas de vino perfectamente organizadas. Mesas de madera oscura hacen contraste con la luz, cada una con nada más que una simple vela encendida en el centro.

Sobre nosotros, el techo florece con vegetación colgante, flores moradas y pequeñas luces delicadas entrelazadas entre ellos. Se abren paso a través del restaurante, descendiendo en espiral por una columna en el centro de la sala. Nunca había visto un espacio tan espectacular. Saco mi móvil y hago algunas fotos, rezando para que no sea muy raro.

El restaurante está envuelto en un romance silencioso. Conversaciones en voz baja y el sonido de los cubiertos contra los platos se mezclan con la música acústica que hay de fondo.

Una camarera coge dos cartas y nos guía hacia la izquierda, alejándonos del comedor principal. La seguimos a una terraza privada, con solo cuatro mesas y completamente vacía. Harrison me aparta la silla antes de sentarse frente a mí.

—Vuelvo en unos minutos para tomaros las bebidas —dice ella, sus ojos se detienen un poco más de lo necesario en Harrison.

Él no se da ni cuenta. Su mirada no se aparta de mí.

—Le gustas —comento, una vez que se ha alejado lo suficiente para que no pueda oírme.

Él se encoge de hombros.

—Gajes del oficio.

Es alta, rubia, con el pelo liso y los ojos azul cristal. Su piel de porcelana no duraría ni un segundo bajo el sol de California.

—También es muy guapa —añado.

—Tú también lo eres —responde, sin tener que pensarlo.

Ojea la carta de vinos mientras yo intento deshacerme de mis inseguridades y me dedico descaradamente a admirar sus rasgos. No parece molestarle; probablemente está acostumbrado a que la gente lo mire.

—¿Quieres algo especial para beber?

Niego con la cabeza.

—Tomaré de lo que tú pidas

Le hace una señal a la camarera, digna de ser modelo, que se acerca a nosotros como si estuviéramos sentados en primera fila de la Semana de la Moda de Milán. Pestañea sin pudor, ignorando mi existencia por completo.

No escucho ni una palabra de lo que dicen. Estoy demasiado centrada en mandarle todas mis energías negativas. La sigo con la mirada mientras se marcha. Solo me doy cuenta de que Harrison me ha estado hablando cuando se ríe.

—Perdona… ¿qué?

Sonríe de lado y arquea una ceja. Esa maldita ceja.

—Julia Thomas, no me digas que estás celosa.

Pongo los ojos en blanco y me traigo la mano al pecho como si me hubiera acusado de un crimen. Su tono juguetón es tan tentador…

—¿Yo? ¿Celosa? —me inclino sobre la mesa y bajo la voz—. Me estaba asegurando de que no fuera a envenenar mi comida, ya que al parecer estoy en una cita con el hombre al que probablemente más desea.

Intento parecer seria, pero él acaba sonriendo y, de repente, suelta una carcajada. Lo que sea que hay en el aire es contagioso porque acabo riéndome yo también.

Al notar el ruido, la camarera vuelve con nuestra botella de vino. Me tenso automáticamente. Harrison se da cuenta, y sin decir nada, estira la mano por encima de la mesa y toma la mía, dándole un apretón tranquilizador.

No debería importar. Esto no es una cita real. Pero funciona. Exhalo de espacio y me vuelvo a acomodar en mi silla.

—¿Te gustaría probarlo? —le pregunta la camarera, presentándole la botella.

—Va a ser ella la que lo va a probar.

Se ve obligada a girarse para mirarme por primera vez desde que hemos llegado. Sirve un par de dedos.

Nunca me habían ofrecido ser la primera en probar un vino. En mi relación anterior, esto era un trabajo exclusivo del hombre.

No tengo ni idea de qué es lo que tengo que saborear, pero he visto bastantes películas como para fingir. Hago girar el vino en la copa, el líquido de color rubí tiñendo el cristal. Luego me lo acerco a la nariz, huele a flores y a moras, con un toque de algo dulce.

Por último, doy un sorbo. Está delicioso. Lleno de sabor, envolvente, con un regusto ligeramente amargo que te deja queriendo otra ronda.

Levantó las cejas hacia Harrison, que asiente como si ya supiera que me iba a encantar.

—Nos lo quedamos —le digo a ella.

Deja la botella sobre la mesa, junto con el corcho, y lo toma como su señal para retirarse.

—¿Buena elección? —pregunta él.

—No tenía ni idea de lo que tenía que hacer, pero eso es un muy buen vino —digo tomando otro trago—. Es la primera vez que me han ofrecido probar.

—¿En serio? —frunce el ceño. Asiento.

—Ese ex tuyo… vaya una joya —murmura con sarcasmo.

—No hablemos de eso ahora —digo, quitándole importancia—. Si te portas bien, igual podemos hablar de esos temas con el plato principal.

—¿Te apetece algo en especial esta noche? —pregunta con un guiño.

—¿Por qué no eliges para los dos? Sorpréndeme.

—Aventurera. Me gusta.

—Después del vino, confío en que me va a gustar lo que sea que pidas.

Al cabo de no mucho tiempo, nos sirven una ensalada de burrata impecablemente presentada. Una bola cremosa de queso fresco corona unos tomates cherry asados, rodeados de gotas de pesto y un hilo de aceite de oliva.

La camarera parece haber captado el mensaje: no se entretiene.

—¿Cómo es posible que no se esté volviendo loca porque estés aquí? —pregunto—. Está claro que sabe quién eres.

—No puede.

Le lanzo una mirada curiosa. Se explica:

—Gente como yo viene aquí porque podemos tener la privacidad que queremos. El dueño está conectado al mundillo de famosos. El personal conoce las normas. No sería la primera en ser despedida por no ser discreta.

—Entonces Emma no duraría ni un turno aquí —me río.

Mezcla la ensalada y me sirve una ración generosa. Pruebo un bocado y gimo de inmediato. Más alto de lo que pretendía.

Harrison baja la mirada a su plato. Su mandíbula se tensa como si estuviera utilizando toda su fuerza de voluntad para mantener la compostura.

—Julia, me lo estás poniendo muy difícil —dice, con los ojos visiblemente más oscuros que antes.

Intento no sonreír.

—Esto no me hace tanta gracia como a ti —añade, con una voz tan calculada que me eriza la piel—. He prometido no jugar sucio, pero si tú no vas a hacer lo mismo, hay muchas probabilidades de que acabemos en mi casa esta noche… y no voy a ser yo el que suplique.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Va completamente en serio. Y por desgracia para él, tiene el efecto *contrario* al autocontrol que va buscando.

Ahora, lo único en lo que puedo pensar es cómo será la cama de Joshua Harrison. Seguro qué grande. Definitivamente peligrosa.

—Puede que no sea la peor idea del mundo —digo, desplegando una falsa valentía.

Pienso que se va a poner más nervioso, pero en lugar de eso, su expresión se suaviza. Niega con la cabeza.

—Lo es —dice—. Sí, sería la mejor noche de tu vida. Pero entonces, volverás a casa. Le darás mil vueltas. Y quién sabe qué pasaría después.

Asiento, en silencio. No se equivoca. Es una mierda, pero no se equivoca.

—No creo que pudiera tener un lío de una sola noche contigo —continúa.

Mis mejillas se ponen más rojas que el vino. No sé lo que decir. Él parece no darle mucha importancia. Sigue comiendo como si no hubiera tirado una granada emocional sobre la mesa.

—Me has llamado Julia —rompo el silencio con la primera cosa que se me pasa por la cabeza.

Levanta la vista, divertido.

—¿Ese no es tu nombre?

—Nadie me llama así en casa. Es raro —digo, jugando con la servilleta—. La gente me llama Jules, Jay, Jay-Tee, pero nunca Julia.

—Lo tendré en cuenta —dice, con una sonrisa ladeada—. Si alguna vez vuelvo a llamarte Julia, sabrás que voy en serio.

AL POCO TIEMPO, nos sirven los platos principales: unos rigatoni rellenos al horno y una lasaña de verduras, en el centro de la mesa para compartir.

—Huele que te mueres —digo, con la boca hecha agua. El olor de la albahaca fresca llena la sala.

—Empieza.

Cojo un poco de rigatoni. El queso se estira desde el plato hasta mi boca. El relleno de boloñesa está delicioso, y se deshace al probarlo. Cierro los ojos y ahogo un gemido.

Cuando los abro, me está mirando como si fuera yo el plato principal. Sus ojos brillan con satisfacción.

—Parece que te conoces la carta bastante bien —digo, curiosa—. Esto podría haber sido fácilmente la recomendación del chef.

—Es mi italiano favorito de todo Londres.

—Ah. Aquí es donde traes a todas tus conquistas —le pico.

—¿Entonces *sí* eres una de mis conquistas?

—Eso quisieras.

Él solo sonríe y asiente.

—Eres la primera chica a la que traigo aquí —dice, sincero—. Nunca he querido arriesgarme a que este sitio se convierta en un lugar al que no puedo ir sin ser acosado por la prensa.

—¿Y cómo estás tan seguro de que puedes confiar en mí?

—Han pasado tres semanas desde que nos conocimos, y nadie ha venido a buscarme a *The Anchor*.

Buen razonamiento.

—¿Y tu ex?

—Ella solo quería ir a sitios públicos, donde la gente nos pudiera ver —se encoge de hombros—. Lo sé. Parece bastante obvio ahora, recordando aquellos momentos, que solo me estaba utilizando.

—Me gusta pensar que es la gente buena la que acaba hecha polvo porque intenta ver lo mejor de cada persona.

—Fui muy ingenuo —suspira.

Me da la sensación de que esto no es algo en lo que quiera adentrarse, así que dejo el momento respirar.

—Ni siquiera era agradable pasar tiempo con ella —añade—. La intenté evitar, incluso esa noche cuando acabamos los dos en la misma discoteca. Cuando quise darme cuenta, estaba contra la pared por haberla mirado mal.

—Bueno… es *posible* que haya hecho los deberes —admito, mis labios curvándose—. Y no necesitaste ninguna ayuda para salir de aquello.

Sonríe, pero está tenso. No está orgulloso. Solo resignado.

—Si te sirve de consuelo —digo—, mi ex no se merecía ni un segundo de mi tiempo, y yo le di casi ocho años.

—¿Por qué te quedaste?

—En aquel momento, no veía que fuera nada mal —respondo despacio—. Mis amigos me avisaron, pero yo seguía pensando que iba a madurar. Empezamos a salir en primero de carrera. Pensaba que la locura, las faltas de respeto, las discusiones… eran cosas de la edad.

Bajo la mirada, y suspiro.

—Primero… entonces tenías, ¿dieciocho? —pregunta.

Asiento.

—Sí. Joven y estúpida —explico—. Y pasaron cuatro años. Nos fuimos a vivir juntos. Después, súmale otros cuatro. Y nada cambió.

—Incluso a esa edad, un hombre debería saber cómo tratar a una mujer. Es frustrante que hayas tenido que pasar por eso.

—Sigue siendo igual —añado—. No creo que vaya a cambiar nunca.

—¿Ahora? —su tono cambia, se tensa, casi ofendido—. ¿Sigues en contacto con él?

Niego con la cabeza y se relaja en su silla.

—No, en contacto no. Pero sigo enterándome de sus numeritos a través de amigos. A veces los llama para intentar llegar a mí. Incluso llamó a mi madre una vez. Por suerte no se lo cogió.

—Eso es horrible —dice, con simpatía—. Lo siento mucho, Julia.

—No pasa nada. Lo tuyo es mucho peor. La mitad del mundo piensa que eres un ex celoso con sed de venganza.

—Creo que la que quería venganza era ella —dice, pensativo—. Lo más gracioso es que esa fue mi primera salida desde…

Hace una pausa.

—Mi equipo de relaciones públicas me dijo que pasara desapercibido, que esperara hasta que ya no fuera importante. Pero parece que la tormenta se ha instalado permanentemente sobre mi cabeza.

—Y aun así, aquí estás —señalo—. No te culparía si hubieras empezado tú la pelea. Quiero decir… ya ni siquiera estoy enfadada por la ruptura. Solo estoy enfadada porque me está costando más de lo que pensaba volver a encontrarme. Lo suficiente como para lanzar algún que otro puñetazo, quizá.

—Nunca me han gustado los deportes de contacto. Ni las exhibiciones públicas de testosterona —dice con una pequeña sonrisa. Después, añade—: Creo que no te das suficiente mérito. Estás en otro país, tú sola, fuese cual fuese el motivo que te trajo, viniste.

—No es eso. Es más aquí arriba. —Me doy un golpecito en la sien —. Me da miedo involucrarme con alguien nuevo. No sé en quién confiar. Ni siquiera sé si quiero seguir creyendo en el amor.

Se me traban un poco las palabras.

—No sé cómo lo haces tú —le digo.

—Fácil. Para empezar, nunca estuve enamorado de verdad. Lo que sentía por ella, no era eso —explica—. Una vez que te permitas a ti misma sentir de nuevo, te darás cuenta de lo mismo.

—A lo mejor lo intento.

Terminamos el resto de la comida entre conversaciones sobre cómo es la vida cuando no estamos rodando o lejos de casa. Le hablo de Emma: de cómo es mi roca, mi voz de la razón.

Él, en cambio, me habla de Tony. Como, sin contar a su familia, es la única persona en la que puede confiar de verdad.

Me entristece, y cuando se lo digo, me asegura que está bien.

—Prefiero tener un amigo de verdad que un millón de amigos falsos —comenta.

—Estoy de acuerdo.

Para cuando los platos están limpios, estoy llenísima. Ese tipo de saciedad con la que juras que no volverás a comer nunca más. A no ser que sea un postre; *siempre* hay hueco para el postre.

—Momento de la verdad —digo, muy seria.

Sus cejas se fruncen, preocupado.

—¿Eres de postre?

Hace una pausa dramática.

—Por desgracia… —Lo miro con cautela—. Nunca me puedo resistir a un buen postre.

Compartimos un tiramisú casero. Esponjoso, cremoso y bañado en la proporción perfecta de café y Amaretto.

Aparte de Joshua en sí, es la mejor parte de la noche. No he tenido una comida así desde que llegue a Londres. Todos los nervios han merecido la pena.

Cuando llega la cuenta, discutimos durante diez minutos enteros sobre quién paga. Se niega incluso a dejarme pagar mi parte.

—Ha sido idea mía. Mi elección de restaurante. Mi cuenta —insiste—. Para la próxima, puedes planear tú la noche, y entonces, te dejo pagar.

Lo miro, dudando. Su sonrisa pícara es de todo menos convincente. Aun así, sé que no hay nada que pueda decir para hacerlo cambiar de idea.

—Vale —resoplo. Él suelta una risa y desliza su tarjeta en la bandeja.

Se levanta y se pone la chaqueta. No quiero, pero miro. Es inevitable cuando va así de guapo.

Se acerca y me sostiene mi chaqueta abierta como un caballero. Sus dedos rozan mi hombro, provocando un escalofrío que me recorre entera.

La camarera nos espera en el mostrador. Harrison le da la cuenta y ella le lanza su sonrisa más seductora. *Qué mal educada*, pienso. Pero la sonrisa se le borra en cuanto se da cuenta de que no le está prestando atención. En vez de mirarla a ella, está girado, enfocado solamente en mí.

No dice nada, pero sé que algo le está pasando por la cabeza. Su mirada es dulce, algo que no puedo sostener por mucho tiempo. Bajo la vista, intentando ocultar el rubor que se me viene encima.

—Espero que hayáis disfrutado de la cena —dice, devolviéndole su tarjeta.

Él asiente y coge mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Miro hacia abajo, sorprendida, y luego vuelvo a mirarla.

—Nos ha encantado —respondo con una sonrisa.

Abre la puerta sin soltarme. Salimos al frío, aguantándonos la risa hasta que estamos solos.

—Su cara —digo, riendo—. Ha sido buenísimo. Gracias.

—No, gracias a *ti* por venir conmigo —responde suave—. Me lo he pasado genial, incluso con esa camarera 'no tan educada'.

Sonrío y asiento.

—Debería pedir un taxi.

—Puedo llevarte a casa… —ofrece—. O podríamos coger el metro.

Niego con la cabeza.

—No es buena idea. Una gorra y gafas de sol solo funcionan a distancia.

—Venga, cielo. No pasará nada. Es un desperdicio estar cogiendo taxis todos los días. Y de esta manera, me aseguro de que no te toque otro pervertido que te lleve a casa.

—¿Y un tren lleno de desconocidos es mejor?

Inclina la cabeza y hace un puchero adorable.

—Siempre podría venir yo mismo a recogerte.

—Entonces, mejor el metro.

Volvemos andando hacia *The Anchor*. Veo el edificio de Mavericks al pasar. La estación más cercana está a un par de calles. La entrada está llena de gente entrando y saliendo. No tengo ninguna fe en que esto acabe bien para Harrison.

Él baja la cabeza y me guía entre la multitud hasta la máquina de billetes. No parece preocupado.

—¿Dónde vives? —pregunta.

Me encojo de hombros y saco mi teléfono, enseñándole la dirección que tengo guardada en el mapa. Pone los ojos en blanco.

—Chelsea. Podemos bajarnos en Sloane Square. No está tan lejos, mejor que lidiar con todo el tráfico.

Empieza a pulsar botones en la pantalla hasta que la máquina escupe dos tarjetas con la palabra *Oyster*. Sin previo aviso, me lleva

hasta los paneles con las líneas de metro. Dos opciones: izquierda o derecha.

—Esta es la única parte complicada del metro —explica, señalando las escaleras a ambos lados—. Solo una te llevará a casa. ¿Por cuál vamos?

Me fijo bien. Recuerdo que ha dicho que nos tenemos que bajar en Sloane Square, y solo una línea tiene esa parada.

—¿A la derecha?

—¿Ves? No ha sido tan difícil —Harrison sonríe—. Aprendes rápido.

Baja primero. Esperamos el tren lo más apartados que podemos de la gente. El suelo tiembla y los altavoces chisporrotean anunciando su llegada inminente.

Mi peor pesadilla se hace realidad cuando un tren casi lleno chirría hasta pararse delante de nosotros. Nos colamos por la última puerta, apretados al fondo del vagón.

Harrison se coloca enfrente de mí y, como si no estuviéramos ya bastante pegados, entra más gente empujándolo.

Mantiene la cabeza baja. Nuestras miradas se cruzan y siento como si me estuviera hipnotizando poco a poco. El tren empieza a moverse y él se balancea hacia adelante, apoyando el brazo en la pared detrás de mí —por segunda vez hoy.

Busco algo a lo que sujetarme, lo que sea, pero no hay nada.

—Agárrate a mí.

—Seguro que te encantaría —le pico.

—En cualquier otra circunstancia —dice—, me *encantaría* muchísimo.

Resoplo, pero deslizo el brazo por detrás y me sujeto a su chaqueta. Lo siento entero bajo mi mano. El olor intenso que su cuerpo irradia me nubla los sentidos.

Todo parece un sueño. No pensaba que nadie me iba a hacer sentir así, las cosquillas, la emoción. Por mucho que diga Emma, Londres nunca era un lugar para encontrar alguien nuevo. Era para darme espacio. Espacio para respirar. Y, aun así, aquí está. Planeando la noche perfecta, preocupándose más por mí que cualquier cita que haya tenido.

Creía que los hombres así eran un mito. Leyendas urbanas, contadas pero nunca reales. Atento, encantador y tan… atractivo. Este puede ser el premio gordo de mi vida. ¿De verdad puedo decir que no?

—Sé lo que estás pensando —me susurra al oído—. Y no es lo que hacen los amigos. Así que, *por favor*, deja de morderte el labio. Solo puedo controlarme hasta cierto punto.

Se me abre la boca. Me quedo sin palabras. Pero, sorpresa, parece que puedo llevar ventaja cuando quiera. Sonrío, subiendo mi otra mano hasta su pecho.

—Contrólate, Harrison.

Alza una ceja por encima de las gafas.

—¿Así quieres jugar?

Justo a tiempo, el altavoz anuncia nuestra parada.

—¡Oh! Toca bajarse —digo, saliendo del vagón lo más rápido posible.

Miro los carteles y empiezo a andar en la que espero sea la dirección correcta. Él me sigue, sin decir ni una palabra, así que supongo que no voy muy desencaminada.

La noche cae en calma. Caminamos uno al lado del otro, perdidos en nuestros pensamientos. Intento retener cada detalle, sin querer llegar a mi puerta. Hacía siglos que no vivía una noche así. Más aún, que no disfrutaba sin que mi pasado se dejará caer.

Le echo una mirada de reojo. Aunque esta fuera la última vez que lo viera, Harrison ya ha dejado su huella en mi vida. Tenía razón: cuanto más te preocupas, más te pierdes.

—Hemos llegado —digo, apoyándome en la puerta del edificio. Sé que no puedo quedarme mucho. Si lo hago, acabaremos arriba los dos—. Ahora tus habilidades de acosador son mucho mejores que las mías. Mi trabajo, mi piso…

—Me vas a encontrar aquí cuando menos te lo esperes —bromea, levantando una ceja—. Encantado de igualar el terreno cuando quieras.

—Lo sé —sonrío.

Nos quedamos ahí, estirando el tiempo como un suspiro que nadie suelta.

—Gracias por esta noche —digo bajito—. Hace años que no me divertía así. Incluso sin ser técnicamente una cita.

—Mientras sigas viniendo, seguiré intentando ofrecer el mejor entretenimiento posible.

—Entonces, ¿amigos? —bromeo, abriendo los brazos para un abrazo.

Asiente antes de envolverme entre sus brazos. Suspiro. Me podría quedar así para siempre.

Me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y susurra:

—Si es así siendo amigos, imagínate como será cuando seas mía.

Me da un beso en la mejilla y se marcha, dejándome atónita, apoyada en la puerta.

Lo observo alejarse. Sabe que lo miro. No se gira, solo camina con las manos en los bolsillos hasta que dobla la esquina.

Me quedo quieta, preguntándome si es tan débil como sería yo… y vuelve.

Mi móvil vibra.

HARRISON

Entra a casa.

Este hombre ya me conoce mejor que yo misma. ¿En qué me estoy metiendo?

Capítulo Diez

EL DOMINGO AMANECE con un sol tan brillante como mi ánimo. Parece que el mundo entero se ha puesto de acuerdo para dejar atrás los grises y que entre la luz. Todo va bien. Los pájaros cantan como si fuera su trabajo, y las hojas se mecen perezosas con la brisa.

Abro la ventana y levanto la cabeza hacia los rayos del sol. Al otro lado de la calle, la risa de una pareja flota en el aire. Una noche de ensueño, seguida de una mañana preciosa que no se atreve a estropearla.

Después de que Harrison se marchara, de algún modo conseguí arrastrarme hasta mi piso en vez de correr tras él. Fue mucho más difícil de lo que pensaba.

Ya echaba de menos su voz, ese tono profundo y aterciopelado. Sus ojos azul bebé. La forma en que mi pulso se acelera cada vez que nos tocamos.

La velada había sido perfecta. Momentos cotidianos envueltos en esta situación extraordinaria. Me recordó que, detrás de las pantallas, sigue siendo un hombre normal y corriente.

Así que sí: despertarme con nada más que un beso en la mejilla y un piso vacío… frustrante. Profundamente frustrante.

Últimamente, mi móvil está siendo mi Papá Noel personal, dejándome regalitos por la noche. El de hoy, un mensaje. Esperándome desde las ocho de la mañana. Hago un baile ridículo mientras cojo el teléfono.

HARRISON

Buenos días, cielo.

Espero que hayas dormido bien.

Es domingo.

Si quieres, puedo enseñarte a dormir hasta tarde…

HARRISON

Alguien se ha despertado con ganas.

¿Qué esperas?

Toco su contacto. Nunca he sido la primera en llamar, por no querer interrumpir algo importante, pero… ¿Ahora? Estoy enganchada.

Mandar mensajes no es suficiente cuando puedo ver su cara en mi pantalla.

Descuelga al primer tono.

Mi cerebro se enciende con un enorme VAMOS de neón.

Tiene el pelo húmedo, el agua aun resbalándole por las sienes. Se pasa la mano y se lo peina hacia atrás. Está sonriendo. Sin camiseta. Solo lo veo de cintura para arriba, pero aun así. No veo mucho, pero me lo imagino todo.

—He estado intentando comportarme como una dama, pero joder —bajo la voz e intentó arquear una ceja, imitándolo.

Se le escapa una sonrisa. Sus ojos brillan divertidos. Aprieta los labios, sus mejillas tiñéndose de un rosa adorable mientras intenta contener la erupción inminente.

Y entonces, como si un dique se rompiera, su risa inunda mi habitación a través de los pequeños altavoces de mi móvil. Es contagiosa. Yo también me río, quedándome sin aire. Un momento de pura alegría, sin filtros.

—De verdad, Thomas —dice entre suspiros, secándose las lágrimas—. ¿De dónde has salido?

Me encojo de hombros, enseñándole mi mejor sonrisa inocente.

—¿Tienes algún plan hoy?

—Pues… —digo, haciendo como que lo pienso—. Tengo que limpiar, pero no quiero limpiar. Tengo que ir a hacer la compra porque mi frigorífico empieza a parecerse a cuando vivía en la residencia de la universidad. Pero odio ir al supermercado. Así que… un dilema.

—Ya veo. Por desgracia, hoy no voy a serte de mucha ayuda.

Deja el móvil sobre la cama y me quedo mirando su techo y dos tristes focos. Oigo cajones abriéndose y cerrándose.

—¡Eh! —me quejo—. No me dejes aquí.

—Pensaba que habías dicho que no estabas lista —su voz resuena, todavía fuera de plano. Unos segundos después, vuelve a aparecer ya vestido.

—Sí, para una *relación*. Eso no significa que no pueda disfrutar de las vistas, está claro.

—Lo tendré en cuenta —dice—. En fin, voy a hacerte caso y a buscarme un trabajo. Tengo una montaña de guiones que ni siquiera he tocado. Mi representante ya me está respirando en la nuca, así que supongo que ha llegado el momento.

—¡Eso suena divertido! ¿Puedo ayudarte? —pregunto, intentando desesperadamente escaparme de mis tareas de persona adulta—. Podría leer líneas contigo. Se me dan *muy* bien las voces, como ya has visto.

—Lo siento, cielo. Son todos estrictamente confidenciales —su sonrisa tiene un punto irritantemente presumido—. Y serias más distracción que ayuda.

—Vale —resoplo—. Pues me quedaré aquí tumbada todo el día, en señal de protesta.

—Seguro que encuentras algo que hacer. En cuanto acabe te llamo. No me eches mucho de menos.

La llamada se corta, y me dejo caer sobre la cama, abriéndome como una estrella de mar perezosa. ¿Es posible que esto no sea una broma cruel del universo? Nunca crees que la vida pueda dar un giro

inesperado… hasta que lo da. La verdadera pregunta es: ¿cuánto va a durar?

Toda mi vida sigue estando al otro lado del mundo, esperándome. Tarde o temprano, me tendré que subir al avión y volver a como todo era antes. Solo espero que esta nueva versión de mí misma que estoy descubriendo vuelva conmigo también.

Y en cuanto a Harrison… parece ser ingenuo no ver un final cuando probablemente haya uno justo ahí, saludando a lo lejos.

Este primer mes se ha estirado de la mejor manera. El reloj de la cuenta atrás aún parece estar a años luz, pero si estoy aprendiendo algo de Harrison es que ojos que no ven, corazón que no siente.

Preocuparme menos y vivir más. Mi nuevo objetivo personal.

Deslizo el dedo por el móvil, sin rumbo, buscando algo lo bastante interesante como para distraer mis pensamientos. Todo en casa parece estar igual que cuando me fui. Sin sorpresas. Últimamente, nada en internet es real. Todos sabemos que es puro teatro, y aun así fingimos que no lo es.

Estoy viendo un vídeo de un gato blanco superpeludo metiéndose dentro de un jarrón cuando me llega un mensaje.

HARRISON

Baja a la puerta.

Me incorporo de un salto y salgo disparada hacia el pasillo. Ha debido odiar esos guiones si solo ha tardado treinta minutos.

Y no me quejo.

Un todoterreno negro con cristales tintados espera al borde de la acera. No salgo a la calle, voy descalza; así que, espero que salga.

Pero no es Harrison.

Baja un hombre alto. Pelo grisáceo, traje negro con corbata, cara de póker. No parece el más simpático del mundo.

En una mano lleva un café enorme para llevar y, en la otra, una bolsa de papel marrón.

—¿La señorita Julia Thomas?

Asiento despacio, atrapada en algún lugar entre la confusión y la plena conciencia de que llevo pantalones de pijama y calcetines de

pelo desparejados. Definitivamente, tengo pinta de loca.

Se acerca él, ahorrándome la humillación de ir hasta el coche, y me tiende la bolsa. El olor me golpea: carbohidratos calentitos y con extra de mantequilla. Se me hace la boca agua, y mi estómago da una voltereta.

No ha salido Harrison. Pero esto… es lo segundo mejor.

—Gracias —digo, quedándome un segundo a la espera de algo. Un nombre. Un gesto. Una frase de cortesía. Nada. Solo una leve inclinación de cabeza antes de desaparecer dentro del coche.

Raro. Pero no es la peor manera de empezar el día.

Casi dando saltitos, vuelvo dentro con mi tesoro comestible.

En la comodidad de mi propio salón, abro la bolsa y saco los regalos misteriosos. Envueltos en papel de horno, encuentro, aún calientes, un croissant dorado y un *pain au chocolat* brillante. Grapado al borde de la bolsa, hay algo que al principio pensé que era un recibo… hasta que reconozco su letra.

Pensé que a lo mejor esto podría ayudarte a empezar el día.
x Josh.

Se lo ha tenido que dar al chófer antes de irse a trabajar. Es un detalle pequeño, pero me recuerda con quién estoy tratando.

Es fácil olvidarlo. Con él, todo se siente muy natural. Muy normal.

Pero la verdad es, que él *tiene* un chófer. Lo reconoce medio planeta. Su trabajo consiste en ganar premios, no borrar correos basura.

Ser actor es uno de esos trabajos de ensueño. El tipo que todos queríamos ser de niños. En la misma lista junto a astronauta y estrella del pop. Harrison es la versión viva y andante de: "Mira Mamá, lo he conseguido". Y, sinceramente, se lo merece.

Habiéndome criado en Los Ángeles, he tenido una buena ración de encuentros con gente de Hollywood, y ni una sola vez he pensado: *"Vaya, siguen con los pies en la tierra."* La mayoría son arrogantes, se mueven por el dinero y la fama, flotando por encima del resto de nosotros como si vivieran en una nube.

Y aun así… él desmonta por completo mi teoría de toda la vida.

Esa en la que asumía que todo el mundo en esa industria estaba envenenado por los focos.

Este hombre va por ahí llevándole el desayuno a una americana medio loca, con ropa desparejada y pánico a las relaciones. Quizás sea el olor del croissant de mantequilla, pero yo diría que eso es bastante noble.

El café todavía echa humo cuando doy el primer trago. El combustible que no sabía que necesitaba esta mañana. Perfectamente mezclado, perfectamente fuerte. Como si supiera que hoy me hacía falta un empujón extra.

Le doy un mordisco al croissant y gimo en voz alta. Sin vergüenza. Aprovechando que no hay nadie. Es crujiente, ligero, y lo suficientemente dulce para saciar mis ganas.

Cojo el móvil y le mando un mensaje.

No voy a poder agradecerte esto lo suficiente.

Está TODO buenísimo.

Y como me apetece flirtear un poco (y ya no me muero de hambre), añado:

Llevo cinco minutos gimiendo sin parar. Mis vecinos están teniendo un espectáculo.

HARRISON

Dios mío, Julia.

¿Estás intentando torturarme a propósito?

¿Julia? ¿Otra vez?

HARRISON

Sí, otra vez. Vas a ser mi perdición.

Tú lo empezaste ayer… yo estaba bien antes de entrar en ese almacén.

HARRISON

Y lo terminaré.

Cuando me des la oportunidad, te enseñaré exactamente cuánto merece la pena.

NO TARDO MUCHO en tachar todo lo que tenía en mi lista de cosas pendientes.

Con el espacio recogido, y todavía sintiendo el peso de la cámara en los dedos, abro el portátil y pongo mi inspiración en marcha. Hace unos meses, hice un montón de fotos durante una comida familiar, pero nunca llegué a editarlas. Flores, animales, edificios… me encanta encontrar vida en sitios que solemos pasar por alto.

Sin avisar, una foto de mis padres llena la pantalla.

Mi padre abraza a mi madre por detrás. Ella se ríe. La cabeza echada hacia atrás, su pelo castaño ondeando con el viento.

Me acuerdo de aquel día como si fuera ayer. Hacía fresco, pero estaba soleado. Nos habíamos ido de pícnic con la familia de Emma. A mi madre le dio frío, le robó el gorro a mi padre y salió corriendo montaña abajo con él persiguiéndola.

Se me encoge el corazón y los ojos se me humedecen sin querer.

No he hablado con ellos, solo les he enviado algún mensaje de vez en cuando, y ahora mismo me vendría bien un poco de instinto maternal.

Cojo el móvil y la llamo por videollamada. Contesta al segundo tono.

Su cara brilla con el sol de la mañana, morena y sonriente como siempre.

—¡Jules, cariño! —exclama—. ¡Cuánto tiempo! Estás guapísima.

—Hola, mamá.

Pensé que el nudo en mi pecho empeoraría, pero oír su voz me alivia.

—Lo siento. Sé que he estado distante. Es… difícil, estar lejos.

Está sentada en el porche, disfrutando del precioso amanecer. Al fondo aparece mi padre con dos tazas de café. Abre los ojos de par en par al verme en la pantalla.

—¡Madre mía! ¿Esto es real?

—Hola, papá. Yo también te echo de menos.

Se sienta junto a mi madre, con una sonrisa enorme. Tiene el pelo despeinado y lleno de motitas de arcilla seca.

—Veo que tu nueva afición va viento en popa —le digo.

—Es tan…

—Desastrosa —interrumpe mi madre, intentando limpiarle la arcilla de la cara—. Ojalá esta fase se le pase pronto.

—Eso no es muy bonito.

Mi madre es una santa. Tiene la paciencia de una profesora en clase con veinte niños hasta las cejas de azúcar.

—¿Y tú qué tal, cariño? ¿Cómo va Londres?

—Demasiado nublado —me quejo—. Y echo de menos estar en casa.

—Eso es normal, cariño. Es la primera vez que pasas tanto tiempo fuera.

—La semana que viene tengo la primera reunión de seguimiento…

—¿Estás pensando en volver? —pregunta mi padre. Sé que no me está juzgando, pero solo pensar que pudiera estar decepcionado me retuerce por dentro.

—No lo sé. A veces me siento un poco sola, pero también he hecho algunos… amigos.

Mi madre arquea una ceja, con una sonrisa de sabelotodo apareciéndole en la cara.

—Seguro que lo estás haciendo genial, cariño —dice mi padre— Además, te estoy haciendo algo y voy a necesitar un poco más de tiempo para terminarlo.

—¿Por qué no vas a trabajar en eso ahora? —sugiere mi madre, claramente con segundas intenciones—. Déjame un ratito a solas, necesitamos una charla de madre e hija.

—¡Hecho! —celebra, emocionado—. Llámame luego. Te enseñaré algunas de mis figuritas.

En cuanto se va, mi madre se acerca a la pantalla como si fuera una detective a punto de resolver un caso.

—Estos amigos de los que hablas…

Ya sabía que iba a decir algo así, pero me sonrojo de igual manera.

—Me llevo bien con mis compañeros y… —tragó saliva. Estoy nerviosa—. He conocido a alguien. Pero solo somos amigos.

Sus ojos se iluminan.

—¡Qué emocionante, cariño!

Entonces, se da cuenta de que a mí no me emociona tanto.

—¿Te está tratando bien?

Su preocupación me desarma.

—Es tan bueno, mamá. No te lo creerías. Casi *demasiado* perfecto para ser real.

—Así me sentía yo con tu padre. Y míranos ahora —razona—. ¿Qué es lo que te está frenando?

—El miedo a las relaciones, a confiar, la distancia… esa es gorda.

—Todo tonterías, cariño.

—¿En serio? ¿Y qué voy a hacer en dos meses cuando tenga que recoger todas mis cosas otra vez y volver a casa? —replico—. No exagero. Este tío es prácticamente un príncipe azul. Si cruzó esa línea, estoy perdida. Igual consigue que me enamore de él sin siquiera salir conmigo.

—En dos meses, coges tus cosas y vuelves a casa. ¿Quién sabe lo que pasará con él? Es lo bonito de la vida, no saber el resultado. A lo mejor, es *él* quien se enamora de ti y te sigue hasta aquí.

—Eso no suena nada realista, mamá.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas —dice—. Ya has aguantado tres semanas, puedes llegar hasta el final. Y sobre este chico…

(*Hombre*, corrijo en silencio.)

—Sé que da miedo. Pero confía en tu corazón. Lo demás caerá por su propio peso.

Oigo algo romperse al fondo y mi madre gira la cabeza un segundo, intentando no reírse.

—Corre —le digo—. Seguro que necesita ayuda.

Ella asiente.

—Te quiero, cariño. Y no tardes tanto en llamar la próxima vez.

Me lanza un beso.

—No lo haré. Te quiero, mamá.

Cuando me quedo satisfecha con cómo han quedado las fotos editadas, decido darme una pequeña recompensa. Pongo música relajante y llenó la bañera. Cuando empieza a salir vapor del agua, hecho unas sales de rosa y vainilla que encontré en el supermercado. El aroma llena mi pequeño baño al instante.

Meto un pie primero, haciendo una mueca por el calor y me deslizo poco a poco hasta quedarme sumergida hasta el cuello.

El agua está perfecta. En silencio, divino.

Disfruto casi un minuto entero de paz antes de que mi móvil empiece a sonar.

Mis manos están mojadas así que lo agarró con cuidado por los bordes y pongo el altavoz.

—Hola, cielo —consigo escuchar por encima del ruido del agua—. ¿Qué es ese sonido?

—Estoy en la bañera —grito—. ¿Ya has terminado con los guiones? Si quieres te hago un hueco.

—Sí, ya estoy libre. Y me encantaría… si pensara por un segundo que lo dices en serio.

—¿Y si voy en serio?

—Lo que quieres y lo que necesitas no es lo mismo —responde —. Puede que lo estés deseando, pero no eres la clase de chica que necesita un amigo con derecho a roce. No voy a aprovecharme de eso.

—Me da mucha rabia que tengas razón —resoplo.

¿Por qué mi corazón no puede operar independientemente del deseo? ¿Cómo lo hace el resto del mundo?

A lo mejor me puedo apuntar a un curso express de *cómo no encariñarse*.

—Si es frustrante para ti —dice suave—, imagina cómo es para mí, cuando llevo pensando en ti desde aquel lunes lluvioso en *The Anchor*.

Se me corta la respiración.

—¿No te da miedo encariñarte? —pregunto de verdad.

—No. No contigo.

—Ya tenemos fecha de caducidad. Y ni siquiera somos nada.

—¿Ves? Ya estás preocupándote sobre algo para lo que todavía quedan meses. No pasa nada por tener miedo. La verdadera pregunta es si estás dispuesta a arriesgarte o no. Hasta que no lo tengas claro, yo no daré ningún paso.

—¿Y si eso significa que nunca podrás darlo?

—Entonces me quedaré con lo que tenga, el tiempo que pueda. Como ya te dije, puedo ser solo tu amigo.

—Empiezo a pensar que me estás tomando el pelo. No te voy a mentir. Todo esto parece una trampa. No solo porque eres quien eres, sino porque ningún tío espera meses por nadie.

—Tengo un presentimiento —dice—. No me importa esperar para ver a dónde me lleva.

—Eres único, Harrison.

Se le escapa una risa.

—Eso fue exactamente lo que dijo mi profesora de teatro cuando me eligió para hacer el papel de Dorotea en *El mago de Oz.*

—Madre mía. Eso tuvo que ser épico. Por favor dime que tienes vídeos. ¿Cuántos años tenías?

Apagó el grifo antes de que el agua se desborde. Con el baño en silencio, ahora le oigo claramente.

—Doce —empieza, con un tono triste—. Pero no hay vídeos… porque no lo hice.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Los chicos de mi curso se rieron tanto de mí que me retiré antes del primer ensayo

La cabeza me duele al pensar en un Harrison joven siendo acosado.

—Bueno, mírate ahora. Lo has conseguido. Has llegado a la cima.

Se queda callado un momento.

—Sí… supongo que sí.

—No suenas muy seguro.

—Son los guiones —admite—. Después de que la pelea se hiciera viral, las ofertas se esfumaron. Me sigue encantando actuar. Amo *contar* historias, pero estoy cansado del foco público. No me gusta ser el centro de atención. Ni siquiera sé si quiero volver.

—Me he preguntado cómo lo haces —digo honestamente—. Pero hay otras maneras de contar historias. Escribir, música, editar, dirigir…

—He pensado en dirigir. Pero no sé qué clase de bienvenida me darían en el sector.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas.

—¿Vas a utilizar esa sugerencia tú también? —me pica.

Pienso en mis padres. Vivían en estados diferentes. Sin dinero. Sin plan. Solo un acto de fe compartido. Se arriesgaron y al final ganaron la lotería.

—¿Sabes qué? —reflexiono—. Después de todo, creo que sí lo haré.

Capítulo Once

EL LUNES LLEGA BIEN FUERTE. Quedan cinco días para que elijan la propuesta de la imagen de marca. Está todo muy reñido, y hasta ahora, no me había sentido nerviosa. De repente, todo se ha vuelto demasiado real.

Y lo mismo que sucede con la presentación, yo también necesito decidir si quiero quedarme o no, si es que me dieran la oportunidad. Todavía puedo salir corriendo.

Mi móvil vibra. Me disculpo y aprovecho para salir a tomar aire.

Una vez afuera, le devuelvo la llamada a Harrison.

—Sabes que estoy trabajando, ¿no? —bromeo en cuanto me lo coge.

—Te invito a comer. ¿A qué hora es tu descanso?

Por alguna razón, escuchar su voz me tranquiliza. Como si ahora fuera mi caballero de brillante armadura, dispuesto a protegerme de todo. Aunque… ¿quién protege mis sentimientos de él?

—¿Puedo opinar al respecto?

—Puedes elegir el sitio, si quieres.

Me quedo en silencio, valorando si es buena idea removerme todavía más los pensamientos en mitad del día.

—Por favor —añade.

Por favor. Algo tan simple, pero con tanto significado. No me está suplicando. Me está diciendo que le dé una oportunidad. Que le deje intentar ganar este juego al que estamos jugando.

—Vale —digo, cediendo. Tendré otras oportunidades de ser cabezona—. Salgo a comer a las doce. Treinta, a lo mejor cuarenta y cinco minutos, máximo. Estamos muy liados esta semana.

—Con eso me sobra. Te espero fuera.

De vuelta en la oficina, me guardo el móvil y me concentro en mi presentación.

El verano siempre ha sido mi estación favorita. Crecer en Los Ángeles básicamente te mete el protector solar en las venas, así que no me ha costado conectar con la energía de un buen bronceado.

Lo difícil ha sido el romance.

Durante semanas, todo se sentía muy superficial. Dos cucharadas de clichés adornadas con un chorro de '*¿Pero quién se pone bañadores a juego?*'. Pero entonces, Harrison se puso las pilas, con su encanto optimista y sus desayunos sorpresa. De pronto… lo veía todo clarísimo.

No solo la campaña. *El sentimiento.*

Él con una camiseta suave de algodón, con pequeños corazones bordados. Yo con el conjunto a juego. Juguetón pero real. El eslogan se me ocurrió ayer después de nuestra llamada: *A juego por fuera, conectados por dentro.*

Ahora las ideas no paran de surgir. Mi presentación es vibrante, acogedora y sexy. Prendas diseñadas para gente enamorada, o por lo menos en camino.

El mediodía llega desesperadamente despacio. Me espero hasta que todos se han ido a comer, y me escapo sin que nadie me vea. Él ya me ha escrito para decirme que está en la calle. Los nervios me estallan por dentro como si fueran fuegos artificiales diminutos. Empiezo a entender que nunca voy a dejar de ponerme nerviosa cuando vayamos a encontrarnos.

Lo veo en cuanto salgo del ascensor. Al otro lado de la calle, apoyado contra la pared de manera casual. Lleva un suéter azul marino tan oscuro que casi parece negro, pantalones a juego y

botas grises. Va remangado lo justo para enseñar un reloj plateado y un antebrazo criminalmente atractivo.

Me ve.

Se quita la gorra, y baja las gafas de sol despacio.

Sonríe despacio.

Cruzo la calle, intentando andar con toda la confianza y sensualidad de la que soy capaz. Parece funcionar, porque se separa de la pared y se acerca un par de pasos.

—¿Solo tienes ropa negra? —le provoco al llegar.

Se ríe y —joder— me rodea la cintura con un brazo y me da un beso en la mejilla.

El calor de sus labios contra mi piel hace que me baje la tensión por debajo del nivel del mar. Lo he decidido: voy a empezar una colección de estos besos clandestinos.

—Hola, preciosa —dice, incorporándose de nuevo—. ¿Estás lista?

Asiento, dejando que haga de guía.

No tengo ni idea de a dónde vamos, Pero estoy segura de que ya tiene algo pensado, así que me dejo llevar y camino a su lado. No tardamos mucho, cinco minutos no más, antes de detenernos frente a una cadena de comida rápida que me es muy familiar.

—¿Tacos Locos? —parpadeo—. No sabía que teníais esto aquí.

—¿Eso es bueno? —pregunta, su voz demasiado desenfadada, parece que intenta esconder los nervios.

—Es lo *mejor* que me podía pasar —le digo, tranquilizándole—. Eres adorable cuando te pones nervioso.

Pone los ojos en blanco.

—Puedo actuar frente a miles de personas, pero *tú* —me señala con el dedo, y yo le apartó la mano—, tú llegas y me descolocas entero.

—Suena a que es un problema tuyo, señor. —Le guiño un ojo—. Espero que no tengas problemas de rendimiento en otras áreas también…

Entrecierra los ojos, pero esa sonrisa torcida ya le está delatando.

—Vienes caliente, eh.

—Solo estoy tanteando el terreno.

—¿No tenías prisa? —pregunta, recuperando la compostura.

Asiento y entro al restaurante.

—Siéntate al fondo. Puedo pedir la comida yo.

Levanta las cejas, desconfiado.

—¡Vamos! No tengo todo el día.

—Vale. Pídeme pollo, carnitas y al pastor, en tortilla blanda —dice, metiéndose la mano en el bolsillo—. Toma. Mi tarjeta.

—No, gracias —respondo, ya de camino al mostrador.

Veo la oportunidad y la aprovecho. No nos va a dejar igualados, pero por lo menos un poco más cerca.

Tacos Locos es exactamente igual que el que tenemos en casa. Con un interior minimalista, tonos neutros, y sillas de madera sencillas. Un par de mesas altas separan el espacio. Las paredes son de ese color gris claro que está de moda, y el techo descubierto le da un aire industrial, como a medio terminar.

El menú aparece en tres pantallas digitales por encima del mostrador, y tengo que mirar dos veces cuando veo los precios, muchísimo más barato que en Los Ángeles. Algo que me sorprende, teniendo en cuenta el coste de vida en Londres.

Mi pedido no ha cambiado en años. Tres tacos blandos con una bebida. Dos de carnitas y uno de pollo. Comida que quita todos los males en forma de tortillas. Observo cómo trabajan en cadena mientras avanzo hacia la caja.

—Son treinta con cincuenta, por favor —dice la chica.

Paso la tarjeta y llevo la bandeja hasta la mesa.

—No tenías por qué hacer eso —dice él cuando me siento.

Me encojo de hombros.

—Quería hacerlo.

Empezamos a comer. O por lo menos *él* lo hace. Mi cabeza ya está de vuelta preocupándose con cada aspecto de mi vida que no puedo controlar. Incluido este. Harrison está hablando, algo sobre Tony, quizás relacionado con *The Anchor*, pero no termino de procesar la información. Solo asiento.

Inclina la cabeza.

—Estás rara hoy.

—¿Qué?

—Estás rara —repite con suavidad—. ¿Qué te pasa?

—Nada —miento—. Solo el trabajo.

—¿Estás teniendo problemas con la presentación?

—No. De hecho, va mucho mejor ahora. —No le digo que probablemente es gracias a él—. Es un poco estresante, eso es todo.

—A mí lo único que me preocupa de esa reunión es si decides volverte a casa —dice con sinceridad—. No tengo ninguna duda de que van a estar impresionados con tu trabajo.

—Ni siquiera sabes si soy buena en mi trabajo —me río y él sonríe.

—Bueno… ¿lo eres?

—-Me gusta pensar que sí.

—Entonces no hay motivo para estar nerviosa.

Suspiro, masticando despacio.

—Es que… son muchas cosas. Llevo un mes sin ver a mis amigos o a mi familia, y ni siquiera voy por la mitad del camino. Y ahora también tengo…

Dudo, consciente de que estoy entrando en terreno resbaladizo.

—Personas.

—¿Personas?

Pongo los ojos en blanco.

—Vale. Tú. Te tengo a ti aquí.

Me lanza la sonrisa más dulce y orgullosa, como si acabara de regalarle todas las estrellas del mundo. Me derrito como la mantequilla sobre el pan caliente.

—Mira, por mucho que quiera que te quedes, no deberías tomar esta decisión pensando en mí. Ni en nadie más —explica—. Hazlo si este reto en tu carrera merece la pena.

Asiento despacio.

—Si no hago esto, tendré que volver a un trabajo donde sé que mis probabilidades de crecer son mínimas. Esto es mi salvavidas.

—Ah. Entonces no es tanto elegir estar aquí, sino aprovechar la oportunidad.

Asiento de nuevo.

—Exacto.

—Eso, por sí solo, dice mucho de ti.

—Parece que siempre sabes lo que decir.

—El truco está en pensar *"¿Qué diría una estrella de Hollywood?"*, y entonces decir justo lo contrario.

—Te llevarías muy bien con mi padre —me río—. Estaría totalmente de acuerdo contigo.

—Suena a que es un hombre inteligente.

—Lo es. Él y mi madre. Son muy creativos, espontáneos.

—De los de *"solo se vive una vez"*.

Asiento.

—Mi hermano Dylan también es así. Yo soy la única un poco más reservada.

—¿Y entiendo que eso no te gusta?

Me encojo de hombros.

—A veces siento que me tengo que esforzar el doble para destacar en la familia.

—Ojalá hubiera tenido hermanos —comparte él—. Y, para que conste, me cuesta mucho creer que no seas la hija favorita de tu padre.

Sonríe de medio lado, y me sonrojo.

—Lo soy. Pero también soy la única que no ha perseguido sus sueños —admito—. Siempre me da la sensación de que estoy intentando alcanzar a Dylan, cuando ni siquiera corremos la misma carrera… porque yo me he conformado.

—¿Y cuál es tu sueño, entonces?

—Mi sueño era tener un estudio de fotografía algún día. Quizá incluso una galería.

—Por eso estabas haciendo fotos la otra noche en el restaurante.

—Esperaba que no te hubieras dado cuenta. No las he revisado todavía.

—Me encantaría verlas cuando lo hagas.

Y por primera vez, mirando esa sonrisa tan sincera, de verdad quiero enseñarle las fotos a alguien.

Antes de darnos cuenta, es la hora de volver. Cuando llegamos a la puerta, me envuelve en sus brazos, solo unos segundos, pero los suficientes para impregnarme con ese aroma a bosque y naturaleza

tan suyo. Se aparta para besarme en la mejilla otra vez y dejarme marchar.

Beso clandestino número tres: adquirido.

Lo añado a mi colección mental de *Besos de Joshua Harrison.*

Y de alguna manera, consigo volver a mi escritorio. Mis piernas siguen temblando tras tanto contacto masculino. Pero aquí estoy.

El resto del día, me concentro. Todo lo que puedo. Hago los números, recopilo todos los eventos que he ideado, y pulo cada diapositiva. Para cuando termino, la oficina está casi vacía. El resto del equipo se ha marchado hace rato.

Harrison tenía razón. Cuando se trata del trabajo, siempre doy la cara. Que la vida sea complicada no significa que me relaje. Ya lo he dejado pasar demasiado tiempo. Me quede o me vaya, esta va a ser la mejor presentación que hayan visto jamás.

La semana avanza a toda velocidad. El lunes se funde con el martes y luego se desliza hacia el miércoles. No tengo ni un momento libre. Harrison me ha llamado cada noche. No me ha preguntado sobre mi decisión, me está dejando mi espacio, pero ha seguido apoyándome a su manera.

Anoche volvió a invitarme a comer, pero con solo tres días por delante hasta la reunión, no puedo permitirme distracciones.

Estoy sentada en mi mesa, tecleando furiosamente, debatiendo cómo de mala sería la idea de saltarme la comida por completo. Mi estómago ruge, respondiendo a la pregunta por mí. Justo entonces, me llega una llamada de recepción.

—Hola, señorita Thomas —dice la recepcionista—. Su comida ha llegado. Puede venir a recogerla.

—¿Mi comida? ¿Para Julia Thomas?

—Sí, señorita. Acaban de traerla.

Pregunto por cortesía, pero seamos sinceros: ¿quién más haría algo así?

¿Por alguna casualidad has enviado comida a mi oficina?

HARRISON

En carne y hueso.

Te habría hecho bajar a verme, pero no quería que te calentaras y te pusieras nerviosa antes de la reunión.

Qué considerado. Delirante, pero igualmente considerado.

En serio, gracias. Me muero de hambre.

HARRISON

Eso ya lo discutiremos en otro momento.

He pensado que te vendría bien un poco de energía.

Y tanto.

HARRISON

¿Hablamos luego?

Claro.

LA REUNIÓN ESTABA PREVISTA para desarrollarse en la última hora de trabajo, pero se ha alargado media hora. Al parecer, Max ha pedido permiso para incluir mis fotos en el porfolio final.

—¿Te parecería bien? —pregunta Chris, el jefe del departamento.

Estoy tan sorprendida que no sé ni qué decir.

—¿Esto es cosa tuya? —pregunto, mirando a Claire—. No pensaba que fuesen tan buenas.

—Pues alguien sí lo ha pensado. No se lo había dicho a nadie todavía. Max me escribió un email personalmente. Y, si finalmente las eligen, por supuesto, recibirías una compensación.

—Guau. Eso es… —me cuesta encontrar las palabras—. Sí. Quiero decir, sí, gracias por tenerme en cuenta.

Para cuando salgo, ya tengo una llamada perdida de Harrison.

Lo llamo de vuelta, y descuelga al instante.

—Perdona, la reunión ha durado más de lo previsto.

—¿Y? —su voz suena un poco temblorosa, no muestra nada de esa confianza habitual—. ¿Cuál es el veredicto?

Capítulo Doce

—¿TE quedas? —repite, sin poder creérselo.

—Sí, Harrison. Han elegido mi propuesta. Me quedo.

Saber que está tan ilusionado hace que mi corazón se arregle un poco más. Mi sonrisa es tan grande que casi no me cabe en la cara.

—Me han dicho que estaban muy impresionados. Las otras propuestas también eran buenas. Vamos a mezclar algunas ideas, pero trabajaremos con la mía como guía.

—Eso es increíble, cielo. Han tomado la decisión correcta. —Su voz es cálida y segura—. Tenemos que celebrarlo.

Llevo todo el día queriendo verlo, pero ahora que he tenido un minuto para respirar, el cansancio me supera. Estoy a punto de caer rendida.

—¿Podemos celebrarlo mañana? Creo que necesito una noche entera de sueño para compensar esta semana.

—Sin problema, cielo. Descansa —dice con dulzura—. No puedo esperar para verte.

—Yo tampoco. Mañana seré toda tuya.

—*Ojalá* —dice, volviendo a ese tono grave tan suyo—. Te dejo que te vayas. Buenas noches, cielo.

La suerte está de mi lado en el trayecto a casa. El metro va casi vacío, y consigo sentarme y desconectar durante el viaje. Casi me

paso de parada, pero algo dentro de mí se enciende justo a tiempo de bajarme.

Llego con la energía justa para hacerme un sándwich de jamón y queso, ponerme el pijama y ver diez minutos de una competición de repostería antes de quedarme dormida.

Mi teléfono suena en algún lugar del piso. Medio dormida y envuelta en una manta como un burrito humano, arrastro los pies hasta la cocina, donde lo dejé ayer noche. Lo cojo justo a tiempo.

—Me has despertado —me quejo, mientras la cara de Harrison llena la pantalla. Vuelvo a meterme en la cama y me tapo hasta la barbilla.

—¡Pero si ya es mediodía! —se ríe—. Ya estaba empezando a pensar que tu cama te había engullido.

Fuera, el cielo está gris. Apenas entra luz, y cae una llovizna fina. Parece que estuviera anocheciendo, pero solo son las doce.

—No suena tan mal, la verdad.

—Pequeño problema —empieza—. Mi madre me ha llamado para recordarme que este fin de semana tenemos el sesenta cumpleaños de mi tío. He intentado escaquearme, pero es muy cabezota.

Me tapo la cabeza con las sábanas para amortiguar mi quejido.

—Lo sé. Se me había olvidado por completo. Lo siento, cielo —se disculpa—. Estaré de vuelta el miércoles por la mañana.

—¡Eso está lejísimos!

—Te podrías venir conmigo —me ofrece—. Me ayudaría a evitar todas las preguntas personales si estuvieras a mi lado.

—¿Ir contigo a conocer a *toda* tu familia? —digo, seca—. No digas tonterías.

—Les encantarías —dice, de manera casual. Le miro con los ojos entrecerrados—. Solo lo dejo caer.

—No pasa nada. Podemos celebrar cuando vuelvas.

—Te lo compensaré. Lo prometo.

—Más te vale.

—Me tengo que ir. No me eches mucho de menos.

—No te voy a echar nada de menos —miento.

Es el día perfecto para acurrucarme en el sofá con la manta más suave que ha existido jamás y ver películas hasta la medianoche.

Desafortunadamente, no tiene tanto encanto cuando estás sola.

Decido vivir sin salir de la cama todo el día. Solo me levanto para ducharme, hacerme el almuerzo y abrir la puerta cuando llega mi pedido de comida china a domicilio.

Emma me llama mientras estoy rascando de la caja el último bocado de arroz frito con pollo.

—No me has escrito pidiéndome que te recoja del aeropuerto, así que voy a asumir que la reunión ha ido bien.

—Sí, ha ido bien —digo, intentando sonar despreocupada—. Han elegido mi propuesta. Y… puede que usen algunas de las fotos que hice en Hyde Park.

—¡Jay, eso es increíble! *Te lo dije*: la fotografía es tu don —dice, orgullosa—. Y me alegra que hayas decidido darle una oportunidad.

—No me quedo por eso —respondo, intentando convencerla a ella y a mí—. Vine por un chico, pero no me quedo por uno.

—Definitivamente no te estás quedando por un chico —responde, muy seria—. Te estás quedando por un *hombre*.

Tiene razón. Noah no le llega ni a la suela de los zapatos a Harrison. La forma en la que me ha estado tratando es bastante surrealista. De película. ¿Tan malo es que me quiera seguir sintiendo así un poco más?

—¿Sabes qué? Vale. Sí. Lo he hecho. Soy una mujer inmadura cuya vida gira en torno al amor, o algo similar. Y acabo de volver a tomar una decisión importante basándome en un hombre —suelto—. ¿Pero sabes qué más? Que no me importa. Y está bien. Ya tendré tiempo de preocuparme por mi carrera cuando tenga cuarenta años y cuatro gatos.

—No creo que estés siendo inmadura. Más bien lo contrario. Porque cuando todo se vaya a la mierda, y estemos viejas y arrugadas, lo único que nos quedará son aquellas personas a las que amamos.

—Gracias por hacerme sentir mejor —sonrío—. Eso ha sido muy poco propio de ti.

—Vivimos y aprendemos —dice, levantando las manos y encogiéndose de hombros—. Además, estamos hablando de Joshua

Harrison. Si se acostara encima de ti, estarías completamente cubierta. Es sexapil puro y duro. En serio, ¿quién se podría resistir?

Pongo los ojos en blanco. Ya ha vuelto a la normalidad.

LOS DÍAS SIGUIENTES SE ARRASTRAN. No sé en qué momento pensé que sería una buena idea contar cuánto tiempo ha pasado desde que le vi por última vez, pero ahora es lo único en lo que puedo pensar. Para cuando vuelva, habrá pasado más de una semana. Y cuanto más pienso en él, más anhelo estar cerca. Es agotador.

Me siento en mi mesa, retorciendo la espiral de mi cuaderno nerviosamente. El reloj avanza como si no llevara prisa, cada minuto estrechándose hasta convertirse en una eternidad. Da la sensación de que ni siquiera se mueve.

Me pregunto en qué punto este tira y afloja entre nosotros se ha convertido en… ¿necesidad? Siento que, si hubiera estado fuera un poco más, habría olvidado a qué huele, o cómo sus músculos se tensan bajo mis manos cuando nos abrazamos. Y eso es completamente inaceptable.

A las doce en punto, cierro el portátil y camino a toda prisa hacia los ascensores. No me ha escrito, pero sé que está esperando.

Y, efectivamente, ahí está. Justo donde estaba la semana pasada. Apoyado contra la misma pared, el paraguas inclinado a la perfección. Pantalones negros. Camisa verde oliva oscuro, con los dos primeros botones deliciosamente desabrochados. Abrigo negro. Devastador sin esfuerzo.

Su cara se ilumina en cuanto me ve.

Y algo dentro de mí —algo que llevaba casi semana y media esperando pacientemente— por fin se libera.

Mis pasos rápidos se convierten en un esprint.

Nuestras miradas se encuentran, y esa misma necesidad que llevo días sintiendo aparece ahí, reflejada en sus ojos. No puedo resistirme. Salto.

Me atrapa en el aire, firme y seguro. Me estrello contra su pecho con un golpe sordo, pero ni se inmuta. Su brazo me rodea como si no pesara nada, mientras sujeta el paraguas sobre nosotros manteniéndonos secos. Los únicos sonidos son mi corazón desbocado y el golpeteo suave de la lluvia rebotando en el paraguas, casi al mismo ritmo.

Me baja despacio. Yo mantengo los brazos alrededor de su cuello, sin estar preparada para soltarle. La diferencia de altura nunca me había resultado tan molesta. Solo puedo mirarlo. No consigo apartar los ojos. Estamos solo él y yo. Como aquella noche en el almacén. Excepto que ahora estamos en la calle, en medio de Londres.

—Esto me gusta —dice, con esa sonrisa torcida que me desarma por dentro—. Te he echado de menos.

—Yo no.

Su sonrisa se ensancha.

—Ya lo veo. Me estás mirando como si me fueras a devorar vivo. ¿Nos vamos?

Asiento. Cambia el paraguas a su mano derecha y me ofrece el brazo izquierdo, manteniéndome alejada de la carretera. Enlazo mi mano por su codo y me pego a él.

—¿Qué tal la visita?

—Ha estado bien volver a casa. Intento ir siempre que puedo, pero desde que terminó la serie ha sido más complicado. Mi madre estaba encantada de tenerme bajo su techo otra vez.

—Me lo imagino. Mis padres viven a diez minutos de mí cuando estoy en casa. Mi madre organiza algo que llama *domingos divertidos,* donde prepara una comida enorme solo para que vayamos. No me he perdido ni uno… hasta ahora.

—¿Los echas de menos? —pregunta con suavidad.

—Claro que sí. Echo de menos muchas cosas. Cambiar una rutina a la que estás tan acostumbrada no es fácil.

Él asiente. Nos detenemos. Levanto la vista y me doy cuenta de que estamos frente a *The Anchor*. Letreros apagados. Puerta cerrada.

—¿Dónde está Tony? —pregunto.

—En el dentista. Se ha cogido la mañana libre —dice Harrison, sacando una llave—. Lo que significa que tenemos el local para nosotros solos.

La puerta se abre con un pequeño crujido. Dentro, las luces están encendidas, cálidas, esperando.

Y también la mesa. *Nuestra mesa*. La del primer día. Sobre ella hay bolsas de comida para llevar de Tacos Locos, y un par de velas encendidas en un rincón.

—Tú… —empiezo, acercándome a la escena— eres un cursi, Joshua Harrison.

—¡Anda, cállate! —se queja. Miro atrás: está sonrojado—. Solo intentaba portarme bien.

—Te estoy tomando el pelo, no te pongas nervioso —me deslizo por mi lado del banco.

—Si solo pudiera enseñarte lo *poco* nervioso que estoy —dice, sentándose frente a mí. Entonces, se inclina hacia adelante y baja la voz, como si no estuviéramos solos—. *Puedo* portarme bien. Pero también puedo hacer que supliques… sin tocarte siquiera.

Se me seca la boca.

—Me lo creeré cuando lo vea —consigo decir, tragando saliva.

Me hace falta una inspiración honda para que mi pulso vuelva a la normalidad.

—Te haces el duro, pero a veces no eres más que un osito de peluche gigante con músculos. Inofensivo.

Entrecierra los ojos.

—Puede que lo parezca —dice—. Pero solo cuando estoy con gente que me importa.

Me ruborizo y me meto medio taco en la boca. Se da cuenta de lo que estoy haciendo y se ríe. Nunca he sabido aceptar bien los halagos masculinos. Al menos, no después de mi ex.

—Solía venir aquí todo el tiempo con mis amigos cuando estaba en la universidad —dice, recostándose en el asiento—. Pasábamos horas jugando al billar.

—Jugar al billar también fue una gran parte de mi experiencia en la universidad —respondo. Aunque en mi caso venía acompañado de

fraternidades insoportables y malas decisiones. No es un buen recuerdo, pero es verdad.

—¿En serio? —dice, levantando una ceja. *Más le vale no poner en duda mis habilidades*, pienso—. ¿Se te da bien? Pensaba que en América os gustaba jugar acosas con menos técnica, como el *'beer pong'*.

Sé que me está provocando. Por desgracia para él, nunca me echo atrás ante un reto. Y tampoco tengo ningún problema en jugar sucio.

—Qué gracioso. No soy la mejor, pero me defiendo. —Me encojo de hombros. Miro mi reloj. Todavía me quedan veinte minutos de descanso—. Vamos a echarnos una partida. El que pierda se toma un chupito.

—¿No te vas a meter en problemas por beber en horas de trabajo? —dice, levantándose.

—No creo que me vaya a emborrachar por tomarme un chupito —respondo, acercándome a él hasta que apenas quedan unos centímetros entre nosotros—. ¿O prefieres apostar otra cosa? ¿El perdedor se quita la ropa? ¡Ah! Podríamos jugar a *strip*.

—Ya me estás distrayendo y ni siquiera hemos empezado. ¿Por qué tengo la sensación de que esto no va a ser nada justo?

Coloca las bolas, coge un taco para él y me pasa otro a mí.

—Yo nunca rompo.

En *realidad,* se me da de maravilla romper. Pero ¿dónde está la gracia si le enseño todas mis cartas desde el principio?

Golpea la bola blanca como si fuera un experto, un saque limpio, pero no entra ninguna.

La mesa se queda abierta. Hay varias bolas alineadas, como si estuvieran suplicando entrar. Aun así, me hago la tonta. Trasteo con el taco, ajustando mi agarre como si me hubiera olvidado de cómo cogerlo. Mantengo la farsa hasta que estoy segura de que piensa que voy fatal.

—Perdón, estoy un poco oxidada —miento, con cara inocente.

—¿Puedo? —pregunta, apoyando su taco contra la pared y colocándose detrás de mí. Justo donde quería.

Asiento. Se posiciona a mi lado, su mano izquierda guiándome sobre el taco, mientras que su derecha se acomoda encima de la mía.

Me recoloco, lo justo para pegar el trasero a su cuerpo. Me meneo un poco contra su entrepierna. No se aparta, no dice nada… pero un gemido ahogado vibra en su pecho. Está hablando. Yo asiento. Pero no sé lo que está diciendo; estoy demasiado concentrada.

Me muevo de nuevo. Esta vez, se nota. No hay duda de que me estoy restregando a propósito.

Se aparta de golpe.

—Julia… —me advierte.

No lo miro. Lanzo el tiro. La bola entra con elegancia.

—Eres un profesor de primera —digo, girándome hacia él.

Está rígido como una tabla. Y ahora utiliza el taco para taparse y mantener la decencia.

Intento no quedarme embobada. Si me distraigo demasiado, todo el plan puede venirse abajo. Soy demasiado competitiva para eso.

Camino hacia él. Él retrocede, con las manos cubriendo su entrepierna como si estuviera custodiando un secreto.

Me río.

Soy las rayadas, o *strippers*, como dice mi padre. Bastante apropiado para este momento. Meto tres bolas más. Casi tengo la quinta, pero da en el borde y sale hacia afuera.

—Eres una pequeña mentirosa —dice, recuperando la compostura. Me encojo de hombros—. No creo que sea tan buen profesor.

Mete dos bolas sin esfuerzo. Y así de fácil, la partida vuelve a estar reñida.

Si quiero ganar, tengo que sacar la artillería pesada.

Desabrocho un botón más de mi blusa y me paseo hasta el otro lado de la mesa, inclinándome justo en su línea de visión.

Levanta la vista lo suficiente para captar el borde de mi sujetador negro de encaje.

Golpea la bola. Falla.

—Qué pena —me burlo.

Se acerca y me atrapa entre la mesa y su cuerpo. Intento mantener una expresión seria, pero las comisuras de mis labios me traicionan dejando entrever una sonrisa.

Sube la mano hasta mi blusa, y la vuelve a abotonar despacio. Sus dedos rozan mi piel al hacerlo, y un escalofrío me recorre el pecho. Cierro los ojos durante medio segundo.

Entonces, lo empujo. Toca jugar.

—Lo siento, Harrison. Hora de acabar con esto.

Para no haber jugado en meses, estoy dando un espectáculo. Incluso me estoy sorprendiendo a mí misma. La única que me queda es la ocho.

—Esquina superior derecha —anuncio.

Respiro hondo, golpeo con efecto, y la bola negra de la victoria entra limpiamente. Suelto el taco sobre la mesa y hago un pequeño baile triunfal.

Harrison me agarra la cintura por detrás y me gira hasta que quedo frente a él. La tensión es palpable. Sus ojos saltan de los míos a mi boca.

El aire está cargado, eléctrico.

—Has jugado sucio —susurra.

Estoy pegada a él. Una de sus manos sube, recorriendo mi costado, rozándome las costillas, a lo largo de mi cuello, hasta que sus dedos se cierran rodeando de mi mandíbula.

—No seas mal perdedor —susurro—. Recoge tu premio.

Quiero que lo haga.

Y no el de alcohol.

—Quiero la revancha —dice. Sus ojos recorren mi cuerpo sin ningún pudor.

Si cedo ahora, no vuelvo al trabajo.

Es impresionante cuánto autocontrol tiene este hombre cuando lo único que nos pasa por la cabeza a los dos es arrancarnos la ropa y hacerlo aquí mismo, sobre la mesa de billar.

—Yo tengo… —su mirada me descarrila el pensamiento—, … trabajo.

Me desenredo de su abrazo y me dirijo hacia la barra. Me obligo a respirar dos veces, lento y profundo. Estoy a punto de estallar.

Pero no es una victoria hasta que el perdedor paga el precio.

Me sigue y se sienta en su taburete de siempre. Mirándome. Recorro las botellas con la vista y elijo la que más odio. Absenta. Sirvo un chupito y lo deslizo hacia él.

—Más te vale pagárselo a Tony —le digo—. Estoy segura de que le encantará saber que te he dado una paliza.

Harrison sonríe de lado. Se lleva el vasito a los labios y lo traga como si fuera agua.

Su reacción es decepcionante. Ni una mueca. Ni rastro de asco. Sin tener que sacar la lengua. Nada.

Joder… vaya hombre.

Vuelvo a la mesa para recoger. Voy a tener que salir corriendo si quiero llegar a tiempo.

—Déjalo —me dice desde la barra—. Yo me ocupo.

—Mejor. Me tengo que ir —respondo, acercándome a él.

Me inclino para darle un beso en la mejilla. Algo falla porque acabo besando la comisura de sus labios.

Cómo no, pienso para mí misma.

Sus ojos se abren como platos.

Ignora. Corre. Aborta misión.

—Hablamos luego —murmuro, saliendo a toda leche hacia la puerta, con el cuerpo todavía ardiendo por su contacto.

–¡VAMOS! ¿Cuánto te falta? —dice—. Estoy abajo.

Su voz sale de mi teléfono, apoyado en el lavabo, mientras termino de arreglarme el pelo. Busco un look natural, sin esfuerzo. Que, irónicamente, requiere esfuerzo.

Llevo unos vaqueros rectos claros, camiseta blanca y una rebeca gris sencilla. Me aparto el pelo de la cara con unas gafas de sol marrón oscuro.

—Los turistas no tienen chófer —le digo, cogiendo mi pequeño bolso rojo. Me pongo mis zapatillas blancas y bajo las escaleras.

—Es verdad —responde al fin.

—Ya estoy —digo, colgando.

Me está esperando en la puerta. ¿Quién iba a decir que está incluso más sexy vestido informal? Lleva vaqueros azul marino, con una camiseta blanca, y un jersey azul claro sobre los hombros. Su pelo se escapa hacia atrás desde debajo de la gorra.

—He comprado esto —dice, sujetando dos cámaras desechables —. He pensado que a lo mejor me querrías enseñar. Mostrarme tu forma de ver las cosas.

Me da una y me da un beso la mejilla. Así, sin más. Otro para mi colección que no para de crecer.

Es tan detallista que se me humedecen los ojos. Es un detalle pequeño, pero me llega muy hondo. Mi primera cámara era justo como esta.

—Me encantan, gracias —sonrío—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es ver cuántas más partes de Londres que podamos en un solo día —dice, cogiendo mi mano—. ¡Sígueme!

Y nos ponemos en marcha.

Cogemos el metro hasta el centro. Por suerte no va muy lleno. Harrison insiste que nos tenemos que sentir como turistas reales, así que compramos billetes para el Big Bus London y subimos directamente a la parte descubierta. No está del todo soleado, pero la brisa es agradable.

El día se revela como un montaje de película. No pienso en el trabajo, ni en fechas límite, ni siquiera en la hora. Solo en el hombre que tengo al lado, que pone caras ridículas en cada foto y se mete tanto en el papel de turista que parece haber nacido para avergonzarme.

Tachamos de la lista el London Eye, el Big Ben y Trafalgar Square. Llegamos justo a tiempo para ver el cambio de Guardia en el Palacio de Buckingham.

Comemos en unos bancos frente a la torre de Londres, con vistas al río y al imponente Tower Bridge. Compartimos un plato de *Fish*

and Chips carísimo de un puesto callejero. Grasiento, y un poco salado, pero decidimos que forma parte de la experiencia.

El autobús nos deja en Bond Street. Es la versión londinense de la quinta avenida de Nueva York. Banderas cuelgan de tiendas impecables. Los escaparates te dejan sin aliento. Todas las grandes marcas que puedas imaginar están aquí.

—¿De verdad la gente compra en estas tiendas? —pregunto con curiosidad—. Dudo que un turista normal pueda permitírselo.

—Yo nunca he comprado aquí. —Se encoge de hombros.

Pasamos frente a una joyería y reduzco el paso.

—Todo es precioso.

Un collar me llama la atención. Es un guardapelo de oro blanco en forma de corazón, colgado de una cadena fina y elegante. Me recuerda al que llevaba mi madre cuando yo era pequeña. Se perdió durante mis años de instituto.

—Te quedaría muy bien —dice, señalándolo con un pequeño gesto.

—Ni loca —me río—. Con ese precio me cojo unas vacaciones con todo incluido.

Seguimos caminando hacia Hyde Park. Nubes grises empiezan a estirarse por el cielo. El sol cae, y se lleva el calor con él, pero el parque sigue lleno de vida. Saco la cámara y le hago una foto a Harrison frente a la fuente *Joy of Life*, la alegría de vivir.

Muy apropiado.

Las figuras de bronce bailan entre el agua, libres y tranquilas. Quizás esto es lo que significa vivir el presente. Justo lo que he estado olvidando.

Hace mucho que no me permitía sentir la alegría de vivir.

Pequeñas gotas de agua empiezan a caer sobre mi cara. Creo que los dos asumimos que viene de la fuente porque no nos movemos, nos quedamos ahí disfrutando de la calma. Pero cae otra. Y otra más.

La lluvia empieza despacio. Y entonces, como si el cielo cambiara el chip…

Empieza a diluviar.

Me giro hacia Harrison. El agua cae como una cascada por el borde de su gorra. Me echo a reír. Hay algo en este momento. En la sensación de la lluvia empapando mi ropa, cubriendo todo a nuestro alrededor. El olor intenso a hierba mojada. Es liberador.

Cierro los ojos y levanto la cara hacia la tormenta.

Harrison coge mi mano y sale corriendo. Tropiezo detrás de él, mis zapatillas empapadas chapoteando a cada paso. Encontramos refugio bajo las grandes ramas de un árbol. Me apoyo contra el tronco. Él se apoya contra mí.

Todo empieza a moverse a cámara lenta.

Se quita la gorra. El pelo mojado se le pega a la frente. Se pasa una mano por él, sacudiéndolo como haría un Golden Retriever, y después se lo echa hacia atrás. Es lo único que necesita para que vuelva a su sitio.

Ahora mismo, debajo de este árbol, es lo mejor que he visto en todo el día.

Su camiseta blanca se aferra a su pecho como si acabara de salir de un lavadero de coches benéfico. Lo único que quiero hacer esa arrancársela.

Entonces me mira.

Las piernas me flaquean. Me agarro a sus brazos. Él me regala esa sonrisa típica de Joshua Harrison.

Me quedo mirando sus labios. Una pequeña, diminuta, degustación. Es lo único que quiero.

Su mano sube para apartarme el pelo de la cara. No sé en qué momento mi mente se queda en blanco. No sé dónde se van todos mis pensamientos racionales.

Solo sé que le rodeo el cuello con mis brazos y junto mis labios con los suyos.

Es lento. Curioso. Liberador, por fin hacer lo que he estado deseando. Él responde al instante. Un suave tira y afloja.

Su mano encuentra mi mejilla y me mantiene ahí. Le muerdo el labio inferior, tirando de él, hambrienta de más. Exhala, y noto que algo lo está conteniendo.

Me separo lo justo para mirarle a los ojos. Cada célula de mi cuerpo me suplica que no pare. Pero necesito saber qué le está

pasando por la cabeza.

No pasa ni un segundo. Lo que sea que ve en mi mirada es suficiente para romper todas sus cadenas.

Vuelve a lanzarse contra mí. El hambre sustituye la duda. Él tiene el control y yo me dejo llevar. Me muerde. Gimo. Así que lo hace otra vez.

Cada movimiento de sus labios dice 'Llevo mucho tiempo esperando esto'. La urgencia que ha encendido la mecha empieza a calmarse. Ya no me besa desde un deseo contenido. Su contacto se suaviza, volviéndose cuidadoso.

Significativo.

Todos esos sentimientos hacen saltar alarmas en mi cabeza.

Estoy entrando en pánico. Pero no quiero parar.

Nos falta el aire. Cuanto más siento sus labios, su lengua luchando con la mía, más convencida estoy de que no voy a poder vivir sin esto. Lo voy a necesitar como si de respirar se tratara.

Es él quien se aparta primero.

—Uno más —dice, volviendo para darme un último pico antes de mirarme.

Estoy acalorada y mareada. Las piernas como gelatina después de una maratón.

—Lo siento. Eso ha sido… —me quedo en blanco, intentando ordenar mis pensamientos.

Mira nuestro alrededor. No hay nadie. Al parecer, somos las únicas personas lo bastante locas como para besarnos bajo un diluvio torrencial.

—No te disculpes —sonríe, ajustándose los pantalones—. Sabes a gloria.

Gimo y me tapó la cara con las manos.

—Le estás dando demasiadas vueltas.

—Un poco —admito, poniendo los ojos en blanco—. No pasa nada. Tampoco ha sido para tanto.

—Ya —responde con ironía—. Nunca jamás.

Sonrío. Los dos sabemos que no es verdad. Esto cambia las cosas. Y, aun así, no le importa seguirme el juego un rato más.

Yo puedo con una relación informal, me miento a mí misma.

Las farolas del parque se encienden, proyectando una luz ámbar sobre el cielo azul oscuro. Me estremezco y me cierro la rebeca. Harrison va a coger su jersey, pero está completamente empapado.

—Creo que ya va siendo hora de dejar de jugar a los turistas y volver a casa antes de que alguno pille una neumonía —dice, sacando el móvil.

En menos de diez minutos, su chofer —que resulta llamarse Arthur— nos recoge y nos lleva de vuelta a mi edificio.

Harrison se baja y me abre la puerta. Siempre tan caballero.

—¿Te vas? —pregunto, sacando mis llaves—. Todavía es temprano.

—Creo que va a ser lo mejor.

—Estoy cansada de pensar tanto las cosas —respondo, mordiéndome el labio. Se da cuenta y ladea la cabeza, divertido—. Podemos pedir comida, ver un poco la tele… me portaré bien, te lo prometo.

—¿Estás segura? —pregunta, entrecerrando sus ojos.

Me acerco, le cojo la mano, y tiro de él hacia el portal. No se resiste.

—Incluso meteré tu ropa en la secadora mientras nos duchamos —le digo guiñándole un ojo al doblar la esquina hacia mi piso.

Gime a mi espalda.

—Jay —dice una voz.

Me quedo congelada. Las llaves tintinean ligeramente en mi mano. Harrison me alcanza y frunce el ceño, su mirada moviéndose de mí al hombre que está plantado frente a mi puerta.

De *todas* las personas que podrían haber venido de Los Ángeles, esta es la última que esperaba, o quería, ver.

—Noah.

Capítulo Trece

–¿NOAH? —Harrison se adelanta, colocándose delante de mí de forma intimidante—. ¿Tu ex, Noah?

—Sí —respondo despacio.

Los ojos de Noah saltan entre nosotros varias veces. Al final, se queda mirando a Harrison, seguramente preguntándose de qué le suena.

¿Por qué está aquí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué está el universo tan empeñado en dejar que este tío arruine cada cosa buena que me pasa?

Está igual que la última vez que lo vi, hace meses. Pelo rubio. Ojos azules. Esa sonrisa asquerosamente satisfecha. Es un poco más bajo que Harrison, pero sigue teniendo el mismo cuerpo de exjugador de fútbol americano. Incluso lleva puesta la chaqueta de los L.A. Rams, como si fuera un cliché con piernas.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—¿Qué haces aquí?

—Puedo explicártelo todo —dice, señalando mi puerta—. En privado, claro.

—Julia… —advierte Harrison, acercándose un paso más.

Resoplo y echo la cabeza hacia atrás. He estado a *esto* de acabar en la cama con Harrison. A unos pocos metros de mi habitación. Y

ahora, estoy a centímetros de mi próxima crisis vital. Tiene que ser una broma.

—¿Sabes qué? Vale. Hablemos —espeto.

No sirve de nada alargar lo inevitable. Noah no es el tipo de tío que se marcha si no se ha salido con la suya.

Harrison se pone rígido a mi lado. Me agarra del brazo con cuidado y me gira para mirarlo.

—No tienes que hablar con él —dice, con la mandíbula tensa—. No le debes nada.

—Os puedo escuchar —grita Noah desde la puerta.

Veo como los ojos de Harrison se deslizan por encima de mi hombro, fríos y duros. Con ese azul oscuro que he visto tantas veces cuando lo saco de quicio. Excepto que ahora, lucen así por motivos equivocados.

—Deja que la chica tome sus propias decisiones —añade Noah.

Si no los separo rápido, van a convertir el pasillo en un combate de la UFC.

—Me lo debo a mí misma —susurro—. Estaré bien. No tienes que preocuparte. Te llamaré después, cuando esté todo aclarado.

Asiente, pero no está conforme. Me estás suplicando en silencio que no lo haga. Y odio estar haciéndole esto.

Pero en algún lugar dentro de mí, sé que puede ser exactamente lo que necesito hacer para dejar mi pasado ir. Si eso significa tener que escuchar a Noah una última vez, entonces merece la pena.

Camino hasta mi puerta y la abro.

—Dentro.

Noah no se mueve.

—¿Qué pasa? ¿Necesita un beso de despedida? —se burla.

Mi rabia aumenta rápido. Mi corazón empieza a latir tan fuerte que siento como que va a salirse del pecho. Mis músculos se tensan y cierro los puños sin darme cuenta. Si esto es un momento de luchar o huir, estoy lista para subir al ring. No soy una persona violenta, pero no puedo responsabilizarme de lo que ocurra cuando se cierre la puerta.

—Ahora —escupo.

Pone los ojos en blanco y entra arrastrando los pies.

Miro a Harrison, que sigue clavado en el sitio.

Se me encoge el corazón. Ojalá pudiera correr hacia él y dejar atrás a esta versión pasada de mí misma. Pero no puedo. Todavía no. Si no digo las cosas que he ido enterrando, no van a dejar de resonar nunca.

—Lo siento —articulo sin voz, antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Noah ya se ha puesto cómodo. Se ha quitado los zapatos, y está tirado en mi sofá como en los viejos tiempos, cuando estábamos en la universidad. Lo observo en silencio, ordenando mis emociones. Lo único que siento es rabia, asco, y la mejor de todas: poder.

—Claro, siéntete libre de actuar como si esta también fuera tu casa —digo.

No se ofende. No se mueve ni un centímetro.

—Esto no va a ser productivo si empezamos tan agresivos —dice, como si fuera un terapeuta iluminado.

—¿Cómo? —pregunto, quitándome la chaqueta mojada—. ¿Cómo demonios me has encontrado? ¿Y cómo has entrado en el edificio?

—Salí a tomar una copa la semana pasada y me encontré con Jackson.

Por supuesto. Jackson, de Recursos Humanos, que sigue creyendo que Noah es encantador porque supo ganarse a todo el mundo en la cena de Navidad hace dos años. Jackson sabe todo sobre mi mudanza.

—Le dije que estaría en Londres un par de días y que quería darte una sorpresa.

Y él no sospechó nada, porque dio por hecho que seguíamos juntos.

Me quedo al otro lado de la mesa. Cuanta más distancia entre nosotros, mejor.

—Lo demás fue solo cuestión de esperar —continúa Noah—. Pasado un rato, uno de tus vecinos me ha dejado entrar. Tenía el día libre, así que he pensado en hacerte una visita.

Lo dice como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Así que ahora me estás acosando?

—Vamos, Jay. No seas así —responde, con tono condescendiente.

Mueve la mano en el aire, como si estuviera espantando una mosca.

—Esta actitud de chica dura no eres tú. No te pega.

—Ah, ¿insinúas que defenderme a mí misma no me pega?

Se encoge de hombros.

—Pensé que sería bonito. Una sorpresa. ¡Hacía tanto que no nos veíamos!

—¿Por qué? —salto—. ¿*En qué momento* pensaste que esto iba a ser una sorpresa agradable?

Hace ademán de levantarse, e inmediatamente extiendo mi brazo.

—Estás bien justo ahí.

—Solo pensaba que te gustaría ver una cara conocida—dice—. A decir verdad, he asumido que estarías sola. No sé qué le ves a ese niño de portada. Parece la versión de marca blanca de ese actor que tanto le gusta a Emma.

Pongo los ojos en blanco.

Clásico de Noah, en su hábitat natural. Absolutamente insoportable y, sin duda, el mayor imbécil que he conocido en mi vida. Cómo pude estar ciega tanto tiempo es algo que nunca llegaré a entender.

—Creo que deberías medir tus palabras —sin subir el tono—. Te he invitado a pasar porque has dicho que querías hablar. Así que habla. Di algo de valor… si es que eres capaz. Porque te juro por mi vida que no logro entender por qué has pensado que querría verte después de todo lo que pasó.

—¿Lo ves? Ya estás exagerando otra vez. Por eso acabó todo como acabó. Yo siempre pensé que teníamos una relación abierta. No considero que lo que hice fuera engañarte, como tú dices.

Respiro hondo. Otro comentario estúpido más y le voy a meter un puñetazo en la cara.

—Voy a ser muy clara contigo —digo, con tono impasible—. Porque cuando tuvimos esta conversación antes, nunca escuchaste nada de lo que tenía que decir. Estuvimos saliendo durante *años*,

Noah. Estábamos viviendo juntos. Hablando sobre nuestros futuros. Eso no es una relación abierta, a no ser que lo dejes claro explícitamente. Y entre nosotros no había nada abierto.

Me intenta interrumpir, pero lo hago callar con un gesto.

—Trajiste a tu otra novia —o lo que demonios fuera para ti— y la metiste en mi cama. *Mi cama*. Si quieres intentar convencerte a ti mismo de que lo que hiciste está bien, vale. Adelante. Pero yo sé qué tipo de persona eres. ¿Y ahora? También lo sabe cualquiera que conozca un mínimo de nuestra historia.

—No creo que fuera para tanto —dice—. Después te pedí disculpas. Además, éramos jóvenes cuando empezamos a salir. Y estábamos en la universidad. ¿Eso cuenta como una relación seria?

No sé qué es peor: que de verdad crea que una disculpa es suficiente para borrar todo lo que me hizo pasar… o que lo dejara tratarme así, como si fuera basura, durante tanto tiempo.

Es exasperante. Quiero gritar hasta que tiemble todo. Pero elijo el camino más maduro. Me lo he ganado.

—¿No crees que pasar todos los días juntos sea una relación? ¿Presentarme como tu chica no es una relación? ¿Compartir los mismos amigos?

—A ver… de todas las chicas eras mi favorita, si eso sirve de algo.

—Claro. Qué ingenuo por mi parte pensar que solo me habías engañado una vez. ¿Era la única que no sabía que te acostabas con otras?

—Nadie lo sabía —dice—. Te lo creas o no, no voy por ahí hablando sobre mis encuentros sexuales. Si alguien se dio cuenta, a mí no me dijeron nada.

—¿Y no piensas que el hecho de que no se lo pudieras contar a tus amigos era una señal de alarma enorme?

Se encoge de hombros.

—¿Crees que te habrían dado el visto bueno si lo hubieran sabido?

—También eran tus amigos, así que… probablemente no.

—Ah, pero pensaba que era una relación *abierta*.

—Para mí lo era —lo dice como si fuera lógico—. Solo había otras dos chicas. Perdona por no habértelo dicho antes. Ni siquiera me

acordaba.

Miente con ese mismo tono relajado que antes me hacía dudar de mí misma.

—Nunca quise hacerte daño. Esa no era mi intención. Vas a volver a los Estados Unidos pronto, y verte otra vez… ha removido sentimientos antiguos.

Me estremezco. No porque le crea.

Porque tiene razón. Mi vida sigue en Los Ángeles. Emma. Mi familia. Mi trabajo. No quiero pensar en lo que va a doler dejar a Harrison atrás.

—Quizá no quisiste hacerlo, pero lo hiciste.

—Podríamos intentarlo otra vez. Una vez que hayas vuelto. Empezar de nuevo. —Se inclina hacia mí como si estuviera siendo sincero—. Ahora que lo sabes, a lo mejor te gustaría estar en una relación abierta. Creo que nuestra química merece la pena.

—¿La química? —repito, atónita—. El simple hecho de que creas que querría compartir a mi pareja con otras personas demuestra lo poco que me conoces.

—No está tan mal una vez que lo intentas.

Me hierve la sangre.

—Tú eras mi todo, Noah —mi voz se quiebra, pero sigo—. Me aferraba a cada palabra tuya. Cada decisión que tomé, la tomé contigo en mente. Lo que tú querías. Lo que tú necesitabas. Nunca fue recíproco. Durante mucho tiempo sentí que me estabas usando. Pero ahora me doy cuenta de que no eres tan listo. Solo eres un egoísta de mierda.

—Auch —se ríe, fingiendo que le duele.

—Te tendría que haber dejado cuando saboteaste mi candidatura al concurso —escupo, más para mí que para él—. Eso tendría que haber sido el punto final.

—¿En serio? ¿Todavía sigues resentida por eso? Solo lo hice para protegerte. Sé más de fotografía que tú.

—Sí, *en serio*. Que tu padre tenga una galería no te hace un experto. Ahora lo sé. Pero entonces dejé que me destrozaras tanto que llegué a pensar que me estabas haciendo un favor. Guardé mi

cámara por tu culpa. Cuando la verdad es que solo intentabas hacerme pequeña para controlarme.

Su expresión no cambia. Sigue siendo de indiferencia. Aburrida.

—¿Y si… —dice con una sonrisa ladeada—, llevamos toda esa rabia y pasión a la habitación? Como en los viejos tiempos.

—¿Se te ha ido completamente la cabeza? —le espeto. Su corazón es igual de grande que su cerebro. Básicamente inexistente —. ¿Has venido hasta aquí pensando que ibas a sacarme un polvo rápido?

—Tenía que venir por trabajo unos días. —No lo niega—. Pensé que estaría bien reavivar una vieja llama. Seamos honestos, Jules, Siempre fuimos fuego en la cama.

—Que tengas el descaro de decir eso en voz alta es increíble — me tiembla la voz, pero la rabia me sostiene—. No sé por qué pensaste que estaba bien involucrar a Jackson para volver a irrumpir en mi vida, pero permíteme que te deje algo muy claro: no me importas. No quiero saber nada de ti. No quiero volver a verte *nunca*.

—¿De verdad? — me pregunta—. No creo que lo digas en serio.

—En serio, Noah. Debiste darte un buen golpe en la cabeza de pequeño. —Me detengo, observando como parpadea, como si temiera que le fuera a pegar—. Me has hecho desconfiar de todo el género masculino. Me has hecho tanto daño que he dejado de ser yo misma. Tuve que reconstruir mi confianza, mis sueños, mi vida. Así que créeme cuando te digo que no quiero absolutamente nada contigo, pedazo de imbécil desconsiderado. —Cojo sus zapatos y se los lanzo. Se acabó—. Ahora lárgate de mi piso.

Se los pone con toda la calma del mundo. Su último intento patético de mostrar control. Mis brazos están cruzados sobre mi pecho, firmes.

Sorprendentemente, no dice nada. Abro la puerta y prácticamente lo empujó hacia fuera.

—¡Y deja en paz a mis compañeros de trabajo! —le grito mientras desaparece por el pasillo.

—Tú te lo pierdes —responde a voces.

Cierro la puerta de un portazo y me apoyo en ella. Me tiemblan las manos, probablemente del frío y de toda la frustración que Noah siempre trae consigo.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento más ligera. Como si esto me hubiera dado ese paso de página que ni siquiera sabía que necesitaba. No todos los hombres son el problema. El problema es salir con hombres que se comportan como adolescentes. Y, por desgracia para él, no parece que vaya a madurar jamás.

No puedo poner mi vida en pausa por él. No lo haré.

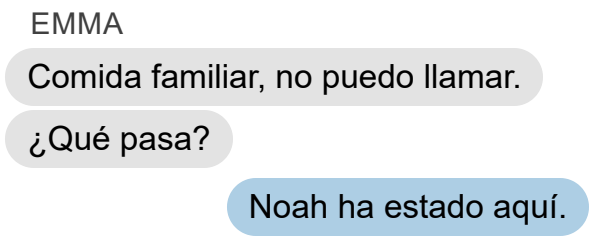
Vivir y aprender. Yo he hecho ambas cosas. He vivido entre señales de alarma. Ahora sé reconocerlas.

Cuando la rabia se disipa, mi cuerpo empieza a procesar lo ocurrido. Estoy agotada. Mis manos están congeladas. El pelo hecho un desastre, todavía húmedo por la lluvia.

Y, aun así, por primera vez en mucho tiempo, siento algo parecido a la paz. Satisfacción.

El agua caliente de la ducha me va aflojando cada músculo tenso. Me quedo debajo del agua hasta que se me arruga la piel. Para cuando me seco con la toalla, por fin me siento limpia. Limpia de todas las cosas asquerosas que se me habían quedado pegadas durante mi tiempo con Noah.

No tengo hambre, ni energía. Solo quiero pijama y cama. Saco mi móvil de mi bolso y llamo a Emma. No me lo coge, pero me entra un mensaje al momento.



Dos segundos después, su cara ocupa toda mi pantalla.

—¿Pero qué cojones? —dice. Oigo a su madre regañándola de fondo. Me río.

—Así como lo oyes —respondo, dejándome caer sobre las almohadas—. Hoy he pasado el día con Harrison. Hemos hecho de turistas. Me ha llevado a visitar todos los monumentos. Estaba

siendo un gran día, hasta que se puso a llover. Nos escondimos debajo de un árbol, y compartimos un beso intenso…

Hago una pausa. En recuerdo vuelve a todo color. El tipo de beso que te deja marca.

—… y luego volvimos a mi casa. Excepto que no nos dio tiempo a entrar porque Noah estaba sentado en mi puerta como el acosador que es. Así que, yo…

—¡JULIA THOMAS! —chilla—. ¿¡Le has besado!?

Lo hice.

Cierro los ojos y, sí, sus labios siguen ahí. Noah me pilló tan por sorpresa que casi se me había olvidado el beso.

—Eh… ¿supongo?

—¿Cómo qué supongo? —exige, a punto de tener una crisis nerviosa.

—¡No pude resistirme! Me tenía contra el árbol. Ropa mojada. Todo mojado.

—Ojalá haberlo visto —suspira, sin una pizca de vergüenza—. Primer beso bajo la lluvia. Tía, tu vida se está convirtiendo en una película. Disfrútalo.

—Las películas son ficción —le recuerdo—. En fin. Noah ha estado aquí.

—¿Y a quién le importa? —resopla, poniendo los ojos en blanco —. ¿Qué quería ahora?

—Follar. Quería follar.

Escupe la bebida sobre el móvil.

—¿¡QUÉ!?

Asiento.

—Consiguió mi dirección a través de Jackson, se coló en el edificio, y espero no sé cuánto tiempo para intentar meterse en mi cama. Se lo solté todo. Le dije todo lo que debería de haberle dicho hace meses.

—Bien. Es un gilipollas —responde—. ¿Dónde está Harrison? ¿Le pudo decir hola?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Le dije que se fuera cuando apareció Noah.

—En serio, Jay. Sabes que te quiero, pero ¿por qué no has llamado ya a ese hombre? Échale un polvo. Estás libre, se acabaron las mierdas de tu ex —dice, con ese amor sin filtros tan suyo—. Estaba a punto de meterse en tu cama, probablemente para sacudirte la existencia hasta otra galaxia, ¿y aún no le has dicho que todo lo que tenía que ver con tu pasado ha terminado?

—Siento como que el momento ya se ha roto —admito—. No estaba muy contento cuando dejé a Noah pasar.

—Normal. Un gilipollas le ha jodido el polvo con la chica a la que lleva persiguiendo un mes.

—Mmm… no creo que fuera eso lo que le estaba pasando por la cabeza —le digo, recordando la forma en que se había plantado delante de mí—. Estoy casi segura de que estaba listo para dejar a Noah inconsciente.

—Debería de haberlo hecho.

—¡Emma!

—¿Qué? Se lo merece —dice—. Yo creo que deberías llamarlo.

—Puede ser… —Me quedo mirando el techo— Me lo pensaré.

—Madre mía, vaya montaña rusa— dice, encantada—. Joshua Harrison sabe que existo y está saliendo con mi mejor amiga. Dios, ¡no puedo esperar a la boda!

—Vale —me río—. Esa es mi señal para colgar. Has perdido oficialmente la cabeza.

Cuelgo y me quedo sentada en la misma posición, mi móvil aún caliente en la mano, sus palabras resonando más fuerte de lo que deberían.

Quiero llamarlo. De verdad que sí. Pero el mundo no gira en torno a mí, y fui yo la que le pidió que se fuera. No puedo volver a aparecer esperando que él siga ahí, listo para retomar las cosas.

Solo son las nueve de la noche. Intento distraerme, pero nada funciona. Tres series, vídeos incontables y cero satisfacción después, me rindo.

Decido que es mejor irme a la cama temprano. Intento dormir. Mi cuerpo está agotado, pero la cabeza me va a mil. Doy vueltas. Me giro. Cambio de almohada. Ni siquiera mantener los ojos cerrados a la fuerza sirve.

Gimo en la oscuridad. Vale. Solo queda una cosa por hacer. Cojo el móvil y lo llamo.

Capítulo Catorce

—¡JULIA! —dice, demasiado animado—. Señorita Thomas.

Está en algún sitio ruidoso. Es difícil escucharle por encima del murmullo de fondo.

—¿Dónde estás?

—En *The Anchor*. Almacén, claro —arrastra un poco las palabras —. ¿Cómo está Noah?

—¿Estás borracho?

Un bar lleno de gente con un famoso borracho escondido en el almacén no es, ni de lejos, la situación ideal.

—¿Dónde está Tony?

—¡No! Borracho no, no. Solo un poco… alegre —dice, canturreando la palabra—. Estaba a punto de volver a casa andando. Puedo andar recto. Lo he intentado.

Haberlo intentado es prueba suficiente de que no debería hacerlo.

—Voy para allá —le digo, poniéndome los zapatos—. No te muevas.

Me pongo el abrigo negro encima del pijama y rezo para que esto sea una operación de no más de diez minutos.

El taxi tarda una eternidad, el tráfico frenándonos más de la cuenta.

Para cuando llego a *The Anchor,* son las doce y media pasadas.

La entrada estaba rotada con grupos de gente fumando. Salgo disparada del coche, esperando que nadie se dé cuenta de mis calcetines peludos.

Tony está detrás de la barra, hasta las cejas de trabajo sirviendo cócteles a un grupo de chicas. Me ve, asiente, y vocaliza un 'suerte'.

Entro al almacén y me encuentro a Harrison sentado en el suelo, cerveza en mano.

—Josh —suspiro, acercándome para ayudarle a ponerse en pie.

—Estoy bien —murmura, tambaleándose un poco—. ¿Dónde está Noah?

—Se ha ido.

—Por fin.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Cuando me fui de tu casa estaba enfadado. Empecé a andar. No quería volver a casa, así que vine aquí.

—Tú y este almacén necesitáis daros un tiempo —digo—. Vámonos.

Termino medio arrastrándole hasta fuera. El taxi sigue esperando, gracias a dios.

No sé la dirección de Harrison, ni me parece una buena idea que un conductor cualquiera nos lleve hasta allí. Así que tomó una decisión rápida y le pido que nos deje donde me recogió antes.

—Ni se te ocurra perderla —le dice el taxista a Harrison—. Ha venido a rescatarte con el pijama todavía puesto. No muchas mujeres harían eso.

Se me sube el calor a las mejillas.

—No es para tanto.

—No tengo pensado dejarla ir —responde Harrison, arrastrando las palabras, pero orgulloso—. Estoy trabajando en ello.

Se gira para mirarme.

—¿Vas en pijama?

—No tenía ganas de vestirme otra vez.

Se encoge de hombros, y apoya la cabeza en mí.

—Te queda bien —dice—. Da igual lo que lleves, siempre estás preciosa.

—¿ESTARÁS bien en el sofá? —preguntó al entrar.

—Más que bien.

—Vale. Voy a buscarte una manta —le digo—. Ponte cómodo.

Voy a mi habitación y cojo la manta extra que tengo guardada en el armario. No tengo almohadas de sobra. Dudo un segundo, y cojo una de las mías.

Cuando vuelvo, Harrison está casi completamente desnudo. Pantalones desabrochados, colgando bajos en su cintura, dejando ver lo justo de un bóxer negro. La camiseta también ha desaparecido. Su piel dorada queda al descubierto. Sus músculos se tensan con cada movimiento.

Me quedo paralizada. Me cubro los ojos con una mano y le lanzó la manta. Debería ser ilegal verse tan bien con tan mala iluminación. Incluso yo podría ganar un *Sony World Photography Award* solo con esos abdominales.

—Nada que no hayas visto antes.

Cierto. Excepto que Harrison en vivo es diez mil veces mejor que Harrison en mi pantalla.

Esos pocos segundos han sido suficientes para grabar su cuerpo en mi memoria. Cada línea, cada curva, ahora perfectamente visibles cuando cierro los ojos

No tardó en dormirme sabiendo que Harrison está en la habitación de al lado. Últimamente, mis sueños han sido montajes de él: su sonrisa, sus caricias… Esta noche, me inundan imágenes de él en mi cama. La ropa olvidada. Yo, completamente suya.

Me despierto empapada en sudor. El corazón me late a toda velocidad. Las sábanas hechas un ovillo a los pies de la cama. Vaya… esto es nuevo.

Son las ocho de la mañana y, salvo el crujido del somier, el piso está en silencio. ¿Se ha ido? Camino de puntillas hasta el salón y asomo la cabeza por la esquina. Sigue ahí, estirado en el sofá como un anuncio de Calvin Klein. El sol cae sobre su cuerpo, haciendo que su piel brille.

Me ruge el estómago, vengándose por haberme saltado la cena. Entro en la cocina con cuidado. La despensa está casi vacía. Hay pan, pero no mantequilla. Dos huevos solitarios. Y lo peor de todo, no queda café.

Por suerte hay una tienda en la esquina a un par de calles que abre los domingos por la mañana, así que me pongo unos leggings negros cómodos y una chaqueta. Lo del pijama en público ha sido cosa de una sola vez.

Escabullirme a plena luz del día me hace sentir que estoy dándome ese paseo de la vergüenza después de haber pasado la noche fuera de casa. Solo que, sin la vergüenza, porque aunque haya alguien en mi piso, anoche no me acosté con nadie. Por desgracia.

Hace un poco de frío. El sol se cuela entre las nubes de una forma que pide a gritos una foto. Un charco junto al bordillo absorbe la luz, haciéndolo brillar contra el asfalto. El instinto se impone y esta vez, no lo cuestiono. Saco mi teléfono y tomo la foto. No es perfecta, pero por primera vez en mucho tiempo, no me importa.

Puede que sea el aire fresco. Puede que sea Harrison. O puede que sea lo libre que me siento al haber dejado a Noah atrás.

Camino deprisa hacia la tienda, sabiendo que no tengo mucho tiempo antes de que se despierte. Él me trajo el desayuno una vez; parece justo que yo presuma de mis dotes culinarias limitadas.

Aparte del trayecto silencioso en el taxi anoche, no ha pasado gran cosa. No hemos hablado del beso, ni de que estuvimos a punto de pasar la noche de una forma muy distinta a cómo acabó.

Después de la impecable interpretación de Noah de su papel de imbécil, ahora tengo aún más claro que merezco algo mejor. Como mínimo, merezco divertirme.

Cuando vuelvo a entrar, el sofá está vacío. La manta está doblada con cuidado. Su ropa cuelga del respaldo, y escucho el agua correr en el baño.

Está en mi ducha. Desnudo. Con nada entre nosotros aparte de una pared fina y mi autocontrol.

Niego con la cabeza. *Concéntrate*. *No* te imagines nada.

Me entretengo en la cocina para evitar pensar en mi situación actual. Pongo la cafetera, y empiezo a remover los huevos. A todo el mundo le gustan los juegos revueltos, ¿no?

La puerta del baño se abre. Y yo no estoy bien. En absoluto.

Harrison sale como un dios griego. La toalla le rodea la cintura como si fuese un regalo esperando a ser abierto.

Estoy embobada. Devorándolo con los ojos, sin ningún problema en hacerlo.

Se ruboriza al verme, lo cual resulta exasperantemente encantador.

—Espero que no te importe, me he metido en la ducha —dice mientras se acerca. Su voz aún está cargada de sueño, y el agua dibuja pequeños regueros sobre su pecho—. Pensaba que seguías durmiendo.

—Normalmente, sí, pero hoy me he levantado con muchísima hambre —respondo, negándome a apartar la mirada. Una sonrisa traviesa se me instala en la cara—. Me alegro de que te sientas como en casa.

—¿Dónde está Noah? —pregunta, inclinando la cabeza—. A juzgar por cómo me estás examinando, ¿sería correcto asumir que ya no está en escena?

—Asumes bien. Lo eché anoche, poco después de que te fueras —digo, demasiado orgullosa de mí misma—. Está fuera de mi vida. Con suerte, para siempre.

—Vaya —murmura, acercándose hasta que puedo contar las gotas sobre su piel—. Y yo que me estaba preparando para un poco de competición sana.

—¿Y por qué ibas a competir, exactamente? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Quiero que lo diga.

—Bueno… por ti. Claro.

—Anoche no parecías estar muy listo para competir por nada —me burlo—. Salvo quizá en un concurso de beber.

Se ríe y me atrae hacia él con un brazo, su otra mano sujeta la toalla como si su vida dependiera de ello.

—Eso es porque no me preocupaba perder.

—Ah, ¿no? —pregunto, a escasos centímetros de sus labios. Huele a mi champú, tan exquisitamente dulce.

Somos una chispa esperando fuego. En cuanto nuestros labios vuelven a tocarse, todo control desaparece.

Ahora vivo para esto: para el catálogo de los besos de Harrison, cada uno distinto, cada uno más intenso que el anterior.

—Me estás besando otra vez —susurra contra mi boca.

Está diferente esta vez. Esta versión de él, pura y desenfrenada, me deja las piernas flojas. *Te deseo*, dice con cada movimiento. Es mi perdición.

—Estás desnudo —discuto.

—Casi —dice, y su boca vuelva a la mía, los dientes rozándome el labio inferior.

Enredo mis dedos en su pelo húmedo, tirando suavemente. Necesito más. Más roce, más contacto, más de él. Arqueó la espalda, desesperada por tener lo máximo posible.

Me muerde el labio y me arranca un gemido. Me recompensa con su mano libre trazando un camino ardiente por mi costado hasta llegar a mi culo. Aprieta con descaro y gimo de nuevo.

—Joder, Julia —gruñe contra mi boca—. Podría escucharte así todos los días de mi vida.

Su voz es más grave que nunca, y hace que se me erice la piel. Profundizo el beso, ambos queriendo más.

Me aprieta contra él. Todo él. Caliente, duro, y oh, absolutamente presente.

Voy besando su mandíbula, su cuello, su pecho. Mordiendo y saboreando a mi paso. Mis manos recorren sus hombros, bajan por los relieves de su torso, notando cómo cada músculo se tensa bajo mis dedos.

Justo cuando encuentro el borde de su toalla, me coge las muñecas y las levanta por encima de mi cabeza, empujándonos contra la encimera.

Y entonces…

Humo.

—Se está quemando el desayuno —murmuro, mis labios pegados a los suyos.

Me suelta las manos, tira la sartén al fregadero y apaga el fuego. Aprovecho el momento para quitarme la chaqueta. ¿Por qué sigo llevando tanta ropa?

Me levanta y me sienta sobre la encimera como si no pesara nada.

—Tú eres mi desayuno —dice, dejando un rastro de besos por mi cuello.

Mis piernas rodean su cintura y echo la cabeza hacia atrás, ofreciéndole más terreno para explorar.

Sus manos están en todas partes ahora. No consigo pensar con claridad. Me besa la clavícula con la boca abierta antes de morderme en el mismo lugar. Se me escapa un gemido ahogado y noto como sonríe contra mi piel.

—Josh… —gimo. No puedo esperar más.

Le agarro de la cara y lo atraigo hacia mí, desesperada por su boca. Nadie me había besado así nunca. Todo lo anterior a él ha sido una broma. Nadie va a estar a su altura.

—Dormitorio. Ya —murmuro, intentando bajarme de la encimera.

Él me sujeta, sin ceder ni un centímetro.

—Todavía no. Tienes que aprender a ser paciente, cielo —me susurra al oído.

Dejo escapar un gruñido frustrado. Se aparta lo justo para mirarme, con la mirada confusa. Estoy sonrojada, sin aliento, y a medio camino entre la excitación y la vergüenza.

—Así no es como lo quiero hacer contigo.

Un momento… ¿qué?

—A ver si lo entiendo —digo—. Llevo meses sin acostarme con alguien. El tío que no me interesa intenta meterse en mi cama. Y con el que de verdad quiero estar, ¿no quiere?

—Oh, quiero —responde con voz ronca—. De hecho, no hay nada que desee más que arrancarte la ropa y no salir de tu habitación en todo el día. Pero no justo después de lo que pasó anoche. Me gustas, Julia. No quiero ser tu polvo de rebote. Quiero que signifique algo.

—No eres un rebote —me apresuro a decir—. Lo de Noah ya había terminado. Anoche solo lo hizo… definitivo. Te lo prometo.

—Te creo —dice con suavidad—. Pero solo tengo una primera vez contigo, y quiero que cuente.

Parpadeo, confusa.

—No sé qué estás diciendo. De verdad, no lo entiendo.

Me agarra de la mejilla, su pulgar acariciando mi piel.

—¿Confías en mí?

Probablemente más de lo que he confiado en ningún otro hombre. Es aterrador admitirlo después de tan pocas semanas. Puede que esté perdiendo el juicio.

—Sí.

Me recompensa con el beso más suave imaginable, apenas un roce de labios.

—Bien.

Mira la masa de huevos negra que reposa en el fregadero.

—¿Qué te parece si me visto y voy a por unos croissants? No creo que el desayuno haya sobrevivido.

—Estaba intentando hacerte algo saludable —me quejo, haciendo un puchero.

—No sigo una dieta estricta. Además, no me puedo resistir a un buen croissant.

Deslizo mis dedos lentamente por su pecho, parando justo antes de tocar la toalla. Cierra los ojos y aspira con fuerza.

—¿Y cómo vas a mantener esto… —ralentizo aún más el movimiento—, …así de bien?

—Ya encontraré la manera de quemar las calorías.

Me guiña un ojo, da un paso atrás y me ayuda a bajarme. Sujeta la toalla con fuerza, aunque no sirve de mucho para ocultar una situación bastante evidente que está ocurriendo debajo.

—¿Y cómo piensas ir a por el desayuno si ni siquiera tienes ropa limpia?

—Ya está solucionado. Arthur me va a traer algo de casa. Estará a punto de llegar.

—¿Te traen ropa *a domicilio*? —me río.

—No me parecía muy caballeroso irme nada más después de que vinieras a rescatarme ayer —dice—. He pensado en quedarme, mientras me quieras aquí.

—Eso es… muy dulce.

Me estiro y vuelvo a besarlo. Me sale tan natural que da miedo.

TREINTA MINUTOS después estamos acurrucados en el sofá disfrutando de croissants de mantequilla, fresas frescas y tazas ardientes de café.

Arthur cumplió su misión, entregando una bolsa de gimnasio con ropa limpia para Harrison. Bajé a recogerla, y pese a mi buen humor, su expresión no se desvió de estar completamente neutra.

Según Harrison, es un caballero inglés de los de antes, que se toma su trabajo muy en serio. No es nada personal. Solo que sonreír no estaba en la descripción de su puesto.

Lo miro unos segundos, cómodo y guapísimo. Hay tanto que todavía no sé sobre cómo vive Joshua Harrison. Tiene sentido tener un chófer en una ciudad tan grande si estás intentando pasar desapercibido. Pero ¿quién le ha preparado la bolsa de ropa?

—¿Tienes a alguien en casa casualmente preparándote kits para "la mañana siguiente"? —pregunto, mordiendo una fresa.

Se ríe, negando con la cabeza.

—No. Ha sido suerte. Tengo a alguien que viene a limpiar los fines de semana. Yo intento mantenerlo todo en orden, pero agradezco no tener que dedicarle demasiado tiempo. Ella ha sido quien le ha dado la ropa a Arthur.

—Es una locura pensar que probablemente has ganado lo suficiente como para vivir cómodamente el resto de tu vida.

Se encoge de hombros.

—No estoy intentando volverme completamente inútil. Me gustan las cosas normales. Cocinar, tener un espacio que se sienta como mío… Sí, podría tener ayuda a tiempo completo. Pero no es necesario.

—Qué humilde por tu parte —digo—. Te estás pareciendo peligrosamente a un príncipe azul. Pero no existen. Confiesa. Quiero saber los trapos sucios. No puedes ser tan perfecto.

—¿Trapos sucios? —sonríe—. Vale. Siempre viajo en primera clase, da igual lo corto que sea el vuelo. Siempre quise un porche, así que me compré uno. Lleva un año aparcado en la casa que tengo en Los Ángeles, que también ha estado vacía. Me gustan las teles grandes, con un buen sistema de…

—¿Tienes una casa en Los Ángeles?

—Sí, la tengo. —Su sonrisa se vuelve un poco arrogante. Eso lo podría cambiar todo. Él lo sabe—. Rodé allí durante seis años. Me cansé de vivir en hoteles bastante rápido.

—¿Y no se te había ocurrido qué eso era algo digno de mención?

—La verdad es que hacía tiempo que no pensaba en ello —dice —. Además, tener una propiedad no me da un visado.

Cuando se termina el croissant, deja la taza en la mesa y coge mis pies, me los masajea dibujando círculos en las plantas. Es íntimo. Doméstico.

Esta mañana ya tenía mis nervios a flor de piel, ¿y ahora esto? Su tacto es suave, casi reverente. Me cuesta la vida no reaccionar y fingir que no pasa nada.

—¿Eso significa que has vuelto a Londres para quedarte?

—No —responde rápido—. Quiero volver a trabajar, pero nada de lo que he leído me encaja.

—¿Has pensado en otras opciones?

—He pensado en dirigir. Producir, quizás —dice, frotándose la nuca—. Pero no sé por dónde empezar. Peter no deja de insistir para que vaya a las reuniones…

Sus hombros se tensan.

—La verdad es que he estado disfrutando del descanso. Las cosas se habían puesto tan intensas. Ni siquiera podía salir a conducir sin que alguien me siguiera.

—Míranos —digo, con una sonrisa ladeada—. Expertos en huir de nuestros problemas.

—Tú no huiste ayer cuando se presentó en tu puerta.

Ya era hora, pienso.

—Creo que llega un momento en el que esa cuerda floja se rompe —digo—. Recuperas el control. No siento nada por Noah desde hace muchísimo tiempo, pero siempre tenía esa sensación

molesta de que él seguía teniendo el control en ciertas partes de mi vida.

—Pero ya no.

—Ya no —repito—. No después de ayer.

—¿Puedo preguntar… qué pasó después de que me fuera? No pasa nada si no quieres hablar de ello.

—No fue una gran pelea. Básicamente hablé yo. Él solo vino aquí con un único objetivo: sexo. El mismo imbécil inconsciente que siempre. Pero yo conseguí ese cierre que no sabía que necesitaba.

—Menudo gilipollas —murmura, con la mandíbula tensándose—. No habría sido ideal con la narrativa mediática que tengo ahora, pero estaba listo para dejarlo inconsciente. He conocido suficientes narcisistas en Hollywood, pero él tiene su propia liga.

—No me preocupa. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. Durante mucho tiempo él controló todo. Afectó mi trabajo, la seguridad en mí misma, incluso mi carrera con la fotografía.

—Espera —dice, frunciendo el ceño—. ¿Tomó control de tu fotografía?

Asiento.

—Nos conocimos en una exposición de estudiantes. Su padre tenía una galería, así que al principio pensé que… quizá creía en mí. Pero no tardó en empezar a desmontarlo todo. Diciéndome que no era lo suficientemente buena. Que lo mío solo era un hobby, nada más.

Aprieta los puños.

—Madre mía.

—Aun así, me presenté a una competición local. Llegué a las semifinales. Pero encontró un correo sobre ello, llamó a la organización, y retiro mi candidatura sin decirme nada.

—Estás bromeando.

—Nop —suelta una risa amarga—. Estaba tan frustrada, enfadada. Casi me fui, pero consiguió convencerme y hacerme creer que era para mi propio bien. Después de eso, guardé la cámara y no la volví a sacar.

Harrison no responde de inmediato. Se queda mirando al suelo, como si estuviera intentando contener la calma.

—Eso no está bien —dice—. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—No pasa nada —respondo, con suavidad—. Lo que pasó, pasó. Pero he decidido creer que no todos los hombres son así. Quizá elegí la manzana podrida del cesto.

Levanta la cabeza para mirarme, sus ojos firmes.

—Bueno, conmigo no tienes que creer ciegamente —dice en voz baja—. Te lo demostraré.

Capítulo Quince

ENTRE EL SILENCIO y las rutinas de la vida diaria en esta ciudad, siempre hay pequeños momentos que, de alguna forma, hacen que todo merezca la pena. Esta última semana ha estado llena de ellos. Desde llamadas, hasta citas a la hora de mi almuerzo. Mi tiempo ha estado dividido entre el trabajo y Harrison.

El lunes llegó sin piedad ninguna. Después de un fin de semana increíble, la idea de volver a mi mesa, pretendiendo que nada había cambiado, me parecía casi cruel. Podría haberme haber quedado en mi sofá, en sus brazos, el resto de mi vida sin necesitar nada más. Se fue de casa el domingo por la noche, pese a mis repetidos (y vergonzosos) intentos de convencerlo para que se quedara.

Pero justo a tiempo, como si supiera que lo necesitaría, al día siguiente estaba en la puerta de la oficina esperando a que saliera para comer. Un pequeño rayo de sol colándose entre el gris.

Mis excusas para escaparme a comer son menos creíbles con cada día que pasa. El primer día empecé con un simple "no tengo mucha hambre", y ayer toqué fondo con "tengo problemas de estómago". Es trágico, lo sé. Se me están acabando las ideas.

Harrison ha estado utilizando su tiempo libre para buscar restaurantes pequeños y escondidos, lo bastante cerca como para ir andando y lo suficientemente tranquilos como para poder disfrutar

de nuestras salidas juntos. Casi todos los días han sido un acierto. Nuestro único fallo fue un restaurante indio que se acababa de hacer viral, y acabó siendo bendecido con una fila de espera que daba la vuelta a la manzana.

Mi descubrimiento favorito ha sido *Sunny's Café*. Una cafetería diminuta, con cinco mesas dentro y dos fuera, a ambos lados de la puerta. Regentado por Martha, una mujer de unos sesenta años, con el pelo plateado, que cocina, atiende las mesas y no tiene ni idea de quién es Harrison. Es íntimo, acogedor y si el sándwich de bácon, lechuga y tomate que pedí sirve de referencia, como cocinera debe tener un secreto increíble. También me pedí un té verde con hielo, y sorprendentemente no estaba amargo.

La galería de fotos de mi móvil se ha convertido en un testigo silencioso de todos estos cambios en mi vida. Harrison ha sido más que el modelo perfecto, animándome con suavidad a ir tomando fotos, a volver a confiar en mi visión. No le he enseñado ni una sola foto que no le haya encantado, aunque sospecho que no es del todo imparcial.

Todo ha sido tan… normal. Si no fuera quien es, y si no estuviéramos escondiendo esta especie de relación de todo el mundo, salvo Emma, me permitiría creer que esto podría ser algo real. Algo con futuro.

Pero no he tenido valor para sacar el tema. Vivir en una burbuja de amor es demasiado adictivo. ¿Quién no querría que su vida fuera como una película?

La romántica empedernida que hay en mí, sigue preguntándose si esto es real. Es difícil poner las cosas en perspectiva cuando ni siquiera puedo hablar sobre nosotros con nadie a mi alrededor. Emma hace todo lo que puede, pero estaríamos mintiendo si dijéramos que nuestros horarios y el cambio de hora no se están interponiendo.

Y Claire… pobre Claire. Se ha estado esforzando muchísimo para hacerme sentir como en casa. Intentando conectar, hablar. Y lo único que he sido capaz de devolverle han sido algunos minutos sueltos de mi tiempo y respuestas cortas y ambiguas. Empiezo a notar que

sospecha que está pasando algo raro. Si supiera cuánto deseo contárselo todo.

Además, últimamente hay una vocecita al fondo de mi cabeza que no deja de insistir. Casi avisándome de que no cometa los mismos errores que cometí con Noah.

Haz amigos. Disfruta de la experiencia. Ten vida más allá de tu relación.

Y por eso estoy como estoy ahora. Es martes. Estoy en mi mesa, atrapada en un bucle, preguntándome si hay alguna versión de este secreto que pueda coexistir con todo lo demás. Y aunque podría inventarme una docena de razones para no pasar tiempo con mis compañeros de trabajo… no quiero hacerlo.

Por suerte, todo el mundo está demasiado ocupado como para darse cuenta de que me voy a comer. Bajo en el ascensor hasta el vestíbulo, y durante un segundo, me pregunto cómo de grande sería el lío en el que me metería si pulsara el botón de emergencia y me quedara encerrada en el ascensor dentro. Harrison seguramente aparecería con comida para llevar, se sentaría al otro lado de la puerta y esperaría hasta que alguien me rescatara.

Y por muy tentador que sea ese plan de escape, no puedo mentir otro día más. Tiene que ser hoy. Tengo que hablar con él.

Volvemos a *Sunny's*. Voy agarrada de su brazo, dejando que me guíe mientras que me cuenta sobre su última reunión con su representante. Asiento, murmuro, y le doy la razón, pero en realidad no estoy escuchando. No lo miro de verdad hasta que nos sentamos y pedimos la comida.

Nuestros ojos se encuentran y él entrecierra los suyos. Me pregunto cuánto se me nota en la cara la preocupación.

—Pues… —dice, con media sonrisa—. Estás muy callada.

—Mmm —murmuro—. He estado pensando.

—Eso no suena muy prometedor viniendo de alguien que normalmente siempre tiene algo inteligente que decir —responde y su sonrisa se convierte en un gesto serio.

—Solo estoy un poco preocupada —digo, intentando ordenar mis pensamientos a toda velocidad—. Obviamente, me gustas. Pero no quiero que mi experiencia en Londres gire solo en torno a… mi

relación amorosa. Tengo que mentir a mis compañeros de trabajo cuando salgo a comer. No me parece del todo sano, y yo…

—¿Relación? —me interrumpe, alzando las cejas—. ¿Eso es lo que quieres?

Claro, yo ya había dado por hecho de que estaba en una. Quizá para él no.

—No busco etiquetas —me apresuro a decir—. Sé quién eres. Sé que no es tan simple. Pero tampoco quiero volver a casa en un mes y no tener nada que contar salvo que tuve un lío secreto. Quiero amigos. Recuerdos. Una galería de fotos que sea más que tus rasgos de dios griego.

Suelto el aire de golpe.

—Supongo que lo que digo es que a lo mejor deberíamos bajar un poco el ritmo.

—Bajar el ritmo —repite despacio, como si estuviera comprobando si las palabras cortan—. ¿Porque no quieres etiquetas?

—Sí.

No, pienso para mí misma.

—Qué pena.

¿Qué?

—¿Qué pena? —Parpadeo. Él asiente.

—Qué pena porque yo aceptaría cualquier etiqueta que quisieras ponerme.

—Un momento —digo, intentando no adelantarme—. ¿Te refieres a *salir* salir?

—Me refiero a que si me quieres, soy tuyo. Oficialmente.

Las mariposas en mi estómago montan un espectáculo digno del Circo del Sol.

—Pero, ¿y el trabajo? ¿Mis compañeros?

—Me da igual —dice—. Díselo. Díselo al mundo entero. Diles que estoy saliendo con la mujer más impresionante que he visto en mi vida.

Noto como me sube el calor en las mejillas.

—¿No te da miedo la prensa?

—Hay muchas cosas de esta situación que me dan miedo —dice, su voz se vuelve más suave—. Me da miedo que cambies de opinión.

Me aterra perderte. Pero ellos no me asustan.

Algo dentro de mí se tensa y se relaja al mismo tiempo. Se queda pensativo un segundo antes de seguir.

—No será fácil. Especialmente cuando vuelva al trabajo. La gente puede ser cruel… estoy seguro de que lo serán. Pero si esto es algo que *tú* quieres, te prometo que siempre voy a estar ahí. Seré honesto. Te amaré tanto que nunca dudarás de que lo nuestro es real.

Ahí está.

La palabra A. Quizás se le ha escapado. Quizá no. Pero yo la he oído.

—Entonces… estamos saliendo —repito, para aclararlo—. De verdad.

—No hay nada que quiera más. —Sonríe de oreja a oreja. Sus ojos azules nunca habían brillado así.

—Estoy saliendo con *EL* Joshua Harrison —me río, medio aturdida.

—Sí —dice, orgulloso—. Saluda a mi novia, Julia Thomas.

Me coge la mano y le da un beso, lento y dulce. Sellándolo.

—Cuesta creer que esto esté pasando —susurro, todavía nerviosa, pero ahora por diferentes razones—. ¿Estamos seguros de que esto es una buena idea?

Se inclina sobre la mesa pequeña y sus labios rozan mi oído.

—Estoy seguro de que te darás cuenta de lo buena idea que es cuando por fin consiga meterte en mi cama.

SALIR con la tranquilidad de saber que todos están comiendo significa volver y encontrarlos sentados en sus mesas.

He estado temblando por las ganas de contarle todo a Claire. Harrison ha insistido, varias veces, que no le importa en absoluto. Ahora mi cerebro me amenaza con soltarlo todo sin filtro alguno incluso antes de haber llegado a su mesa.

Me encanta el cotilleo, incluso cuando es el mío.

—¡Mira quién ha vuelto! —dice. Me agacho junto a su escritorio, agarrándome al borde para no quedarme de pie delante de toda la oficina—. ¿Otra vez fuera con tu novio misterioso?

—En realidad… sí.

Se queda boquiabierta. Normal, después de semanas negándolo, esto es lo último que se esperaba.

—Y por fin estoy autorizada a contártelo todo.

—¿Autorizada? ¿A qué te refieres?

—Cena en mi casa —le digo—. Te lo explicaré todo entonces.

Después de unas horas y aproximadamente dos docenas de intentos fallidos de interrogatorio, llegamos a mi piso. Le paso la pizza a tamaño familiar que hemos comprado de camino y abro la puerta.

—Ponte cómoda —le digo, dejando la caja de cartón sobre la mesa. Mientras se quita los zapatos y se deja caer en el sofá, cojo dos platos y una botella de vino.

Le doy una copa.

—Lo vas a necesitar.

—¿Quién es el hombre misterioso que has estado escondiendo?

—Bueno… —empiezo—. Después de mi primer día en la oficina, me pilló la lluvia al salir y me metí en aquel bar al que fuimos una vez.

Se lleva la mano al pecho.

—Por favor, dime que *no* estás saliendo con el camarero. Ese encantador, vale, pero Julia… te dobla la edad.

—¡No! ¡Dios, no! —Me estremezco solo de pensarlo—. Ese es Tony. Había alguien más ahí esa noche. Alguien que, sinceramente, me sorprendería mucho que no conocieras.

Frunce el ceño.

—¿Quién? ¿Como… un famoso influencer o algo?

Niego con la cabeza.

—Se llama Joshua —digo con cuidado—. Joshua Harrison.

Se queda boquiabierta. El trozo de pizza que está sujetando se queda suspendido en el aire, mozzarella colgando como si estuviera a cámara lenta.

—¿Te refieres a… *él* Joshua Harrison? ¿El actor?

Asiento.

—Pero qué cojones —susurra.

—¡Lo sé! —me tapo la cara, de repente soy muy consciente de lo loco que suena decirlo en alto—. Por eso no te lo podía decir.

—¡Todo este tiempo y yo pensaba que te estabas escabullendo por ahí con Phil, el de contabilidad! —se parte de risa—. Julia. Julia. Estás saliendo con uno de los hombres más atractivos del planeta. ¿Eres consciente?

—Ahora que lo dices, sí —respondo, con las mejillas ardiendo.

—Necesito todos los detalles. Todos. Incluso los explícitos. —Deja el plato en la mesa y se inclina hacia mí como si estuviéramos a punto de planear un robo—. Lo más cerca que he estado de un romance de Hollywood fue hacer match con alguien que decía que había formado parte del catering en una premier de Netflix.

—Me parece justo —digo levantándome—. Pero para eso vamos a necesitar más vino.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Claire prácticamente vibra de emoción. Ha reunido al equipo para un desayuno improvisado, temblando por su secreto recién adquirido.

Anoche le dije que quería decirles la verdad a todos, y ella se ha tomado la libertad de organizar el encuentro. Teniendo en cuenta el brillo en sus ojos, está a punto de estallar.

Me pregunto cuánto aguantaría guardando el secreto si de repente decidiera cambiar de opinión y pedirle que no contase nada. Creo que habría altas probabilidades de que lo soltase antes del final del día.

—¿Qué era tan urgente? —pregunta Daniel.

—Solo la exclusiva del siglo —dice Claire, como si estuviera hablando del titular de un tabloide.

Pongo los ojos en blanco.

—No es ninguna exclusiva. Solo quería disculparme. Sé que he estado un poco… desaparecida. Y quería explicaros por qué.

Todas las miradas se centran en mí.

—Estoy saliendo con alguien.

—Alguien a quien todos conocéis —añade Claire con un guiño.

—Es Phil, el de contabilidad, ¿verdad? —declara a Oliver, convencidísimo—. Lo sabía. Cada vez que sales a comer, él se va justo después. Lo he estado observando.

Lucy se ríe.

—No pensaba que sería tu tipo. Me parece un poco friki para ti, pero oye, para gustos colores.

Intento hablar, pero Daniel se adelanta.

—¿Eso significa que lo tenemos que invitar a nuestras comidas de grupo de ahora en adelante?

—Ni siquiera *conozco* a Phil de contabilidad —digo, llena de impotencia—. No lo he visto en mi vida. Podría cruzármelo por la calle y no sabría quién es.

Todos fruncen el ceño.

Claire, incapaz de callarse más, interviene.

—Julia se refiere a conocer de la tele. Tipo… internacional.

—¿De un *reality*? —Henry se anima. Es prácticamente lo único que ve—. ¿Es el tío de *Hot Property*? Reforma casas sin camiseta, o eso dicen.

Podríamos pasarnos toda la mañana con este juego y aun así no lo adivinarían. Así de surrealista es todo esto.

—Es Joshua Harrison —digo sin rodeos.

Silencio. Y luego… risas.

Claire parece estar igual de confundida que yo.

—¿Qué tiene tanta gracia?

James se ríe, limpiándose la boca.

—¿Un actor de Hollywood de verdad? Venga ya. ¿Quién es? ¿Alguien de arriba? ¿Andrew, el de Recursos Humanos?

—*Literalmente* no conozco a nadie fuera de nuestro grupo —digo, sacando el móvil. Abro el álbum del día turístico y pulso en una foto.

Es él. Gafas de sol, gorra, el brazo rodeándome con naturalidad frente a una librería antigua. Una de mis favoritas. Pillé el reflejo en

la ventana en el ángulo justo para mezclarnos con los lomos de cuero envejecidos.

Lucy se lleva la mano a la boca.

—¡No me jodas! —Sus ojos se vuelven tan grandes como sus gafas *oversized*—. Si ese hombre estuviera en mi cama, yo también nos abandonaría.

—No es así —digo rápido, sonrojándome—. Estamos… yendo despacio.

—¿Has visto su…?

—Ah, no —interrumpe Oliver, tapándose los oídos—. Esa es nuestra señal para irnos, chicos.

–PREGÚNTAME LO QUE QUIERAS —dice Harrison, moviéndose por la cocina en plena misión culinaria. Está cogiendo todos los ingredientes para lo que asegura que es su "famoso" pollo cremoso al limón horneado.

—¿Lo que sea? —pregunto, escéptica.

—Lo que sea —confirma—. Siempre que tú también contestes a todo lo que yo te pregunte. Y nada de mentir.

—¿Qué estás planeando preguntarme para qué tenga que mentir? —me río.

Se encoge de hombros.

—Verdad o atrevimiento, sin los atrevimientos. —Me guiña un ojo —. Esos los dejamos para más tarde.

Pongo los ojos en blanco, fingiendo que no me estoy derritiendo por dentro.

Me tomo unos segundos para pensar.

¿Qué comportamientos tóxicos puedo tachar de la lista? Infidelidad. Falta de disponibilidad emocional. Falta de respeto a las mujeres. Mentir… básicamente todo lo que era Noah.

—¿Cuándo fue la última vez que le mentiste a alguien? —pregunto, apuntando directamente a la base de todo: la honestidad.

—Empiezas fuerte —dice mientras corta un limón—. Hace poco más de un año.

—¿Sobre qué?

—Tú preguntas, y luego yo. ¿Recuerdas? —me provoca—. ¿Estás feliz viviendo bajo este cielo gris todos los días?

—Pues… es verdad que he encontrado el mejor entretenimiento que esta ciudad puede ofrecer. Así que, supongo que puedo pasar por alto el tiempo de mierda.

Se gira para mirarme. Estoy sentada sobre la encimera, balanceando las piernas como una niña.

—Ni siquiera te he enseñado las mejores partes todavía —dice, inclinándose para darme un beso rápido.

—Estás poniendo a prueba mi autocontrol —digo, haciéndole reír.

No dejo que me distraiga por mucho tiempo.

—Buen intento. ¿Sobre qué mentiste?

Deja el cuchillo sobre la encimera.

—Le dije a mi madre que Emily y yo habíamos acabado bien.

Su voz cambia, se tensa… casi como si le doliera.

—La prensa estaba encima de todo. No quería preocuparla, así que le dije que se lo estaban inventando. Cree que decidimos que era mejor ir por caminos distintos.

Me bajo y lo abrazó por la cintura.

—Qué horrible —murmuró contra su espalda—. Lo siento.

—No pasa nada. Estoy mejor así.

Lo suelto para dejarlo terminar de recoger y meter la fuente al horno. Pensaba que iba a estar un poco molesto, pero cuando se gira para mirarme, en sus ojos hay otra cosa.

—¿Y lo nuestro? —pregunta—. ¿Cómo te sientes con todo esto?

Una pregunta a la que llevo semanas dándole vueltas. Soy una mezcla de dudas y dopamina. Una montaña rusa que no parece detenerse.

—Me siento bien. Me gusta. —Me ruborizo. Él sabe que yo sé qué hay mucho más que responder. —Ese es el sentimiento principal.

—¿Tienes miedo?

—Me toca a mí. —Evito la pregunta, y él entrecierra los ojos, fingiendo reproche.

—¿Qué es lo que más te gusta de ser tú?

—Ese día. En *The Anchor*. Que supieras quién era hizo que me siguieras el juego.

Da un paso pequeño, calculado, hacia mí. La tensión cambia. De repente, soy consciente de cada movimiento.

—No tuvo nada que ver con que seas famoso —balbuceo—. Tiene todo que ver con quién eres. Cómo me haces sentir escuchada.

—Y lo haré todos los días —dice—. No tienes por qué tener miedo.

Se acerca un poco más y se humedece el labio inferior. Estoy hipnotizada. No puedo hablar.

—¿Cuánto tengo que esperar para convencerte de que voy en serio contigo?

—¿Esperar para qué?

Otro paso más. Si estiro la mano, puedo tocarlo.

—Para hacerte mía.

Un escalofrío me recorre entera. Como si hubiera susurrado un secreto que solo mi piel puede escuchar. Ha pasado demasiado tiempo. Había olvidado lo que se siente al ser deseada de esta manera.

—¿A eso estabas esperando? —pregunto, y mi voz apenas resulta audible—. ¿A que te crea?

Asiente, rodea mi cintura con un brazo y me atrae hacia él hasta que no queda ni un centímetro entre los dos. Mis brazos se deslizan alrededor de su cuello, los dedos perdiéndose en su pelo.

Lo beso. Es corto, pero cargado de todo lo que llevo contenido.

—Te creo.

Dos palabras son suficientes para abrir la compuerta que nos ha mantenido a raya todo este tiempo.

De repente, está en todas partes. Besando. Mordiendo. Chupando. Me aferro a él, mi piel ardiendo con deseo, necesitando más. Traza un camino de besos por mi mandíbula, me sostiene la cara y me inclina la cabeza para seguir bajando por mi cuello.

Cada vez que se me escapa un gemido, responde con un mordisco juguetón. Sus dedos toquetean el borde de mi camiseta

durante uno, dos segundos antes de caer en a la tentación y arrancármela.

Sus manos bajan por mi costado, provocándome.

Cuando llega a mi culo, le da un apretón y me levanta con una facilidad insultante. Me enrosco en él sin pensarlo.

Pegada a su cuerpo, vuelvo a buscar su boca, esta vez de una forma más profunda. Nada de esto es casual. Lo siento contra mí, tenso, conteniéndose a duras penas.

—Joder —gruñe cuando arrastro mis labios por su cuello.

—Dormitorio —susurro—. Ahora.

Estoy tan centrada en memorizar cada milímetro de él que ni siquiera me doy cuenta de que nos hemos movido hasta que me tumba sobre la cama.

—¿Estás segura? —pregunta.

—¿Segura de acostarme con el hombre más sexy del mundo? —bromeo, tirando de la camisa. Nunca he estado tan segura de algo que parezca tan bueno y tan aterrador al mismo tiempo.

Me abro camino hasta sus pantalones, mis dedos van trazando cada curva.

Su mano me detiene en la cremallera.

—Solo Josh —dice, como si me lo estuviera recordando. Es real. Es solo él.

—Solo Josh —repito—. Estoy segura.

ESTOY EN UNA NUBE.

Me estiro en el sofá, con nada más puesto que una de sus camisas azul claro, suave, con las mangas enrolladas hasta los codos y oliendo a él.

Está lavando los platos de la cena que tan desesperadamente necesitábamos después de… todo.

—Esa ha sido una de las mejores comidas caseras que he probado nunca.

—Creo que no eres imparcial —se ríe desde la cocina. Lleva el pelo revuelto en todas las direcciones.

Mi móvil empieza a sonar y aparece el nombre de Emma en la pantalla.

—Existe —dice él, levantándome las piernas del cojín para sentarse a mi lado.

—La llamo luego —digo deprisa, casi como si estuvieran a punto de pillarme con las manos en la masa.

—No, cógelo. Voy a tener que hablar con ella en algún momento.

—Ni siquiera estás presentable —digo, poniendo los ojos en blanco.

Se encoge de hombros, tan tranquilo, y empieza a subir y bajar la mano por mi pierna.

Me incorporo y encuadro mi cara en la pantalla. Emma va conduciendo, con el móvil apoyado en el salpicadero.

—No te vas a creer lo que me ha pasado hoy en el trabajo —empieza de inmediato. No me mira hasta que para en un semáforo en rojo—. Tienes algo distinto. ¿Dónde estás?

—¿Qué? Estoy igual que siempre —miento, intentando mantener la calma mientras Harrison empieza a besar mi tobillo y empieza a subir despacio.

Le lanzo una mirada fulminante que dice: no te atrevas, te voy a matar. Por eso, en vez de frenarle, parece animarlo todavía más. Le parto la mano de un golpe, demasiado tarde. El movimiento brusco le da a Emma una vista perfecta del sofá de cuero marrón en el que estoy. Y de la energía masculina, muy evidente.

—Ese no es tu piso —dice Emma. Abre la boca, los ojos como platos—. ¿Está ahí?

Estoy a punto de negarlo todo cuando Harrison me roba el teléfono de las manos. Emma es su problema ahora.

—Existes —dice él, divertido.

Me acerco a él para poder ver la cara de Emma. Ha entrado en pánico, claramente intentando no invadir el carril contrario.

—Jay —suelta de golpe—, está sin camiseta. ¿Por qué va sin camiseta? Voy a parar el coche.

—Me gusta estar cómodo cuando estoy en casa —responde él con total naturalidad.

—Esto es rarísimo. —Se sonroja mientras mira a cualquier sitio menos a la pantalla—. No estaba preparada para esto, y es algo para lo que tendría que haberme preparado.

—Entendible —asiente él—. ¿Qué tal si te llama Julia luego? Hay… asuntos sin terminar que tenemos que atender antes de irnos a dormir.

Yo jadeo. Emma hace lo mismo.

Doy por hecho que la conversación ha terminado. Pienso que la ha dejado sin palabras por primera vez en su vida. Pero, de alguna manera, consigue construir una frase más.

—Si le haces daño…

—Nunca lo haría —la corta Harrison—. Te lo prometo.

HARRISON SE DESPIERTA con el sol. Demasiado temprano para ser fin de semana. Pero me besa la frente como si se estuviera despertando junto a algo precioso, y la hora parece menos criminal. Si fuera decisión mía, nos quedaríamos aquí todo el día, pero noto que tiene demasiada energía acumulada.

No quiero imponerme en su rutina, así que le pido a Arthur que me lleve a casa para coger algunas cosas.

Sí, pienso quedarme aquí hasta que me digan lo contrario.

Además, todavía no he probado la bañera; una del tamaño de una piscina, con chorros de presión incluidos. Sería irresponsable no aprovecharla al máximo.

Cuando me abre la puerta al volver, lleva un montón de cartas enorme sin abrir.

—¡Así me gusta! A pagar facturas, señor Harrison —me burlo.

—Cartas de fans. Cartas de fan. ¿Llamamiento al juzgado? Nop, cartas de fans… —murmura, separándolas sobre la encimera de la cocina. De pronto, se detiene—. Uf, joder.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Cartas de fans subiditas de tono?

Se gira sonriendo y arquea una ceja.

—Evento de trabajo que había olvidado por completo —resopla —. Odio ir a estas cosas.

—¿Qué es?

—El estreno de *Shadow Strike 2*.

Abre los ojos de par en par.

—No puede ser. Me *encantó* la primera. Matt Hunt siempre está brutal en papeles de acción.

—Exacto —suspira—. Ver la película estaría bien. Pero la alfombra roja, el código de vestimenta, la prensa… solo de pensarlo me estresa.

—¿Y por qué no te lo saltas?

—Peter me consiguió la invitación. Está moviendo hilos para meterme otra vez en el círculo de Hollywood.

Doy un paso adelante y apoyó las manos en sus hombros. Nuestros ojos se encuentran. Sabe que estoy tramando algo.

—Podría ir contigo.

—No tienes por qué hacer eso.

—Lo sé.

—Es un caos.

—A ver… sería la manera más complicada de hacer nuestra relación pública —admito—. Has estado desaparecido durante meses, y, de repente, *boom*: vuelta al foco con una chica nueva.

Hago una pausa.

—Tienes razón. Es una idea horrible.

Él sonríe.

—Aparecería con la mujer más sexy e impresionante de toda la sala —me sonrojo—. Una noche espectacular.

—¿Sería tu regreso oficial? ¿Nada de seguir escondiéndose?

Asiente.

—Ya toca. Me han dicho que necesito otro trabajo —dice, y tuerce la sonrisa—. Además, hay un restaurante en el centro al que me muero por llevarte. Con el mejor sushi que vas a probar en toda tu vida.

—Si tú te atreves, yo me apunto.

—Yo me atrevo a cualquier cosa —dice, inclinándose hacia mí—, si es contigo.

Me besa y, de repente, la idea de pasar por una alfombra roja ya no parece tan horrible.

Capítulo Dieciséis

EL GRAN DÍA ha llegado a la velocidad de un rayo.

Vale, solo ha pasado una semana, pero no recuerdo haber hecho nada más que preocuparme por este mismo momento.

Los motivos son variados.

El primero en la lista: tropezar y caerme delante de las cámaras. Probabilidades bajas. Ansiedad altísima.

El segundo: estar rodeada, no de uno, sino de un rebaño entero de celebridades. ¿Estoy nerviosa por conocerlos? No. ¿Estoy ansiosa por no poder controlar mi filtro y hablar de más si alguien se pone insoportable? Sí.

Y, finalmente, el peor de todos, número tres: ir completa y vergonzosamente infradotada de glamur. ¿Probabilidades? Altas. ¿Tiempo para solucionarlo? Tres horas. ¿Puedo hacer algo al respecto? Desgraciadamente, no.

—No te tienes que preocupar por nada, cielo. Yo me ocupo de todo. Solo necesito que me envíes tu talla de vestido y de calzado —había dicho Harrison el martes, mientras compartíamos una caja de fideos—. No es la petición más caballerosa, lo admito… pero te prometo que será una experiencia inolvidable.

Al principio no estaba del todo convencida en que alguien eligiera mi ropa, pero él me aseguró que tendría un montón de opciones de

donde elegir. No lo volví a mencionar más. Cuando llegó el viernes por la tarde, y todavía no tenía ninguna novedad sobre el evento, me sentí lista para morirme de los nervios.

Así que Claire y yo decidimos tomar cartas en el asunto y salir de compras. Aprovechamos los últimos treinta minutos en el trabajo para investigar cuáles son los estándares en un evento como este.

Resulta que no hay estándares.

Cada estreno es distinto. Cambia drásticamente dependiendo del género, el lugar, la hora del día… todo.

Compré dos vestidos largos que *podrían* servir. Ambos quedaban bien en la tienda —las mejores opciones dentro de un presupuesto razonable.

Quizá era que había buena iluminación.

Estoy frente al espejo de cuerpo entero que normalmente cuelga de la puerta de mi habitación, y que ahora está apoyado contra la encimera de la cocina.

Tengo el pelo recogido en un moño desordenado, la cara limpia, sin maquillaje, y llevo puesto el segundo vestido que elegimos. Me giro hacia un lado. Luego al otro. No hay ningún ángulo desde el que parezca digno de un estreno.

El blanco me apaga por completo, haciendo que parezca un fantasma. Las mangas caídas parecen puestas por error.

—Uff —dice Claire, sujetando unos tacones todavía más blancos. En serio, ¿en qué estábamos pensando?—. Tengo espray de bronceado.

—Eso es un terreno resbaladizo por el que no creo que deberíamos pasar —me río, derrotada.

Hemos fracasado. Este vestido no me lo puedo poner.

Sigo sin mensajes nuevos de Harrison. Lo llamo. Suena. Y acaba en el buzón de voz. Es oficialmente la hora del pánico.

Cuando me doy la vuelta, la cara de Claire tiene una expresión de angustia como nunca antes. Juguetea nerviosa con el dobladillo de su camiseta.

—¿A lo mejor deberíamos probar con el de color burdeos otra vez? —sugiere—. Después de este, quizá nos guste más.

—Cualquier cosa nos gustaría más después de este —digo, preparándome para rendirme y colapsar dramáticamente en el suelo de la cocina, cuando llaman a la puerta.

Nuestras cabezas se giran hacia el sonido, y nuestras miradas se cruzan por un instante.

—Harrison —decimos al mismo tiempo.

Corre hacia la puerta como si fuera ella a la que han invitado al estreno. Detrás, encontramos no una persona, sino todo un equipo de vestuario y maquillaje. Liderándolos hay una mujer alta, morena, con pelo largo y oscuro cayendo sobre un rostro limpio. Sus rasgos son muy definidos, pero su belleza natural y su estilo propio brillan a través de ellos.

—Ay, cariño —dice, entrando y arrastrándome hacia el salón—. Vamos a sacarte de esto… —mueve las manos sobre el vestido blanco— y a meterte en algo mucho más favorecedor.

Miro a Claire, horrorizada. Ella pilla la indirecta y empieza a recoger el caos que hemos dejado durante nuestro pánico por el fracaso *fashion*.

—Sé que no tenemos mucho tiempo —dice la mujer, todavía sin presentarse—. He tenido que ir a salvar el *outfit* de Harrison a última hora. Pero no te preocupes, lo tengo todo bajo control.

Por el rabillo del ojo, veo como todos sus minions convierten mi salón en una boutique y peluquería de lujo en un instante. Despliegan perchas. Enchufan herramientas de peinado.

—Lo siento —consigo decir intentando seguir el ritmo—. ¿Has estado con Harrison? ¿Hoy?

—Él está listo. No te preocupes por eso.

Coge uno de los taburetes de la cocina y lo coloca frente al espejo.

—Puedo apreciar el esfuerzo —comenta, señalando alrededor—. Pero pensé que Harrison te había dicho que vendríamos.

—Me lo dijo —respondo, sonrojándome—. Pero no me dio ningún detalle más. No quería encontrarme con las manos vacías.

Ella asiente, comprensiva.

—Es un hombre ocupado. No te lo tomes a mal.

—No he pillado tu nombre —digo, un poco más cortante de lo que pretendía.

—Puedes llamarme Sam —dice, estudiándome el rostro con atención—. Tienes unos rasgos perfectos para una alfombra roja. El equipo de Harrison ha hecho los deberes. Vas a encajar sin problema.

Se me encoge el estómago y se me abren los ojos de par en par.

¿No se lo ha dicho?

—Eso no… —empiezo, a la defensiva de inmediato. Mi mente se acelera intentando encontrar la mejor manera de explicar que no soy una "mujer de alquiler", o peor.

¿Me corresponde a mí aclararlo? Si él hubiera querido que supieran que estamos saliendo, lo habría dejado claro.

—Nunca he hecho nada así —termino diciendo, tragándome el orgullo y lo ofendida que me siento—. No es lo mío.

—¿Cómo te llamas, cariño? —pregunta, con suavidad.

Genial. Ahora le doy pena.

—Julia —respondo, claramente molesta. Mi voz es levemente cortante, pero es lo único que me puedo permitir para dejar entrever que no estoy aquí de adorno. Estoy aquí por él. Y ya no hay mucho que pueda hacer al respecto. Necesito la ayuda de esta mujer.

—Estás en buenas manos —continúa.

Asiento y dejo que haga conmigo lo que quiera.

Al equipo le lleva unos treinta minutos hacer su magia. En algún momento, Claire empieza a tomar fotos de todos productos que, sin duda alguna, no podemos permitirnos.

Cuando por fin se aparta el último par de manos, me quedo mirando al espejo.

Nunca he estado tan guapa. No podría replicar este look ni aunque quisiera. Todo, desde el colorete hasta las ondas en mi pelo, que normalmente es un desastre, parece natural.

—He estado revisando los vestidos que hemos traído —anuncia Sam—. Creo que he encontrado el ganador. Pero puedes mirar entre todos los demás. Nadie conoce tu estilo mejor que tú.

Por alguna razón, incluso con la irritación todavía rondándome la cabeza, confío en ella lo suficiente como para probarme su elección.

Eso, y las ganas desesperadas de quitarme el vestido más blanco jamás creado.

—Tú conoces estos vestidos mejor que nadie. —Me encojo de hombros, siguiéndola hasta el perchero con ruedas.

Coge uno cubierto por una larga funda negra. El asistente más alto se adelanta para sostenerlo mientras Sam baja la cremallera con una lentitud casi teatral hasta el suelo.

Es impresionante.

Un vestido largo, negro azabache. El escote profundo y los tirantes delicados le dan la elegancia qué Claire y yo nos hemos pasado horas buscando. Las lentejuelas brillan con un patrón ondulante, sutil pero hipnótico. Esto no es solo un vestido, es un billete directo a una alfombra roja.

—Por la cara que pones —dice Sam con una ceja levantada—, ¿puedo asumir que te gusta?

Sabe que ha dado en el clavo.

—A ver, sí —respiro, todavía embobada—. Definitivamente es algo que me probaría.

Me tiende la percha y señala al dormitorio.

—Póntelo.

Asiento, dejando atrás todas las miradas.

—No pierdas el tiempo buscando la etiqueta —dice a mi espalda —. Harrison dijo que las cortáramos todas. Se ha encargado de todo.

Por supuesto. No podía ser de otra manera.

Era lo primero que iba a comprobar. Es como si me conociera mejor que yo misma.

Por fin me quito el desastre blanco. Aunque nada me encantaría más que quemarlo y hacerlo desaparecer para siempre, lo cuelgo con cuidado, listo para devolverlo. Es una relación de amor-odio.

Desabrocho el vestido negro y me lo paso por la cabeza. El forro es sedoso y suave. A pesar de las lentejuelas, no pesa casi nada. Cae perfecto desde mis hombros, amoldándose a mi figura como si lo hubieran hecho a medida. Sin duda, la prenda más favorecedora que he llevado nunca.

Vuelvo al salón donde me recibe una colección de bocas abiertas.

—Vale —dice Claire, parpadeando rápido—. Igual es porque dejamos el listón bajísimo, pero… estás espectacular.

—Últimos retoques —añade Sam, pasándome unos pendientes largos de plata y unos tacones negros clásicos—. Ahora sí. Lista para la alfombra roja.

Claire se marcha con el equipo, prometiendo llamarme luego.

Me siento en el sofá, demasiado nerviosa para moverme. El vestido es perfecto y me niego a arrugarlo antes de que él llegue.

Harrison por fin me ha escrito hace un par de minutos para decirme que viene de camino. Pensaba que me iba a esperar abajo, así que me sorprendo cuando suena el timbre.

Abro la puerta y tengo que recordarme que debo respirar.

Está exquisito.

Lleva un traje negro completo. Sin corbata. La camisa, entallada a la perfección, con los primeros tres botones desabrochados. Una decisión temeraria que hace que mi cerebro pare de funcionar. Me entran ganas de arrancársela y mandar el resto de los botones al suelo.

Mi mirada sube, recorre el corte preciso de su barba hasta la línea firme de su mandíbula. Sus ojos azules brillan bajo la luz del pasillo y…

Arquea una ceja.

—Me siento tan vulnerado ahora mismo —bromea.

—Sinceramente, —le digo, tirando de él hacia delante para poder pasar las manos por su cuello—, es un delito estar así de bueno.

Se inclina hacia mí.

Baja más.

Aunque solo estamos nosotros, susurra. Porque sabe perfectamente lo que hace. Me preparo para lo que viene.

—Me han echado una maldición —gruñe suavemente—. Tener que mirarte con este vestido toda la noche… cuando lo único que quiero es quitártelo ahora mismo.

Sus dientes rozan mi oreja. Un escalofrío me baja por la espalda. Se me escapa un sonido que no pretendía dejar salir.

—Estás preciosa, Julia —murmura—. La mujer más guapa y sexy que he visto en mi vida.

Las piernas se me vuelven de gelatina y me ruborizo —mucho. Intento ocultar mi absoluta incapacidad para aceptar un cumplido inclinándome hacia sus labios. Gracias a los tacones, no necesito ponerme de puntillas.

Todo se calienta antes de que pueda evitarlo.

Me muerde el labio. Abro la boca y lo dejo entrar sin oponer resistencia. Sus manos bajan por mi espalda despacio, provocándome, hasta posarse en mi culo con un agarre juguetón.

Me acerca más, manteniéndome pegada a él.

Jadeo y me separo un poco, Pero ya está distraído dejando un camino de besos por mi cuello.

—¿No tenemos que irnos?

—Me vuelves loco —murmuro—. Vamos a quedarnos.

Apoyo las manos en sus hombros y lo empujo hacia atrás, a regañadientes. Un mechón de su pelo cae sobre su frente. Alargo la mano y se lo recoloco.

—Ni hablar —digo, recomponiéndome—. Llevo días estresándome por esto. Vamos a ir.

Se arregla la chaqueta con un suspiro exagerado.

—No tienes nada por lo que estresarte. Vas a ser la estrella de la noche.

Entrecierro los ojos.

—No sé si eso es algo bueno, teniendo en cuenta que hay gente que cree que me has contratado para el evento.

Salgo del piso con la cabeza bien alta, fingiendo que no me afecta. Lo dejo atrás mientras cierra la puerta.

—Espera… ¿de qué estás hablando? —pregunta. Lo oigo correr por el pasillo hasta que me alcanza—. ¿Quién ha dicho eso?

—Sam —digo, intentando que no se me note mucho el resentimiento—. Me ha dicho que habéis hecho un buen trabajo eligiéndome.

—Mierda. —Parece molesto—. Se lo dije a Peter y di por hecho que él se encargaría de aclararlo todo con el equipo. Pensaba que lo sabían.

Me giro y dibujo círculos alrededor de mi cara con el dedo, siendo extremadamente dramática. Ahora que sé que solo se trata de un

pequeño malentendido, puedo permitirme bromear.

—Rasgos perfectos —declaro—. ¿No lo ves?

Abre la puerta de madera del edificio y la mantiene sujeta para mí. Esperándonos afuera, cómo no, hay una limusina blanca. Porque nada grita "pasar desapercibidos" con una limu brillante en una calle llena de gente.

El chófer sale y me invita a entrar. Me deslizo por el asiento de cuero, Harrison justo detrás. Se gira hacia mí, ceja arqueada.

—¿Estás enfadada de verdad o solo me estás tomando el pelo?

—Fue incómodo —admito—. Pero lo entiendo. Solo ha sido un malentendido.

Miro por la ventana.

—Supongo que es… un pequeño recordatorio de que lo que tenemos es absurdamente raro —digo.

—Esto no tiene nada de raro —afirma, como si acabara de decirle la cosa más hiriente que ha escuchado jamás—. ¿Qué tiene que ver mi trabajo con quien decido amar?

Ahí está otra vez.

La palabra A.

—Ehh… nada, supongo —balbuceo. No creo que se haya dado cuenta de lo que acaba de decir. Me coge la mano y pasa su pulgar por el interior de mi muñeca, anclándome.

—Tranquila —dice con suavidad—. Sé que estás nerviosa. Voy a estar contigo en cada paso.

Ojalá supiera que eso no es para nada lo que me tiene nerviosa.

El tráfico se espesa a medida que nos adentramos en la ciudad, pero fuera del coche todo parece engañosamente normal. Me tomo un segundo para mirarlo. Su mandíbula está tensa y la pierna no deja de botar, igual que el día que nos conocimos.

—Creo que tú estás más nervioso que yo.

Asiente y me dedica una sonrisa ladeada.

—Probablemente. Pero tengo a la mejor acompañante de toda la noche.

Pongo los ojos en blanco y le doy un golpecito suave en el brazo. Él se encoge de hombros inocentemente.

Me inclino hacia él hasta que apenas queda un centímetro entre nuestros labios. El beso es suave, delicado, pero cargado de electricidad. Siento cómo se relaja a mi lado, como si yo hubiera bajado un interruptor invisible. Nos separamos lo justo para mirarnos a los ojos.

—No reconoces lo que vales. Haciendo esto, por mí. —Señala a nuestro alrededor—. Demuestra que nadie puede quitarte la confianza que tienes en ti misma.

El coche se detiene en el lateral del teatro. Con el motor apagado, por fin oigo a la multitud. Gritos. Cámaras disparando.

—Quizás solo estás viendo la confianza que tengo en ti —respondo—. O igual solo te estoy usando para poder ser la primera en ver Shadow Strike. Espero que Matt Hunt esté aquí. Mi crush de toda la vida.

Su ceja se levanta.

—Me aseguraré de que no nos crucemos con él.

Hay un deje de celos en su sonrisa torcida, un deje tan encantador que te hace sentir un poco más suya de lo que te sentías hace dos segundos.

—¿Lista? —me pregunta.

A nuestra izquierda, por la ventana, la famosa alfombra roja se despliega hasta las enormes puertas dobles del teatro. Desde aquí todo parece relativamente calmado, pero a unos metros los flashes estallan como relámpagos.

Asiento. Justo en ese momento, nuestras puertas se abren.

Harrison sale primero, rodea el coche hasta mí y me ofrece su mano. Inspira hondo, y yo le doy un apretón, intentando mostrarle mi apoyo sin sucumbir yo misma a mis nervios.

El personal nos guía. Nos detenemos un instante en la fila mientras los flashes se vuelven más intensos, más cercanos.

Alguien lo ve y grita, desencadenando una reacción en cadena. Empiezan a sonar los gritos. Me tenso sin poder evitarlo. Todo brilla demasiado. Ni siquiera sé dónde voy. Me dejo arrastrar sin pudor.

—¡Josh! ¡Josh! —grita una mujer desde detrás de las vallas—. ¡Cásate conmigo!

Lo miro. Él articula un "ya estoy comprometido" y entonces, propio de Harrison, centra toda su atención en mí, su mirada inquebrantable.

—¿Estás bien? —grita por encima del ruido.

Asiento. Damos unos pasos más y, un momento después, las puertas del teatro se alzan frente a nosotros, como un gigante.

—Buenas noches, señor Harrison —dice un miembro del personal —. Ella tendrá que esperar aquí.

No era parte del plan, pienso.

—Eso no va a pasar. Ella viene conmigo —dice Harrison, tajante.

—Lo siento, señor. Solo sigo órdenes.

Él levanta una ceja.

—Entonces pregúntale a quien te las haya dado. Si quieres que entre por la puerta principal, será con ella a mi lado.

Le tiro suavemente de la manga. Lo último que necesitamos es un enfrentamiento público.

—Oye —susurro—. No pasa nada. Puedo esperar aquí un par de minutos.

Niega con la cabeza. La multitud ahora corea su nombre, esperando su llegada. El tipo del traje con pinganillo vuelve y asiente.

—Podéis pasar.

Suelto aire de golpe, alto y tembloroso. Lo sigo con un par de respiraciones profundas, como las que aprendí después de la ruptura. Enderezo los hombros y sigo a Harrison hacia la luz.

Es raro estar, por una vez, al otro lado de la cámara. Me inclino ligeramente hacia él, su mano bajando despacio hasta posarse en el bajo de mi espalda. La mía se apoya en su pecho. No veo nada entre la tormenta de luces, pero les regalo mi mejor sonrisa.

—¿Tenemos que hacer algo en especial? —pregunto, sintiéndome un poco incómoda.

—Se me ocurren un par de cosas que podríamos hacer para poner esto interesante —responde sonriendo.

Antes de poder regañarle, otro hombre trajeado nos guía hasta el interior del edificio.

—Bueno, no ha sido para tanto —digo, mientras las pesadas puertas del teatro se cierran tras nosotros.

Dentro, el mundo es más silencioso, pero no menos glamuroso. El olor de palomitas recién hechas mezclado con perfume carísimo me golpea como un sueño febril de ricos.

—No sabría decirte. Estaba demasiado ocupado mirándote a ti. —Se inclina para besarme la mejilla—. Ven. Te presento a la gente guay.

—Creo que tú ya eres bastante guay —murmuro, caminando detrás de él.

Durante los siguientes treinta minutos, conozco a todo tipo de personajes. Productores, guionistas, actores… todo el sector completo. Pero, sorprendentemente, entre ellos, no son tan insufribles. Un poco exagerados, sí, pero no como para querer arrancarme los ojos.

Harrison parece estar pasándoselo bien, y eso es lo único que podía pedir. Está inmerso en una conversación con alguien llamado Erik cuando la veo.

Un vestido rojo brillante. Elegante. Imponente.

Emily Lawrence.

La reconozco al instante, gracias a las, no tan sutiles, investigaciones de Emma. No esperaba que estuviera aquí. Y si Harrison sabía algo, tampoco lo había mencionado.

La mujer por la que prácticamente desapareció acaba de entrar a la sala como si le perteneciera.

Se gira y me pilla mirándola. Me doy la vuelta lo más rápido que puedo e intento seguir el hilo de lo que sea que esté diciendo Harrison.

Por favor, no te acerques. Por favor, no te acerques y me acuses de ser una rarita.

Me juego una mirada de reojo. Rojo se acerca peligrosamente.

Me preparo para la primera escena de la noche. Y espero, hasta que pasa por delante de nosotros. No se detiene. Me mira fijamente a los ojos y sonríe con suficiencia. Luego, como una villana a cámara lenta, se gira hacia Harrison y le lanza un beso. *Un beso.*

Me hierve la sangre. Estoy más enfadada que cuando apareció Noah. Me siento casi igual de menospreciada.

Sé que él la ha visto porque se pone rígido. Espero una reacción. Un aviso. Pero no le da importancia. Se recompone y sigue la conversación como si no hubiera pasado nada.

Así que yo hago lo mismo.

Incluso con todas las alarmas rojas sonando en mi cabeza, poso, sonrío, y continuó con la velada. No es momento de hablar de esto.

La película empieza y, aunque *Shadow Strike 2* es incluso mejor que la primera (cosa que no creía posible), no consigo quitarme la incomodidad de encima. Harrison también ha estado distraído, su mirada, de vez en cuando, perdiéndose por la sala.

Cuando aparecen los créditos, el reparto y el equipo se levanta y saludan. Todo el mundo en el teatro los sigue y se ponen en pie a la vez. El aplauso retumba por toda la sala con un ritmo propio. Los gritos y los silbidos atraviesan el sonido como cuchillas.

Cuando la gente empieza a marcharse, Harrison me coge de la mano. Pero en vez de avanzar hacia la salida, se gira —va directo hacia nada menos que Matt Hunt.

—Eh, ¿a dónde vamos? —tiro suavemente de él en la dirección contraria.

—Querías conocer a Matt. —Sonríe travieso—. Pues vas a conocer a Matt.

—Era una *broma* —susurro, un poco avergonzada—. Una broma que no iba nada en serio.

Asiente, pero no se detiene. Matt está rodeado por casi la mitad del teatro, recibiendo halagos como un campeón. De cerca, puedo distinguir las sonrisas ensayadas y los abrazos por compromiso. Aun así, cuando ve a Harrison, se le ilumina la cara con auténtica sorpresa. Frunzo el ceño.

—No puede ser —le oigo decir mientras se abre paso entre la multitud—. Vaya un loco cabrón tienes que ser para aparecer en mi estreno sin decírmelo.

Se funden en un abrazo de oso, dándose palmadas en la espalda con tanta fuerza que casi lo siento en mis propias costillas. ¿Desde cuándo existe este romance y por qué no lo sabía?

—¿Y esta quién es? —pregunta Matt, girándose hacia mí.

Extiendo la mano para presentarme, pero él la toma y me la besa como un príncipe de cuento.

Me sonrojo —obviamente. Sigo siendo humana.

—Julia Thomas —respondo—. Muy buena película, mejor que la anterior.

No es Harrison, pero sigue siendo uno de los solteros más codiciados de Hollywood. Pelo rubio oscuro, con la raya en el lateral como un niño bueno, brillando bajo las luces como si tuviera su propio equipo de prensa.

—Me gusta —le dice a Harrison con un guiño. Sus ojos azules siempre con ese deje travieso—. ¿Cómo has encontrado una mujer así después de tu último numerito?

—Oh —intervengo yo con una sonrisa dulce antes de que Harrison pueda hablar—. ¡Me ha contratado!

Matt ladea la cabeza, claramente divertido, decidiendo si creerme o no.

—No lo he hecho —responde Harrison, seco, poniendo los ojos en blanco. Un destello de irritación le cruza la cara.

Yo sonrío, sin una pizca de arrepentimiento. Matt me mira para confirmarlo, y yo me encojo de hombros. Se ríe.

—Guapa *y* graciosa —dice—. Estás muy por encima de tus posibilidades, Harrison. ¿Qué dices, Julia? ¿Te apetece otro trabajo?

Antes de que pueda responder, Harrison me rodea la cintura con el brazo y me pega a él.

—Quédate con tus superestrellas, Hunt —responde, un tono protector regresa a su voz—. Esta está cogida.

–NO ESTABA LIGANDO —digo, apoyando la cabeza en su hombro.

Acabamos de salir del teatro. No me hace falta preguntar a dónde vamos para saber que no es a mi piso.

—Creo que solo estaba sorprendido de verte. Sobre todo, con otra mujer.

—Cielo —responde sin pensar—. No era una pregunta. Estaba sorprendido… *contigo*. En Hollywood, todo el mundo está disponible hasta que se demuestre lo contrario. Estaba ligando sin disimular.

Me incorporo y entrecierro los ojos.

—¿Me estás diciendo que podría tener posibilidades con no uno, sino *dos* de los hombres más sexis del planeta?

Alza una ceja.

—¿Es que no te estoy dejando lo suficientemente satisfecha?

Su mano baja por mi pierna de manera provocadora antes de volver a subir, esta vez por el interior del vestido. Mi cuerpo entero se enciende como si acabara de entrar en una sauna. Cada punto de presión, cada movimiento, con sensibilidad amplificada.

Sus dedos se detienen justo por encima de mi rodilla. Miro al frente, siendo de repente consciente de que el bajo de mi vestido ha subido peligrosamente hasta la mitad del muslo… y seguimos en un coche en marcha.

—No puede ver ni oír nada —murmura, antes de cogerme por la cintura y tirar de mí hasta que me siento a horcajadas sobre él.

Me sostiene ahí, exactamente donde me quiere. Su boca encuentra mi cuello, dejando un rastro de besos suaves hasta mi oído. Me da un mordisco juguetón. Se me escapa un gemido antes de poder pararlo, y ladeo la cabeza para darle más espacio.

—Responde mi pregunta —susurra.

Se me corta la respiración.

—Solo te quiero a ti.

Sus labios se curvan en una sonrisa contra mi cuello.

—Bien —gruñe con la voz grave, nublando cualquier pensamiento coherente—. Porque tú también eres lo único que quiero.

Apenas se nota, pero siento cómo empuja hacia arriba con su cintura, y mi pulso se acelera con necesidad, pura y salvaje. Mis dedos se enredan en su pelo, tirando hacia atrás lo suficiente para poder mirarle a los ojos. Ahora oscurecidos, cargados de picardía, deseo y algo más profundo… algo que me da miedo siquiera considerar.

No sé cuánto tiempo pasamos así, con el mundo exterior desvaneciéndose hasta que lo único que escuchamos es el murmullo

del motor atravesando la ciudad.

Su mano derecha suelta mi cadera para apartarme un mechón de la cara. Entonces me agarra de la mejilla. Me inclino hacia él, saboreando el calor de su piel.

Empiezo suave, con un beso casto. Él no se mueve. Sigue mirándome.

—¿En qué estás pensando? —susurro.

Niega con la cabeza, una sonrisa dulce formándose en su rostro, antes de unir nuestros labios.

El beso se profundiza poco a poco. Un tira y afloja. Una conversación sobre todas las cosas que nos da miedo decir. Lo miro una vez más confirmando lo que me temía: hace rato que he cruzado el punto de no retorno.

Espero que esta vez no me hagan daño, pienso antes de sellarlo todo con otro beso. Este sin restricciones. Me acerca a él hasta que no queda nada entre nosotros salvo calor.

—Te necesito —susurra en los breves segundos que nos damos para respirar. Su sinceridad me marea, es como caer y volar al mismo tiempo.

—Si seguimos así —consigo decir. Me muerde el labio inferior y se me escapa otro gemido—. Te puedo asegurar, que va a dar igual que no pueda vernos ni oírnos.

—Tú —gruñe—. Estás haciendo que pierda la cabeza.

—Lo siento —susurro inocentemente—. A lo mejor deberíamos esperar… hasta que estemos a puerta cerrada.

Su agarre se tensa, y por un momento, creo que va a protestar. En lugar de eso, asiente, no sin refunfuñar, antes de devolverme a mi asiento.

—En casa entonces —dice, la promesa y la anticipación en su voz son pura electricidad.

Capítulo Diecisiete

—SÍ, es bastante raro —dice Emma. Está volviendo a casa después de otra comida familiar aburrida.

Yo estoy hecha un ovillo en la cama de Harrison, envuelta en las sábanas más suaves que he tocado jamás. Es pasada la medianoche. Todo permanece en silencio salvo por los ruidos suaves de la cocina, dónde está preparando algo para picar. El olor dulce de lo que sea que esté cocinando llena la casa, cálido y reconfortante.

Hace horas que volvimos. En cuanto se cerró la puerta, la presión de toda la semana se evaporó. Toda la ropa quedó esparcida por el suelo como si estuviéramos compitiendo contra el reloj. Harrison se aseguró de que me sintiera preciosa en ese vestido —y después me recordó que lo soy más aún sin él.

—¿A que sí? —susurro—. No habría sabido que era ella si no fuera por ti. ¿Y la cara dura de lanzarle un beso así? ¿Me perdí el aviso de que esto era una telenovela?

—Vaya una zorra.

—¿Quién es una zorra?

La voz de Harrison llega desde la puerta. Levanto la mirada justo cuando entra a la habitación, sujetando un plato lleno de galletas caseras que hacen que se me vuelva la boca agua. Se me abren los

ojos de par en par. Abortar conversación. Miro rápidamente a Emma de reojo.

—Oh, solo una chica de la universidad que ha vuelto a la ciudad —miente ella con toda naturalidad—. Está intentando robarme a mi novio.

Las cejas de Harrison se levantan mientras se sienta a mi lado en la cama. Me pasa el plato, divertido.

—¿Tienes novio? —pregunta, escéptico.

—¿Lo estás cuestionando? —responde ella, llena de indignación falsa—. En fin, os dejo, tortolitos. No es que tenga nada mejor que hacer que mirarte, pero ya sabes… por vuestra salud mental.

—¿Mirar a quién? ¿A mí o a él? —sonrío de lado, intrigada por sus pensamientos aleatorios e imprevisibles.

—¡Nunca lo sabrás! —grita antes de colgar de golpe.

Harrison niega con la cabeza, riéndose por lo bajo, y me ofrece una galleta.

—Es intensa —dice—. ¿De verdad tiene novio? Creo que si fuera así lo sabría.

Asiento deprisa, metiéndome la galleta entera dentro de la boca con la esperanza de evitar más preguntas. No creo que juegue en mi favor porque hace una pausa, observándome con los ojos entrecerrados. Entonces, antes de que pueda coger otra, mueve el plato y lo deja fuera de mi alcance.

—Vale… ¿qué está pasando? —dice, su tono un poco más serio.

Niego con la cabeza, mastico, trago —demasiado rápido— y me cubro la boca mientras toso.

—Nada.

—No creo que estuvierais hablando sobre su novio —responde, divertido—. Y juzgando por cómo te has ventilado esa galleta, apostaría a que tiene todo que ver contigo.

Antes de poder hundirme más en la mentira, me agarra del tobillo y me arrastra por la cama en un solo movimiento y acabo debajo de él. Se queda suspendido sobre mí con los brazos apoyados ambos lados de mi cara, su mirada fija en mí.

—Vale —digo, en último intento de esquivar el tema—. No tiene novio.

—¿En serio? No tenía ni idea —se burla. Su expresión se suaviza —. Me puedes contar lo que sea.

Dudo un momento. Estoy tan acostumbrada a que me digan que me estoy imaginando las cosas que el instinto de restarle importancia aparece solo, y me encuentro intentando buscar una versión menos conflictiva. Pero me está mirando con esos ojos otra vez, pidiéndome que confíe en él.

—La vi —suelto de golpe.

Levanta ligeramente las cejas.

—Sin ningún aviso. De repente estaba… ahí.

Se incorpora un poco.

—La viste… y viste lo que fuera qué hizo. Mierda, lo siento. —Hace una mueca de asco—. No sabía que estaría allí.

—No pensé que lo supieras —admito—. Pero tampoco dijiste nada después. Volviste a lo tuyo como si nada. Fue… —exhalo con fuerza—. Fue una falta de respeto. Me hizo sentir igual que tú te sentiste cuando apareció Noah.

Su expresión cambia como si ahora entendiera la situación.

—No me di cuenta —dice, arrepentido—. Pensé que sería mejor ignorarla que dejar que te arruinara la noche.

Sacudo la cabeza.

—No es como si no supiera quién es, conoces a Emma. Le gusta el salseo —murmuro—. Igual estoy siendo un poco dramática, pero honestamente, fue como una señal de alarma que no lo mencionaras. Como en una de esas películas donde el hombre utiliza a una mujer para hacer que su ex…

—Para, para, para… —Se sienta del todo, tirando de mí para que me siente con él—. ¿Podría haber manejado la situación mejor? Definitivamente. Pero no quiero que pienses, ni siquiera por un segundo, que estabas ahí por cualquier motivo que no fuera porque yo te *quería* ahí, conmigo. Y mucho menos como un rebote.

Intento hablar, pero hace un gesto para que no lo haga. Me pasa otra galleta para hacerlo más fácil.

—Come primero, discute después —dice, sonriendo. Pongo los ojos en blanco, pero le doy un mordisco igualmente.

—Pasé por un lío muy grande con ella —explica—. Y como has visto en persona hoy, es muy… expresiva. Donde quiera que vaya, el drama la sigue. Entiendo que pudiera parecer que tenía segundas intenciones, pero te juro que lo único que quería era evitarla por completo.

Mastico despacio, notando como la tensión va desapareciendo. Lo creo, y sus palabras son suficientes para calmarme un poco. Aun así, hay algo que no termina de irse. La duda deja rastro, silencioso pero presente.

—Por desgracia, —continúa—, evitarla durante el resto de mi vida puede que no sea muy realista. Pero te hago una promesa, si alguna vez me encuentro en una situación en la que ella está involucrada, lo escucharás de mi boca. La primera. Siempre.

Lo observo durante unos segundos, buscando cualquier señal de indecisión, duda. No encuentro ninguna.

—Vale —respondo, soltando aire—. ¿Podemos volver a las galletas y a las pelis ahora?

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, todavía con cautela—. No quiero crear ninguna inseguridad de esto. Por ella.

—Confío en ti —le digo, inclinándome para besarlo—. O por lo menos lo estoy intentando.

—Bien. —Me tumba otra vez sobre la cama y deja caer todo su peso sobre mí—. A ver si esta noche consigo añadir algunas capas más de confianza.

MI HABITACIÓN SIGUE a oscuras y en silencio, salvo por el zumbido insistente del móvil.

Es más temprano de lo normal. Mi alarma todavía no ha sonado. Lo cojo para silenciarlo y me encuentro una lista interminable de notificaciones: mensajes, llamadas perdidas, alertas de noticias.

En algún punto de la noche, la exclusiva de mi salida ha debido llegar hasta casa. Desde entonces, la lista de mensajes y llamadas

no ha parado de crecer. Me sorprende no haberme despertado mientras que estaba pasando.

Primero abro el mensaje de mi madre. Ha incluido una foto suya con mi padre paseando por la playa.

MAMA

¡Cuando dijiste que era guapo, no me imaginaba esto!
Muy bien, Jules. Llámame pronto.

Sonrío, le contesto deprisa y me apunto mentalmente llamarlos esta tarde.

Justo después del mensaje de mamá, sorprendentemente, tengo un mensaje de mi hermano Dylan. Minimalista como siempre.

DYLAN

Sales en las noticias.

Seguido de un enlace a un artículo titulado:

¿Nueva pareja de Harrison? ¡Descubre quién es su chica misteriosa!

Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla, temiendo lo que puedan estar diciendo sobre mí. Lo que mi familia esté leyendo sobre mí.

Abro el navegador y busco su nombre. Error número uno del día.

Las fotos del estreno aparecen al instante. Ahí estamos, una y otra vez. Nuestro momento en la alfombra roja aparece en cada miniatura. Al menos, es un alivio que mi nombre no se haya hecho público. Todavía.

Antes de poder decidir si entro en pánico o no, la alarma empieza a sonar a todo volumen.

Miro por la ventana. La calle está extrañamente tranquila. El cielo tiene ese color gris de cemento mojado, y el viento trae con él una llovizna fina. Me estremezco solo de pensar en salir.

Harrison ya está metido de lleno en una mañana de reuniones. Le envío un mensaje rápido, preguntándome si ha visto algún

artículo.

No sé nada de él hasta una hora después de llegar a la oficina. Para entonces, estoy demasiado ocupada como para salir a llamarlo. Quedamos en cenar en mi piso.

—No sé, últimamente no consigo concentrarme en nada —digo. Estamos todos apiñados en una de las mesas redondas de la cafetería, con *fish and chips* para llevar.

Daniel ladea la cabeza, claramente demasiado divertido para su propio bien.

—Probablemente tenga algo que ver con tu recién estrenado estatus de celebridad.

—Es una locura, ¿no? —digo, sin poder creerlo—. Me pregunto por qué nadie me ha dicho todavía que esto es una pésima idea.

—Sí, es verdad, porque te vas en un mes —dice James, ganándose un manotazo en el hombro de Lucy.

Me río, pero mi estrés da otro paso adelante, dejándose ver más todavía.

—Eso no importa —insiste Lucy—. Él tiene una casa allí. Podrían volver juntos.

Se me hacen un nudo en el estómago. Parece tan fácil cuando lo dice así. En teoría, sí. Si pudiéramos cuadrar la logística. Si él consiguiera un visado.

Volveríamos a Los Ángeles y seguiríamos la aventura. Solo que esta vez estaríamos en Hollywood —con cámaras por todas partes. Sin anonimato. Mi vida en casa cambiaría para siempre. Me convertiría en *la chica que salió con Joshua Harrison*. Nada más.

—Tiene razón —añade Claire. Yo fuerzo una sonrisa—. Él se iría allí por ella sin pensarlo. Se nota.

—¿Pero para siempre? —dice Henry, y tanto Claire como Lucy inmediatamente le lanzan miradas asesinas perfectamente sincronizadas.

Por un momento me planteo comprobar si la cabeza de Henry está vacía. Me pregunto cómo hombres tan ingenuos han sobrevivido en este entorno.

—¿Qué? —se defiende—. No me miréis así. Solo comentaba que… es un cambio grande.

—Y de repente, he encontrado mi motivación perdida —digo, necesitando un poco de aire. Me excuso, asegurándole a las chicas que estoy bien y regreso a mi mesa.

Puede que sean las noticias. O quizá la fecha límite acechando —solo me queda un mes. Pero algo en mi interior no termina de encajar.

Estoy empezando a sentir que estamos llegando a terreno peligroso. Cuanto más nos acercamos a mi vuelo de vuelta, más difícil es ver opciones viables que puedan funcionar para nosotros.

Me aferro al último trozo de muro que protegía mi corazón, temiendo que el resto se haya venido abajo demasiado rápido, y ahora puede que ya esté en un punto de no retorno.

SÉ que está ahí antes siquiera de doblar la esquina.

Está apoyado contra la puerta, con las manos en los bolsillos. Lleva esa sonrisa suya que hace que se me apriete el pecho por dentro. Mi cabeza me dice que salga corriendo, que nos estamos acercando demasiado a sentimientos que nos han hecho daño antes. Pero en cuanto me rodea con sus brazos, todo se disuelve. Silencio mis pensamientos y disfruto de la calma que siempre viene con él.

Me besa la coronilla, y me acurruco aún más contra él. Me sostiene todo el tiempo que estoy ahí parada, escondiéndome en su abrazo. Su mano recorre mi pelo despacio, sin prisa ninguna de movernos. Me separo lo justo para encontrar sus labios.

—¿Día duro en el trabajo? —pregunta, su habilidad de leer mentes dando en el clavo.

—Siento que todo se ha vuelto un poco más difícil después de este fin de semana, ¿no crees? —admito, demasiado agotada como para guardarme mis pensamientos. Me sonríe con ternura.

—¿Has visto los artículos? —pregunta.

Asiento. No quiero seguir pensando en ellos hoy.

—¿Has leído alguno?

—No —respondo.

—Bien —dice—. No lo hagas. Ninguna opinión que no sea la tuya merece vivir gratis en tu cabeza.

Vuelvo a asentir y saco mis llaves. Él me sigue de cerca.

Mi móvil vibra cuando lo dejo en la encimera. Supongo que es otro mensaje cualquiera, pero resulta ser un correo electrónico de Chris con el asunto **"Material Campaña de Primavera"**. Se me abren los ojos y noto como me tiemblan ligeramente los dedos mientras lo leo.

—No puede ser… —susurro.

—¿Todo bien? —pregunta Harrison, colocándose frente a mí.

—Mis fotos —respiro hondo—. Las han elegido para la campaña de primavera.

—¡Julia! Eso es increíble —exclama, sus manos subiendo hasta mis hombros—. No sabía qué hacías fotos en el trabajo.

Niego con la cabeza.

—No lo hago. Era solo por diversión.

Coge mi teléfono y lo aparta a un lado.

—Tienes lo que hace falta para convertir ese sueño que haces por diversión en un sueño hecho realidad. Enhorabuena, cielo. —Me mira, orgulloso y feliz—. Quiero verlas todas.

Me envuelve en un abrazo cálido y me besa la cabeza.

—¿Vas a hacerme caso ahora y a presentar tus creaciones a una galería?

—Me lo pensaré —le digo, sonriendo también.

—Voy a estar esperando —dice, dejando un poco de espacio entre nosotros—. Yo diría que las cosas acaban de mejorar mucho. Que le den a la prensa, y que le den a cualquier persona que no seamos tú y yo. Quiero enseñarle al mundo que eres mía. No deberían preocuparse de que ya no esté soltero, deberían preocuparse de que tú ya no lo estás. Julia Thomas, futura fotógrafa profesional.

Me quedo mirándolo. Va completamente en serio. Ni un rastro de humor en su expresión.

—Eres muy gracioso —respondo.

Estoy sonriendo tanto que casi duele. Las lágrimas amenazan con salir. Esta noticia —y él— es justo lo que necesitaba hoy.

—No estoy de broma —dice suavemente—. Los demás… todos se lo pierden.

Se me quiebra la voz.

—¿Qué pasa en un mes? Cuando tenga que irme a…

—No tienes que preocuparte por eso —me interrumpe, acercándose de nuevo para calmarme, sus pulgares dibujando círculos lentos sobre mis hombros—. Estoy en ello.

Capítulo Dieciocho

TARDAN CINCO DÍAS en averiguar mi nombre, pero cuando lo hacen, el descubrimiento viene acompañado de todo lo que encuentran sobre mí. Incluidas mis fotos horribles del baile de graduación del instituto.

Es viernes por la mañana. Mi móvil vuelve a estar desquiciado, como ya se ha convertido en costumbre.

Mis redes sociales ahora están inundadas con comentarios de desconocidos. Cambio mi foto de perfil por una de un atardecer que hice hace unos años y pongo todo en privado.

El corazón me va a mil.

Oh, no.

Salto de la cama y corro hasta la ventana, apartando un poco la persiana.

Nada. Silencio. Normal. Gracias a Dios.

Suelto una bocanada de aire, dándome cuenta entonces que estaba aguantando la respiración.

Van a ser un par de semanas interesantes, pienso.

Mientras me arreglo, le mando un mensaje rápido a Harrison.

Ya no soy tu mujer misteriosa. Saben tanto sobre mí que casi tienen suficiente para escribir mi biografía.

Me llama casi al instante.

—Te estás estresando por esto —afirma, sin perder tiempo en saludos.

En mi defensa, estoy intentando no hacerlo.

—¿Hasta qué punto va a ir a peor? —pregunto honestamente.

—Ahora es mucho, pero pasará —responde Harrison, dejándome sobre la encimera de su cocina antes de desaparecer un momento de la pantalla—. ¿Estas historias? Se queman rápido. En un par de semanas, cuando vean que no vas a desaparecer, cambiarán de foco.

Gimo. Eso parece estar a años luz.

—¿Y mientras tanto?

—Lo ignoras —dice—. Si los ves por ahí, no interactúes con ellos. Suelen mantener la distancia.

—No te voy a mentir… da un poco de miedo —admito—. No sé si voy a poder con ello.

Vuelve a aparecer en pantalla.

—Para. Siempre te infravaloras, y, aun así, eres una de las personas más fuertes y decididas que he conocido nunca —me anima—. Puedes con todo.

Durante el camino al trabajo me siento distinta. Tengo la sensación constante de que alguien me observa, y no puedo descifrar si la gente me reconoce o si me lo estoy imaginando todo. Pienso en coger un taxi, y así evitar la hora punta, pero eso sería rendirme. Y no estoy lista para ser una cobarde.

Harrison y estar en el foco mediático van de la mano. No hay escapatoria. Si quiero intentarlo de verdad con él, voy a tener que enfrentarme al escrutinio tarde o temprano.

Y lo quiero intentar.

Con todas mis fuerzas.

Aun así, no consigo quitarme de encima la sensación de que mi vida se está convirtiendo en un circo.

El pensamiento se agranda cuando veo a un grupo de hombres merodeando al otro lado de la calle, frente a la puerta de Mavericks.

No está lloviendo, pero abro mi paraguas y me escondo detrás hasta estar a salvo dentro del edificio. Escucho como uno de ellos

grita mi nombre mientras la puerta de cristal se cierra a mi espalda. No me giro.

—Dios mío —dice Claire, con su máxima expresión de preocupación británica—. Es una locura lo que tienen montado ahí fuera. Pensaba que no conseguirías entrar.

—Casi que ya me lo esperaba hoy cuando me di cuenta de que habían publicado mi nombre.

—¿Crees que estarán ahí afuera todo el día? —pregunta Lucy desde su esquina.

Me encojo de hombros.

—Saben que estoy aquí… así que probablemente.

—Nos han enviado el porfolio —dice Claire, cambiando de tema con una sonrisa tensa—. Tienes muy buen ojo, Julia. Son increíbles.

Me sonrojo, todavía en shock porque mi trabajo como fotógrafa vaya a ser oficial.

—Todo gracias a ti.

Intento concentrarme, pero mi cabeza no deja de desviarse hacia los paparazzi de fuera. ¿Qué estará pensando el mundo sobre mí ahora? La incertidumbre me carcome durante toda la mañana.

Consigo mantenerla a raya hasta que todos se han ido a comer. Entonces, solo quedo yo. Y el enemigo.

Sé que no debería. *Sé* que mirarlo solo va a empeorar las cosas, pero es como si mis manos tuvieran vida propia. Busco mi nombre.

La lista de la que elegir es interminable. Algunos siguen obsesionados con el evento. La mayoría están intentando montar una idea de cómo era mi vida antes de conocer a Harrison.

Y entonces lo encuentro.

Su foto —vestido rojo, iluminación para morirse, el que llevaba puesto la otra noche— lado a lado con una mía. El titular destaca como un faro en un mar de sombras.

¿Pasado o presente? ¿Quién lo hace mejor? Edición: la vida amorosa de Joshua Harrison.

Desde el momento en el que leo la primera línea, me doy cuenta del error tan grave que acabo de cometer.

Durante lo que perfectamente podrían ser dos páginas escritas en una revista impresa, esta autora llamada Violet Paulsen, se adentra en compararlo todo sobre nosotras. Está claro que no es objetiva. Pero, aun así, duele.

Emily aparece retratada como una reina de la belleza. Tu típica chica popular que tiene todo lo que jamás podría querer. Sonrisa perfecta y años de una carrera exitosa en Hollywood.

Aunque haya forjado su camino acostándose con quien haya hecho falta, pienso, molesta y a la defensiva.

Todas sus fotos son profesionales, no como las mías, que parecen haber sido elegidas a caso hecho para sacarme lo peor. La señorita Paulsen debe de ser una de sus amigas íntimas porque se lo ha puesto muy fácil a cualquiera que tenga que elegir.

El veredicto está claro: no estoy a la altura. Casi viene a insinuar que no soy digna de estar con Harrison.

Lo más gracioso es que, por muy poco imparcial que sea el artículo, lo peor son los comentarios. Pensar que hay gente que se está creyendo semejante basura sin cuestionarla, sin siquiera conocerme, me da una rabia difícil de explicar.

Josh ha cambiado de chica a peor.

Lo bastante mona para un rollete; llamemos las cosas por su nombre.

Y mi favorito:

Le doy un mes antes de que vuelva con Emily. Ahora que se han reencontrado, solo es cuestión de tiempo. Literalmente *peleo por ella #lawson.*

Quiero creer que no es verdad. Que la gente no sabe de lo que habla.

Entonces, pienso en lo que dijo Emma y cómo sabía tanto sobre él por el simple hecho de seguir las columnas de cotilleo. Vale, es parte de su trabajo, pero todo empieza aquí. En internet.

¿Qué es Lawson?

Se lo pregunto por mensaje. Ella me responde al instante, como si supiera que iba a caer en la trampa.

EMMA

Te recomiendo no buscar eso nunca.

Es su nombre de pareja. Lo único que encontrarás es Harrison con ella.

Por supuesto que lo es. Menos mal que he preguntado.

¿Por qué estás despierta a las cinco de la mañana?

EMMA

Demasiado ocupada preocupándome por ti como para poder dormir.

Yo también. Siento que llevo días sin descansar de verdad.

EMMA

A lo mejor lo único que necesitas es dormir con Harrison.

Pongo los ojos en blanco.

Lo probaré. De todas maneras, su casa es mucho mejor que la mía.

No responde. Probablemente se haya quedado dormida en mitad de un capítulo de la serie que esté devorando esta semana. Por una vez, sigo su consejo. Nada de Google. Nada de darle más vueltas.

Consigo acabar el día, pero no sin pensar *¿Es ella mejor que yo?* cada maldito segundo.

A las cinco en punto, Daniel confirma lo peor. No solo los mismos paparazzi siguen afuera, sino que han traído refuerzos.

—¿Podríamos conseguirle algún tipo de disfraz? —sugiere Henry —. ¿Alguien tiene alguna mochila de reparto de comida? ¿O… un bigote?

Todos se ríen. Y, pese al estrés, yo también lo hago.

—Por alguna razón, —dice Claire con sequedad—, no creo que un bigote le quede bien con esos tacones.

—Si conseguimos atravesar la recepción sin que la vean hasta la puerta lateral, puedes salir por ahí —añade Daniel—. En teoría, no podemos utilizarla, pero yo bajo cuando quiero fumar.

—Me vale. Gracias, —digo, agradecida—. Igualmente, tengo varias cosas que hacer antes de ir a casa.

Bajamos todos juntos, más coordinados que un equipo de natación sincronizada. Forman una pared humana, y me oculto detrás de ella como si fuera la famosa más nerviosa del planeta.

Cuando ya estoy fuera de su vista, les doy las gracias y me camuflo en la calle ajetreada, intentando parecer lo más casual posible.

Casi he llegado a *The Anchor* cuando Harrison me llama.

—Hola, cielo —dice Harrison—. Cena casera y una peli en mi casa esta noche. ¿Te animas?

—Estoy yendo a ver a Tony un rato —le digo.

—Ah —responde—. ¿Debería estar celoso?

—Puede —bromeo—. Había pensado en esperar hasta que se fueran las cámaras.

—¿Qué tal si mando el coche a por ti? —pregunta—. Mientras tanto empiezo a cocinar.

—Vale. Mándame los detalles —digo, entrando al bar.

Todavía no hay mucha gente. Tony está detrás de la barra, sirviendo whisky a un grupo de trajeados. Me siento en la esquina donde normalmente se pone Harrison. No tarda en excusarse y venir hacia mí.

—Oh, no —dice, con las cejas levantadas—. Tienes cara de "he hecho algo que no debía".

—He caído en la tentación y he leído los artículos —gimo—. Son horribles.

Asiente como si hubiera pasado por esto un centenar de veces.

—Error de principiante —concuerda—. Aprendes, con el tiempo, que la única manera de sobrevivir cerca de esa industria es mantenerse muy, muy lejos de esas cosas.

Me sirve un whisky sin preguntarme.

—Es una tontería, pero me ha afectado. Y me ha hecho pensar… ¿estoy hecha para esto?

Tony me estudia durante un segundo, como si estuviera revisando su archivo mental de sabiduría.

—Déjame que te pregunte una cosa —dice—. ¿Estás así por lo que has leído… o porque tienes miedo de lo que pase cuando llegue el momento de volver a casa?

Parpadeo. Eso da mucho más en el clavo de lo que me gustaría.

—Por lo que me cuenta Josh, te queda alrededor de un mes —añade—. Y sabiendo lo que sé sobre ti, que no eres de las que se rinden, me pregunto si estos sentimientos son menos por la prensa, y más sobre tu futuro con él.

Trago saliva. Debo parecer un ciervo deslumbrado en mitad de la carretera, porque su tono se suaviza.

—Te dejo con esto —dice—. ¿La prensa? Es temporal. Lo que sea que pase entre vosotros dos depende solo de vosotros. No pueden destrozarte la vida a no ser que tú les dejes.

Vuelve a poner bebidas, y yo me quedo ahí sentada, dejando que sus palabras calen.

No sé exactamente qué parte ha hecho efecto, pero algo lo ha hecho. Siento como un poco de peso desaparece de mi pecho. Esos comentarios ya no ocupan tanto espacio en mi mente.

Para cuando llego a la casa de Harrison, me siento mejor. No del todo bien, pero más centrada.

Mi enfoque ha cambiado. Necesitamos tomar esta decisión sin considerar factores externos.

Una decisión que nos puede cambiar la vida.

En solo cuatro semanas.

Capítulo Diecinueve

LO PRIMERO QUE noto al despertar es el peso de su brazo rodeándome la cintura, anclándome a él. Su respiración tranquila me mece despacio, como una marea en la que no sabía que estaba flotando.

Durante un instante, me quedo así. Cierro los ojos otra vez y me dejó envolver por el silencio, por la calma de su contacto.

Pero entonces la realidad empieza a vibrar bajo mi piel. Estoy en su cama, envuelta en sus sábanas, con solo unas cuantas semanas más en el contador.

Las palabras de Tony resuenan en mi cabeza.

¿A qué tengo miedo de verdad? ¿A tener esto… o a perderlo?

El pecho se me contrae en cuanto intento enfrentarme a esas preguntas.

No es la primera vez que me despierto a su lado. Ha habido momentos: una cita que se ha alargado, noches de película que han terminado en un sofá compartido, y algunos traslados silenciosos a la cama. En su casa o en la mía, daba igual.

Hasta ahora.

Esto parece distinto. Quizá por la forma en la que me *pidió* que pasar a la noche con él. Fue intencional. Vulnerable.

Puede que entonces no lo supiera, pero esta noche iba a significar algo.

Y lo ha hecho.

Algo tan simple como dormir juntos, abrazados el uno al otro durante toda la noche, ha desenterrado una necesidad en mí que llevaba demasiado tiempo negándome.

—Pasa la noche conmigo —me dijo, cuando me llamó de vuelta para avisarme de que el coche estaba afuera—. Ve a casa, prepárate un macuto. Pasa todo el fin de semana conmigo.

—Te vas a cansar de mí —bromeé, intentando aliviar los nervios.

—Hablo en serio, Julia —respondió en voz baja. Quizá fue en ese momento, cuando me llamó por mi nombre, que supe subconscientemente que me había metido en un buen lío—. No me hagas suplicar.

—Creo que vas a tener que hacerlo —le dije, subiéndome al coche.

—Por favor.

Y está claro que acepté. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando me estaba hablando de esa manera? Hizo la cena, recogió todo, y preparó palomitas para la película. No me dejó mover un dedo.

Se encargó de todo.

Se encargó de mí.

Entiendo ahora, con la luz del nuevo día entrando en su habitación y su pecho desnudo presionado contra mi espalda, por qué ayer todo me parecía tan extraño.

Había alguien que quería cuidarme.

Y desde que tengo memoria, siempre ha sido al revés en mis relaciones.

Alargo la mano para coger mi móvil de la mesilla de noche. Todavía tengo una lista larga de mensajes de personas con enlaces a artículos, fotos, preguntas…

¿Un lío pasajero o algo más? Todos los detalles sobre el inesperado romance de Joshua Harrison.

Joshua Harrison y su nueva mujer, Julia Thomas: ¿cuál es su historia?

Me pregunto si ese sentimiento raro de ver tu nombre en internet se va con el paso del tiempo. Todos se vuelven locos con especulaciones, sin acercarse ni de lejos a la historia actual. Solo conjeturas y opiniones.

Entonces veo el titular que hace que se me encoja el estómago, y que mi apetito mañanero desaparezca:

¿Sobrevivirá la nueva relación de Joshua Harrison al foco mediático?

Están intentando responder una pregunta a la que ni siquiera yo sé la respuesta.

Resoplo y dejo el móvil de nuevo en la mesilla.

Detrás de mí, Harrison se mueve. Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura y me gira para mirarlo.

—Para de darle vueltas —murmura, todavía medio dormido.

—No lo hago —miento.

Se le escapa un pequeño sonido, claramente incrédulo, pero no insiste. En su lugar, me da un beso en la frente y me acurruca contra él. No parece preocupado por nada de lo que nos pueda estar esperando fuera de esta habitación. Ojalá pudiera decir lo mismo sobre mí.

—Confía en mí —susurra, después de un par de minutos—. Moveré cielo y tierra para mantenerte segura.

—Ya lo sé —digo, porque le creo. De verdad.

Lo que no sabe, y lo que no me atrevo a decir en voz alta, es que la prensa es lo que menos me preocupa.

Es esto.

Lo bien que se siente.

Eso a lo que le tenía miedo cuando empezamos. Está pasando, como si llevara creciendo desde que le vi por primera vez.

Y ahora solo me queda esperar el último golpe, y rezar para que me pueda recomponer cuando ocurra.

Debe notar mi inquietud, porque me levanta la barbilla con cuidado, y me besa, despacio. Ese tipo de beso que dice cosas que ninguno de los dos está preparado para decir en voz alta. Pero se me queda impregnado, como si fuera una promesa.

Se aparta apenas unos milímetros, sus labios suspendidos sobre los míos.

—Julia… —susurra—. Te…

Su alarma cobra vida, partiendo el momento por la mitad. Gruñe, coge el móvil y la silencia.

—Me has llamado Julia, otra vez —murmuro, observándolo—. Dos veces en menos de veinticuatro horas. ¿Qué está pasando?

—Hace una pausa, como si estuviera intentando encontrar las palabras correctas para decir lo que sea que esté rondando por su cabeza.

—Nada —dice, de modo poco convincente—. Solo quería asegurarme de que estás bien.

—Lo estoy.

Intento sonar como si lo dijera en serio. Aunque no lo estoy.

—Vamos a animarnos —dice—. Tengo algo planeado para hoy.

—Espero que sea algo que podamos hacer desde casa —bromeo a medias, hundiéndome un poco más entre las almohadas.

—Sabes que te tendría en la cama durante el resto de nuestros días sin pensármelo dos veces —dice, con la voz teñida de deseo.

—Eso se llama secuestro.

—Puedo ser tu síndrome de Estocolmo —responde.

—No pondría mucha resistencia —replico, guiñándole un ojo.

Me lanza una sonrisa ladeada, pero aun así tira de mí, obligándonos a levantarnos.

—¿Cuál es tu plan?

—Nos vamos de pícnic.

Su sonrisa podría abastecer de energía a una ciudad pequeña. Gimo.

No hay nada que nos exponga más que una cita entrañable al aire libre… y un objetivo con zoom.

—No pongas esa cara. Va a ser divertido —insiste—. ¿Te has traído lo que te pedí?

—Sí, me he traído la cámara.

Hace un par de meses, me habría puesto nerviosa solo al pensar en sacarla. Pero últimamente, Harrison me ha estado dando más y más razones para utilizarla.

La semana pasada, le enseñé las fotos editadas de mis padres. Fue uno de esos momentos que te recuerdan que no siempre hay que gritar el amor para que sea real, y que de vez en cuando, puede salir borroso.

Estudio cada una de ellas como si significaran algo. Como si yo significara algo.

Supongo que de ahí salió la idea del pícnic.

Está vestido y listo en poco más de noventa segundos: vaqueros negros y una camiseta de manga larga blanca remangada hasta los codos. Sencillo, y absurdamente atractivo.

Yo, en cambio, dudo eternamente entre los dos conjuntos que me he traído. Al final me decido por mis vaqueros claros, una blusa beige y el jersey blanco sobre los hombros, por si acaso.

Cuando por fin salgo a la cocina, me está esperando con la cesta de pícnic más grande que he visto nunca. Seguro que hay una cena entera de acción de gracias ahí dentro. O dos.

Se da cuenta de mi mirada divertida y sonríe con descaro.

—¿Qué?

—Nada. —Niego con la cabeza. Es como un tablero andante de Pinterest—. Solo que no estoy acostumbrada a todo esto.

Da la vuelta acercándose, me rodea la cintura con unos de sus brazos. Su otra mano sube hasta mi mejilla y me acaricia.

—¿No estás acostumbrada a las citas? —pregunta, ladeando ligeramente la cabeza.

—A un hombre haciendo todo esto, —señalo a nuestro alrededor —, por mí.

—Si solo supieras cuántas cosas *quiero* hacer por ti… —Me da un beso rápido antes de girarse para coger la cesta—. Vamos, guía tú.

Cojo mi bolso y me dirijo hacia las escaleras del garaje.

Me da una palmada juguetona en el culo.

—Joder… —dice a mi espalda—. Esos vaqueros…

Me sonrojo, mis mejillas están a tope, pero no me preocupo en ocultarlo. Pongo los ojos en blanco y me río.

Conduce por las afueras de la ciudad hasta un parque enorme, a reventar con flores y una gran explanada verde. Algunas familias, con la misma idea que nosotros, se sientan cerca del parque infantil en la otra punta. Las risas de los niños flotan en el aire como confeti.

El césped huele deliciosamente fresco, y por un segundo, me olvido de nuestra situación.

Abre la cesta y saca la típica manta de cuadros rojos y blancos, como si estuviéramos viviendo dentro de un montaje de una comedia romántica. La extiende todo lo que da.

—Damas primero.

Me quito los zapatos y me estiro, el sol caliente sobre mi piel. Él se tumba a mi lado, apoyado sobre un codo, sus ojos fijos en los míos.

Ha preparado una pequeña tabla de embutidos, fruta fresca y botellas de agua fría.

—Tenías razón —admito, cerrando los ojos y absorbiendo toda la vitamina D posible—. Esto es bonito.

—Te lo dije. Aire fresco, sin horarios, sin móviles…

—Me has quitado el mío— me río.

—Por tu propio bien.

Lo agita delante de mí antes de guardarlo junto al suyo.

Estoy a punto de soltar un comentario burlón cuando algo llama mi atención. Un movimiento detrás de los árboles, frente a nosotros.

Se me revuelve el estómago.

—Josh…

—Lo sé —dice, con calma. Da un trago de su agua, imperturbable ante el hecho de que nos han seguido y nos están espiando.

—¿Lo sabes? —susurro, aunque están demasiado lejos para escucharnos—. Nos han estado observando.

—Siempre nos observan —dice, como si fuera normal.

—¿Y no te preocupa?

—¿De qué me tendría que preocupar?

—Los titulares, las suposiciones… el simple hecho de que probablemente estén analizando absolutamente todo, hasta la marca de agua que estamos bebiendo.

—Pues les ha salido el tiro por la culata porque en verdad es vodka —responde muy serio—. Lo he cambiado en casa.

—Vaya escándalo —me río, aun teniendo un nudo en el pecho.

—Van a decir lo que mejor encaje en su historia. —Se encoge de hombros—. Ya que están, vamos a darles algo de lo que hablar.

—¿Y *eso* qué significa?

—Démosle lo que han venido a buscar —repite, acercándose a mí hasta que solo nos separan unos centímetros.

A lo lejos, sauve, pero inconfundible, oigo el clic de las cámaras.

Me centro en él. En cómo me está mirando con esa expresión indescifrable. Una expresión que aparece cada vez más a menudo.

La que hace que las mariposas se instalen en mi estómago como si fueran las dueñas del lugar.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Se inclina y me da un beso pequeño en la mejilla, a escasos milímetros de mis labios.

—Eres un provocador —murmuro, con el corazón latiéndome a mil por hora—. Dentro *y* fuera del dormitorio.

Finge que está ofendido, y por fin, cierra la distancia de la forma más suave, romántica que ha hecho nunca. Es delicado, pero todo sobre este beso tiene una carga propia.

La manera en la que respira hondo antes de volver a tomar mis labios. Y entonces lo entiendo. Puede que sea así como se siente *la palabra A*.

Cuando ha terminado, se aparta y se lame los labios sin darse cuenta. Sus ojos están oscuros. Hambrientos. Ilegibles.

Se me olvida cómo respirar.

—¿Qué tal eso como provocación?

—Horrible —susurro, completamente desarmada.

Él sonríe, tan tranquilo. Mientras tanto, yo estoy tumbada boca arriba, con las emociones hechas un nudo que no hace más que apretarse con cada segundo que pasa.

—Solo me estoy asegurando de que tengan material para cobrar.

CUANDO ME DESPIERTO a la mañana siguiente, Harrison ha salido a correr. No estoy segura de a qué hora se fue, pero aún estaba oscuro cuando me besó en la frente y se escapó.

Ahora, todo está en silencio. En calma.

Hasta que vibra el móvil.

El nombre de Emma aparece en la pantalla.

—No sabía si estarías despierta —dice, desde la comodidad de su propia cama. Compruebo la hora.

—Aquí son las nueve —respondo, frotándome los ojos—. Para ti es medianoche, ¿no? ¿Qué haces despierta?

—Todo internet está intensamente analizando la manera en la que Harrison te estaba mirando durante vuestro pícnic ayer —dice, dejando caer dos enlaces en nuestro chat.

¿Es una mirada enamorada? Joshua Harrison, especialmente cariñoso con su chica nueva.

La mirada que lo dice todo: ¿es amor verdadero?

Cada artículo tiene la misma foto. Harrison mirándome como si el resto del mundo no existiera más allá de esa manta de pícnic.

Y vale… las fotos son *buenísimas*. Nivel fondo de pantalla. Si no fuera un poco raro, me pondría una en la pantalla de bloqueo.

Ambos artículos llegan a la misma conclusión: Joshua Harrison está enamorado de mí.

Si eso es verdad, todo cambia. Lo que nos estamos jugando no solo sube, se triplica.

—¿Tú qué piensas? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Pienso que alguien que te mira de ese modo daría su vida por ti sin pensárselo dos veces —responde, sin duda alguna.

—Las cosas se están complicando demasiado —me quejo.

—La gente se enamora, Jay. ¿Qué pensabas que iba a pasar?

—¡Entonces tú también crees que está enamorado de mí!

—Pues… sí. ¿Qué tiene de malo?

—No lo sé. —Me quedo mirando al techo—. Tengo miedo.

—¿Miedo de que lo que están diciendo sea verdad? ¿O miedo a que no lo sea? —reflexiona—. ¿Cuáles son *tus* sentimientos?

—Lo que siento es…. *Joder*. —Es lo único que me sale. No consigo poner mis pensamientos en orden.

Emma se ríe bajito, claramente divertida.

—¿Podrías ser un poco más específica?

—No lo sé —susurro, como si alguien pudiera oírme—. Puede que le ame.

Su sonrisa se ensancha de lado a lado.

—Lo amas.

Hay algo en su seguridad que me pilla desprevenida.

—Bueno… ¿y ahora quién eres tú? ¿Afrodita, diosa del amor?

Se echa a reír.

—Se me da bastante bien dar consejos sobre relaciones amorosas —dice—. No tan bien seguirlos yo misma.

¿Lo amo?

¿Es así como se supone que se siente cuando es amor real e incondicional?

No sabría decirlo.

Amo pequeños detalles.

Sus ojos.

El sonido que hace cuando finalmente se ríe después de haber intentado desesperadamente mantenerse serio.

Su instinto protector.

Esa sensación de estar segura con él.

Una vez que empiezo a pensarlo, no puedo parar. La lista es infinita.

—Puede que solo sea la idea de él —digo, intentando barajar todas mis opciones. Emma pone los ojos en blanco—. A ver, piénsalo. Es un cambio enorme comparado con Noah. Es posible que solo sea agradecimiento por alguien que, por fin, me trata bien. ¿No crees?

—Eso es algo que tienes que descubrir tú sola, Jay. Yo no lo puedo saber —dice, con tono conciliador—. Pero si quieres mi consejo, creo que deberías hablar con él.

—Absolutamente —asiento—. *NI DE COÑA.*

—Entonces, ¿cómo piensas aclarar todo esto? Solo os quedan un par de semanas. Creo que necesitáis un plan —me dice, con su tono de madre—. Me sorprende que todavía no hayas dicho algo sobre ello.

Estoy a punto de contestar cuando oigo la puerta de la entrada cerrarse.

—Acaba de volver —digo, como si me hubieran pillado con las manos en la masa.

—Genial. —Junta las manos de la emoción—. Momento perfecto para decirle cómo te sientes.

Entra a la habitación, con esa sonrisa relajada y ese brillo de después de correr. Va vestido todo de negro: pantalones y camiseta de deporte. Se la quita tirando con ambos brazos, desde abajo hacia arriba, dejando al descubierto su pecho definido. Me debo haber quedado embobada, porque me olvido de que Emma sigue al teléfono.

—Está ahí, ¿verdad? —dice.

Asiento sin apartar la mirada.

—Hola, Emma —saluda a él con naturalidad. Se acerca y me da un beso rápido en los labios—. Me voy a meter a la ducha.

—Creo que lo que quería decir era "dúchate conmigo" —dice Emma.

La miro, seria.

—Claro. Nada mejor que un poco de desnudez para preguntarle si está enamorado de mí.

—Como tú prefieras, —responde, satisfecha y victoriosa—, pero hazlo. Me voy a dormir.

El agua de la ducha corre menos de diez minutos, lo cual no es ni de lejos suficiente tiempo como para elaborar un plan para una conversación que tiene el potencial de cambiarnos la vida.

Sale haciendo pucheros, con una toalla envolviendo su cintura.

—Pensaba que te ibas a meter conmigo.

—Perdón. Me he distraído —le digo, técnicamente sin mentir.

Se gira hacia su armario, la toalla colgando peligrosamente baja. Está de espaldas cuando la suelta, mis ojos siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Vamos, es hora de levantarse —dice, mientras se pone unos pantalones de chándal y una camiseta blanca—. Seguro que tienes hambre.

¿Me ha rugido el estómago sin que me haya dado cuenta?

—¿Cómo lo sabes?

Viene y se queda frente a mí, como una torre imponente, con *esa* mirada otra vez.

—He sentido cómo me mirabas.

Me sonrojo y muerdo mi labio inferior, provocándolo.

—Eso… —dice, sus ojos bajando hasta mi boca. Su pulgar roza mi barbilla y libera mi labio con suavidad—. Me vuelve loco.

Pongo cara de inocente.

—Parece que el que tiene hambre eres tú.

—Siempre tengo hambre. Por ti.

—Tentador —digo, incorporándome sobre mis rodillas. Aun así, tengo que inclinar la cabeza para mirarle—. Pero me muero de hambre.

—Bien. —Sonríe y me saca de la cama—. He pasado por una panadería y he comprado pastelitos.

Es increíble cuánto puedes aprender de una persona cuando prestas atención.

La forma en la que sus músculos se tensan y se estiran cuando se gira para mirarme.

Ese pequeño hoyuelo que aparece cada vez que sonríe, como si no estuviera intentando enamorar a toda la población mundial.

Y de alguna manera, ya no consigo imaginar mi vida sin esto.

—Te has quedado muy callada —dice, dejando un plato de pastelitos calentados enfrente de mí—. ¿Tengo que preocuparme?

Ahora o nunca, me digo a mí misma. *Sé casual.*

—Me preguntaba… ¿siempre miras a tus citas como si… estuvieras *enamorado*? —digo, e inmediatamente deseo no haberlo hecho.

Pretendía que sonara casual, pero estoy segura de que ha sonado como si fuera un insulto.

Se queda de piedra un segundo, pero es suficiente para que me dé cuenta.

—¿Eso es lo que te ha tenido distraída? —se ríe, quitándole importancia. Pero sus hombros permanecen tensos, alerta—. ¿Emma te ha enseñado lo que están diciendo sobre ayer?

Asiento.

—Es solo… gracioso —respondo, ligera—. Parece que de alguna manera he conseguido perderme la parte en la que me pediste matrimonio, nos casamos, y vivimos felices para siempre.

Eso le arranca una risa auténtica.

—Siempre saben cómo retorcer la historia para exprimirla lo máximo posible.

Ahí está. La evasión.

Sonrío. O por lo menos lo intento.

Porque ahora lo sé. *No* está enamorado de mí. No de verdad.

Abro una de las fotos y dejo el móvil sobre la encimera.

—Claro. Al fin y al cabo, eres actor —murmuro, más para mí que para él—. Probablemente tienes este tipo de escenas dominadas a la perfección. Me sorprende que nadie haya dicho que somos una estrategia de tu equipo de relaciones públicas.

—¿Una estrategia? ¿Crees que se me da *tan* bien actuar bajo demanda? —coge el teléfono y mira la foto, esbozando una sonrisa fugaz. Sus palabras suenan arrogantes, pero su tono es suave, inseguro.

¿Sí? ¿No? ¡No lo sé! Me escondo detrás de mi taza de café.

—Veo que no paras de darle vueltas —dice, sujetándome las manos—. Olvídate de los comentarios. Siempre van a decir aquello que venda más. Es más fácil ignorarlos.

Asiento, aunque no me convence. A él también se le notan los engranajes de la cabeza funcionando a todo lo que dan. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, y ninguno se atreve a preguntar aquello que flota entre nosotros como niebla espesa.

—Sí —respondo, forzando una risa—. No debería meterme en internet. Nunca trae nada bueno.

Cruza la cocina hasta donde estoy sentada y me envuelve en sus brazos. Su mano se desliza por mi pelo con suavidad. El gesto se alarga y me doy cuenta de que estoy conteniendo las lágrimas.

No termino de recomponerme.

Durante el resto del día, hasta que vuelvo a mi piso, soy una colección de sonrisas falsas. Escondo cada pensamiento, cada sentimiento, porque sé que en cuanto se me escape algo, me convertiré en una catarata. Con cada abrazo, cada roce, todo se vuelve más difícil.

Intento recordar en qué momento la dinámica pasó de no querer enamorarme a desear que él esté enamorado.

Nadie se muda a la otra parte del mundo por alguien a quien no ama.

Me maldigo por no haberlo visto antes.

No quería admitirlo, pero incluso yo pensaba que la prensa tenía razón. ¿Cómo puedes mirar a alguien así si no es de verdad? Es posible que haya subestimado lo bien que se le da a actuar. Y si es así, ¿me estoy enamorando con el auténtico Joshua Harrison o del papel que interpreta de cara al público?

Empiezo a repasarlo todo. Releo cada mensaje, inspecciono cada foto, incluso saco las notas que me dejó en *The Anchor.* Todos son momentos que refuerzan la certeza de que probablemente sí que lo amo. *Momentos* que no significaron lo mismo para él.

La duda se instala en mi cabeza como una venganza. Y de repente, no puedo parar de preguntarme si he sido tan prudente —más de lo necesario— que le he mantenido demasiado lejos.

Aun así, de forma irónica, he terminado enamorándome.

NO HE VISTO a Jeff desde que me vine a Londres. Nunca ha sido un jefe de los que se involucran. Prefiere supervisar a distancia, cuando es necesario, sobre todo por email.

Hoy es una excepción para mi reunión del segundo mes. No he estado en mi mejor momento. Los lunes y el estrés no combinan

bien. Asiento de vez en cuando, pero los dibujos en mi cuaderno son la prueba clara de que no estoy realmente presente.

—Tu campaña está funcionando de maravilla —dice Jeff a través de la pantalla—. Siempre supe que eras la persona ideal para enviar al extranjero. Y quería comentarte que tu ascenso vuelve a estar sobre la mesa.

Si no llevara trabajando para él durante cuatro años, quizá me lo creería. Pero conozco a Jeff. Puedo distinguir la actuación que hay detrás de sus palabras.

Aun así, debería estar eufórica. Todo por lo que he trabajado vuelve a estar al alcance.

—Pero… —empieza de nuevo.

Todas las miradas se giran hacia él.

—Eso no suena bien. —Es lo segundo que digo en toda la tarde.

Se toma un momento para poner los pocos pensamientos que tiene en orden.

—Un puesto de liderazgo conlleva un mayor nivel de escrutinio. Y aunque los jefes, las mismas encantadoras personas que votan en los ascensos para las posiciones de mánager, creen que eres una gran empleada, un titular problemático lo puede cambiar todo.

Siento como la sangre me abandona la cara.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? Chris abre los ojos de par en par, mostrándose tan incrédulo como yo.

—¿Te refieres a lo que hago con mi vida personal?

Me sale más cortante de lo que pretendía, y Jeff levanta las manos como si le estuviera apuntando con un arma.

—Mira, no te voy a decir lo que tienes que hacer fuera del trabajo. Solo quería avisarte, pero de buenas maneras. Así funcionan las cosas. Sobre todo, cuando estés de vuelta aquí. La atención en los círculos de Hollywood… es un arma de doble filo.

—Claro… —No tengo nada educado que decir. En mi cabeza, lo estoy insultando en el idioma y medio que sé—. Gracias por el consejo, jefe.

Quiero gritar, pero en vez de eso, respiro hondo y espero a que termine de hablar para poder irme a casa. Aprieto los puños, tensando los dedos hasta que casi duelen.

¿En qué punto ha decidido el universo masticarme, escupirme —*y volver a masticarme para asegurarse de que esté bien machacada*?

Es como si en el momento en el que me he permitido creer que lo más posible es que lo ame, el mundo me hubiera lanzado un ultimátum: mi ascenso o Harrison.

Capítulo Veinte

ME ESTÁ ESPERANDO en la esquina cuando salgo de la estación. Su rostro se ilumina con una sonrisa al mirarme, pero en cuanto estoy lo bastante cerca como para ver bien mi expresión, desaparece.

Estoy agotada. Tengo los ojos hinchados y rojos de las lágrimas que, discretamente, he derramado de camino a casa.

—Hola, cielo —dice, atrayéndome hacia él, con una mano acariciando mi mejilla—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Podría estar mejor. —Mi voz se pierde contra su camiseta de algodón—. Tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar adentro?

Asiente, y caminamos en silencio hasta mi piso. Tan solo la idea de decirlo todo en voz alta es como apretar un moratón, pero hay que poner las cartas sobre la mesa.

—Hoy he tenido una reunión con Jeff, mi jefe en Los Ángeles. — Me siento en el sofá. Él se sienta conmigo, colocando mis piernas sobre su regazo—. Me ha dicho que vuelvo a estar bien posicionada para el ascenso.

Se gira hacia mí.

—¡Eso es genial! Entonces… ¿cuál es el problema?

—También ha dejado caer que los jefes se han dado cuenta del cambio de privacidad en mi vida personal, y puede que sea un problema.

—Vale… —Frunce el ceño—. Un *puede* no es el fin del mundo. Podemos mantener un perfil bajo, controlar que todo sea lo más privado posible.

—No lo ha dicho directamente, pero estoy segura de que quería decir que, si no me aparto del foco público por completo, le puedo decir adiós a mi ascenso.

Deja mis piernas en el suelo para girarse y mirarme de frente. Su mandíbula está tensa, sus ojos nublados.

—¿Entonces eso es todo? ¿No hay nada que podamos hacer? De repente, soy incompatible con tu vida… ¿Un riesgo?

No le culpo por su reacción. Si yo hubiera sido tan valiente como para plantarle cara a Jeff, habría dicho algo muy parecido.

—Esto tampoco es lo que yo quiero. Llevo todo el día dándole vueltas, y no sé cómo hacer que todo encaje. Este ascenso… llevo detrás de él tanto tiempo. Pero tú… yo te…

Se me quiebra la voz.

—Antes de nosotros, el último titular sobre ti fue la pelea. Creo que te han catalogado como una presencia "arriesgada", y no quieren que eso se asocie con la marca.

Resopla. Sé que está dolido por mis palabras.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —dice, poniéndose de pie y empezando a pasearse delante de la tele—. Nunca quise nada de esto: ni el dinero, ni la prensa, ni la fama. Solo quería actuar, contar historias. ¿Esa pelea? Lo único que hice fue defenderme.

—Te creo. —Me levanto también, tomándole las manos—. ¿Pero qué puedo hacer? No quieren una explicación. Solo quieren una imagen limpia.

Suspira.

—Lo entiendo. Te has dejado la piel para llegar hasta aquí. —Me aprieta las manos con cariño—. No estoy enfadado *contigo*, pero tampoco puedo mentir y fingir que esto no me destroza.

—Lo sé. —Mi voz apenas sale en un susurro—. A lo mejor necesitamos descansar esta noche. Pensarlo todo bien. Lo que

queremos —si de verdad merece la pena.

Suelta mis manos y mete las suyas en los bolsillos.

—Si quieres espacio, yo te lo doy. ¿Pero lo que tenemos? Es real. Así que no esperes que me dé por vencido tan fácil.

Da un paso adelante y me deja un beso suave en la mejilla.

—Llámame si necesitas algo.

Asiento y lo miro hasta que desaparece por el pasillo. La puerta se cierra detrás de él con un peso que se me instala en el pecho.

Siento que dejarlo ir es una decisión equivocada. Pero tengo el estómago hecho un nudo, y no consigo saber si es porque puedo perderlo… o porque estaría tirando por la borda todo lo que he construido por algo que no sé si va a funcionar.

TANTO PENSAR me ha dejado exhausta. Y sí, he intentado borrar de mi cabeza a un cierto actor británico. Incluso me he desahogado con Claire durante el desayuno.

—¿Pero eso es siquiera legal? —preguntó, dando un trago a su café.

—No es como si me estuvieran despidiendo. Solo que no me ascenderían.

Pero ¿realmente es una elección cuando mi relación con Harrison no es algo cien por cien seguro? Mi teléfono vibra, y su nombre aparece en la pantalla. No hemos hablado desde que se fue anoche.

HARRISON

Voy a enviar el coche para que te recoja del trabajo hoy. Te va a llevar a casa para que te cambies. Ponte algo bonito.

El corazón me da una voltereta silenciosa.

¿Me he perdido el aviso?

HARRISON

Considera esto tu notificación oficial.

Bueno…

¿Sirve de algo mi opinión?

Su respuesta llega al instante.

HARRISON

No.

Nos vemos luego, preciosa.

Nada más. Sin detalles, ni explicaciones. Clásico Harrison. Siempre encuentra alguna manera de mantenerme en vilo, de hacer que el plan milimétrico que me había montado en la cabeza titubee.

A su propia manera impredecible, me ha estado enseñando aflojar las manos del volante.

A respirar.

A confiar.

Gracias a él, he vuelto a sentirme como yo misma otra vez y menos esa versión contenida en la que me convertí cuando estaba con Noah. ¿Merece la pena este ascenso si para conseguirlo pierdo esto? Y, si la respuesta es que sí… ¿cuánto soy capaz de prosperar en una empresa con este tipo de estándares?

El coche me deja en casa con una hora exacta para arreglarme. Saco del armario un vestido que me compré con Emma el año pasado. Una pieza de satén rojo, insinuante, que en su día catalogué como "demasiado".

Para esta noche, parece perfecto.

Se desliza sobre mi piel como si fuera confianza hecha tela. Se ajusta en todos los lugares a la perfección y cae hasta los tobillos, suave y sexy, con unos delicados tirantes finos.

Siempre me han dicho que el rojo es mi color. Nunca me lo llegué a creer del todo hasta ahora. Incluso con el maquillaje algo apagado y el pelo rebelde, consigue iluminarme de una forma nueva.

Retoco lo que ya llevo, añado colorete y máscara de pestañas, y me cepillo el pelo. Me pongo el pintalabios rojo más oscuro que tengo, para que mis labios vayan a juego con el vestido. Pendientes

dorados, un collar fino y tacones de aguja negros. Salgo por la puerta antes de poder darle más vueltas.

Arthur me espera en la acera, apoyado en el capó del SUV negro brillante. Me abre la puerta con una inclinación cordial de cabeza —silencioso e imperturbable como siempre.

En cuanto me siento, la anticipación se apodera de todo mi sistema nervioso. ¿A dónde vamos para tener que ir así vestidos? ¿Por qué tanto misterio?

Reconozco las calles cuando aún estamos bastante lejos. Estamos volviendo al centro. Me pillo a mí misma meneando la rodilla sin parar y jugueteando con la cremallera del bolso.

Intento respirar hondo, pero no funciona. Llevo tanto tiempo susurrándome a mí misma "relájate" que Arthur debe pensar que he perdido la cabeza.

Y entonces lo veo a lo lejos.

The Anchor. El lugar donde empezó todo.

El coche se detiene al otro lado de la calle. Se me corta la respiración. Las luces están apagadas y no veo a nadie excepto a Tony. Esta fuera, custodiando el lugar como si fuera un portero de un club exclusivo. No hay prensa. Solo silencio e intimidad.

Espero a que Arthur me abra la puerta. Esta vez, las estrellas brillan con fuerza y el cielo está despejado, como si el universo hubiese confirmado asistencia a esta noche perfecta. Tony silba, divertido, cuando salgo del coche. Me sonrojo al instante.

—Y yo que pensaba que Josh se veía guapo… —dice, con un brillo burlón en los ojos.

—¿Qué está pasando? ¿Estáis cerrados?

—Para el resto del mundo, sí —responde, moviéndose a un lado —. Mi trabajo aquí ha terminado.

—Le consientes demasiado —bromeo, deteniéndome unos segundos en el umbral—. Dejándole apropiarse del bar cuando le apetece.

Tony se encoge de hombros con una sonrisa canalla.

—Yo también soy un romántico. Voy a copiarle la jugada a Josh y hacer algo bonito para mi mujer esta noche. ¡Pasadlo bien!

Dudo un instante antes de abrir la puerta.

Harrison está al fondo, analizando algo sobre *nuestra* mesa. Cuando se gira y me ve, sus ojos se abren como platos y la boca se le entreabre apenas un centímetro.

Estoy segura de que a mí me pasa lo mismo, porque está devastadoramente guapo. Un pantalón negro de vestir que le queda como un guante y una camisa blanca impecable, con los tres primeros botones desabrochados de esa forma tan casual pero deliberada —igual que la noche del estreno. Las manos, metidas en los bolsillos.

El movimiento de una luz llama mi atención, apartando mi mirada de él para observar a mi alrededor. Hay velas por todas partes, bañando el bar en una luz cálida. Nuestra mesa está vestida con, con un mantel blanco cubriendo la madera antigua. Dos copas, una botella de vino tinto y cubiertos brillantes nos esperan. A un lado, un jarrón con tulipanes amarillos añade un toque de color.

Todo —desde el bar hasta él— es impresionante.

Mientras me acerco, me doy cuenta de que no voy a poder salir de esta noche sin sentirlo del todo. Si no estaba segura antes, lo estoy ahora. Le amo.

—¿Has hecho tú todo esto? —pregunto, dejando el bolso en la mesa y rodeándole el cuello con los brazos.

Asiente.

—Tony me ha echado una mano.

—¿Y exactamente qué he hecho yo para merecer algo así?

—Te mereces esto y muchísimo más, Julia —dice sin dudar, como si mi pregunta fuese estúpida. Él calor me inunda el cuerpo—. Pareces un sueño hecho realidad. Nunca he visto a nadie tan preciosa como tú.

—Si la perfección existiera, serías tú, Joshua Harrison.

—Vaya intercambio de halagos —bromea, aliviando la tensión que empieza a crecer entre nosotros. Hace un gesto señalando la mesa—. ¿Nos sentamos?

Me deslizo por el banco, alisándome el vestido con nerviosismo. Harrison descorcha el vino como si fuera un camarero de verdad y sirve un pequeño trago en mi copa, dejando la suya vacía.

—¿Me harías el honor de probar el vino que he elegido mientras traigo la cena? Asiento. Todo es tan especial. De pronto, me entran ganas de gritar desde la azotea que estoy enamorada de este hombre y que probablemente me sienta así para siempre.

—Si esto sigue así, voy a necesitar algo más fuerte que vino —bromeo.

Se escabulle detrás de la barra, y me deja girando el vino en la copa, saboreando el aroma. Por supuesto, está delicioso.

—¿Qué tal mi elección? —pregunta, colocando entre los dos un plato cubierto con una campana plateada.

—Es bebible —digo picándolo, con una sonrisa traviesa.

—Me lo tomaré como una victoria —responde—. He pisado las uvas yo mismo.

Suelto una risa, apreciando lo fácil que es volver a nuestro ritmo natural.

Le sirvo un poco de vino y levanto mi copa.

—¿Por qué brindamos?

—Por nosotros —dice, imitando mi gesto—. Por seguir aquí después de dos meses. Y por descubrir cómo hacer que dure mucho más.

—¿Esto es lo que haces por dos meses? No me quiero ni imaginar lo que viene después —digo, porque ahora mismo, no hay ascenso que importe más que esto. Lo único que quiero es a él.

—Déjame la planificación a mí. —Sonríe de lado—. Resulta que soy un romántico de manual. Solo necesitaba encontrar a mi chica.

—Nunca lo dudé —respondo, satisfecha.

Levanta la tapa plateada y deja al descubierto una brocheta llena de color, coronada con tomate y burrata.

—Por mucho que admire tus dotes culinarias, esto tiene demasiada buena pinta para haberlo cocinado tú.

—No he sido yo —se ríe—. Me he cobrado algunos favores.

El entrante está de escándalo, y nuestra conversación fluye tan rápido como el vino. La conversación va del uno al otro, como si fuera una pelota de ping-pong, ambos esquivando cualquier tema demasiado serio. Y aunque lo conseguimos, sabemos que hay algo burbujeando bajo la superficie.

Sirve el plato principal —solomillo con mantequilla de ajo y verduras asadas— y mi estómago protesta como si no acabara de comerme media barra de pan. Parece sacado de un libro de cocina.

—No sé cómo has conseguido montar todo esto, pero joder, Joshua Harrison, sabes cómo conquistar a una chica.

—Y todavía nos queda el postre. —Guiña un ojo—. No creas que me he olvidado de que es tu parte favorita de la comida.

Lo es. Claro que se acuerda. Igual que ha memorizado mi obsesión por la bollería del desayuno y las comedias románticas, yo también he aprendido que le gustan los huevos apenas cuajados y el café casi amargo. Y, sobre todo, me he dado cuenta de que siempre pone a los demás por delante de él.

Una bendición camuflada para mi vida llena de caos.

No hablamos de la tensión, pero está ahí. Presente en cada vez que se rozan nuestros dedos, o cuando mantenemos la mirada un segundo más de la cuenta.

—No sabía que Tony está casado —comentó entre bocado y bocado, recordando lo que dijo antes.

—Ah, sí. Laura. No le hará gracia saber que tiene competencia —responde con media sonrisa.

Pongo los ojos en blanco interpretando una actriz en una película dramática.

—Si no hay anillo, no estoy pillada —declaro, enseñándole mi mano desnuda como si fuese una prueba irrefutable.

Se levanta, recoge los platos que hemos vaciado por completo y los aparta. Luego se inclina hacia mí, deteniéndose a unos pocos centímetros de mi rostro. Ese tipo de cercanía que te reta a apartarte.

No lo hago. Le planto cara a la tensión, y le aguanto la mirada.

—¿Entonces no estás pillada? —susurra.

Me encojo de hombros. Lo hago de una forma casual, aunque mi piel esté ardiendo solo por tenerlo tan cerca, desafiándome.

—Supongo que no —respondo, sin prisa—. Al menos, no oficialmente. Pero se me ocurren otras formas de marcar territorio… y no incluyen un anillo.

Emite un sonido grave, interesado. Reconozco que se le da bien mantenerse en el papel. Harrison serio es peligrosamente atractivo.

Me enrosco un mechón de pelo en el dedo, barajando mis opciones.

—El postre —digo con una sonrisa—. Ese es un buen lugar para comenzar.

—¿Me estás diciendo… que lo único que tengo que hacer para enseñarte mi amor eterno y de otro planeta es darte azúcar?

Lo dice tan despacio, de una forma tan comedida, que me pregunto si va en serio. Se me corta la respiración, y solo puedo asentir y esperar. Lo que sea que me vaya a dar, lo quiero.

—Perfecto. —Se levanta como si nada—. Lo tengo bajo control.

Nos estamos moviendo demasiado rápido. Hemos pasado de ligar inofensivamente a tener una intimidad emocional completa aderezada con un extra de chocolate. No quería hablar de ello todavía, especialmente ahora que a todo esto se une la incompatibilidad de nuestras vidas. Me estoy saboteando yo misma.

Regresa con dos delicias en mano: un coulant de chocolate y una crème brûlée. Porque *claro* que lo hace.

—Oficialmente, me has conquistado —digo. El chocolate es mi criptonita y él lo sabe.

—Bien. —Me recompensa con el roce más suave imaginable de sus labios contra los míos.

Me está mirando con tanta ternura, que me dan ganas de sacar ese tema que flota entre nosotros. Mi cabeza sigue intentando asimilar que el hombre al que amo no encaja con mi futuro profesional. Y, aunque sé que en cualquier otra circunstancia en un momento así estaría entrando en crisis, la manera en la que me mira —sin una sola preocupación dibujada en su cara— es suficiente para que mi pánico sufra un cortocircuito.

Se queda la crème brûlée, dejándome toda la oscuridad del chocolate a mí. Otro movimiento digno de película romántica. Devoro mi postre como una niña que teme que se lo vayan a quitar en cualquier momento.

Frente a mí, él hace lo contrario. Harrison saborea el suyo despacio. Sobre todo, me observa, pero su mirada no parece estar

jugando. Es otra cosa.

—¿Quieres un poco? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma al comprobar que todavía conservo mis modales. Niega con la cabeza —. ¿En qué estás pensando?

Suelto el aire y una sonrisa relajada le suaviza el rostro.

—Estás preciosa esta noche. Es como si cada vez que te viera, superaras la anterior.

Me sonrojo tanto que podría iluminar un pueblo entero. Intento esconderme detrás de mis manos mientras finjo arreglar mi pelo. Me parece algo mucho más femenino que meterme debajo de la mesa.

—No.

Aparta mis manos de mi cara con suavidad.

—Toma. —Coge una cucharada de crème brûlée y la sujeta hacia mí.

Entreabro los labios, saboreo el azúcar caramelizado crujiendo contra mi lengua antes de que la crema se derrita, como si fuera un pecado —y, aun así, no resulta empalagoso. Cierro los ojos y dejo que las papilas gustativas hagan el resto. Siento cómo me mira, esperando a que emita algún sonido. Me mantengo en silencio.

Cuando reúno el valor para mirarlo, tiene la expresión de alguien que acaba de ganar una competición que yo ni sabía que existía.

—Buena chica —murmura.

Se me eriza la piel al instante. ¿Por qué esa frase me afecta tanto?

—¿Has terminado? —pregunta.

Miro mi coulant a medio comer y de todos modos asiento. Él es más tentador que el postre.

Se pone de pie y me ofrece su mano.

—Baila conmigo.

—¿Ahora? —pregunto, con timidez. Él asiente, con esa sonrisa traviesa que me desarma—. ¿Aquí?

—Podemos salir a la calle si lo prefieres —bromea, tirando de mí para levantarme—. Sí. Aquí.

Me guía hasta el centro del bar y saca su móvil. Yo me siento en el borde de la mesa de billar, mis piernas tiemblan demasiado como para fiarme de ellas.

Observo cómo busca una canción durante unos segundos hasta que suena *Make You Feel My Love*, de Adele, por los altavoces.

Qué elección tan apropiada para describir cómo me siento ahora mismo, pienso.

Tomo la mano que me ofrece, rodeo su cuello con los brazos y dejo que me acerque a él. Sus manos se posan en la parte baja de mi espalda, anclándome.

No me atrevo a mirarlo, así que apoyo la cabeza en su pecho y dejo que marque el ritmo. Nos balanceamos despacio, de lado a lado, como si lleváramos haciendo esto toda la vida.

Me concentro en el parpadeo de las velas a lo lejos. En cualquier cosa menos en los círculos lentos y perezosos que dibuja su pulgar en mi cintura. Entonces, una de sus manos sube, se enreda en mi pelo y me sostiene la nuca mientras me besa la cabeza.

Me hundo en él.

La tensión entre nosotros se intensifica con cada paso hasta que no me queda más remedio que alzar la vista.

La canción termina, dejando la letra y todos los sentimientos que todavía no hemos confesado, entre nosotros. Juraría que está a punto de decir algo. Sus ojos están llenos de palabras que no se atreve a pronunciar, y no sé si quiero que lo haga o no.

Empieza otra canción, pero no nos movemos.

Juego con el cuello de su camisa, porque necesito hacer algo con las manos. Me aparta un mechón de la cara y lo coloca detrás de mi oreja. Cierro los ojos y me inclino hacia su caricia.

—Josh, yo…

Las palabras se me quedan atrapadas en la garganta.

Él me mira con paciencia. Expectante. Dejándome ordenar mis pensamientos.

Suspiro y fuerzo una sonrisa.

—No quiero dejar de verte. Quizá podemos mantenerlo… ¿en privado? Hasta que encuentre una solución con mi trabajo.

Sus cejas se arquean y la comisura de su boca se levanta. Sabe que iba a decir otra cosa —pero no me presiona.

—Vale, como tú quieras. Yo te sigo.

Incluso con tacones, me tengo que poner de puntillas para besarlo. Él se inclina, desliza los brazos bajo mis muslos y me levanta como si fuera tan ligera como una pluma. Suelto un gritito y me río contra su boca.

—Me gusta esta posición —dice, besándome la parte alta del pecho.

Le tiro del pelo para obligarle a mirarme.

—Vaya un pervertido.

—Solo contigo.

—Me lo voy a tomar como un cumplido.

Lo beso otra vez. Ahora, apenas un roce.

—En serio —le digo —. Esta noche ha sido muy especial. Gracias.

—Excepto por el baile —se burla—. Tendría que haberte avisado antes para que practicaras.

Abro la boca, indignada.

—¡Lo dice el que no paraba de pisarme!

Pone los ojos en blanco y lleva mi mano hasta sus labios, besando mis nudillos con suavidad.

Y así, sin darnos cuenta, volvemos a ser nosotros mismos. Ingeniosos, provocadores, y enredados en sentimientos que se hacen más fuertes a cada segundo que pasa.

EMMA ESTÁ ESCONDIDA en un baño en el trabajo, con los auriculares puestos y hablándome en susurros. Tiene las rodillas pegadas al pecho y la cabeza apoyada en ellas. Yo he dejado el móvil contra el espejo del baño, mientras me preparo para irme a dormir, después de la que probablemente haya sido la mejor noche de mi vida.

—Es que… *Adele* —recalca—. Qué valiente, Harrison. Señal clarísima. La segunda mejor canción para declararte. La primera habría sido…

—*Can't Help Falling In Love* —decimos a la vez.

—Exacto. Y con todo lo que está pasando con mi ascenso, no quería forzarlo —explico—. Decirle que le amo solo porque siento la presión de tener que volver a casa no estaría bien. Quiero que salga solo. Siempre intento ir un paso por delante, pero ahora no puedo. Tengo que esperar y ver cómo evoluciona todo.

—Estás sonando bastante madura, Julia Thomas —me dice, moviendo las cejas.

—Pero al mismo tiempo, si se filtra algo sobre lo nuestro… —me desvío y me lanza su clásica mirada de desaprobación—. Un titular con la revista equivocada, y me quedo fuera de la carrera para el ascenso por el que he venido aquí.

—Si lo que te llevas de Londres es a Joshua Harrison en vez de un ascenso, creo que sigues saliendo ganando.

A no ser que solo sea otro hombre que se pasea por mi vida. Entonces termino con un corazón roto y con mi carrera hecha añicos. Pero esto no se lo digo.

—¿Y tú qué? —Estoy lista para hablar de otra cosa—. Él ha sido la distracción perfecta para comentar mi vida amorosa en vez de la tuya.

—Eso es porque tengo un plan.

—A ver, cuéntamelo —le incito.

—Ahora que tenemos un contacto para conocer a todos los actores guapos de Hollywood, voy a usar a Harrison de cupido para encontrar al hombre de mis sueños. —Junta las yemas de los dedos como una villana de dibujos animados—. Lo ideal sería que pasara antes de tu boda, pero si tengo que esperar hasta entonces, tampoco me quejo.

Estallo en carcajadas. Los sonidos salen de mi boca antes de poder evitarlo. La cara que pone Emma lo empeora todo, y en cuestión de segundos estoy sin aire, con lágrimas en los ojos y una sonrisa tan grande que me duelen las mejillas.

—Claro, sin trabajo, pero casada —consigo decir entre risas, secándome la cara—. Oye, Matt Hunt tampoco estaba nada mal en persona.

—Bah. Demasiado mujeriego para mí —dice, quitándole importancia con la mano—. Me lo crucé una vez en una fiesta.

Llevaba una chica en cada brazo y se había echado colonia para durarle un mes. No me malinterpretes, soy lo bastante reina como para reformarlo, pero me da pereza.

Es esa seguridad un poco salvaje que irradia es lo que más me gusta de ella. Y cada día agradezco poder recibir una pizca.

Capítulo Veintiuno

SON las ocho de la tarde y estoy saliendo de la ducha cuando llaman a la puerta. Me imagino que es alguien que se ha equivocado de piso y, como hago con los números desconocidos, lo ignoro.

Un par de minutos después, vuelven a llamar.

Resoplo, me ajusto bien la toalla alrededor del cuerpo, y me arrastro hasta la puerta. Miro por la mirilla y veo a Harrison, sujetando dos cartones de helado.

Abro sin pensarlo. Sus ojos se agrandan al verme y no me da tiempo ni a decir hola antes de que los haya dejado en la encimera y sus manos se agarren a mi cintura y sus labios se posen sobre los míos.

Es un beso breve, pero logra que me flaqueen las piernas.

—Vaya, hola. —Le sonrío, alzando la vista.

—Mmm. —Esta vez me besa la mejilla, poniendo un poco de distancia entre nosotros—. Te he echado de menos.

—Te podrías haber quedado anoche —le recuerdo.

—¿No te quedaste satisfecha con el rato del almacén?

El recuerdo vuelve de golpe. Nos cansamos de bailar y me empeñé en ayudarle a limpiar. Entre secar vasos y lanzarnos pullas, acabó retándome a otra partida de billar.

No la llegamos a terminar.

—Lo del almacén fue… —No encuentro una palabra apta para todos los públicos—. Agradable.

—¿Agradable? —Arquea una ceja—. Eso no era lo que decías anoche…

Me mira como si fuera lo único que quiere en este mundo. La barbilla, una media sonrisa cómplice dibujándose en mi cara. La facilidad con la que me genera seguridad, confianza, con una simple mirada es… adictivo.

—Si me vas a recibir así cada vez que venga a verte por la noche, me voy a plantar aquí todos los días —me provoca, su voz suena grave.

—Eso se puede arreglar —digo, seductora.

Avanzo hacia él con intención, decidida a hacerle perder el equilibrio como él hace conmigo siempre.

—¿Qué tienes ahí?

—Siempre me han dicho que es de mala educación presentarse sin avisar y con las manos vacías —dice, levantando las bolsas—. No sabía cuál te apetecería, así que he comprado los dos.

—¿Cookie dough y menta con chocolate?

—Por supuesto. —Guiña un ojo.

Esa sonrisa dulce, y la manera en la que se acuerda de todo lo que tiene que ver conmigo, es suficiente para hacerme sentir más querida que nunca.

—Me vas a tener que dar unos minutos —digo, mirando mi piel aún mojada.

Avanza los últimos pasos que nos separan y coge mi mano, tirándome hacia él.

—A lo mejor podemos tomar el postre en tu habitación —sugiere.

Me pongo de puntillas, dejando mis labios a escasos centímetros de los suyos. Resistirme seguramente me cuesta más a mí que a él, pero lo hago.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando, señor Harrison?

—Mejor si te lo demuestro, ¿no?

Tira del borde de la toalla que cae al suelo en un movimiento limpio. Con cualquier otra persona, esto me haría sentir expuesta,

vulnerable.

Pero no con él.

Él ha conseguido que me sienta cómoda en mi propia piel después de años sintiéndome como una extraña.

La noche se alarga, como siempre nos pasa.

Tener a Harrison de alarma es cien mil veces mejor que el sonido que suelta mi móvil cada mañana.

Hoy no pitidos, hoy no.

Está despierto, quién sabe desde cuándo, pero no se ha movido de mi lado. Me despierta justo antes de las siete de la mañana, con un minuto de sobra para apagar la alarma del móvil antes de que suene. Casi como si supiera lo mucho que la odio. ¿Se lo habré dicho alguna vez y no lo recuerdo?

—Esto me encanta —murmuro, acurrucándome contra su pecho —. Debes estar que te subes por las paredes. Es tardísimo para ti. ¿Hoy no entrenas?

—Anoche hice todo el ejercicio que necesitaba contigo —susurra, rozando mis labios con un beso—. Vamos. Te preparo el desayuno.

Se levanta de la cama y se dirige a la cocina vestido solo con los pantalones de deporte que se deja aquí para casos como este. Al caminar se le marcan los músculos de la espalda.

Podría desayunármelo a *él*.

—¿Café y huevos te parece bien? —grita desde la cocina.

Cuando entro, ya lo tiene casi todo preparado sobre la encimera. Me siento en uno de los taburetes y le doy un trago largo a la taza de café que me estaba esperando. Se me escapa un murmullo satisfecho.

—Sé que te estoy acelerando la rutina —dice, colocándose a mi lado—. No quería irme mientras que dormías. No me puedo quedar mucho.

Inclino la cabeza, haciendo un puchero.

—Me gustabas más cuando no trabajabas.

Como si lo hubiera invocado, su móvil empieza a sonar.

—Es Peter. Tengo que cogerlo.

Comprueba su reloj.

—¿Qué puede haber tan importante como para llamarme tan temprano? ¿No hemos quedado en menos de una hora?

Oigo voces apagadas al otro lado. La expresión de Harrison cambia: primero es de esperanza… después se transforma en duda.

—Ah, ¿sí? —Sus ojos se desvían hacia mí—. Supongo que… son buenas noticias.

Levanto una ceja.

—Sí, vale. Ahora voy.

Cuelga y resopla.

—¿Va todo bien? —pregunto, un poco preocupada.

—Sigue sin haber ningún puesto abierto de director —murmura —. Peter no ha encontrado nada. Al menos, todavía no.

Hace una pausa. El ambiente cambia, y algo se me revuelve en el estómago.

—Acaban de confirmar que quieren traer de vuelta mi serie. Netflix quiere comprarla. —No suena entusiasmado—. Mi agenda va a llenarse mucho más de lo que ya estaba.

— No te preocupes, encontraremos tiempo.

Intento sonar firme, optimista. Pero si yo voy a estar más ocupada y él también… las cosas se van a complicar todavía más. La vida real nos está alcanzando.

—No es eso —responde, y al decirlo arrastra las palabras un poco —. Puede que vuelvan a contar con ella.

Se me corta la respiración. *Claro*.

Lo más probable es que Emily Lawrence vuelva a entrar en escena.

NO SÉ nada de él en todo el día.

Me repito que no cunda el pánico —ya me había dicho que iba a estar hasta arriba—, pero ese nudo que tengo en el estómago no desaparece. Intuición femenina, me digo.

Esta mañana se fue con prisa, su horario de repente se ha llenado de reuniones y llamadas. Le aseguré que todo iba a ir bien,

pero su expresión reflejaba mis propios pensamientos. Se avecina tormenta.

Me enterré en el trabajo. Comí en mi mesa. Incluso evité mirar mi teléfono hasta que llegó la hora de volver a casa.

La decepción me golpeó al ver la pantalla sin ninguna notificación suya. Ninguna llamada perdida. Ningún "Hoy es una locura, pero te echo de menos".

¿Está esperando a que le escriba yo? Él *siempre* escribe.

De camino a casa, cedo. Lo llamo.

Suena varias veces antes de mandarme directamente al buzón de voz. Me vuelvo a recordar que sabíamos que esto iba a pasar. No tiene por qué estar ocurriendo nada malo. Simplemente está… ocupado.

Y yo lo *sabía* cuándo me metí en esto. Reuniones, eventos, socializar… forman una gran parte de su vida. Y, aun así, hay algo que me tiene intranquila.

Paso la noche en el salón, medio esperando que aparezca con otra ronda de postres y esa sonrisa traviesa.

No lo hace.

Me levanto el viernes por la mañana con una llamada perdida y varios mensajes. Ha llamado a las seis. Pero yo ya estaba tan agotada emocionalmente que ni me enteré.

HARRISON

Buenos días.

Perdón por no cogértelo cuando me llamaste ayer; estaba en una reunión. Llegué tarde a casa y no quería despertarte. Estoy a tope. ¿Hablamos luego?

Espero que tengas un buen día.

Resoplo, frustrada. No me habría despertado —estaba desvelada, preocupándome por él. Intento llamarle. Otra vez buzón. Tiene el móvil apagado.

Me quedo mirando el mensaje.

Puede que esté montando una película en mi cabeza. Puede que esté leyendo demasiado entre líneas. Pero esos mensajes no suenan

a *él*. No al Harrison al que estoy acostumbrada.

No sé si me está escribiendo porque quiere… o porque siente que debería hacerlo.

Sí, yo también estoy hasta arriba. Espero que todo vaya genial.

Pienso en añadir "Te echo de menos".

Incluso me planteo escribir simplemente "Te quiero".

Pero no lo hago.

Estoy esperando a que salte mi tostada, con el café entre las manos, cuando abro mi Instagram y empiezo a deslizar. Sé que no debería —siento que estoy invadiendo su intimidad— pero la curiosidad puede más.

No tardo en encontrarlo.

Hago scroll y ahí está. Dentro de un restaurante absurdamente elegante, sentado con dos hombres… y ella.

Está enfrente de él, la cabeza hacia atrás en una carcajada, envuelta en la luz cálida de las velas y ese encanto tan estudiado que parece natural. No es una cena cualquiera.

Un reencuentro apasionado: ¿Podríamos tener una segunda oportunidad de este romance Y la serie de vuelta?

Y así, sin más, yo desaparezco del foco.

A este paso, quizás mi ascenso *sí* que vuelve a estar sobre la mesa. Sin romances incómodos que interfieran.

La angustia no se va. Empeora y se queda pegada a mí durante todo el día. Lo llamo dos veces. No responde. Me devuelve la llamada cuando estoy en mitad de una reunión estratégica del equipo, y cómo no, no puedo cogerla.

¿Alguna novedad sobre la serie?

No ha vuelto a mencionar a Emily desde aquel aviso vago del primer día. Ni confirmación, ni contexto. Pensé que *como mínimo* me mantendría al tanto.

Para cuando llega la hora de la cena, ya han salido más fotos. La última es de hace apenas un par de horas. Están saliendo de un edificio, ella con un impecable vestido ajustado y él unos pasos por detrás. Está girada hacia él, con una sonrisa de anuncio.

Su siguiente mensaje llega cuando estoy metiéndome en la cama.

HARRISON

Nada seguro todavía.

Me quedo mirando la pantalla. ¿Eso es todo?

¿Y qué pasa con ella?

No lo adorno. Estoy cansada de andar con pies de plomo.

Pasa un episodio entero de *Friends* antes de que llegue su respuesta.

HARRISON

Ella tampoco lo tiene claro todavía.

Gimo, frustrada.

Odio hablar por mensaje. No oigo el tono de su voz. No sé si se está tomando su tiempo para pensar o si escribe con total seguridad. Tengo una docena de preguntas, todas enredadas en el mismo hilo.

¿Por qué no me cuentas más?

¿Tengo que preocuparme por sentimientos del pasado?

¿Te estás… alejando?

Le doy a llamar. Salta el buzón.

HARRISON

No puedo hablar. Leyendo guiones con Peter.

¿Peter y… quién más? Se me encoge el estómago.

Quiero preguntar, pero no quiero montar una escena. En su lugar, llamo a Emma.

—Ya sé lo que vas a decir —dice sin necesidad de saludar—. Estaba esperando esta llamada. No quería ser yo quien sacara el tema primero.

—Ya, bueno… en serio. ¿Qué cojones?

—A mí me parece que esa víbora está intentando volver a colarse en su vida.

—No me extrañaría nada —suelto entre dientes—. Y no he conseguido hablar con Harrison. Es como si nuestras vidas se hubieran desincronizado de golpe.

—¿Ni siquiera por mensaje?

—Apenas. Mensajes sueltos aquí y allá. Ninguno que explique por qué todos los tabloides y blogs de cotilleo parecen pensar que han reavivado su romance entre cenas caras y buena iluminación.

—Uf —resopla—. Será buen actor, pero lo que ha hecho por ti no se puede fingir. Quiero creer que no tienes nada de lo que preocuparte.

—Yo también. —Hago una pausa—. No necesito conocerla para saber que no confío en ella. Y estaban comprometidos, Emma. ¿Y si quedan sentimientos?

Emma tararea en señal de que está de acuerdo conmigo. Sabe que no estoy siendo dramática. Solo realista.

—Vamos a esperar a ver qué pasa —dice, tranquila—. El lado bueno de todo esto es que, si empieza a rodar otra vez, al menos no estará en Londres. No tendréis que gestionar una relación a distancia.

Parpadeo.

—No se me había ocurrido.

—¿Ves? Siempre se puede sacar el lado positivo de las cosas —canturrea—. Aún no me creo que vuelvas en dos semanas. Por mucho que me gusten nuestras llamadas diarias, tengo ganas de tenerte aquí.

—Lo sé. Se me ha pasado volando —digo y las comisuras de los labios se me curvan—. Solo espero que todo esto no salte por los aires justo antes del final.

—Me frustraría tanto si eso pasara —se queja—. Por lo menos déjame conocerlo antes de que selléis vuestro destino.

—Me encanta tu sensibilidad en pleno desmoronamiento de mi vida.

—Ya sabes lo que dicen de las amigas de verdad —declara—. Somos como gemas raras: preciosas y difíciles de encontrar.

—No creo que *nadie* se haya referido a ti así jamás —me río.

—Pues no —responde seca—. Y, sinceramente, me parece insultante. Soy un encanto.

—Eso sí —respondo sincera—. La mejor de las amigas.

NO LE RESPONDÍ ANOCHE, y como era de esperar, me he despertado con otro mensaje.

HARRISON

¿Planes para cenar hoy?

Quiero seguir enfadada. Debería haberme mantenido informada —con algo, lo que fuera. Pero respiro hondo y recuerdo que es su *trabajo*.

Que yo sepa, no. ¿Tienes algo en mente?

HARRISON

Te aviso si consigo escaparme un par de horas.

Se me hunde el corazón. No es exactamente lo que esperas oír de la persona que supuestamente está loca por ti. Yo daba por hecho que verle esta noche sería algo seguro, la oportunidad perfecta para aclararlo todo. Ahora suena más a cita pendiente de cancelación.

El almuerzo se convierte en mi plan de distracción. Claire me lanza una mirada cargada de lástima cuando entro, pero, por suerte, no dice nada. Debo tener cara de no haber dormido en dos días,

porque todo el mundo está extrañamente amable. Lo agradezco. Pero la amabilidad no cura esta rabia que me quema a fuego lento.

Ni siquiera la terapia a base de sarcasmo de Emma ha funcionado hoy. Es difícil cuando ninguno de nosotros entendemos lo que es estar en su piel. Su mundo va a mil por hora, es despiadado, rociado con NDA y rodajes nocturnos. Mientras, yo organizo mis semanas utilizando un calendario de Google y en un horario de nueve a cinco que termina cuando cierro el portátil. Eso lo *entiendo*.

Pero ¿no poder sacar un par de minutos para una llamada que no sea a horas indecentes? Eso me cuesta creérmelo.

Tengo el móvil boca arriba a mi lado, con el volumen vergonzosamente alto. Lo miro de reojo cada par de minutos. Pasa una hora. Luego otra. Ni una llamada. Antes de irnos, me excuso para ir al baño.

Mi reflejo me devuelve una imagen pálida, con ojeras marcadas y la mirada vacía. El maquillaje, aplicado con más voluntad que acierto, hace poco para disimular las bolsas bajo mis ojos. Me pongo más corrector —inútil, pero por lo menos lo intento.

Cuando vuelvo a la mesa, pasa algo… raro. Todas las cabezas están giradas hacia mí y están todos demasiado callados. Frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta Claire con suavidad, con un tono demasiado cuidadoso.

Las arrugas en mi frente se intensifican, confundida. Solo he estado en el aseo un par de minutos y estoy segura de que ahora tengo mejor cara que antes.

—Sí. Estoy bien. ¿Por qué? —Noto las miradas furtivas del resto.

—No has mirado las redes últimamente, ¿verdad?

Bueno, al menos han esperado a que me terminara la tostada para emboscarme.

—He visto las fotos —digo, intentando sonar despreocupada—. Es solo trabajo.

La expresión de Claire se ablanda aún más.

—Ya… creo que esto no lo has visto todavía. —Sujeta el móvil como si fuera a explotar—. Igual prefieres esperar a llegar a casa.

—¿Qué es? —Se me encoge el estómago—. Puedo con ello.

—¿Y si cenamos luego? Lo hablamos todo entonces.

—Claire —digo, bruscamente—. Enséñamelo.

Duda unos segundos, pero al final desbloquea el teléfono y lo gira hacia mí.

Y así, sin más, siento cómo el corazón se me parte en dos.

Capítulo Veintidos

EN CUANTO MIS ojos se posan en la foto, se me hiela la piel. Siento cómo la sangre me abandona la cabeza. La náusea sube, brusca y sin previo aviso. Mi cuerpo entra en modo lucha o huida… o directamente se está apagando por completo. Me agarro a la mesa como si fuera lo único que me mantiene en pie.

Claire tiene razón.

He visto las otras fotos.

Pero esta no.

Están fuera de una cafetería diminuta. Ella le rodea el cuello con los brazos, los dedos enredados en su pelo. Las manos de él descansan a ambos lados de su cintura, sujetándola. Ambos fundidos en un beso que, por lo que yo asumo, es todo menos inocente.

Él está de espaldas a la cámara. Pero la cara de ella es inconfundible.

Su ex prometida.

—Cuándo… —empiezo, con mil teorías surgiéndome en la cabeza. ¿Puede ser una foto antigua que ha vuelto a la luz con el resto del cotilleo? Está borrosa, probablemente hecha con un móvil por alguien que también estaba ahí—. ¿De cuándo es esto?

Claire traga saliva, claramente pasándolo mal.

—Según quien la ha publicado, la han hecho esta mañana. En el centro.

La presión en el pecho crece como cuando estoy a punto de llorar… pero no salen lágrimas. Solo rabia. Una rabia tan intensa que lo veo todo rojo.

—No tengo nada educado que decir —suelto—. Necesito un minuto.

—Eh, eh. —Claire se mueve a mi lado—. Estoy segura de que hay una explicación. Ni siquiera se le ve la cara. Igual no es…

—Es él —la interrumpo, con la mandíbula tensa—. Reconozco su espalda. Reconozco esa chaqueta. Y cómo su pelo ondea hacia atrás desde el lateral. Es él.

Mis pensamientos se descontrolan. Hace cinco días estábamos viviendo una noche mágica en *The Anchor*, todo preparado por él. ¿Y ahora está besándola a *ella*? Nada encaja.

Me masajeo la frente, intentando calmar el latido que tengo en la cabeza. Me tiembla todo el cuerpo.

¿Lo he malinterpretado todo?

Todo este tiempo. Cada cita, cada salida.

¿He sido solo una foto oportuna más para sus relaciones públicas?

Se me revuelve el estómago. Examino la imagen de nuevo, buscando desesperadamente algo que grite que es falsa. Una sombra que no deba estar ahí. Un fallo. O una explicación detrás de todo.

No hay nada.

¿Cómo he vuelto a meterme en un lío así?

Quería empezar de cero, no otra ruptura. Especialmente no con alguien que ha hecho que Noah parezca un simple calentamiento. Y pensar que he estado a punto de arriesgar mi ascenso en Mavericks por él.

No me doy ni cuenta de que estoy hiperventilando hasta que la mano de Claire se posa cuidadosamente en mi hombro.

—Respira.

—Estoy respirando —susurro—. Solo que… no lo entiendo.

—Yo tampoco —responde ella—. Ha sido tan perfecto. Desde el principio.

—¿Piensas que todo ha sido una actuación? —Mi voz es frágil—. ¿Una forma retorcida de volver al foco mediático de la forma más dramática posible?

Claire se encoge de hombros y me dedica una sonrisa piadosa.

Intento imaginar cómo ha sido todo —las notas en el bar, el estreno, las conversaciones que parecían demasiado sinceras para ser mentira. Incluso Tony tendría que haber estado compinchado. Me estremezco.

A lo mejor he llevado una venda puesta todo este tiempo. Una venda digna de una celebridad.

¿Se puede fingir algo que parecía *tan* real?

¿Es Hollywood una escuela de estafadores con diploma incluido?

—Él no haría esto… —murmuro.

Claire se arrodilla para quedar a mi altura.

—Yo tampoco creo que hiciera algo así, cariño.

Asiento.

—Debería llamarle.

Voy a coger el móvil, pero su mano me detiene a medio camino.

—No —dice—. Este es su desastre, que lo arregle él. No debes perseguir una explicación que debería haberte dado en el mismo momento en que se hizo esa foto. Si le importas, llamará.

Y esa es la peor parte.

No son las fotos. Ni siquiera es el beso.

Nunca me explicó nada. Tuvo la oportunidad. Varias oportunidades. Me *prometió* que yo sería la primera en saberlo si ella volvía a aparecer en su vida. Y en lugar de eso, me he enterado por internet.

Intento contener el dolor, pero todas las inseguridades que había luchado para silenciar —cada pedazo de confianza que había reconstruido— están volviendo a salir a la superficie. Y no solo me siento traicionada, sino también decepcionada conmigo misma.

Claire tiene razón.

No puedo ser siempre la única que lucha por la relación. Y no puedo ser quien limpie el desastre de otro.

Suelto el aire y cedo, lanzando el móvil dentro del bolso con más fuerza de la necesaria.

Me *gusta* la persona en la que me estoy convirtiendo.

Soy más segura de mí misma, más dispuesta a decir lo que pienso y a defender lo que necesito. Incluso en el trabajo, donde dudaba antes de enviar cada correo por miedo a que no fuera perfecto.

Ni de broma voy a dejar que otro hombre destruya eso. Esta vez las cosas van a ser claras. No más recuerdos borrosos.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Claire.

Lucy levanta la cabeza de golpe, con una sonrisa que le ocupa media cara.

—¡Ahora toca noche de chicas! —exclama—. Elige un apartamento. Pedimos comida a domicilio, nos hacemos un cambio de look y salimos hasta que no podamos sentir los pies de tanto bailar.

A decir verdad, no me vendría mal desmelenarme un poco.

—Me parece bien —digo, tragándome la necesidad de comprobar mi móvil. Decido ahora mismo que no voy a sentirme mal conmigo misma… aunque tenga esa imagen grabada a fuego en el cerebro.

Los chicos se acercan, envolviéndome en un abrazo grupal gigante y ligeramente sudoroso. Ninguno menciona la situación. Pero sé que están aquí por mí, y es suficiente.

Eso es algo que siempre llevaré conmigo, pienso. Las personas a las que he conocido en el camino.

—Pasadlo bien esta noche —dice Daniel, mostrando su lado más dulce. Se gira para mirar a Claire—. Mantenlo bajo control, ¿vale?

Cruzan una mirada y no necesitan decirse nada para entenderse.

Vaya. No me había dado cuenta antes, pero ahí definitivamente hay tema. Le lanzo a Claire una mirada cómplice y ella se sonroja.

Nos despedimos de los chicos, que se van a su propia aventura repleta de testosterona, y nos ponemos en marcha. La primera parada es el piso de Lucy. Le damos diez minutos para preparar lo que sea que vaya a necesitar para su cambio de look. Vuelve con una bolsa lo suficientemente grande como para irse quince días a un todo incluido.

La siguiente parada: el piso de Claire. De los diez, le sobra un minuto, y vuelve con una pequeña maleta de cabina.

Mientras andamos, y observo a Lucy arrastrando un macuto casi tan grande como ella, me doy cuenta de que, por muy oscuro que parezca todo a veces, siempre hay algún lugar donde puedes encontrar un rayo de luz.

Pedimos chino en el restaurante que está cerca de mi piso (mi comida favorita para emergencias emocionales). El restaurante es tan pequeño que ellas tienen que esperar fuera, vigilando sus mini armarios portátiles mientras yo pago.

De vuelta a mi casa, dejamos todo en mi habitación y caemos rendidas en los sofás. Cogemos el ritmo de intercambiar recipientes cada par de minutos, siempre hacia la derecha, para que el sistema fluya a la perfección.

—Bueno… —digo, enrollando unos fideos de almendra—. ¿Me estoy perdiendo algo entre Daniel y tú?

Claire se sonroja instantáneamente. Miro a Lucy, ella lleva puesta esa sonrisa que dice "te lo dije".

—¿Por qué estás poniendo esa cara? —pregunta Claire, a la defensiva. La otra solo se encoge de hombros—. No está pasando nada.

—¿Ah, no? Y todas esas miraditas intensas que te lanza son… ¿Qué? ¿Parpadeos con un extra de pasión?

—No te lo creas, significan *mucho* —interviene Lucy sin perder tiempo.

Claire resopla.

—Entre Daniel y yo no ha pasado *nada*. Somos profesionales. Manteniendo la profesionalidad.

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? —murmuro, más para mí que para ellas.

Claire gime y esconde detrás de sus manos.

—Casi nos besamos una vez —confiesa al fin—. Cuando empezó a trabajar en Mavericks. Pero no ha pasado nada más.

—Ya, pero… —la pico—. ¿Podría pasar?

—A lo mejor en un universo paralelo. Uno que está a años luz de este.

Lucy y yo intercambiamos una mirada.

—A eso lo llamo yo negarse a aceptar la realidad —continúa Lucy, haciéndonos reír a todas.

Volvemos a pasarnos los recipientes, ya con un movimiento que hemos logrado coreografiar como auténticas profesionales. Es mi turno con el pollo.

—Vale, basta de hablar sobre mi vida amorosa inexistente. Eso no le va a subir los ánimos a nadie —protesta Claire—. ¿Cómo vas tú, Lu? ¿Alguna nueva conquista que declarar?

No es un secreto que Lucy es el espíritu libre del grupo. No *busca* nada serio, pero tampoco le huye de la idea. Deberíamos parecernos más a ella.

—¡Madre mía! —exclama de pronto—. ¡Se me olvidó contaros mi última cita!

Ya está riéndose como si fuera por la mitad de la historia. La miramos intrigadas mientras intenta recuperar el aliento.

—Hice match con un chico en una app. Alto, guapo, foto de perfil acariciando a un Golden Retriever. En la biografía ponía algo de que le encantaban las aventuras y viajar… el cebo clásico, ¿no?

—Y tú mordiste —sentencio.

—Empezamos a hablar. Me dice que es contable y que vive en Waltham Cross. Hablamos durante una semana y quedamos para cenar en el centro.

—Creo que era un estafador —dice Claire, haciendo sus apuestas.

—*Ojalá* —se ríe Lucy—. Llego al restaurante y me toca esperar quince minutos antes de que se digne a aparecer. Se parecía *bastante* a sus fotos, y, recordad, que he visto cosas peores.

Hace una pausa dramática.

—Resulta que sí, estudió finanzas. Pero su definición de "ser contable" es trabajar para el imperio de papá y mamá. —Se aguanta la risa—. Le di el beneficio de la duda. A ver, *empresa familiar* no significa automáticamente que sea un pringado, ¿no? Paga la cena y me invita a ir a su casa.

—Dime que no te fuiste hasta Waltham por este tío —gime Claire, esperando que diga que no, aunque sabe perfectamente que

sí lo hizo.

—¿Dónde está exactamente Waltham?

—No es para tanto. Como media hora en tren —dice Lucy, tan tranquila.

—Eso es un trayecto muy largo para acostarte con alguien que solo te ha engañado a medias —me río.

—¡Esa es la parte graciosa! No nos acostamos.

Claire y yo gritamos al unísono.

—¿Cómo que no?

—Nada de nada. —Lucy niega con la cabeza, disfrutando claramente del suspense—. Cogemos el tren y me lleva hasta un dúplex de esos que tienen pinta de ser caros. Abre la puerta y… ¡pum! Ahí, plantados en el sofá están sus padres.

—¿Trabaja para sus padres *y* vive con sus padres? —consigue decir Claire.

—Ni siquiera pensé que pudiera ser una posibilidad —dice, encogiéndose de hombros—. Me quedé congelada. En plan… de pie en la entrada, sin saber qué hacer, cuando su padre grita desde el salón: "¿Esta se queda a dormir?"

Me encojo en el sofá, doblándome sobre mí misma de la vergüenza ajena.

—Acabas de hacerme sentir muchísimo mejor sobre mi experiencia con los hombres —le digo.

—En fin, *esta* no se quedó.

—Gracias a Dios —dice Claire, levantándose para recoger los envases vacíos que hemos ido dejando por el suelo—. Ha llegado la hora, ¿estáis listas para un cambio de look y noche de fiesta?

Gimo y miro el móvil. Sigue sin mensajes.

—¿De verdad tenemos que hacer lo de salir? —me quejo, he perdido toda la motivación que tenía hace un rato.

Mi móvil empieza a sonar de repente. Las tres nos lanzamos a por él, pero yo consigo cogerlo primero. La decepción es palpable cuando veo que el nombre en pantalla no es el suyo.

—Es Emma, nada más —les digo.

—¿"Nada más" Emma? —resopla ella al otro lado—. Te lo voy a pasar por alto, suponiendo que esto tiene que ver con lo que está

circulando por internet.

Asiento.

—¿Te ha llamado para explicártelo?

Niego con la cabeza. Emma pone los ojos en blanco y gruñe.

—Los hombres son lo peor.

—No pasa nada —interviene Claire, dejándose caer a mi lado. Giro el móvil hacia ella—. Estamos muy entretenidas, tenemos planes.

—Ya no —anuncia Lucy desde el sofá de enfrente—. Julia se ha echado atrás.

Emma arquea una ceja.

—No me estoy echando atrás —protesto—. Es solo que no me apetece salir. ¡Pero podemos hacer el cambio de look!

—Ni hablar —dice Emma—. Te vas a arreglar, vas a ponerte absurdamente sexy, y luego vas a pasarte por *The Anchor*. De forma casual, para asegurarte de que le llega la información. Y después, os vais a un club a pasároslo bien.

Gimo todavía más fuerte que antes.

—¿Cuándo he sido yo esa clase de chica?

—Nunca —responde, tajante—. Porque estabas demasiado ocupada dejando que un ex de mierda jugara contigo y no podías preocuparte por ti misma.

—Auch.

—Perdona si sueno dura. Y mira, estoy convencida de que habrá alguna explicación para todo esto —añade con la voz seria—, pero lo que *no* vas a hacer es quedarte en casa toda la noche esperando a un tío que ni siquiera ha tenido la decencia de llamarte.

Capítulo Veintitrés

POR RAZONES que no termino de entender, a lo mejor porque cuando Emma se pone mandona es básicamente Dios, hacemos exactamente lo que ella dice.

Ponemos a todo volumen *Girls Just Want To Have Fun* y empezamos a bailar como si estuviéramos grabando nuestro propio videoclip ochentero. Es sorprendentemente liberador.

Claire y Lucy vuelcan todo el contenido de sus bolsas por el suelo de mi habitación, mientras que yo abro las puertas de mi armario de par en par desvelando mi tristísima colección de "Conjuntos para la gente que se va a dormir a las diez".

Vamos cogiendo prendas de las distintas montañas de ropa, cada una construyendo nuestro look con precisión. Lucy se hace cargo del maquillaje, y la verdad, su colección podría ser digna competencia del equipo que me preparó para la alfombra roja.

Cuando termina parece que acabamos de volver de pasar dos semanas en la playa. Pierdo la cuenta de todo lo que me ha puesto en la cara, pero está tan bien difuminado que podría entrar a Sephora y me pedirían *a mí* un tutorial. La guinda del pastel: unos labios rojo manzana, imposibles de ignorar.

Durante un segundo, *casi* funciona. Pero enseguida me vengo abajo otra vez.

Es como si estuviera en la montaña rusa más caótica del mundo. Llevo todo el día luchando contra el impulso de llamar a Harrison. Intentando disfrutar de mi tiempo con las chicas. Intentando no volverme loca. ¿Mi récord sin deslizarme hasta un bajón de autocompasión? Setenta y tres minutos.

Me olvido un rato de él, y entonces algo me trae de vuelta. Una canción, un olor, un detalle estúpido. Podría pensar que no habría tantos detonantes en mi propia casa, pero incluso mis sábanas huelen a él.

Aun así, cuando nos colocamos las tres frente al espejo, merece la pena. Estamos buenísimas. Somos peligrosas. Como las mujeres que no lloran, como las que sirven su venganza en un plato frío.

Lucy va entera de negro: pantalones ajustados que parecen cuero y un corsé prestado por Claire. Se ha atrevido con unos tacones de infarto. Podría colarse en una sesión de fotos de *Vogue* y nadie se daría cuenta de que es una intrusa.

Claire lleva un minivestido rojo oscuro que se ajusta perfectamente a su cuerpo, con tacones y una chaqueta de cuero que grita "no me toques si no me vas a invitar a algo".

Y yo… yo voy en modo protagonista. Medias transparentes, minifalda diminuta, top corto cortesía de Lucy, y mis botas nuevas, las que me llegan hasta la rodilla —las que compré de manera impulsiva durante nuestro primer fin de semana de chicas. Me echo por encima a un abrigo de pelo marrón para no congelarme.

Lástima que el subidón no dure.

En cuanto entramos a *The Anchor*, el ruido me engulle. Está a reventar. Y no de ese estilo acogedor como pasa durante la semana, sino de un modo que no-puedo-oír-mis-propios-pensamientos.

Lo único que veo es nuestra mesa. Iluminada por las velas. Me lo imagino ahí esperando, todo arreglado. Es tan vívido que me asusta. Se me eriza la piel.

Hace solo cuatro días, esa era mi realidad.

Y ahora parece haber sido la vida de otra persona.

Claire y Lucy me arrastran adentro. Evito mirar hacia la barra. Sé que Tony me ha visto; lo noto. Pero no le devuelvo la mirada.

Todas las mesas están ocupadas —un grupo de hombres ocupan la nuestra sin saber que están profanando un lugar sagrado— y Claire sugiere que nos sentemos en la barra. Justo a tiempo, una mesa se queda libre.

—¡Allí! —grito, apartando a codazos a un hombre para llegar hasta ella.

Es perfecta. Metida en la esquina, lo más lejos posible de Tony. Sé que tengo que hablar con él si quiero dejar claro mi mensaje, pero antes voy a necesitar una copa.

—¿Estás bien? —pregunta Claire, sentándose frente a mí.

Asiento.

—Solo que tengo muchos recuerdos de este lugar construidos en muy poco tiempo.

—Anímate —dice, dedicándome una sonrisa dulce y guerrera. Vamos a tomarnos algo, y a lo mejor después podemos echarnos unas partidas de billar. Lucy es malísima. ¿Tú qué tal?

—Me defiendo —le digo.

—Yo soy *muy* buena animadora —añade Lucy—. Voy a por la primera ronda.

Se aleja canturreando:

—¡Te-qui-la!

Al principio me da un poco de respeto. Ya he salido con Claire antes y sé que ella aguanta el alcohol sin problema. Pero ¿Lu? Lucy es una incógnita salvaje. Vuelve con tres chupitos helados y una jarra grande de cerveza para cada una.

—¿Este es el plan de la noche? —me burlo—. ¿Chupitos *y* cerveza? Me siento como hubiera vuelto a la residencia universitaria.

—Luego te pido algo más dulce —promete ella.

No sé cómo, pero acabamos hablando otra vez de las peores citas que ha tenido Lucy, que no son pocas, y agradezco la distracción. No parece ni un poco traumatizada por ninguna. Es más, aprecia la experiencia. Algo que debería aprender a hacer yo.

—Tienes que escribir un libro sobre esto —sugiere Claire, todavía riéndose histéricamente. Es verdad que yo también me estaría riendo si no fuera por el estado emocional en el que estoy ahora mismo.

—¿Un libro sobre qué? ¿El osito de peluche? —pregunta Lucy.

Alias el chico que le preguntó si le gustaba el vello corporal para, acto seguido, contarle que él estaba cubierto en vello desde la cabeza hasta los pies. El apodo se lo puso él mismo.

Me termino la cerveza de un trago y miro hacia la barra. Parece un poco más tranquila ahora. Tony levanta la vista y nuestras miradas se cruzan.

—Perdonad —digo, levantándome del banco—. Vuelvo en un par de minutos.

Camino hacia él, con las piernas temblando del nerviosismo. El alcohol me ha ayudado, pero no lo suficiente.

—No esperaba verte aquí esta noche —dice, extrañamente animado—. ¿Y esa cara larga?

¿Es que no lo sabe?

—¿No has visto las noticias?

—No. No me gusta leer esas cosas. Nunca son verdad —responde, cargado de ingenuidad—. ¿Dónde está Josh? ¿No habéis quedado hoy?

—Seguro que está por ahí acostándose con su ex prometida.

Se le descuelga la mandíbula.

—Julia, lo que sea que hayas leído…

—No he tenido que leer nada. Hay fotos por todo internet —le interrumpo—. Empezó el jueves, y solo ha ido mejorando con cada día que pasa.

Saco el móvil, escribo su nombre, y la dichosa imagen aparece en pantalla. Se lo enseño. La observa unos segundos antes de que su expresión cambie.

—¿Has hablado con él? —pregunta, confundido—. Esto no es propio de él.

—Apenas he sabido nada de él desde la última vez que nos vimos. —Mi voz se quiebra, dejando entrever mi dolor—. No voy a ir detrás de él cuando está claro que está demasiado ocupado.

—No ha venido en un par de días —murmura Tony.

—Quién sabe, igual a ti también te ha engañado.

Casi puedo saborear la amargura con la que hablo, y esto lo pilla desprevenido.

—Lo siento —dice, como si fuera su culpa—. Esto…

Me devuelve el móvil.

—No es propio de él. Tiene que haber una explicación. Hablaré con él yo mismo. Te debería de haber llamado en cuanto salió esto a la luz.

—Da igual —respondo con suavidad. No da igual en absoluto, pero Joshua Harrison no es su responsabilidad—. Es mejor así. Sabía que en algún momento se iban a complicar las cosas.

Tony hace un gesto descartando mis palabras.

—¿Complicado? Vale. ¿Esto? No es aceptable. —Está al borde del enfado—. No te preocupes por la cuenta. Corre de su parte.

Esbozo una sonrisa.

—En ese caso, voy a asegurarme de no poder recordar esa foto al final de la noche.

—Sé que esto es duro —dice en un tono casi paternal—, pero tómatelo con calma.

—Lo haré —contesto, bajándome del taburete—. Ahora te mando a una de las chicas con nuestro pedido.

Asiente.

—¿Seguro que estás bien?

—Iba a pasar tarde o temprano. Con la presión del trabajo, estamos en un punto muerto igualmente —digo con una sonrisa triste. Pienso que, quizá, si le echo la culpa a Jeff, puedo sentirme mejor.

Vuelvo a la mesa, las chicas me miran expectantes. Finjo una sonrisa.

—Esta noche invita Harrison, chicas —anuncio, girándome hacia Lucy—. Pide lo que quieras.

Se le iluminan los ojos y se marca un bailecito.

—¡Que empiece la fiesta!

—Perdónala —dice Claire, mientras la vemos avanzar hacia Tony como si tuviera una misión secreta—. No es que intente ser… insensible. Es que vive en su propio planeta.

—Ojalá todas fuéramos un poco más como ella.

Lucy se cuela entre la gente sin cortarse. No tarda ni dos minutos en volver hacia nosotras, todavía bailando.

—Vamos a soltarnos el pelo, ¿no, Jay?

Deja sobre la mesa la segunda ronda de chupitos y tres mojitos. No veo alternativa que no sea aceptar.

—Por las mujeres —brinda—. Y a la mierda a los hombres mediocres.

Amén a eso, pienso mientras me bebo el chupito de un trago.

Lo llaman valentía de garrafón. Y no podía tener mejor nombre.

Tal y como era de esperar, cuando terminamos los mojitos (superfuertes), Claire está lista para enseñarle al bar quién manda. Se levanta, con una estabilidad sorprendentemente para la velocidad a la que se ha terminado su copa, y se dirige directa a la mesa de billar, donde dos chicos ya están jugando.

Lucy y yo la seguimos de cerca.

Les da la conversación justa para que nos dejen unirnos. Atribuyen nuestra primera victoria a la suerte del principiante. Echamos otra partida y esta vez les ganamos todavía más deprisa.

La gente se empieza a reunir a nuestro alrededor, sobre todo se acercan hombres convencidos de que ellos serán los que nos destronen de la victoria esa noche.

Para cuando la tercera pareja recoge sus bebidas y se retira tras haber metido solo una bola, el resto se ha ido echando atrás silenciosamente. Salvo dos, que se quedan observándonos, con pinta de estar calculando sus probabilidades.

Claire se da cuenta.

—¿Os atrevéis a ser la competencia digna que necesitamos, chicos? —coquetea, acercándose demasiado a uno de ellos—. El ganador se queda en la mesa.

—Lo siento, preciosa. No me gusta dejar a la gente ganar, ni siquiera a tías buenas como tú.

Reprimo un escalofrío de vergüenza ajena. Madre mía, no parecen haber aprendido.

—¿Y si nos dejas a nosotras preocuparnos de *no perder*, y tú te ocupas de jugar lo mejor que puedas? —digo, con voz baja y seductora.

—Os propongo algo —dice el otro chico, acercándose—. Si estáis tan seguras de que esto puede ser un reto, vamos a apostar. Si

ganamos, nos invitáis a la siguiente ronda y os venís con nosotros el resto de la noche.

Suena como el infierno en la tierra.

Miro a Claire, pero ella parece estar segura de nuestras habilidades.

—¿Y si perdéis?

Se ríen.

—Si perdemos, os invitamos nosotros a una ronda y hacemos lo que vosotras queráis.

Imagino un abanico infinito de posibilidades para humillarlos después de que pierdan. Me gusta este tipo de apuesta.

Nos damos la mano para cerrar el trato. Lucy se sienta a un lado animándonos, dando sorbos de su Margarita recién preprado.

—¿Os importa si rompemos nosotros? —pregunta el más alto de los dos.

—¿No crees que nosotras podamos hacerlo? —salta Claire.

—No es un misterio que somos más fuertes que las chicas.

¿Vamos a jugar al mismo juego? ¿Desde cuándo para el billar se necesita fuerza? Esto va a ser una masacre.

—Claro —respondo, tirando de Claire hacia atrás—. Podéis empezar.

Nos sentimos imparables. Me sorprende lo bien que jugamos, porque, aunque no estamos borrachas, las copas que nos ha ido trayendo Lucy se notan.

Los chicos empiezan a sudar a medida que nuestras bolas caen en las troneras, una tras otra. A ellos todavía les quedan tres cuando llegamos a la negra. Es mi turno.

Charlie, nos hemos aprendido su nombre por la absurda cantidad de veces que se ha intentado venir arriba animándose a sí mismo, se acerca mientras preparo el tiro.

Apunto a la tronera superior izquierda. Me inclino sobre la mesa y él imita mi postura. Coloca su cara a centímetros de la mía. Su concepto de espacio personal es inexistente. No pierdo la compostura. Al contrario, me giro para mirarlo.

—¿Sí, Charlie?

—¿Estás segura de que quieres elegir esa tronera? —dice, intentando distraerme. Finjo una sonrisa dulce, casi inocente. La toma como una invitación y apoya la mano en la parte baja de mi espalda.

Estoy a punto de decirle que no me toque cuando alguien nos interrumpe.

No necesito mirar. Conozco su voz como si fuera la mía. Incluso cuando suena más grave y áspera que de costumbre.

Capítulo Veinticuatro

—JULIA —gruñe—. ¿Podemos hablar un segundo?

Me quedo congelada. De repente, soy dolorosamente consciente de que la mano de Charlie sigue sujetándome la espalda, a mano de un intruso sobre mi piel. Quema. Me siento como si el director del colegio me hubiera pillado con las manos en la masa, a punto de recibir la bronca de mi vida.

Excepto que no soy yo la que la ha liado.

Cierro los ojos, reuniendo toda la seguridad que me queda y giro la cabeza hacia él. No me muevo y Charlie tampoco lo hace.

—Me vas a tener que dar unos minutos. Me toca tirar, y después tengo que cobrar mi premio.

Empiezan a acercarse chicas que lo reconocen, pidiéndole fotos. Sé que lo está pasando mal, pero aun así me tomo mi tiempo. Miro otra vez a Charlie.

—Así es como se hace —le digo. Él no se mueve ni un milímetro, y yo no le pido que lo haga, sabiendo que la situación está provocando una reacción en Harrison.

Quizá soy una inmadura, pero es lo que me apetece hacer después de estos últimos días sin saber nada de él.

Tiro y la bola entra limpia exactamente donde yo quería.

Claire y Lucy saltan de los taburetes y empiezan a gritar y aplaudir, logrando llamar más todavía la atención, sobre nosotras y también sobre Harrison.

Sigue ahí de pie, con las manos en los bolsillos, esperando con una paciencia que parece a punto de agotarse.

—Lo siento —le digo a Charlie cariñosamente. Ya estamos frente a frente —. Pero ya os habíamos avisado.

Puede que sea el alcohol, o a lo mejor el hecho de que Harrison haya interrumpido mi noche de chicas, pero me inclino y le doy un beso rápido en la mejilla a Charlie. Cuando me giro para irme, él me agarra del brazo.

—Las manos fuera —gruñe Harrison, plantándose delante de mí.

Charlie le lanza una mirada llena de desafío.

—¿Y tú quién eres? ¿El novio?

Doy un paso y me interpongo entre los dos.

—Ya se iba —espeto.

—No me voy a ningún sitio. No hasta que hablemos.

Su voz sigue siendo igual de grave, pero ahora tiene un deje de súplica.

Una chica se acerca a nosotros tímidamente.

—¿Joshua? ¿Me podría hacer una foto contigo? Soy tu fan número uno.

—Parece que te toca trabajar. Yo me voy a cobrar mi premio —le digo antes de unirme al resto del grupo en la barra.

—Entonces queda decidido. Una ronda de chupitos para todos —le dice Claire a Tony.

La mirada de Tony rebota entre Harrison y yo, la tensión aumentando por segundos.

—¿Qué queda decidido?

—Ahora lo verás —se ríe Claire.

Harrison aparece a mi lado otra vez. Puedo olerlo. Siento como su cuerpo me atrae al estar tan cerca del mío. Hago un esfuerzo sobrehumano para no mirarlo.

Tony coloca cinco chupitos frente a nosotros y un plato pequeño con limón y sal.

—Creo que ya has bebido suficiente —me susurra Harrison al oído, provocándome un escalofrío inesperado.

La rabia me sube como la espuma. *Ni de coña* va a decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—¿Y tú cómo sabes cuánto he bebido? —le suelto, me doy la vuelta para mirarlo a los ojos y le clavo el dedo índice en el pecho.

—Tony me ha dado tu cuenta.

No sonríe. Su cara sigue manteniendo esa expresión neutra que tanto me saca de quicio. Pero ver lo frustrado que parece me vuelve todavía más cabezona.

—Genial —respondo—. Me alegro de que eso se haya quedado solucionado tan rápido.

Todos están esperando. Cojo el chupito y sin apartar los ojos de los suyos, me paso la lengua por la base del pulgar, lo cubro con sal y lo chupo.

Agradezco el fuego líquido que arde por mi garganta. Ahora sí que lo necesito.

No se espera ni a que muerda el limón antes de cogerme la mano. Me quita el vaso y lo deja en la barra.

—Nos vamos —anuncia, dirigiéndose a Claire y a Lucy, que están demasiado atónitas para reaccionar.

—No. No nos vamos —digo con firmeza.

Un grupo de chicas entra al bar, escaneando la sala. Claramente, lo están buscando a él. La noticia de que está aquí corre como la pólvora.

—No hagas que te saque de aquí a rastras.

—No lo harías —lo desafío.

Levanta una ceja y se agacha para cogerme.

—Vale, vale. Vamos.

Le lanzo a las chicas una mirada de disculpa antes de que me levante del suelo y me lleve hacia el almacén. El último lugar en el que quiero estar ahora mismo.

Los recuerdos me inundan, salvajes e imparables, libres de ese rincón de mi cabeza donde los tenía enterrados.

Es tan abrumador que me tengo que sentar sobre de las cajas de cerveza para no perder el equilibrio.

—No necesitaba que te presentaras aquí esta noche —le digo. Es la verdad. Lo necesitaba hace *días*, cuando salieron esas fotos por primera vez.

—Tony me dijo que estabas aquí.

—Sí —resoplo—. Hasta ahí llego.

—¿Podemos ir a algún sitio? —pregunta, girándose hacia la puerta como si alguien fuera a entrar en cualquier momento

—¿Por qué? —le presiono—. ¿Tienes miedo de que te vuelvan a pillar en otro escándalo?

—Julia… —se pasa una mano por el pelo desordenado, sin saber qué decir—. No es así. Joder. ¿Podemos irnos?

Quiero seguir atacándolo. Hacer que se frustre es el único poder que tengo ahora mismo.

Pero hay algo en la forma en la que se mantiene en pie —tenso, como si apenas pudiera consigo mismo— que tira del único hilo de compasión que me queda.

—Mis cosas siguen ahí afuera.

El subidón de adrenalina que se apoderó de mí al verlo llegar empieza a desaparecer, y el efecto del alcohol empieza a ocupar su lugar

—Voy a por ellas —digo arrastrando un poco las palabras.

—¿Dónde están?

—Las cojo yo —insisto—. Hay como mil personas buscándote.

—Por favor, tú quédate aquí, Julia. —dice, serio.

—La mesa del final. Abrigo marrón y un bolso pequeño negro.

Lo veo abrirse paso entre la gente para llegar hasta donde Claire y Lucy están sentadas, ahora acompañadas por Charlie y su amigo. El grupo de chicas lo ve de lejos y todas se abalanzan hacia él justo cuando se da la vuelta para volver conmigo.

Me coge de la mano, salimos y la puerta se cierra detrás de él.

—Vámonos.

Me siento como si estuviera fuera de mi cuerpo, observando cómo me dejo ser arrastrada fuera del almacén, hacia el callejón.

En la esquina, el SUV negro nos espera.

Me ayuda a subir, rodea el coche, entra por el otro lado y nada más sentarnos le dice a Arthur que nos lleve a mi piso.

Estoy sentada, intentando procesarlo todo. Me giro hacia él y descubro que me está mirando.

Se inclina hacia mí y yo me echo un poco hacia atrás, sin fiarme de mí misma al tenerlo tan cerca. Su brazo pasa por delante de mi cara y coge mi cinturón. Intento quitárselo de las manos. Sé ponerme el cinturón sola, ahora que recuerdo que existe.

—Para —dice, suavizando el tono al hablar—. Estate quieta, Julia.

Le hago caso.

Está tan cerca que ni siquiera tengo que moverme para olerlo. Su aroma me envuelve de una forma inexplicable, como siempre. Solo quiero rodearlo con los brazos y fingir que los últimos días no han existido. Volver a nuestro mejor momento, nuestra mejor versión.

Eso lo hice tantas veces con Noah. Pretender que todo iba bien.

Amo a Harrison, pero, por encima de todo, amo la nueva versión que he descubierto de mí misma.

Así que, con una fuerza de voluntad que no sabía ni que tenía, me dejo la venda de los ojos quitada.

Pasamos el trayecto en silencio. Nos turnamos para mirarnos de reojo, pero ninguno se atreve a hablar. Mejor así. Arthur no necesita ser testigo de esto.

En cuanto llegamos, Harrison se baja y me abre la puerta. Sigue llevando mi abrigo y mi bolso, en el que rebusca hasta encontrar las llaves. Camina hacia mi piso y lo sigo, él se gira cada dos pasos para comprobar que voy tras él.

Yo no me doy prisa. He bebido demasiado como para preocuparme.

Cuando llegamos a mi puerta, la abre y se queda esperando.

—¿Puedo pasar?

Giro la cabeza hacia él, reprimiendo una sonrisa.

—¿Después del numerito que has montado en el bar, ahora pides *permiso*?

Resopla, pasándose una mano frustrada por el pelo. Lo tiene revuelto en un millón de direcciones. Cuando cierra la puerta después de entrar, deja mis cosas en el sofá y se queda ahí plantado, con las manos en los bolsillos.

Con el silencio de mi apartamento me permito mirarlo de verdad.

Tiene mala cara.

Parece que lleva varios días sin afeitarse, probablemente desde el miércoles. Sus ojos, siempre tan vivos y llenos de energía, lucen apagados por las ojeras que los ensombrecen. Lleva unos pantalones negros y una sudadera gris vieja y gastada.

—Tienes una pinta de mierda —le digo, gracias a los mojitos y chupitos he perdido los filtros.

Me pensaba que se iba a ofender, pero ni se inmuta. Solo se ríe.

—Sí, gracias. He tenido días mejores.

Nos quedamos ahí en silencio durante un minuto entero. Ninguno se mueve.

—Así que… —dice al fin y la mandíbula se le tensa—. ¿Quién era ese?

De todo lo que podría haber dicho para empezar, ¿elige *eso*? Increíble.

—¿Quién era quién? —pregunto, preguntándome si de verdad se va a atrever a seguir con el interrogatorio.

—El chico del bar. —Su voz es una mezcla de celos y dolor—. Estoy seguro de que no le has contado que nosotros también hemos estado en esa misma posición en la que lo tenías.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le gruño. Él da un paso atrás al oírme—. Eres la última persona que debería darme lecciones de ese tipo, sobre todo eres el último que puede permitirse hablarme con ese tono condescendiente.

Abre la boca, pero no lo dejo hablar.

—Si esa es la razón por la que has venido al bar, para asegurarte de que no me perdías por otro tío, siento informarte de que me has perdido mucho antes de que él apareciera. Y ha sido todo cosa tuya.

Algo cambia en sus ojos. Su expresión se desmorona en cuestión de segundos. Entonces, da dos grandes pasos y en un instante lo tengo delante, extendiendo su mano hacia mi.

Mis palmas chocan contra su pecho. Lo empujo antes de que pueda acercarse demasiado. Si lo dejo seguir, estaré perdida.

—No —le advierto.

Deja caer sus brazos a los lados, derrotado.

—Lo siento, Julia —dice en voz baja—. ¿Estás bien?

Lo estaré cuando deje de dar rodeos.

—Estoy bien. —Pasa otro minuto y no dice ni una palabra. Sé que está pensando cómo sacar el tema—. ¿Vas a hablar de lo que ha pasado entre nosotros estos últimos días o lo hago yo?

Nunca nos habíamos hablado así, con tanta dureza. De hecho, no creo que yo le haya hablado así a nadie antes.

—No quiero estropear más las cosas —murmura—. Lo siento. Sé que la he cagado estos últimos días. He estado hasta arriba. Quería venir cada noche, pero estaba agotado. Ayer me quedé durmiendo en el sofá y…

—Para. —Levanto una mano—. Hay muchas cosas de las que quiero hablar, y tú y tu agenda ocupadísima estáis en los últimos puestos de mi lista. Da la cara y explícame por qué llevo días viendo fotos tuyas y de tu ex poniéndoos demasiado cómodos.

—No sabía que iba a estar ahí hasta que llegué. Pensaba que ya se había vuelto a Los Ángeles. Peter no me lo dijo, asumió que si lo hubiera sabido no me habría presentado.

—Pero te presentaste. Día tras día. —Escupo las palabras como si fueran veneno.

—Estaba intentando solucionarlo todo. Por nosotros. —Alza la voz —. Llevo un mes intentando encontrar algo que me llevara de nuevo a Los Ángeles, ¡contigo! He leído decenas de guiones. Es lo primero que hago al despertarme y lo último que hago antes de irme a dormir. No paro de grabar pruebas, rezando para que algo dé sus frutos. Y entonces el estudio me llamó para volver a grabar la serie. No me hacía ninguna gracia trabajar con ella, pensé que hacerlo al menos me mantendría cerca de ti. Lo hice por nosotros.

Una parte de mí quiere perdonar y olvidar. Dejarme caer en sus brazos y que me susurre al oído que todo fue por *nosotros*. Quiero creer en él. Pero… no puedo.

No puedo aceptar que *estar ocupado* justifique el silencio. No puedo quitarme esa sensación de que me ha traicionado. Y, sobre todo, no puedo jugarme toda mi carrera por alguien que puede desaparecer en cualquier momento.

—La besaste. En el centro de Londres, en el medio de la calle. Sabiendo que alguien iba a hacer esa foto. —Me tiembla la voz, pero

me mantengo firme—. ¿Eso lo hiciste por nosotros?

—No es lo que parece —suplica—. Ni siquiera sabía que alguien había hecho fotos de…

—Como si eso mejorara la situación. "Oh, no quería que nos hicieran una foto. Solo quería besarla". —Mi ironía corta como un cuchillo.

—¿Puedes dejar de interrumpirme? —Su tono me deja claro que mis palabras le hacen daño—. Estoy intentando explicártelo todo.

—Tendrías que haber sido claro conmigo desde que la viste por primera vez —insisto, pero decido darle un poco de tregua—. Vale, explícate.

— Hasta que llegué al restaurante que había reservado Peter no supe que ella estaba allí. Por casualidad, o por conveniencia, el productor también estaba en Londres. Y yo me sentía fatal por no tener tiempo para ti. Lo último que quería hacer era mandarte un mensaje casual del estilo "por cierto, ¡estoy cenando con mi ex!", como si nada.

—Hubiera sido mejor que la alternativa que elegiste.

—Ya, me doy cuenta ahora. —Su arrepentimiento es casi palpable—. Después de esa noche, le dije a Peter que no aceptaría el papel si ella también seguía adelante. Me dijo que me esperara, que los productores estaban ofreciendo por lo menos tres temporadas más, y que no estaban seguros de querer que ella volviese. Así que le seguí el juego, les planteé mis dudas esperando a que contrataran a otra persona.

—Y aun así te reuniste con ella otra vez. Y otra vez. Hasta que sus manos estaban en tu pelo y las tuyas en su cintura.

Decirlo en voz alta me da hasta angustia.

—En mi defensa, nunca estuvimos solos. Nuestros representantes siempre estaban ahí, también parte del equipo antiguo y los guionistas —responde—. No sé cómo se ha enterado de que estaban pensando dejarla fuera. Hoy ha aparecido en la cafetería, sin que nadie la haya invitado, y esperó a que todos se fueran para abalanzarse sobre mí.

Respira hondo, como si sufriera al describir la escena tanto como yo al escucharla.

—Empezó a suplicarme. A decirme que la podía ayudar para que la volvieran a contratar. Cuando le dije que no quería saber nada más de ella, no se lo tomó bien. Se me lanzó encima. Me pilló desprevenido. Yo no la besé. La aparté en cuanto recuperé el equilibrio.

No tengo que preguntarme si está diciendo la verdad. Sé que lo hace.

Y eso me hace sentirme aún peor, porque ahora, incluso con todos los papeles sobre la mesa, no consigo olvidar todo lo que ha pasado.

Es demasiado complicado. Tenemos demasiados frentes en contra. Mi trabajo. Su pasado. La prensa.

—Por favor —susurra, dando un pequeño paso hacia mí—. Di algo. Lo que sea.

—No sé qué decir. —Es la verdad—. No he parado de darle vueltas todos estos días. Solo sé que no puedo volver a Los Ángeles siendo la misma chica destrozada que se fue.

Exhala como si mis palabras le vaciaran los pulmones. No estoy intentando hacerle daño. Solo estoy diciendo la verdad. Mi verdad.

—No quiero que pase eso —dice, y al hablar le tiembla la voz—. No quiero ser la persona que te rompa el corazón. Quiero ser la persona que lo *proteja*.

—Ya lo has roto —susurro.

La verdad es que mis muros están volviendo a levantarse.

Y, de repente, me *alegro* de no haberle dicho nunca esas palabras. Porque le amo. Dios, *le amo*. Pero si le diera todo, tendría en sus manos el poder de hacerme añicos. Solo pensarlo basta para que quiera salir corriendo para siempre.

—No digas eso, por favor.

Da otro paso hacia mí, alargando la mano, pero yo retrocedo, manteniendo la distancia. No puedo permitirme romperme ahora, y un simple roce suyo lo conseguiría.

Respiro hondo, preparándome para lo que viene. Ojalá no tuviera que ser así. Ojalá no estuviera tan cansada.

Quiero decirle que creí, sin reservas, que era mi futuro. Que nunca he sentido por nadie lo que siento por él.

Pero en lugar de eso, lo dejo ir.

—Más allá de mi carrera, vine aquí para dejar a Noah atrás. Ya sabes la historia. Era muy joven cuando empezamos… y me cambió. Tanto, que me asustó darme cuenta de que alguien pudiera tener tanto poder sobre mí —empiezo, con el corazón en la mano—. Si hubo algo que no esperaba, eras tú. Y, aun así, aquí estás. Es todo tan surrealista que es casi irónico. En un abrir y cerrar de ojos, lo sentía todo por ti. Pero no me quedan fuerzas. Estos últimos días me han demostrado lo fácil que sería entregártelo todo… para que luego se convierta en cenizas.

—Lo siento —dice, derrotado—. Debería haberlo visto venir. Sabía que ella era capaz de algo así y no me esforcé lo bastante para mantenerla lejos.

Niego con la cabeza.

—Cuando Claire me enseñó la foto me quedé en shock, pero había algo dentro de mí que insistía en que tenía que haber una explicación —confieso, muy triste—. Ese no es el problema.

Me mira, esperando, dándome espacio para encontrar las palabras. Odio que sea tan paciente.

—Me costó mucho confiar en ti. Y *agradezco* que me lo hayas explicado. —Hago una pausa—. Pero me temo que llegas tarde. Me prometiste, aquella mañana después del estreno, que serías el primero en contarme cualquier cosa que tuviera que ver con ella. No lo hiciste. No he oído tu voz desde que saliste de mi apartamento. Entiendo que la vida se puede complicar… pero no puedo arriesgarme a volver a romperme por alguien que no puede encontrar ni dos minutos para llamar. Y ahora no solo está en juego mi corazón.

Su expresión se rompe por completo.

—Julia, por favor —dice, alterado—. Sé que la he cagado, pero *por favor* dame otra oportunidad. Podemos arreglar lo de tu jefe. Me arrastraré si hace falta. Cuando lo tenga todo solucionado, puedo…

Me cuesta la vida responder.

—No puedo —susurro, sintiendo cómo el corazón se me encoge. Una parte de mí grita que estoy exagerando, pero mi cabeza va por libre y las palabras se me escapan con un único propósito:

protegerme—. No puedo borrar esas fotos de mi cabeza. No puedo olvidar que llamé y lo único que me respondió fue tu buzón. No puedo quitarme la sensación pasarme un día ilusionada, pensando que voy a cenar contigo, y después no saber nada más de ti.

Me mira como si su mundo acabara de arder ante sus ojos. Yo me siento inestable, a punto de romperme si sigue mirándome así.

—Creo que es hora de que te vayas. —Camino hasta la puerta y la abro—. Es tarde.

No discute. Pasa a mi lado.

—Adiós, Harrison.

—Julia, yo…

Levanta la mano, suplicando una última vez mientras cierro la puerta en su cara.

Capítulo Veinticinco

ME QUEDO AHÍ PLANTADA, con la oreja pegada a la madera y un ojo mirando por la mirilla. En vez de desaparecer por el pasillo, se deja caer al suelo, saliendo de mi campo de visión.

No soy capaz de dejarlo ahí fuera.

—Vete a casa, Harrison.

Me oye, estoy segura de ello, pero tarda un rato en responder. El dolor en mi pecho empieza a espabilarme más que cualquier otra cosa. Tengo el sabor de Harrison corriéndome por las venas. Soy una adicta y él es mi droga. Si lo tengo enfrente demasiado tiempo, caeré.

—No.

Suspiro, demasiado cansada para discutir. Me dejo resbalar por mi lado de la puerta y me siento con él. No decimos nada. Él sabe que estoy aquí porque da un par de golpecitos suaves.

—Vete a dormir, Julia.

—Lo haré en cuanto te vayas a casa.

Otra vez nos quedamos en silencio. Pasan minutos. Después horas. De vez en cuando lo oigo moverse, lo suficiente para saber que sigue ahí. En algún momento, me doy cuenta de que he estado marcando un ritmo con los dedos sobre la puerta, para que él también sepa que sigo aquí.

—Lo siento, Julia —susurra ya bien entrada la noche—. Por favor, tienes que creerme.

Mi corazón vuelve a romperse de nuevo. ¿Por qué está haciendo esto? Solo nos lo está poniendo más difícil. A los dos. Quiero abrir la puerta, pero no lo hago. Y tampoco soy capaz de contestar.

Mi móvil empieza a sonar dentro del bolso. No me muevo. Me aterra pensar que, si me levanto, cuando vuelva él ya no esté. El tono se corta… y a los pocos segundos vuelve a empezar.

Tiene que ser Emma. Es la única que me llamaría a esta hora. Quiero cogerlo. Quiero llorarlo todo con alguien que me entienda. Pero estoy clavada al suelo. Aferrada a él. Su presencia en el otro lado de la puerta es suficiente para hacerme replantear todo.

Cierro los ojos y lo único que veo es esa foto. Pero cuando los abro, lo único que *siento* es a él. No entiendo por qué. He tomado mi decisión. Debería poder dejarlo atrás por mucho que duela.

No lo hago. Me quedo. Y me empiezo a preguntar si me estoy equivocando, o lo nuestro ha estado condenado desde el principio y hemos estado luchando por algo que no tenía futuro.

Durante la última década, mi vida ha estado secuestrada por mi peor versión. Me centré tanto en Noah que me olvidé de vivir por mí misma. Después, toda mi energía se fue en levantar muros alrededor de mi corazón y en encerrar lo que sentía lo más al fondo posible.

Empiezo a dudar de cada una de mis decisiones, de todas excepto de una: haber venido a esta ciudad. Pero ahora incluso esa certeza se tambalea. Con cada día que pasa, crece el miedo de que Mavericks no sea el sitio para mí después de todo.

¿Y si estoy usando la situación como una excusa para apartar a Harrison?

¿Y si me estoy saboteando a mí misma otra vez?

Al principio, la idea de tener un futuro con él no parecía siquiera ser una posibilidad. Somos de mundos muy distintos, hay un océano literalmente entre nosotros. Pero cita tras cita, fui conociendo a Josh. No al actor. Al hombre. Imperfecto y honesto.

En algún punto del camino, la esperanza floreció.

Y ahora me pregunto… ¿lo estoy castigando por no ser perfecto? ¿Soy yo la que le está exigiendo un estándar imposible cuando lo único que ha hecho ha sido intentarlo?

La culpa se cuela en mi cabeza. Y yo la dejo, por si acaso fuera bastante para que cambie algo en mí. Pero mis miedos gritan más alto. Siempre lo han hecho.

Al final, el cansancio me vence. No sé cuándo me duermo ni cuánto tiempo pasa.

Un golpe suave en la puerta me despierta.

Me duele todo el cuerpo de llevar tanto tiempo en el suelo. La luz difusa de la mañana cubre el salón. Un hilo de sol se cuela por la ventana.

Oigo movimiento fuera. Me levanto y miro por la mirilla.

Harrison está de pie, apoyado en la puerta, sus dos manos apoyadas contra la madera.

El reloj de la cocina marca las seis de la mañana.

¿Ha pasado aquí toda la noche? Me da un escalofrío solo de pensarlo.

Estoy a punto de abrir cuando su voz, amortiguada por todo lo que hay entre nosotros, llena el espacio.

—No estoy seguro de si sigues ahí. Si estás despierta. Pero no me puedo ir así. No con tantas cosas sin decir.

Aguanto la respiración. No me muevo. No quiero interrumpirlo.

—Lo siento. Me arrepiento de todo lo que ha pasado estos últimos días con todo mi ser. Si pudiera borrarlos, lo haría. Sé que te he fallado. —Exhala con fuerza—. Tenías razón. Te prometí que sería el primero en contarte cualquier cosa sobre mi trabajo y no lo hice.

Hace una pausa. Mi corazón late muy fuerte en mi pecho.

—Fuiste tan valiente. Viniste conmigo al estreno cuando más te necesitaba, y te plantaste delante de las cámaras… me diste la seguridad que yo no tenía. Y aun así he roto tu confianza. Solo espero no haberlo arruinado para siempre.

Levanta la vista hacia el pequeño cristal de la mirilla, como si pudiera verme a través de ella. Como si estuviera mirándome directamente al alma. Tiene los ojos rojos. Hinchados.

¿Ha llorado?

Me llevo la mano a la boca para no dejar escapar ningún sonido.

—Solo imaginar que podría haberte roto el corazón me destroza. Sé que ya no quieres volver a verme y lo voy a respetar. Pero siempre he intentado ser honesto contigo, así que te dejo una reflexión: esté yo en tu vida o no, te mereces algo mejor que una empresa intentando controlar lo que haces en tu tiempo personal. Y una cosa más… tienes talento de sobra para ser fotógrafa. Espero que estos meses te lo hayan demostrado.

Se incorpora, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Cuídate, cielo.

Se gira y desaparece por el pasillo.

Corro a la ventana que da a la calle. Un minuto después, sale del edificio, cruzando al otro lado. Mira hacia atrás. Nuestros ojos se cruzan apenas un segundo antes de que doble la esquina y desaparezca.

Y en ese momento, cuando ya se ha ido, se me escapa la primera lágrima, que cae marcando un camino por mi mejilla. Luego otra. Y otra. Hasta que estoy llorando de verdad —sin compostura, rota, con el tipo de dolor que no se puede esconder.

Llevo conteniéndome tanto tiempo. En otras situaciones, con otras personas, siempre he sabido mantenerme entera. Pero no con él. No cuando siento que acabo de dejar marchar al amor de mi vida.

Todo por miedo.

Mi móvil suena. Me arrastro hasta el sofá donde dejó mi bolso. Tengo por lo menos una docena de llamadas perdidas y mensajes, pero solo uno de ellos me llama la atención.

Harrison.

HARRISON

Vas a estar bien. ¿Cómo no ibas a estarlo? Eres la mujer más fuerte y decidida que he conocido jamás. Gracias por enseñarme cómo quiero que sea mi vida.

El llanto vuelve, con más fuerza todavía. Me dejo caer en el sofá, abrazando mi móvil como si fuera lo único que me une a él. Mi

pecho sube y baja a trompicones. Me seco la cara, pero las lágrimas siguen cayendo, por mucho que me repita: *Es por mi propio bien. Mejor cortar ahora.*

Es la mentira más grande que he contado nunca.

Porque me siento vacía.

Se ha ido, y se ha llevado un trozo de mí con él.

El teléfono vuelve a vibrar. El nombre de Emma aparece sobre nuestra foto de graduación. Me obligo a respirar hondo un par de veces —no quiero preocuparla— y descuelgo.

—Hola —digo, con el mismo tono que Ross en Friends después de su divorcio—. La noche no terminó precisamente bien.

Hace un puchero. Con cualquier otra persona me sentiría juzgada. No con Emma. Está intentando sostener parte del peso conmigo.

—¿Quieres hablarlo? —pregunta con suavidad—. No debería haberte animado a salir. Lo siento, Jay.

—Ni se te ocurra pensar eso —respondo rápido—. Me lo pasé genial con las chicas.

Me cuesta sacar lo demás.

—El problema vino después.

Estaba tan en shock al ver a Harrison en mitad del bar, rodeado de gente, que ni siquiera pensé en escribirle para contarle nada.

—Ah. Resaca emocional —concluye.

Niego con la cabeza.

—Harrison apareció en *The Anchor*. Creo que no sabía nada de la foto hasta que Tony se lo dijo.

Abre los ojos como platos.

—¿Y? ¿Qué pasó? —dispara preguntas sin respirar—. ¿Te lo explicó?

—Básicamente, me arrastró hasta casa —confieso—. Se disculpó. Dijo que no sabía que ella seguía aquí hasta que la vio en la reunión. Que se le tiró encima para intentar recuperar su papel en la serie.

Emma se muerde el labio.

—Jay, no creo que te mienta con eso.

Asiento. No me había dado cuenta de que había dejado de llorar hasta que una lágrima suelta me roza la boca.

—Ya —suspiro—. Yo tampoco lo creo.

Me tumbo en el sofá, mirando al techo mientras otra lágrima se desliza por mi sien.

—Entonces, ¿por qué estás llorando? —dice, desconcertada. La pregunta golpea justo donde más duele, el miedo que me acompaña desde que se ha ido: que he cometido un error.

Cierro los ojos antes de responder.

—He roto con él.

—Jay…

Cuando vuelvo a mirarla, tiene el ceño fruncido.

—No fue solo por el beso —me justifico, más para mí que para ella—. Fue por la confianza. La rompió. Y, además, lo nuestro estaba condenado. La presión de mi trabajo iba a empeorar cuando volviera a casa. Y ese tipo de amor… solo existe en las películas. Y yo no soy actriz.

—Yo creo que serías una actriz estupenda, pero ese no es el tema —bromea, arrancándome una sonrisa mínima—. ¿Es posible que, intentando proteger tu corazón, hayas acabado rompiéndotelo tú sola?

Duele oír en voz alta lo que llevo preguntándome desde que él salió por la puerta.

—Ni siquiera me sentí así con Noah —admito—. Dijo que todo lo de estos días, el desaparecer y eso, lo ha hecho por nosotros. Para poder volver a Los Ángeles.

—Quizá no esté todo perdido —responde, dejando asomar su optimismo.

—Si no lo estaba antes, ahora sí. Lo eché, Em. Y se quedó. Se pasó la noche sentado fuera, en mi puerta, hasta que amaneció.

—Oh, Jay…

—¡No pasa nada! —me sueno la nariz—. No puedo vivir otra etapa oscura por un hombre. Apenas sobreviví a la anterior.

—Lo sé —asiente—. Y lo que voy a decirte no va solo por Harrison, va de la vida en general. En algún momento tendrás que plantarle cara a tus miedos. Con Noah te tocó una mano horrible. Sigue siendo, y siempre será, un narcisista. Pero eso no significa que todo el mundo quiera hacerte daño. No somos perfectos. Ni siquiera

yo. Y me gusta pensar que cuando meta la pata, porque puede pasar, me perdonarás y seguiremos adelante.

—Tienes razón —suspiro—. No podría estar enfadada contigo más de un minuto. Con él… es distinto. Se lo di todo. Él sabía lo difícil que era para mí volver a confiar en alguien, y aun así rompió esa confianza.

—Es muy fácil que alguien rompa tu confianza si estás dedicando la mitad de tu energía en *esperar* a que todo se derrumbe… en vez de luchar para que se sostenga.

Capítulo Veintiséis

TODO ME PARECE DEMASIADO. El piar de los pájaros que se posan en los árboles de afuera suenan en mi cabeza como una alarma de incendios. El sol que entra por la ventana de mi habitación brilla tanto que me molesta. ¿Cómo se atreve a salir cuando yo necesito oscuridad más que nunca?

Después de colgar con Emma, la única respuesta lógica era ahogar el dolor con una ducha caliente y una siesta indecentemente larga. Pero el universo tenía otros planes.

El agua se mantiene caliente hasta que me pongo el champú, el punto de no retorno, y, en ese momento, ha dejado de salir caliente y ha empezado a caer tan helada como el agua de un glaciar. Grito, salgo de la ducha y me resbalo con el primer paso casi matándome. Termino de lavarme el pelo en el lavabo como si fuera una niña pequeña.

De nuevo en mi habitación, voy a por mi pijama y mi mano tropieza con *su* camiseta. La que se dejó la última noche que pasó aquí. Todavía huele a él, y eso me descoloca por completo.

Las cortinas no ayudan. Ni siquiera tengo persianas, solo paneles translúcidos que fingen ser útiles. No hay ni una nube en el cielo que bloquee el sol, y la luz es tan vibrante que apenas oscurece la habitación. Me meto debajo de las sábanas, cabeza incluida, pero a

los dos minutos, estoy sudando y jadeando como si estuviera en una sauna con el aire demasiado caliente y mi ansiedad subiendo. ¿Cómo hay gente que duerme así?

Suspiro, rendida. Lo único que me queda es quedarme quieta y esperar a que mi cuerpo se apague solo. Cojo mi teléfono y abro las redes sociales.

Hace un par de semanas, cuando salimos por primera vez en las noticias, tuve que apagar todas mis notificaciones. De todas las apps. Después, tuve que ponerlo todos mis perfiles en privado. Sigue sin ser suficiente para espantar a los buitres.

Las solicitudes de amistad siguen llegando. Cientos de ellas cada día. Algunas son de cotillas con demasiado tiempo libre. Otras… vienen acompañadas de mensajes. El tipo que no le desearías ni a tu peor enemigo.

Al parecer, salir con él era un crimen castigado con guerra psicológica.

Hasta hoy, había ido borrándolo todo sin mirar dos veces. Pero ahora… ahora mismo estoy lo suficientemente triste como para dejarme arrastrar por cosas que me hagan sentir incluso peor.

@Lakesidedreamer: Nadie te pidió que entraras en esta historia. ¿Te puedes ir, por favor?

Algo que ya está tachado de la lista. Siguiente.

@Justaubrey: Vaya una excusa patética de persona, intentando fingir que perteneces a algo en lo que claramente no encajas, ni encajarás jamás.

Qué bonito saber que puedo provocar estos sentimientos en alguien sin siquiera decir una sola palabra.

¿Por qué todos piensan que lo estoy fingiendo? No sé mentir ni aunque me vaya la vida en ello.

Sigo bajando. El mismo veneno, diferentes usuarios. Algunos comentarios me hacen preguntarme en qué momento nos equivocamos como especie para poder destilar tanto odio.

He llegado casi al final cuando me encuentro con el peor de todos. Una amenaza de muerte disfrazada de carta de un fan.

@anonymoususer3765: Querida Julia, espero que todo te vaya bien durante tu estancia en nuestra ciudad mágica de Londres. Entiendo que quieras involucrarte románticamente con Joshua (¿quién no?), y al principio no me molestó tanto porque Emily no estaba en escena. Ahora que ha vuelto, tienes que irte. Te lo pido de buenas maneras. Los fans llevamos esperando esta reunión casi un año y no voy a dejar que nos la arruines. Así que, a menos que quieras vivir mirando por encima del hombro y echando el cerrojo dos veces, te sugiero (amablemente) que te largues antes de tener un terrible accidente que te mande bajo tierra. En fin, espero que tengas un día estupendo, y ojalá vuelvas pronto a tu país. ¡Cruzo los dedos!

Pero. Qué. Cojones.

¿Insultos? Los aguanto. ¿Gente comentando sobre mi cara? Me da igual. Harrison me enseñó a que no me importara. Intentan hundirme, pero solo acaban dándome más fuerza.

¿Pero esto?

Esto es demasiado.

No voy a darles la satisfacción de saber que me afecta. Que han conseguido que dude de mi seguridad. De mi cordura. De mi lugar aquí.

Puede que me dé miedo comprometerme, pero desde luego no le tengo miedo a una mujer solitaria tecleando amenazas desde su portátil como si fuera su trabajo a tiempo completo, solo para sentirse bien consigo misma.

Uno a uno, entro en mis perfiles y los elimino hasta que me convierto en un fantasma.

Es hora de recuperar el control. Ya no pueden seguir narrando mi historia.

Aunque adaptarse cuesta más de lo que me imaginaba. Nadie te dice cuánto tiempo pasas en las redes hasta que ya no están. Intento leer, pero no estoy lo suficientemente calmada para entender lo que pasa en la historia. Cuando leo la misma página por quinta vez, tiro la toalla.

Vuelvo a mirar el móvil por puro reflejo muscular, solo para confirmar que, efectivamente, no hay nada. Ningún mensaje nuevo. Ninguna alerta.

Es tranquilo. Y un poco aterrador.

Una parte de mí se pregunta si debería haber hecho públicos esos mensajes en vez de aislarme del mundo. Hacer capturas. Exponerlos y amplificarlos para que todo el mundo los viera. Que fueran testigos del acoso en alta definición. ¿Seguirían defendiendo a esas personas si supieran la verdad?

Por desgracia, dudo que hubiera cambiado mucho. Denunciar sus cuentas, conseguir que las eliminen… nada de eso frena a gente así. Vuelven a aparecer como malas hierbas.

Sin saber muy bien lo que hacer, abro mis mensajes y vuelvo a leer las conversaciones con Harrison. ¿Me contestaría si le escribiera? Su último mensaje es lo bastante críptico como para dejarme en el limbo, sin saber si todavía quiere un *nosotros* o si se ha dado cuenta de que está mejor sin mí.

Sigo teniendo tantas preguntas. ¿Qué ha pasado con su sueño de ser productor? ¿Volver a la serie fue alguna vez por él, o siempre fue por mí? ¿Estaba planeando sacrificar su propia felicidad por una versión de nuestra relación que ni siquiera existía del todo?

Mis dedos flotan sobre el teclado. Redacto mentalmente una docena de mensajes, ninguno lo suficientemente bueno. Al final decido que es mejor dejar esas preguntas sin responder. Solo nos haría más daño.

En el fondo, ya sé lo que diría. Escucharlo de su boca rompería el último y frágil motivo que me queda para mantenerlo lejos. Y mi

decisión es definitiva. Tiene que serlo.

LA SEMANA AVANZA a paso de tortuga.

El lunes, le conté todo a las chicas mientras tomábamos café. No hicieron preguntas. Me dieron un abrazo y me dijeron que si alguien podría salir de esto más fuerte era yo. No me lo creí, pero agradecí el intento.

Desde entonces, no han sacado el tema.

Sin que yo haya dicho nada, mis compañeros han empezado cuidarme sin parar con pequeños detalles, de forma constante: recibo invitaciones para comer, me ayudan con los informes e incluso se duplican las crónicas graciosas de Lucy sobre sus últimas conquistas (dato nada sorprendente: Charlie ha entrado en la lista).

Han sido distracciones que no sabía que necesitaba.

Y también me ha hecho darme cuenta de cuánto los voy a echar de menos cuando me vaya. He tenido suerte aquí. Con este equipo, en esta oficina. Ojalá la amistad bastará para arreglar un corazón roto.

El viernes por la mañana, como todas las mañanas desde que se fue, miro mi móvil.

Ni un solo mensaje.

Ha pasado casi una semana. Dijo que me daría espacio, así que tampoco estaba esperando nada. Pero, en algún rincón ridículo de mi cerebro, seguía aguardando un gran gesto. Ese que lo arregla todo en las películas.

El silencio trae consigo una conclusión: si de verdad quiero pasar página, tengo que dejarlo *todo* atrás. Cada cita, todos los recuerdos de este piso y en el suyo. *The Anchor*. Incluso Londres.

Abre el portátil. Esta vez no es para leer titulares ni buscar su nombre. Redacto un correo solicitando una reunión urgente con el jefe de departamento y Recursos Humanos.

No puedo seguir esperando. He terminado todos mis proyectos. No me queda nada pendiente aquí. De repente, lo único que quiero

es estar envuelta en un abrazo de Emma, bajo el techo de mi hogar, en una ciudad que sabe cómo hacerme sentir en casa.

Me dan media hora después de comer. Es una mañana ajetreada, atando cabos sueltos y asegurándome de que tengo todo preparado.

Cuando llego, Chris está esperando fuera de la sala de reuniones junto a una mujer que reconozco de vista. La responsable de Recursos Humanos, creo.

—Hola —digo, sentándome frente a ellos—. Gracias por hacerme un hueco.

—Claro —dice Chris—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Bueno… sé que esto es poco convencional, pero quería saber si sería posible terminar con mi campaña a finales de esta semana. Ya lo he acabado todo, el proyecto, los informes, los esquemas. Está todo listo.

Se miran entre ellos. En el rostro de Chris se mezcla la sorpresa con cierta preocupación.

—¿Va todo bien?

—Todo aquí ha sido maravilloso —respondo, notando como mi voz amenaza con romperse—. Tu equipo es increíble. Se complementan unos con otros de una forma que muchos quisieran. Podéis confiar en que van a representar la marca tan bien como lo hacemos en los Estados Unidos.

—¿Estás segura de que te quieres ir? Solo te queda una semana.

Asiento antes de que pueda añadir algo que me haga dudar. No he tratado mucho con Chris, pero siempre me ha parecido sincero.

—Hay algunas cosas personales de las que me tengo que ocupar en casa —digo con cuidado—. Y me vendría bien una semana extra. Entenderé que no fuera posible. Creo que aún me quedan días de vacaciones. A lo mejor podría utilizarlos.

Chris se gira hacia la mujer.

—Si lo validamos con la oficina americana, ¿puedes arreglar los papeles para hoy?

Ella abre su tablet y teclea durante unos segundos eternos.

—Sí, podría prepararlo todo.

Chris asiente y vuelve a mirarme.

—De acuerdo. Hablo con Jeff y te confirmo antes del final del día.

Empiezo a levantarme, pero habla de nuevo.

—Señorita Thomas.

Me giro a medio camino hacia la puerta.

—Ha sido un placer tenerte aquí. Eres una empleada excepcional. Soy consciente de que las cosas se han vuelto un poco tensas después de tu última reunión con Jeff, pero decidas lo que decidas, ya sea seguir en este campo o apostar por la fotografía, para la que, por cierto, tienes un don, quiero que sepas que vas a llegar lejos. Siéntete orgullosa de tu trabajo. Es excelente.

—Gracias, señor —respondo, intentando que no se me salten las lágrimas—. Significa más de lo que imagina. No lo olvidaré.

—Llámame Chris —dice restándole importancia—. Y si algún día quieres volver, ya sabes cómo localizarme.

—Lo tendré en cuenta.

La confirmación llega un par de horas después. El equipo sigue aquí, charlando a mi espalda. Giro la silla para mirarlos.

—¿Puedo pedir que cenemos juntos esta noche? —pregunto, a punto de romperme—. Incluso podemos ir a comer *fish and chips* si queréis.

—¿Qué está pasando? —pregunta Claire al instante, en modo detective.

Suspiro.

—Me vuelvo a casa antes de lo previsto.

—¿Cuánto es "antes"? —pregunta Lucy.

—Hoy es mi último día —respondo, clavando la vista en un pósit rosa fosforito pegado a la pared como si escondiera la solución a todos mis problemas—. De ahí lo de la cena.

—Cancelo mis planes —anuncia Daniel sin dudarlo.

—Yo también —añade Lucy—. Mi próxima cita desastrosa puede esperar.

—Retiro lo de que este era un buen final de semana —murmura Henry, envolviéndome en un abrazo sorpresa.

El resto de la tarde se convierte en una despedida improvisada. Voy rotando por sus mesas en turnos de media hora. Y lo más surrealista es que nadie protesta; al contrario, se pelean por tenerme en su mesa.

Es increíble pensar en lo nerviosa que estaba el primer día al cruzar esa puerta, y ahora me voy dejando atrás a personas que parecen compañeros de toda la vida.

—Esto es una mierda —dice Lucy más tarde, robando otra patata del centro de la mesa—. Ojalá hubieras venido con un aviso. No me gusta encariñarme…

—Eh, eh, eh —la corto—. Ni se te ocurra ponerte melodramática, que entonces empiezo a llorar y estoy gestionándolo sorprendentemente bien.

—¡Pues mala suerte! ¡Tengo sentimientos!

Nos reímos todos, demasiado orgullosos para admitir que estamos pensando exactamente lo mismo. Duele más de lo que esperábamos.

—Todos tenemos sentimientos —dice Claire, que es siempre la voz de la razón—. Pero vamos a mirar el lado bueno. Ahora tenemos excusa para organizar un viaje y visitarla. Siempre he querido ir a Estados Unidos.

—Nunca me había llamado la atención —confiesa James—, pero ahora sí.

—Seguro que no es Londres, pero si prometes tour por casas de famosos, yo me apunto —dice Oliver, sonriendo.

Mantenemos una conversación ligera el resto de la cena, esquivando cualquier tema que pueda empujar a Lucy —y, siendo sincera, también a mí— por el precipicio emocional. Nos quedamos hasta que la camarera ha recogido todas las mesas menos la nuestra.

La despedida cuesta. Intentamos mantener la compostura. Los chicos se hinchan como pavos reales y fingen estoicismo, pero no engañan a nadie. Sobre todo Daniel.

Claire es la última en despedirse, y nos apartamos del resto.

—¿Estás segura?

—Ha llegado la hora—digo, forzando una sonrisa—. Me vendrá bien tener una semana libre para adaptarme. El jet lag no perdona y quiero instalarme con calma antes de volver a la oficina. Es lo mejor.

—¿No tiene nada que ver con cierto actor británico? —pregunta, arqueando una ceja.

Miento, negando con la cabeza.

Entrecierra los ojos.

—¿No ha dicho nada desde el domingo?

—No —susurro—. Pero no pasa nada. Estoy pasando página. Lo dejo aquí.

Ella hace ese "mmm" tan suyo, como si archivara la verdad para usarla más adelante.

—¿Y si llama? —pregunta—. ¿Le cogerás el teléfono?

Capítulo Veintisiete

EL PISO ESTÁ RARO HOY. Las maletas están completamente abiertas. Hay una en el salón y otra en el dormitorio. Llevo todo el día empaquetando, a ratos. Las chicas se ofrecieron a venir y ayudar, pero quiero hacerlo sola.

Me quedo unos segundos mirando mi taza de "*I Heart London*". Se viene conmigo, pero, aun así, guardarla es como meter otra memoria más en una caja.

Me recuerda a la última mudanza después de la universidad. Ver cómo mi espacio se descomponía hasta volver a ser una simple habitación doble en *Krise Hall*, una a la que jamás regresaría. Es como borrar un trozo de tu vida hasta que deja de ser tuyo. Ya no puedes entrar. Le toca a otra persona.

Ya parece que por el salón y la cocina jamás hubiera pasado nadie, nunca. La maleta que tengo en el salón está a punto de reventar. Hay cosas que ni recordaba haber comprado y otras que traje de casa y nunca saqué. Ah, las maravillas de hacer el equipaje.

Normalmente, se me da muy bien. Tengo listas reutilizables que viven dentro de la maleta. Soy tan organizada que puedo deshacerla incluso en vacaciones que duran solo una semana porque sé exactamente dónde irá cada cosa al volver.

Pero esto es distinto. No me había dado cuenta de lo instalada que estaba hasta ahora, ya que lo tenía todo guardado, todo fuera de mi vista. Me siento encima de la maleta y dejo caer mi peso hasta que la cremallera cede y se cierra.

Y ahora, toca recoger la habitación que he estado evitando: el dormitorio. El guardián de todos los recuerdos.

Intenté empezar por aquí antes, pero lo dejé en cuanto encontré su camiseta. (Sí, la misma que apareció hace una semana y que guardé "por si acaso" volvía). Está sobre la cama, mirándome como si supiera cosas.

Puedo hacerlo, me digo.

La cojo, arrugando el algodón blanco entre los dedos. Su olor sigue ahí, tenue. Huele a limpio, con un inconfundible matiz cálido, tan suyo… Lo que antes era mi refugio ahora es solo un aroma residual en una prenda vieja.

Debería tirarla.

Miro el montón de "descartes" a los pies de la cama.

No le des más vueltas, tírala, pienso.

Ni de broma, se opone mi corazón.

Resoplo, pero la doblo con cuidado y la meto en la maleta.

Todo lo que hay aquí guarda un pedacito de estos tres meses. En la mesilla encuentro la carpeta de bienvenida del primer día. El paraguas que Harrison me compró sigue colgado detrás de la puerta. No lo necesitaré en casa, pero lo guardo igual. En el bolsillo del abrigo aparece una tarjeta del bar de *fish and chips* al que fuimos la primera vez; una esquina está manchada de grasa.

Mientras doblo la última pila de ropa, me topo con una caja de zapatos de aquel finde de compras. Se me corta la respiración al abrirla. No hay tacones dentro. Ahora es el hogar de las cámaras desechables de nuestro día turístico y de las notas que nos dejamos en *The Anchor*. Todo perfectamente ordenado, sujeto con una goma negra del pelo.

Cojo una de sus notas. Sentir el trazo de su letra bajo mis dedos hace que algo dentro de mi se encoja… y al poco, se relaje.

No voy a mandarle un mensaje. No voy a llamarlo. Voy a escribirle una última carta.

Lo voy a hacer por mí.

Saco la carpeta de bienvenida de debajo de una montaña de ropa y arranco una hoja en blanco. Mi mente sobreanaliza cada palabra antes incluso de empezar. Intento acallar mis pensamientos tanto como puedo. Cojo un bolígrafo.

Un solo borrador. Sin reescribir. Es mejor terminarlo como empezó.

Querido Josh:

Para cuando leas esta carta, Londres, tú y todo lo que pasó aquí, estaréis ya a kilómetros de distancia de mí. Sé que las cosas no acabaron como habíamos esperado. Pero no pasa nada. Creo.

Quiero estar enfadada. De verdad que sí. Pero no puedo. Porque, dejando a un lado las últimas semanas, tengo muchísimo que agradecerte.

Me has recordado quién era. Quién soy. Me devolviste una confianza que creía perdida para siempre. Has sido como una bocanada de aire fresco justo cuando pensaba que ya no me quedaba oxígeno.

No estoy del todo curada. Los dos sabemos que me queda camino por recorrer; para volver a confiar, para vivir sin temer cada momento. Pero cada día estoy un poco mejor.

Me dijiste que nunca renunciaste al amor, ni siquiera después de todo. Y ahora sé que yo tampoco quiero hacerlo. Puede que mi vida no sea de película, pero seguiré persiguiendo ese final feliz.

Me cuesta imaginar que volveré a sentir algo así por alguien más. Quizá somos el típico cliché de "persona correcta, momento equivocado". Sea lo que sea, me alegro de haberlo vivido.

Cuida de Tony. Sé que ya lo haces, pero ahora que vas a volver a trabajar, saca tiempo para él. Ese hombre te quiere más de lo que imaginas.

Gracias, Josh. Por todo.

J. Thomas.

P.D. Ya puedo confirmar cómo de útil es cruzar el mundo para olvidar a alguien. En teoría funciona. La persona a la que vine a olvidar ya no significa nada.

Ahora solo tengo que pasar una nueva página por alguien distinto.

Dibujo un pequeño reloj de arena al final del folio.
Etapa cerrada.

LA MAÑANA siguiente es una locura. Por fin es lunes. Mi vuelo sale a las dos de la tarde desde Heathrow y tengo que estar allí al menos tres horas antes.

Me despierto más temprano de lo que lo he hecho en años, probablemente no madrugaba tanto desde que terminé el instituto, lo hago solo para asegurarme de que no me olvido nada de la lista.

Anoche dejé pedido un taxi para que me llevara al centro y luego a la Terminal 5. Es caro, pero infinitamente mejor que arrastrar dos maletas con sobrepeso por calles empedradas.

El conductor llega puntual, cosa que agradezco. Antes me encantaba volar. No sé en qué momento me convertí en esta versión nerviosa de mí misma cada vez que viajo, siempre convencida de que voy a perder el avión.

Le pido que aparque en el callejón. Me mira raro, pero obedece.

The Anchor está tranquilo a primera hora. Tony ya tiene la cafetera rugiendo y el olor me envuelve en cuanto cruzo la puerta. Un par de clientes habituales se toman su dosis de cafeína antes de desaparecer rumbo a sus cubículos.

Levanta la vista, veo en su expresión una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Hola, Tony —digo, sentándome en mi taburete de siempre. El mismo desde donde escribí todas las notas.

—Señorita Julia —frunce el ceño mientras me examina de arriba abajo, intentando descifrar por qué llevo un conjunto deportivo en vez de un modelito de oficina—. ¿No deberías estar trabajando? ¿Va todo bien?

—No voy a ir a trabajar —empiezo, suavizando el golpe—. Me voy al aeropuerto.

Su ceño se frunce todavía más. Se gira hacia el reloj de la pared, donde también está la fecha.

—¿Cómo? —pregunta, confundido—. ¿No te quedaba una semana?

—Sí. Pero me di cuenta de que iba a necesitar tiempo para adaptarme… y ya no tenía ningún trabajo pendiente aquí.

—¿Lo sabe Josh? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—No. Hace más de una semana que no hablo con él.

Tony se pasa la mano por el pelo, un gesto de estrés que nunca le había visto hacer antes. Algo no encaja.

—Ha estado fuera del país y… ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

Ah. *Definitivamente* sabe algo que yo no sé.

—¿Qué pasa? —insisto—. Te estás comportando de una forma muy sospechosa y no tengo mucho tiempo.

—Se fue el domingo por trabajo. No sé exactamente dónde ni qué está pasando, y lo que sé… no puedo compartirlo —dice, con

pesar. Se nota que le duele guardar un secreto que ni siquiera es suyo.

—Ya, ya —le quito importancia. No quiero que Tony se sienta mal por nuestras cosas—. Me he acostumbrado. Todo lo que le rodea es confidencial últimamente. Casi mejor que siga siéndolo.

—Lo siento, Julia. Ojalá pudiera hacer algo más —se disculpa—. ¿Seguro que estás lista para volver a casa? Se suponía que volvía hoy.

—Quizá fue lo mejor que se fuera. Me ayudó a recordar que tengo una vida que continuar… lejos de él —respondo—. No me malinterpretes, voy a estar eternamente agradecida por todo lo que he vivido aquí. No lo olvidaré. Pero es hora de dejarlo ir.

Echo un último vistazo al bar. Los recuerdos amargos del billar en la universidad han sido reemplazados por otros nuevos. Nuestra mesa está vacía.

—No creo que él te esté dejando ir —murmura Tony.

Me doy la vuelta y saco un sobre del bolso. En el anverso, escrito a mano: Josh.

—Una última nota —digo, y mi voz se quiebra—. Bueno, más bien una carta. Quizá le ayude. ¿Se la puedes dar?

—Claro. En cuanto vuelva, será lo primero que tenga en las manos. Me aseguraré de que sepa que viniste.

Asiento, sintiendo el peso de otra despedida. Puede que esta sea la más difícil por el momento.

—Tengo que irme. El taxi me espera.

Rodea la barra y me envuelve en un abrazo breve, pero importante.

—Espero que nos volvamos a ver algún día —susurra. Saca su libreta de camarero, escribe algo en la primera hoja y la arranca—. Toma. Así podrás mandarme correos sobre tu vida americana cuando quieras. Los estaré esperando.

—Lo haré. Te mandaré fotos de cada sitio al que vaya —le prometo. Y esta vez lo digo en serio. He encontrado personas con las que merece la pena mantener el contacto.

—Gracias, Tony.

LA PARTE más estresante de volar es, sin duda, pasar el control de seguridad. Lo llevo todo perfectamente organizado en el bolso, líquidos en su bolsita transparente y portátil listo para salir, decidida a que el proceso sea lo menos traumático posible.

Aun así, la gente que va detrás de mí en la fila, empuja mis bandejas mientras yo sigo agachada peleándome con los cordones. Consigo meter los zapatos en la mía justo a tiempo.

Entro en el escáner de cuerpo entero —ese en el que tienes que levantar los brazos como si te acabaran de pillar robando un banco— y, por suerte, quedo oficialmente clasificada como mujer que no supone una gran amenaza.

A diferencia de quienes consideran buena idea bloquear la cinta mientras vuelven a meter su vida entera dentro del bolso (sin organizar, claro), yo cojo mi bandeja y me voy a una de las mesas laterales. El estrés por llegar a tiempo a mi vuelo empieza a disiparse poco a poco, hasta desaparecer por completo, cuando me siento frente a mi puerta de embarque.

Bueno. Desaparecer no es la palabra. Se transforma. Ahora todo son preguntas.

Las mismas que creía haber enterrado esta mañana, cuando me desperté lúcida y convencida de mi decisión. Pero Tony, sin querer, ha reavivado todas mis dudas. ¿Está Harrison planeando algo que estoy a punto de perderme porque he decidido huir?

Ahí está. La palabra que lleva una semana sobrevolando cada decisión que he tomado como un buitre: huir.

Sacudo la cabeza, como si así pudiera desalojar el pensamiento antes de que eche raíces y se vuelva pegajoso. Ya está bien de darle vueltas a todo.

Meto la mano en el bolso y saco el libro que estoy leyendo ahora, *Deadly Steps*, decidida a descubrir, antes que la protagonista, quién es el asesino. Solo llevo leído un párrafo y ya estoy enganchada. Mis hombros se relajan mientras me pierdo entre las páginas del misterio.

Saco el lápiz y empiezo a garabatear teorías en la contraportada. Solo dos libros en mi vida han conseguido engañarme con un giro lo bastante ingenioso.

Anuncian la primera llamada de embarque. La fila serpentea por la zona de asientos, pero avanza más rápido de lo que parece. Por si te lo preguntas: soy de esas personas que esperan a que todo el mundo haya embarcado para evitar el atasco humano en el pasillo. Total, los asientos están asignados.

Cuando el último pasajero se coloca en la cola, guardo el libro y miro el móvil. Solo encuentro un mensaje de Emma, lleno de signos de exclamación y la anticipación de una cuenta atrás.

Nada de Harrison.

La última llamada de embarque retumba por la terminal y me doy cuenta de que llevo dos minutos inmóvil.

Esto es todo.

¿De verdad voy a hacerlo? ¿Debería darme la vuelta y buscarlo?

Miro la pantalla de embarque, que parpadea con letras rojas furiosas llamando a los pasajeros rezagados.

Una parte enorme de mí quiere perseguir esa necesidad de luchar por algo. Por alguien.

Pero no lo hago.

Él no luchó por mí como dijo que lo haría.

Quizá él debería haberlo hecho.

Quizá yo también.

Ahora ya es tarde.

Subo al avión. Mi asiento de ventanilla vacío destaca en medio del caos del embarque. El aire acondicionado está a tope, el zumbido constante diluye las conversaciones ajenas. Me pongo el cinturón y apoyo la cabeza contra el lateral frío del avión.

Es una locura pensar que se ha terminado. Así, sin más.

Tres meses en Londres y, en once horas, estaré de vuelta en suelo americano, bajo el sol de Los Ángeles. De regreso a mi antigua vida.

El avión empieza a rodar por la pista y mi corazón acelera al mismo ritmo. Miro por la pequeña ventana redonda mientras

Londres desaparece bajo mis pies, hasta que lo único que queda es una manta infinita de nubes grises.

Mi reflejo me devuelve la mirada en el cristal. Una silueta tenue. No parezco la misma chica débil que llegó aquí con la maleta llena de dudas.

En mis ojos brilla algo nuevo, algo feroz. Y ahora que lo veo, lo siento. Una fuerza distinta, que me empuja lo suficiente como para perseguir mis propios sueños.

Capítulo Veintiocho

DUERMO CASI TODO EL VUELO.

Aunque parece que mi cuerpo está hambriento, porque me despierto cada vez que las azafatas pasan con el carrito de la comida. Sé que la comida de avión tiene mala fama, pero a mí me encanta.

—¿Pollo o pasta? —me pregunta la azafata al detenerse a mi lado.

Devoro mi mini ración de arroz blanco con verduras y pollo como si llevara días sin probar bocado… y vuelvo a dormirme.

Cuando quiero darme cuenta, ya estamos tocando tierra, rodando por la pista hacia la puerta de embarque. El sol brilla con descaro. Ni una nube en el cielo. Cualquiera diría que estoy deseando salir disparada del avión después de doce horas respirando aire reciclado.

Pero lo único que quiero es quedarme sentada. Incluso coger el siguiente vuelo de vuelta.

Tengo ganas de ver a mi familia, de abrazar a Emma. Pero hay un nudo en mi estómago que crece exponencialmente cuanto más me alejo de Harrison.

Intento convencerme de que es por todo lo que se ha quedado sin decir. Aunque, muy en el fondo, sé que es algo mucho más

simple.

Lo echo de menos.

El equipaje tarda una *eternidad* en salir por la cinta transportadora. Me ilusiono cuando una de mis maletas sale la primera… solo para que la otra aparezca la última.

Lo que no me sorprende descubrir es que, durante el vuelo, alguien ha filtrado mi número. En cuanto enciendo el móvil, recibo, a modo de bombardeo, una lista interminable de mensajes y llamadas perdidas. Parece que borrar mis redes no fue suficiente. Ahora también tengo que cambiar de número.

Veo a Emma en cuanto se abren las puertas de la zona de llegadas.

Está sujetando un cartel blanco enorme que dice:

¡FELICIDADES POR SUPERAR TU REHABILITACIÓN, JULIA!

En letras redondas y exageradas.

Abro los ojos como platos y niego con la cabeza, suplicándole que lo guarde. Ella sonríe todavía más. Cuanto más me acerco, más se emociona, hasta que empieza a saltar en el sitio.

Es difícil hundirme en la tristeza de lo que he dejado atrás cuando alguien como ella me espera aquí.

—Tienes cara de haber vuelto del infierno —bromea, tirando de mí para abrazarme.

Había olvidado lo bien que huele. Vainilla y sal marina.

—Yo también me alegro de verte —respondo cuando por fin me suelta.

Está igual que siempre.

Lleva el pelo, castaño claro, recogido en dos trenzas desechas. Algunos mechones rebeldes le enmarcan la cara. Se ha puesto su peto corto favorito, camiseta blanca y las clásicas Vans SK8-Hi, un poco más gastadas que la última vez que las vi.

Aquí nada ha cambiado.

Y, sin embargo, todo parece distinto.

—No me creo que estés en casa —susurra, sujetándome la cara con las manos, como si necesitara comprobar que soy real—. Enterita.

Sonrío con suavidad.

—Casi.

No pregunta a qué me refiero. Agarra mis maletas y me guía hacia fuera, donde tiene el coche en doble fila.

—¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza.

Las heridas siguen en carne viva. Hablar sobre ello lo convertiría en algo real y todavía no estoy preparada para eso. Por suerte, no insiste.

El trayecto hasta mi apartamento no dura más de media hora. Intento reconectar con la ciudad que dejé atrás, pero todo me resulta… raro.

El sol brilla más de la cuenta.

Los coches, demasiado ruidosos.

El aire huele a gasolina y asfalto derretido.

Pillo a Emma mirándome de reojo.

No quiero estropear este reencuentro. No se merece *esta* versión mía después de tanto tiempo.

—Lo siento. Sé que ahora mismo soy la peor compañía del mundo —admito—. Ha sido intenso. No solo por él. Por todo. No pensé que volver sería tan difícil.

—No te preocupes —dice, y no solo por decir algo—. No me imagino lo duro que debe de ser construir una vida en otro sitio solo para tener que dejarla atrás.

—Sí. Es mucho que procesar, eso es todo. Tengo la sensación de que he vivido un sueño, pero a la vez parece muy real.

—Viviste *mi* sueño, eso seguro —se ríe.

Fue de ensueño. Mientras duró.

—No sé cuándo. Necesito tiempo. Pero cuando esté lista para hablar, serás la primera.

—Eso es todo lo que quiero —responde, buscando mi mano y apretándola—. Pero prométeme que no te olvidarás de los detalles jugosos.

Emma ha estado cuidando mi piso mientras yo estaba fuera, así que bajo las maletas del coche y ella corre a abrir la puerta.

Cierro los ojos y levanto la cara hacia el sol, esperando que un chute de vitamina D me devuelva un poco de energía.

Aguanta la puerta abierta mientras arrastro mi equipaje hasta el pasillo. Lo dejo en el umbral, demasiado cansada para que me importe.

Mi pequeño hogar de color crema está justo como lo dejé. Los cojines del sofá siguen en su lugar. La pila de libros en la mesa, intacta. Todas mis velas de mango y limón, continúan a medio usar, estratégicamente colocadas por toda la casa. Mi habitación, conservada. La ropa que no se vino a Londres, todavía extendida sobre la cama.

Solo hay una cosa que ha cambiado.

Algo que se nota en cada una de las habitaciones.

—Tenías un solo trabajo —digo.

Se tapa la sonrisa con las manos, pero la risa se le escapa igual.

—¿Cómo —gimo—, has conseguido matar a *todas* mis plantas?

—¡Lo siento! No sé cómo ha podido pasar. —Emma se ríe sin disimulo—. Todo empezó con la de la cocina. Pero pronto, las demás se rindieron también. No paraba de regarlas y nada. Incluso me descargué una aplicación que te dice lo que les pasa.

No miente. He oído hablar de ella. Lo que pasa es que yo nunca he necesitado mi teléfono para mantener plantas vivas.

—¿Y? —digo, preparándome para lo que viene—. ¿Cuál fue la causa oficial de la muerte?

La sonrisa en su cara lo dice todo.

—Demasiada agua —decimos al mismo tiempo.

Nos entra la risa tonta, esa que no se puede parar.

Es *tan* Emma… matar de amor. Literalmente.

Me dejo caer en mi sillón de leer y ella se sienta en enfrente, en el suelo.

—He comprado cosas para hacer sándwiches antes de recogerte —dice, señalando la cocina—. Por si te entraba hambre. Sé que seguramente caerás redonda hasta mañana, pero había pensado que podríamos resucitar Martes de Tacos. Con unas copas y todo.

Debe detectar mi duda al instante, porque no me deja ni abrir la boca.

—Sabes que no voy a presionarte para que hables de ello, ¿verdad? —Asiento—. Pero eres como mi hermana, y odio verte así. Y además… te he echado muchísimo de menos.

Tengo el resto de la semana libre. Ninguna obligación más allá de ver a mi familia y repoblar una selva entera de plantas. Le debo, como mínimo, esto.

—Vale. Solo si lo organizas tú esta vez. No sabría ni dónde empezar a buscar un sitio —le digo. Empieza a aplaudir como si le hubiera tocado la lotería—. Tengo una condición más.

—Lo que sea —dice deprisa, y luego frena en seco—. Espera… ¿qué es?

—Me cuentas absolutamente todo lo que me he perdido estos meses. De principio a fin. Incluidas las citas desastrosas.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que durante semanas todo ha girado alrededor de Harrison. Hemos aparcado todo lo que no lo incluía a él. Incluida la vida de Emma. Si hay algo que quiero recuperar, es ser esa amiga que conoce hasta el detalle más insignificante de su amiga.

—Trato hecho.

ACABAMOS CENANDO en una nueva furgoneta de tacos que acaba de conseguir un sitio en Venice Beach. Lo llevan dos hermanos mexicanos (americanos de primera generación empeñados en mantener viva su herencia). Lo sé porque Emma es mitad mejor amiga, mitad detective privado.

Hoy le toca a ella pedir, así que, mientras analiza el menú con una concentración propia de estar tomando una decisión vital, yo me alejo un poco hacia el paseo marítimo.

La brisa es ligera, pero la mezcla de calor y humedad me deja las manos pegajosas.

Antes de irme, una de nuestras tradiciones favoritas era venir aquí, a la playa.

Yo traía la silla plegable, una nevera y un buen libro.

Emma aparecía con tres tipos distintos de protector solar, la sombrilla y su mejor bikini.

Mientras yo leía, ella escaneaba el mar en busca de su próximo surfista favorito.

Ahora hasta el mar huele diferente. Más salado. Como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo pertenecer a este sitio.

—¿Has venido los fines de semana? —pregunto, limpiándome una gota de salsa picante de la barbilla.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. Era raro sin ti. Igual que esto.

Le da un mordisco monumental al taco y desaparece medio en un solo bocado.

—¿Qué te parece si venimos este fin de semana? —propongo—. Justo después de que vayamos a comprarme plantas nuevas.

Emma termina la cena a velocidad supersónica, pero no tenemos prisa. Nos movemos a un banco vacío del paseo, de esos donde el sonido del mar es el fondo perfecto para una buena conversación.

Me pone al día de todo: el drama en su oficina (una de las chicas, Lin, se ha liado con Paul, el archienemigo oficial del grupo), su último ligue sin expectativas, Sean, y un mini discurso apasionado sobre su restaurante de sushi favorito.

Todavía nos estamos riendo cuando entramos en el bar. Solo lleva un par de semanas abierto y ya es un éxito absoluto. Entiendo por qué en cuanto cruzamos la puerta.

Parece un invernadero mezclado con una de esas terrazas en lo alto de un edificio. Techos de cristal que dejan ver el cielo lleno de estrellas. Plantas trepan por las paredes, iluminadas por un fondo azul.

Hay ruido, como en cualquier sitio lleno hasta arriba, pero no es agobiante. Sería perfecto… si no fuera por la cola interminable para que te atienda un camarero.

Emma y yo estamos una frente a la otra, apoyadas en la barra. Ella desliza el dedo por la pantalla del móvil, concentrada en

encontrar el nombre de otra nueva furgoneta de tacos de la que ha oído hablar mientras esperamos nuestro turno. Cuando levanta la vista, su mirada pasa por encima de mi hombro… y se queda rígida.

—Prepárate para el impacto —susurra.

Me giro en seco, con mi adrenalina disparándose.

—Sabía que eras tú.

Su voz es tan desagradable —como el sonido de unas uñas arañando una pizarra, o como la alarma del cinturón cuando no te lo abrochas.

—No esperaba verte de vuelta en Los Ángeles tan pronto. Qué sorpresa tan maravillosa.

Consigo sacar la sonrisa más falsa de todo el territorio continental de Estados Unidos.

—Sigue andando, Noah.

Emma me aprieta el brazo. No sé si es apoyo moral o prevención por si decido abalanzarme sobre él.

—¿Dónde está el chico actor? —sonríe con suficiencia, está claro que está al día de los cotilleos—. He oído que volvió corriendo con su ex. Igual deberías tomar ejemplo. Te invito a una copa.

—Noah —digo, despacio, vocalizando como si estuviera hablando con un niño pequeño—, déjame explicártelo de una forma que puedas entender: no aceptaría una copa tuya ni aunque fuera lo único que quedara en el mundo y llevara días perdida en el desierto.

Debería ofenderse. Pero, fiel a su estilo, su ego hace como que no ha oído nada. Sin captar la indirecta (directísima), nos dedica su sonrisa más encantadora. Esa que te avisa de que es hora de correr y no mirar atrás,

—Parece que lleváis esperando un rato. Emma tiene sed —señala —. Conozco a una de las camareras. Puedo conseguir que nos atiendan.

Claro que sí. Era de esperar.

Emma está a punto de soltarle algo insultante cuando su móvil se ilumina. Las dos entrecerramos los ojos al ver la llamada entrante.

—¿Instagram? —pregunto.

Frunce el ceño. No tiene foto de perfil. Ni seguidores, o seguidos. Solo una cuenta en blanco.

Raro.

Cuelga y abre el perfil.

—Será spam…

El teléfono la vuelve a interrumpir. Esta vez, por pura curiosidad, lo pone en altavoz.

—¿Está Julia contigo?

La voz suena tensa y frustrada. Familiar.

—¿Harrison? —susurro, aunque en el fondo ya lo sé.

Emma asiente despacio.

—¿Tu amante británico? —interrumpe Noah, metiendo la nariz donde nadie lo ha llamado.

Lo empujo hacia atrás, cojo el teléfono y a Emma y la arrastro conmigo hacia la salida.

—¿Quién era ese? —escupe Harrison al otro lado. Cuando no respondo, pregunta de nuevo—. Julia. ¿Era Noah?

Siento como la tensión atraviesa la línea. Se podría cortar con un cuchillo de mantequilla.

Quito el altavoz y me llevo el móvil al oído.

—No es asunto tuyo —digo, intentando sonar firme. Pero mi voz tiembla lo suficiente como para delatarme.

—¿Dónde está tu móvil?

—En el bolso.

Silencio. Un segundo. Dos. Tres.

—He estado intentando llamarte.

Y yo intento olvidarte, pienso, pero no lo digo.

—Tengo número nuevo.

Otra pausa. La llamada sigue activa y el silencio duele. Miro la pantalla por si ha colgado.

—¿Hola? —insisto.

Exhala fuerte, como si estuviera conteniendo algo demasiado grande.

—Mándame tu número, Julia.

No suena a súplica. Tampoco a orden. Está en ese punto intermedio: bajo, pero firme. Cuelga justo después.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

Emma se encoge de hombros.

—Si ha llegado a estos extremos para encontrarte, será importante, ¿no? Ni siquiera tienes que contestar si no quieres.

Entrecierro los ojos.

—¿Está hablando la mejor amiga que quiere protegerme o la que sigue organizando mi futura boda?

Me lanza una sonrisa pícara.

—¿No puedo ser ambas? Si dice algo desagradable, me aseguraré de que no vuelva a encontrarte jamás. Cojo un avión yo misma y le doy un poco de *esto* —alza el puño derecho—, y de *esto*.

La miro con los dos puños en alto y pienso que nunca ha estado menos intimidante.

—Vale, vale, cálmate. ¿Por qué no utilizas esa pose para conseguirnos una copa? —le digo, sonriendo a pesar de todo—. Yo me encargo de él.

Escribo mi nuevo número y lo envío a la misma cuenta que acaba de llamar.

Un mensaje llega casi al instante.

Es largo. Tan largo que tengo que hacer scroll varias veces para leerlo entero.

Lo leo, cada palabra. Despacio. Dos veces.

HARRISON

Querida Julia:

Supongo que esta es mi carta para ti.

Imagínate mi desesperación, mi frustración, al aterrizar en Londres y salir corriendo para ir directamente a tu apartamento solo para encontrarme con un equipo de limpieza al llegar, en vez de con la mujer a la que amo.

Tarde. Otra vez.

Te pido perdón de antemano por si esto suena demasiado duro, pero no pienso dar lo nuestro por perdido tan fácilmente. No estoy dispuesto. Es más, no estoy de acuerdo con casi nada de lo que decías en tu carta.

Sé que la cagué. Esa parte no es discutible. La verdad es que tenía miedo. Miedo de que salieras corriendo. Miedo de que te rindieras. Dicen que todo pasa por algo, y que me echaras de tu casa me hizo darme cuenta de que lo estaba haciendo todo mal.

Hay tantas cosas que te quiero decir, pero cada una a su tiempo. No por aquí.

Por ahora, solo quiero que sepas esto: me estoy volviendo loco sin ti. Estás en mi mente cada hora de mi día. Me despierto pensando en ti y me voy a dormir deseando que estuvieras a mi lado. No he podido sacarte de mi cabeza desde el primer día que te tuve entre mis brazos. Tus caricias, tu olor, tu risa… se han convertido en necesidades.

Probablemente no me creas. Me imagino que ahora mismo estarás dándole mil vueltas a todo esto, preguntándote por qué sigo luchando por algo cuando ya estamos a tantos kilómetros de distancia. Y tienes derecho a preguntártelo. No espero fe ciega. Sé que ya casi está todo dicho.

No sé cómo termina nuestra historia, pero sé que no es así.

Tuyo, siempre.

Josh.

¿Me ama?

No puede ser. Tiene razón en una cosa: no quiero creerle. Es más fácil no hacerlo.

El cursor parpadea, esperando una respuesta.

No sé cómo poner en palabras todo lo que estoy sintiendo. ¿Por qué ha esperado a que yo estuviera al otro lado del océano para

decirme esto?

Bloqueo el teléfono y lo dejo caer dentro del bolso, dejando el mensaje sin responder.

Capítulo Veintinueve

VOLVER a la rutina ha resultado ser muchísimo más difícil de lo que había previsto.

Los primeros días prácticamente viví en mi cama, peleándome con los efectos del jet lag… y de un corazón roto. Solo salí para comer con mis padres y comprar suficientes provisiones como para alimentar a una familia numerosa durante dos semanas.

Para ser justa conmigo debo decir que también he ido deshaciendo la maleta poco a poco, repartiendo pedacitos de Londres por el piso. Mejor recordar que olvidar. Ahora forman parte de mí.

Y esto ha ayudado. Lo suficiente, al menos, como para no cancelar mi cita con Emma. En la playa el día era cálido, el sol brillaba fuerte. Yo me tumbé a coger algo de color mientras Emma le plantaba cara a las olas con su bikini verde desteñido. Mientras surfeaba, terminé mi libro —adiviné quién era el asesino al segundo capítulo— y la animé desde la toalla, echándome crema solar hasta que mi piel cambió de color y se puso blanca.

Después de comer, nos perdimos por el mercadillo y repusimos casi todas las plantas que habían muerto bajo sus cuidados excesivamente amorosos.

Ahora, repartidas por cada rincón del piso, trepando hacia la luz, son pequeños recordatorios de que todo puede volver a empezar. También lo es la cámara, por fin fuera del equipaje de mano y de vuelta en su lugar junto a la ventana.

Han pasado diez días desde la última vez que escuché su voz. Veinte desde que lo vi por última vez.

Me gustaría decir que se me han pasado volando, pero no. He leído su mensaje por lo menos una vez cada día desde que lo recibí. No se lo he contado a Emma. Ni lo del mensaje, ni que *la palabra A* haya entrado oficialmente en juego. Cuando me preguntó qué había pasado aquella noche, al volver a casa, me encogí de hombros y le dije que solo me había escrito otra disculpa.

No ha vuelto a insistir, pero por su actitud sé que sospecha algo.

El trabajo, por si fuera poco, tampoco me ha ayudado en nada. Jeff está demasiado amable, como si tuviera miedo de que me vaya a romper en pedazos con solo mencionar Londres. No ha dicho nada de Harrison, ni ha mencionado aquello que me dijo, y tengo la sensación de que da por hecho que hemos terminado.

Puede que sí. Puede que no.

Lo que me cuesta más ignorar es la sensación que me inunda cada vez que me siento en mi antiguo escritorio. Es como si ya no fuera mi sitio. Como si la vida por la que tanto he luchado en realidad no estuviera hecha para mí.

Estoy sentada en la cama, editando algunas de las fotos que hice el fin de semana pasado. Emma salpicando en el agua como si fuera una reina. Unos rábanos rosados alineados como pequeñas perlas. Un primer plano de un melocotón abierto, con el sol haciéndolo brillar.

El tipo de fotos que parecen sencillas, pero dicen mucho.

Cambio de pestaña para mirar el correo y un titular en la página de inicio me deja helada:

Hecho de Miedo Cancelado Antes de Su Vuelta—Tras semanas de reuniones y lecturas de guion, los

productores confirman que la serie queda oficialmente archivada.

Se me encoge el estómago.

No.

No, no, no.

Después de todo. Las noches eternas. El drama. Se suponía que esto era su billete de vuelta.

Abro los mensajes con la necesidad de saber si está bien, de cuidar de él en primer plano.

¿Estás bien? Me he enterado de lo de la serie.

Lo escribo. Lo miro. Y acabo borrando cada palabra.

No me parece justo ignorar lo que me dijo en su último mensaje… pero tampoco puedo responderle a eso ahora mismo.

En lugar de eso, subo hasta el principio de mi bandeja de entrada, donde hay otro correo sin abrir.

Confirmación de Participación — *Ocean Gallery Collective*.

Ahí está. La parte de mí que dejé enterrada después de Noah. La que prometí recuperar algún día. Mirándome como una flor esperando florecer.

Antes de perder la valentía, abro un borrador en blanco y lo dirijo a Jeff… y a Recursos Humanos.

—LO TENGO TODO LISTO —dice Emma.

Es viernes por la noche. Estamos sentadas en el suelo de mi salón, compartiendo una pizza y viendo un nuevo reality sobre una de las familias más ricas de Nueva York.

—He reservado la zona privada de *The Hut* para cenar y tomar algo. También he llamado a Dylan, pero, como era de esperar, no me lo ha cogido.

Pongo los ojos en blanco. Mi hermano siempre está demasiado ocupado para dedicar una noche entera a cualquier cosa que huela mínimamente a evento familiar.

—¿Cómo has conseguido la zona privada?

Ya es complicado reservar mesa para cuatro, como para apropiarse un área entera. *The Hut* es uno de los sitios más solicitados para cenar en Santa Mónica. La terraza está literalmente en la playa. De día, es territorio de surfistas sedientos; de noche, se llena de gente local adicta a cócteles carísimos.

Por dentro es como entrar en un sueño costero. Redes de pesca cuelgan del techo, paredes en tonos azul suave, muebles beige que se funden con la arena. La parte que da al mar ni siquiera es una pared, sino paneles de cristal plegables que desaparecen cuando hace buen tiempo. Solo hemos conseguido mesa una vez, y fue reservando con dos semanas de antelación.

—¿Desde cuándo llevas planeando esto? —pregunto, un poco preocupada de que lleve meses organizándolo y yo no esté al cien por cien emocionada.

Me hace un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Tú no te preocupes de nada. Lo único que tienes que hacer es ponerte guapa.

Gimo teatralmente.

—Eso es lo más difícil.

—Anímate —dice, chocando su hombro con el mío—. ¿Te he dicho que tengo el mejor regalo de cumpleaños del mundo?

—Solo como un millón de veces. —Llevo días intentando averiguar qué es—. Empiezo a pensar que lo estás sobrevalorando.

—Créeme, no hay forma de exagerar esto —asegura, convencidísima.

Suspiro, por sentirme capaz de arruinar mi propia fiesta de cumpleaños con esta actitud tibia. Es frustrante. Ojalá hubiera un interruptor para apagar la parte de mi cerebro que sigue enredada en Londres. O en él.

—Lo siento —me adelanto—. Prometo que intentaré estar alegre.

Termina su porción y me rodea con los brazos.

—Puedes estar triste conmigo, Jay. Me da igual. Cada uno gestiona las cosas como puede —dice, tan sabia como siempre—. Lo único que me importa es que estés aquí. Y, sinceramente, esta vez te está yendo mucho mejor.

Tiene razón. Lo pienso cada día. Comparado con cómo me quedé después de Noah, esto es una mejora drástica. Pero entonces me pregunto por qué parece más fácil cuando debería doler más.

¿Estoy engañando a mi cerebro para que crea que no se ha acabado del todo? ¿Qué pasa cuando esos veinte días se conviertan en meses… y tenga que admitir que, esta vez sí, es definitivo?

LLEGAMOS al restaurante justo antes del atardecer. La terraza sigue llena de vida, con los que llevan todo el día en la playa mezclándose en perfecta armonía con los que acaban de salir a cenar. Los paneles de cristal están completamente abiertos y la brisa del mar entra sin pedir permiso, creando ese ambiente ideal.

Nos guían hasta el extremo derecho del local, donde la zona privada está delimitada con discreción. Una mesa alargada ocupa el centro, llena de entrantes fríos y botellas de vino enfriándose en cubiteras individuales.

Parpadeo, sorprendida. Es perfecto. Alrededor de la mesa están las personas que más importan: mis padres, los de Emma, su hermana pequeña Olivia e incluso Dylan. Ha aparecido en el último minuto, con cara de "perdón por no avisar, claro que iba a venir" y una camisa blanca que seguramente no ha planchado él. Pero por lo menos está aquí.

Reparto abrazos y risas, apretando un poco más de la cuenta a la madre de Emma. Siempre ha habido algo reconfortante en su forma de abrazar.

—Esto es… tan especial —le susurro a Emma cuando por fin nos sentamos—. ¿Has conseguido reunirlos a todos por mí?

—Esto y más —responde, igual de críptica que siempre.

La cena fluye. El vino corre. La comida está increíble. La conversación salta de un extremo de la mesa al otro, y por un momento, de verdad, parece que no falta nada.

Cuando todos llevan ya una (o dos) copas encima, Emma golpea suavemente su cuchillo contra su vaso y se pone en pie.

—He pensado que podemos hacer una pausa para un brindis rápido —dice—. Por tener buena salud, buena compañía y nuestra cumpleañera favorita, Julia.

Gimoteo mientras todos aplauden, pero no puedo evitar sonreír.

—Por favor, no vuelvas a dejarnos —añade dramáticamente—. O, si lo haces, llévame contigo.

Más risas.

Todos alzan sus copas y algo se me remueve por dentro. No pensaba decir nada, pero las palabras me salen solas.

—Antes de brindar, quiero daros las gracias —empiezo—. No he estado precisamente muy presente estos últimos meses, pero aun así habéis estado ahí para mí. Irme fue duro, pero ahora, sentada aquí con vosotros, siento que estoy exactamente donde tengo que estar.

Más aplausos, un par de "oohhs" de las madres, y acto seguido brindamos.

Me permito disfrutar del resto de la cena. Me doy cuenta, entre las pequeñas conversaciones, de que la vida va de esto. Me he estado perdiendo tanto. Va sobre los recuerdos que construimos cada día con las personas que siempre están cerca, incluso después de tres meses de silencio. Ellos son *mi* gente. Y mientras cuente con su apoyo, estaré bien.

Puede que aún sea duro durante un tiempo —¿cuándo un corazón roto no duele?—, pero es en los momentos más difíciles cuando descubres la belleza de los vínculos que te mantienen a flote.

Empiezan a circular cócteles sofisticados con sombrillitas diminutas. No sé cómo, pero termino con uno rojo en la mano, adornado con una rodaja fina de fresa, que sabe como si viniera directo desde un hotel caribeño de cinco estrellas.

No suelo beber los fines de semana. No me gusta esa sensación de mareo. Pero es mi cumpleaños, hay ciertos sentimientos que no me importaría enterrar esta noche y este daiquiri es peligrosamente adictivo. Pensaba que me estaba tomando mi tiempo, pero inclino la cabeza para sorber por la pajita y descubro que estoy seca. Intento acercarme a la barra, pero Emma me intercepta a medio camino.

Mira el móvil rápido y luego a Olivia, que me doy cuenta de que lleva un rato sospechosamente largo apoyada contra la puerta.

—Oye, esto es increíble. Gracias —le digo—. Solo voy a por otro de estos.

Intento avanzar, pero no suelta mi brazo. Frunzo el ceño. Algo huele a conspiración.

—¡No! Quédate conmigo. Siento que no te he visto en toda la noche —protesta, aunque llevamos dos horas sentadas enfrente la una de la otra—. El camarero traerá otra ronda después de la tarta.

La miro entrecerrando los ojos.

—¿Esto tiene que ver con tu regalo? Estáis todos rarísimos y sé que no me lo estoy imaginando porque, por desgracia, solo me he tomado uno de estos elixires de fresa y ni siquiera estoy achispada.

—Vale, sí. Me has pillado —admite, sin soltarme—. Está casi listo. Solo necesito un par de minutos. Primero, déjame sacar la tarta. Te cantamos feliz cumpleaños. No te muevas.

Resoplo, pero obedezco. Ella se dirige a toda prisa hacia Olivia y ambas desaparecen.

Me giro sobre mis talones con cierta incomodidad. No estoy para sorpresas. Mi fuerza de voluntad para pasarlo bien solo llega hasta las interacciones normales, definitivamente no hasta espectáculos emocionales en público.

Esa parte de mi cerebro sigue rumiando la pérdida de Harrison. Me pregunto si se habrá acordado de que hoy es mi cumpleaños. Si lo ha hecho, no ha escrito.

La luz de la sala se atenúa ligeramente. Emma vuelve con una tarta blanca de *buttercream* cubierta de velas. Todos empiezan a cantar. Fuerte. Desafinados. Con cariño.

—Pide un deseo —dice cuando terminan.

Nunca he creído en los deseos. La vida no funciona así. Te premian por trabajar duro, no por soñar en lo que podría ser. Siempre he vivido con esa idea… y, aun así, algo me empuja a cerrar los ojos. Mi primer pensamiento es él. Pero lo aparto. Pido algo más sencillo. Algo que todos buscamos: felicidad.

Cuando abro los ojos, Emma parece estar a punto de explotar de emoción. Le pasa la tarta a alguien y da un pequeño saltito.

—¿Estás lista para mi regalo?

Creo que nunca estoy lista para nada que ella planifique.

La puerta se abre detrás de ella con un leve chirrido, pero no veo nada con la gente. El ambiente cambia. Mi madre suelta un jadeo.

Y cuando todos se apartan… lo veo.

Josh.

Igual de guapo que siempre.

El corazón empieza a latirme con tanta fuerza que temo que se me salga del pecho. Me dedica una de esas sonrisas tan suya y arquea una ceja. Nadie dice nada. Nadie se atreve a moverse. La música se diluye; solo existe él.

¿Estoy soñando? ¿He bebido más de lo que pensaba y esto es una alucinación cruel? Quiero tocarlo, asegurarme de que es real, pero estoy clavada al suelo. No me salen las palabras. No puedo dar ni un paso.

Pero da igual. Porque él parece notar mi bloqueo y toma la iniciativa. Cada uno de sus pasos va al compás de mi corazón hasta que se detiene a apenas treinta centímetros de mí.

—Josh… —susurro, asimilando por fin que está en Los Ángeles, delante de mí, siendo mi regalo de cumpleaños, y no en Londres.

Su sonrisa se ensancha. La añoranza en sus ojos se disipa, como si lo único que necesitaba fuese oír mi voz. Entonces, levanta la mano con cuidado, y aparta un mechón suelto de mi pelo que coloca detrás de mi oreja.

—Feliz cumpleaños —susurra, casi como un secreto solo para mí. Es real. Está aquí.

Y así, sin más, empiezo a creer un poco más en los deseos.

Capítulo Treinta

UNA LÁGRIMA solitaria me resbala por la mejilla. Él la atrapa al instante con su pulgar, su aroma sigue flotando a mi alrededor incluso después de que aparte su mano. Huele a hogar.

Todo lo que he estado empujando hacia el fondo estas últimas semanas empieza a abrirse paso, trepando sin piedad.

—¿Qué haces aquí? —balbuceo.

Sus manos suben hasta mis brazos, y me acaricia con suavidad, calmándome, manteniéndome estable.

—Es tu cumpleaños —dice, como si la tarta gigante que está detrás de nosotros no fuese pista suficiente—. ¿Dónde iba a estar si no?

—En Londres. Ocupándote de tu carrera —replico—. No he sabido nada de ti desde…

Me callo.

Estaba a punto de mencionar su mensaje. Aquel en el que básicamente confesó su amor por mí. Quizá no fue intencionado. Quizá ni siquiera sabía lo que estaba diciendo.

Cuando levanto la vista, me está observando con atención, casi como si me estuviera leyendo la mente.

—Creo que tenemos una conversación pendiente —dice en voz baja—. ¿Te vienes conmigo?

No dice a dónde, pero tampoco me importa. Está aquí. Luchando por nosotros.

Asiento.

Llama a un camarero que claramente sabe quién es.

—¿Podrías prestarme un mantel?

—Claro que sí, señor Harrison —responde, sin dudar. Intenta mantener la compostura, pero la manera en la que juguetea con su anillo dorado sin darse cuenta lo delata—. ¿Necesita algo más?

—Sí. Una botella de champán para la cumpleañera.

—Ahora mismo, señor.

Se nota cúanta dedicación le pone a su trabajo —o a lo mejor es a Harrison— porque tarda menos de un minuto en volver con un mantel blanco doblado y una botella fría de champán que parece peligrosamente cara.

Harrison le da las gracias, su acento británico logra, de alguna manera, que su voz suene incluso más interesante.

Entonces, sin añadir nada más, me toma de la mano y me guía hacia fuera, cruzando la pared de cristal abierta hasta la terraza.

Antes de pisar la arena, se quita los zapatos, luego los calcetines, y se remanga ligeramente el pantalón negro. Aun agachado, me hace un gesto para que levante los pies. Obedezco y me quita los tacones con cuidado. Sus dedos rozan mi pierna al incorporarse y se me corta la respiración.

Caminamos hasta la orilla, mirándonos de reojo como si tuviéramos diecisiete años otra vez. La arena sigue templada, amoldándose bajo mis pies a cada paso, los granos pegándose a mis dedos.

Cuando estamos lo bastante cerca para ver las olas romper, pero lo bastante lejos para que no nos alcancen, deja la botella en el suelo y extiende el mantel como hizo durante nuestro día de pícnic.

Me siento en el borde, enterrando los pies en la arena hasta que desaparecen.

Él se coloca a mi lado y se gira hacia mí. La luz de la luna dibuja su perfil de una forma casi mágica y me pregunto cómo he sobrevivido un mes sin verlo.

—Tengo muchas cosas que contarte —dice—, y estoy intentando decidir por dónde empezar para evitar que vuelvas a salir corriendo.

Mi orgullo asoma un segundo.

—No salí corriendo —murmuro.

—Vale —concede, con media sonrisa—. ¿Qué quieres saber primero?

Me está provocando. Me reta a sacar el tema de lo que dijo en el mensaje. No lo hago.

—¿Qué haces aquí? He leído que la serie se ha cancelado. Quería preguntarte si estabas bien, pero…

—Directa a los detalles técnicos. Ya veo… —dice, sin perder la sonrisa—. No pasa nada. Las cosas que nos van a cambiar la vida pueden esperar.

Me sonrojo, soy demasiado consciente de que sabe que leí el mensaje donde confesó su amor por mí —y que no se ha echado atrás desde entonces.

—Siento lo que pasó en Londres. Estaba tan empeñado en encontrar la manera de volver contigo que perdí de vista el camino para hacerlo. Me obsesioné con el resultado.

Hace una pausa.

—Después de que me echaras, me di cuenta de que no lo había hecho bien. Había leído decenas de guiones con Peter y ninguno destacaba. Entonces recordé lo que hablamos aquella noche, después de ver esa comedia romántica…

—*The Holiday* —lo interrumpo. Porque los clásicos siempre hay que respetarlos. Nos reímos, lloramos y prometimos perseguir nuestros sueños.

Él soñaba con dirigir. Yo, con fotografiar el mundo.

—Sí, esa. Tenías razón. Seguía enfocado en la parte equivocada del proceso creativo. Estaba persiguiendo créditos, no historias.

Se pasa la mano por el pelo, de esa manera tan suya que me dice que está intentando relajarse un poco.

—Así que ese domingo, cuando me fui, hice unas llamadas. El lunes volé a Nueva York para reunirme con Matt Hunt.

—¿Matt Hunt? —pregunto, confundida—. ¿No estaba estrenando película?

—Lo está. Pero también empieza otra en un par de semanas. Habló bien de mi trabajo y me consiguió una reunión con el productor y los escritores. Revisamos el guion, les gustó mi enfoque. El director ya está cerrado, así que entraré como coproductor. Pero voy a acompañarlo durante todo el proceso. Y, con suerte, mientras tanto podré montar mi propia productora.

Lo ha hecho de verdad. Me escuchó. Cambió el rumbo de su trabajo por completo por una conversación en un sofá.

—Yo también seguí tu consejo —suelto de pronto, sorprendiéndonos a ambos. No se lo he contado a nadie todavía.

Alza una ceja, entre curioso y burlón, porque sabe que yo no puedo hacerlo.

—Le dije a Jeff que estas serían mis últimas dos semanas. Ya no encajaba. No quería construir una carrera que me costara perderme a mí misma.

—Además… —sigo, me aclaro la garganta—. Preparé un porfolio y lo envié a un par de galerías locales. Aún no me han contestado.

—Estoy seguro de que lo harán —dice, sin dudar un segundo.

Abre la botella y el corcho sale disparado.

—Brindemos por eso.

Me la tiende. Bebo un trago largo, por lo que está por venir. Él hace lo mismo.

Es ridículo, pero no puedo evitar notar que la próxima vez que beba mis labios tocarán donde acaban de estar los suyos. Finjo que no es eso lo que me acelera el pulso.

—¿Qué significa todo esto? ¿Vas a estar yendo y viniendo?

—Significa que he vuelto a instalarme en mi casa de Los Ángeles. Hace tres días.

¿Ahora vive *aquí*?

Mi cerebro tarda en procesarlo. Hace un segundo estaba en Nueva York persiguiendo su sueño y al siguiente está aquí. De forma permanente.

Por mí.

Estoy eufórica y aterrada al mismo tiempo. Quiero lanzarme a sus brazos y no soltarlo nunca. A la vez, me dan ganas de correr directa al mar y gritar.

—Te dije que lo arreglaría. Siento haber tardado tanto.

Niego con la cabeza. Se ha mudado al otro lado del mundo por mí. ¿Por qué se está disculpando?

Tengo los pensamientos revueltos. Confusos, desordenados, siento que son imposibles de aclarar.

Él lo nota, porque sigue hablando.

—¿Pasamos a la parte buena?

Le doy otro trago al champán.

—¿Te refieres a soltar *la palabra A* por mensaje?

Se ríe. A carcajada limpia. Sin filtros. Como si ya no hubiera ninguna cadena que lo mantuviese atado.

Entonces, se inclina hacia mí apenas unos milímetros. En sus labios sigue esa media sonrisa que me desarma, pero sus ojos… están serios, llenos de emoción. No puedo apartar la mirada.

—¿En serio eres capaz de decir "*la palabra A*" para referirte al hecho de que estoy perdidamente enamorado de ti? —susurra, divertido.

Mis ojos se abren como platos. Mis labios se separan. Me sudan las manos.

Escucharlo en voz alta me recorre la piel y siento un escalofrío.

—No pongas esa cara de sorprendida. Te avisé de que podía pasar. Estoy bastante seguro de que se me notaba.

Niego con la cabeza.

—No. Dijiste que no hiciera caso a la prensa, ¿recuerdas? Cuando salieron las fotos del pícnic.

—Fui un idiota. Quería decírtelo, pero pensé que no estabas preparada. No quería asustarte.

Su expresión se suaviza.

—Pero aquella noche en *The Anchor*, cuando estábamos bailando… me miraste como si no existiera nada más. Me dije que eso tenía que significar algo. Así que le metí aún más caña a Peter.

—Y entonces pasó lo de Emily.

Asiente, un destello de arrepentimiento cruzando su mirada.

—Ya estaba loco por ti entonces —dice en voz baja—. Creo que lo estoy desde que me dejaste estas.

Saca las notas del bolsillo y las coloca entre los dos. Las ha guardado. Igual que yo.

—Y me he dado cuenta, al perderte, de que jamás podré amar a nadie como te amo a ti.

Quiero decir algo, algo ingenioso o ligero, pero la garganta se me cierra. Me tiemblan un poco las manos, así que las aprieto contra las rodillas.

Solo están ahí un segundo antes de que él las tome entre las suyas. Nuestros dedos se entrelazan y la electricidad me atraviesa entera.

Esto es todo lo que he estado soñando.

Es tan… él.

Mi corazón está a punto de explotar. Está diciendo todas las cosas correctas. *Haciendo* todo lo correcto. ¿Pero qué pasa si un día cambia de idea? ¿Qué pasa si se despierta y decide que todo esto es solo un discurso bonito?

Es como si tuviera instalado un radar versión "*Julia le está dando mil vueltas*", porque antes de que me hunda del todo, continúa.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Julia. Quiero planear citas. Quiero dejar que elijas la película mientras yo preparo la cena. Quiero despertarme a tu lado, aquí o donde sea. Me da igual. Quiero poder llamarte *mi mujer*.

Si eso no es confirmación, no sé qué lo es.

—¿Estás haciendo lo que creo que estás haciendo?

Debe de ver el susto en mi cara y se le escapa una risa.

—Tranquila. No te estoy pidiendo matrimonio todavía. No estás preparada para eso.

Resoplo.

—¿Y tú sí?

Sostiene mi mirada. Intento que no me desarme al mirarme así. Su voz es firme. Baja. Sincera.

—Llevo preparado bastante tiempo.

—Estás loco, Joshua Harrison.

—Mírate —dice, inclinándose hacia atrás para repasarme de arriba abajo como si me estuviera estudiando—. Claro que estoy loco.

—¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa. Cuando te conocí, sentí que conectábamos al instante. Fue extraño. No sabía nada de ti y, aun así, noté que algo dentro de mí acababa de encajar. Algo que me había faltado toda la vida. No necesito garantías. *Sé* que eres tú.

Me deja un minuto para asimilarlo todo. Nos vamos pasando la botella, tardando un poco más cada vez.

—Sé que estoy siendo directo con mis sentimientos —añade—, pero no quiero presionarte. Hace casi un mes que no nos vemos, y entiendo si no sientes lo…

No le dejo terminar.

Me lanzo hacia él, le rodeo el cuello con los brazos y mis dedos se enredan en su pelo mientras lo beso con desesperación. Me rodea con un brazo mientras apoya la otra mano en la arena para sostenerse. Nos movemos al mismo ritmo. Todo lo que hemos callado, querido y mantenido encerrado, se desata.

Deslizo mis labios desde los suyos hasta su mandíbula recién afeitada, y de ahí a su oído.

—Te amo —susurro.

Me agarra por la cintura y me coloca sobre él hasta que queda incorporado y yo sentada a horcajadas.

—¿Sí?

—Más de lo que imaginas.

Me acaricia la mejilla y durante un instante solo nos respiramos el uno al otro. Después vuelvo a besarlo. Y otra vez. Y otra. Hasta que necesitamos aire.

—Tengo algo para ti —dice, sacando una cajita cuadrada.

¿Es…?

—Es por tu cumpleaños.

La abro. Un guardapelo en forma de corazón, de oro blanco. El mismo que me quedé mirando en una de nuestras primeras citas en Londres. El que se parecía tanto al que tenía mi madre.

La cadena fina lleva un pequeño colgante adicional: una J de diamante.

—¿Volviste a por él?

Es demasiado. Estoy a punto de echarme a llorar.

Se acordó.

—Y has añadido mi inicial.

—La tuya o la mía. Depende de cómo lo mires —dice, con picardía—. Volví al día siguiente para asegurarme de poder comprarlo, de que nadie se me adelantase y se lo llevara. Lo personalicé y lo guardé, esperando el momento perfecto. Mira dentro.

Lo abro. Está vacío, salvo por una inscripción en el lado izquierdo.

Te amaré hasta el día en que me muera.

Hago cuentas mentalmente. No mentía cuando dijo que lleva sintiéndose así bastante tiempo.

—Fue una de nuestras primeras citas —murmuro.

—Lo sé.

—Pero pone que tú…

—Ya te amaba entonces.

No encuentro palabras. Así que vuelvo a besarlo. Hasta que acabamos tumbados en la arena, enredados bajo las estrellas.

Hace apenas un poco más de tres meses, cuando nos conocimos bajo este mismo cielo, todo parecía temporal y complicado. Si me hubieran preguntado entonces, habría jurado que lo nuestro no funcionaría. Nos etiqueté como una historia fugaz, pasajera, en el extranjero.

Pero esta noche, tumbada sobre su pecho, con su mano acariciándome y su promesa guardada dentro del guardapelo, sé que somos cualquier cosa *menos* algo pasajero.

Somos cotidianeidad. Somos risas. Somos miedo. Somos belleza.

Pero, sobre todo, somos para siempre.

—¿Sabes? —susurro contra su cuello—. Acepté aquel trabajo en Londres como si fuera mi plan de rescate, mi salvavidas. Una forma de retomar mi camino. De recuperar el control de mi vida… y de mi trabajo.

Él asiente y se gira para mirarme.

—Ahora me doy cuenta de que mi salvavidas eras tú. —Lo beso otra vez, como si no fuera a cansarme nunca—. Siempre has sido tú.

Acerca de la Autora



Ana Berbel es una escritora de comedias románticas de la costa sureste de España. Estudió Periodismo entre la naturaleza de Virginia Occidental, donde nació su pasión por contar historias. Su amor por el romance contemporáneo surgió entre episodios de *Castle* y las icónicas comedias románticas de los años 2000, y sigue brillando en cada historia que escribe.

Copyright © 2026 por Ana Berbel

D. L.: MU 326-2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa y por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas.